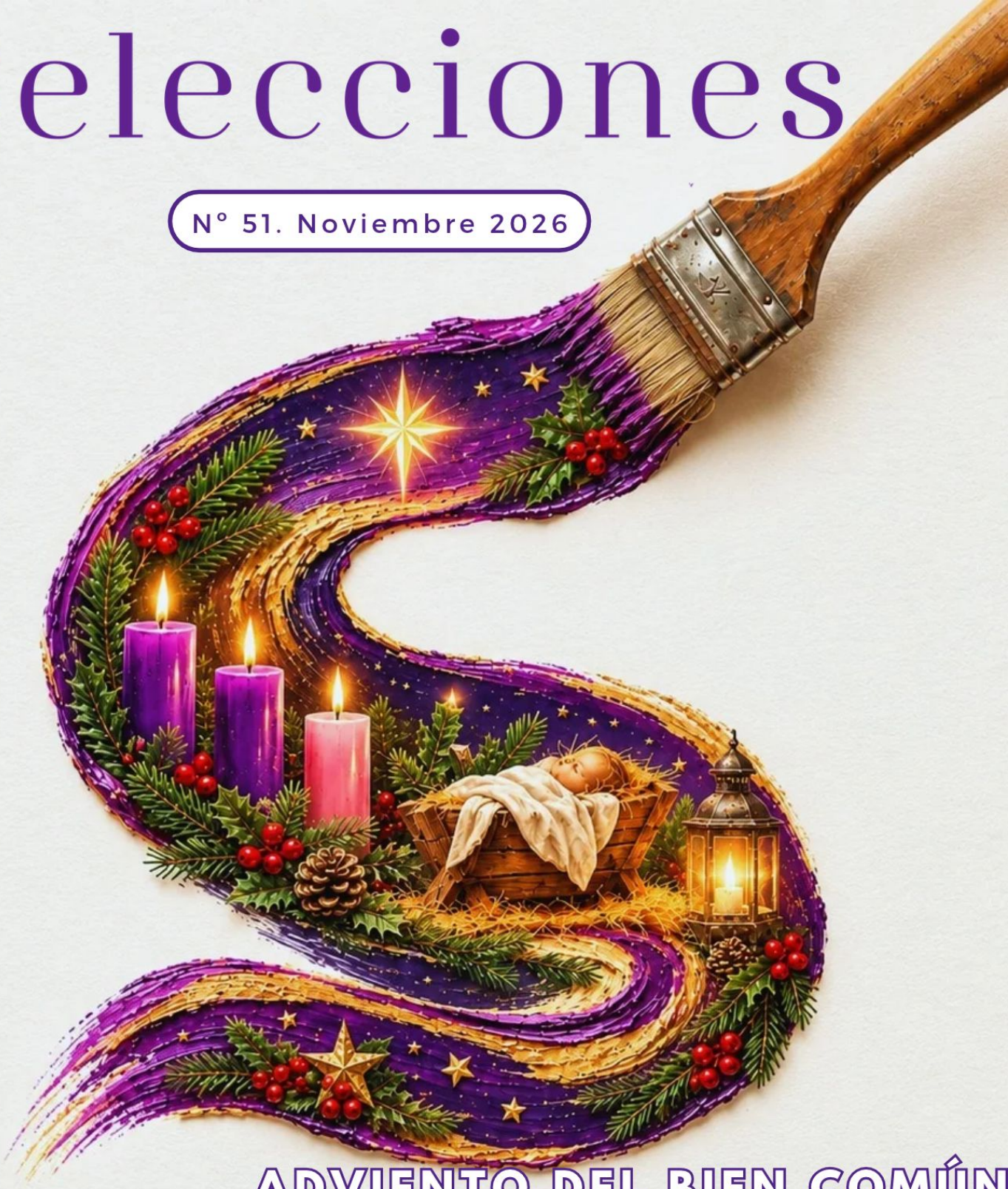
Selecciones

N° 51. Noviembre 2026



ADVIENTO DEL BIEN COMÚN

El lujo de los hijos

Estrés electoral

Viaje Apostólico de León XIV a Uruguay, Argentina y Perú

Reflexiones en la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española

Selecciones

Selecciones es una publicación de la Comisión Episcopal para las Comunicaciones Sociales (CECS).

En sus páginas se **recogen artículos, informaciones y documentos de la actualidad**, que pueden ser útiles y de interés para conocer el mundo en que vivimos y cuestiones que pueden facilitar la misión evangelizadora de la Iglesia.

Puede recibir ***Selecciones*** en su dispositivo móvil suscribiéndose a través de **Whatsapp y en Telegram.**

comunicaciones.conferenciaepiscopal.es

Introito

Así, con toda la prisa después de cuatro años de campaña electoral (¿o son ocho?), resulta que las elecciones se nos han echado encima y queremos aportar leña a la chimenea de la jornada de reflexión. En realidad, como siempre, es un Selecciones pensado para ayudar a pensar, pero me voy a comprometer a mandárselo al que salga elegido el domingo, para que también a él le ayuden a pensar. Pasa que analizando el presente y el pasado, se dan muchas pistas para elegir las preferencias del futuro, así que estos textos no solo ayudan a votar, sino que también ayudan a los votados a establecer prioridades.

Primero artículo sobre el lujo que son los niños y la prosperidad que da la salud. Después algo sobre los mitos/engaños de la revolución sexual y su renovada actualidad con las deepfakes del cuerpo femenino. Remontamos para coger altura con la altura (no solo física) del rey Felipe VI y las bajuras de las espías chinas; y, desde ahí, nos vamos deslizando por la cuestión política del presente y del futuro: retos para el sistema electoral, para consolidar las instituciones, para nuestra política europea.

Y después del fragor algo más de descanso en el último bloque. Empezamos con una cosa muy interesante (quizá solo para mí) sobre el giroscopio católico. La renovada necesidad del silencio, y luego la serenidad del Papa León XIV. Acabamos con lo más cercano el discurso de Argüello al comienzo de la Plenaria y un artículo de García Magán sobre el 60 aniversario de la Conferencia Episcopal.

Además, volvemos a reproducir otra vez algunos de los discursos y homilías de un viaje apostólico del papa León XIV, esta vez a Sudamérica.

Dentro de este 60 aniversario, unos cuantos vídeos: el del Documental «60 años de la CEE una historia compartida»; y luego cuatro videopodcast a los presidentes de la CEE: el videopodcast con el cardenal Rouco Varela; el correspondiente al cardenal Blázquez; el que se hizo con el cardenal Omella; y el de Mons. Argüello.

Que lo disfruten con salud.

Índice

El lujo de los niños

La historia de las próximas décadas no se limita a una simple disminución y envejecimiento de la población. Existe una gran variación en la baja natalidad. La tendencia más sorprendente quizás sea la que ha trastocado las ideas preconcebidas sobre las tasas de fertilidad. Por Jesús Fernández-Villaverde en *Nueva Revista*

¿Y si la revolución sexual fue una trampa?

Louise Perry y Mary Harrington han desarrollado en esta década una voz feminista disidente. La caída de la natalidad, la dificultad para conciliar, el debate sobre la pornografía, el #MeToo, las apps de citas o el impacto de las tecnologías reproductivas han devuelto a la conversación cuestiones que se daban por superadas tras la revolución sexual. Por Lucía Martínez Alcalde en *Nuestro Tiempo*

De objeto de la mirada a objeto del algoritmo: el cuerpo femenino ante los 'deepfakes'

¿Qué ocurre cuando una tecnología permite fabricar imágenes sexuales de una persona? La pregunta no es solo jurídica ni tecnológica. También es ética, educativa y sociocultural. Además, afecta a la forma en que entendemos la imagen, el consentimiento y el cuerpo en la era digital. En *The Conversation*

Tim Jackson: “La prosperidad tiene más que ver con la salud que con la riqueza”

Profesor en la Universidad de Surrey y ex responsable de la Comisión de Desarrollo Sostenible de Reino Unido, Jackson anima a pensar qué pasaría si nos tomásemos en serio la salud como objetivo común y si el cuidado se convirtiera en un principio sobre el que organizar la economía. Por Clara Rojas en *El Mundo*

La lección ético-política del Rey

Necesitamos volver a cultivar una cultura pública que encauce adecuadamente las discrepancias y los conflictos y que no le dé tanta fuerza a lo que nos separa que impida ver lo que nos une. Es urgente recuperar una política dedicada a resolver los problemas reales de la gente. Por Julio L. Martínez en *ABC*

Las debilidades de China (y sus espías)

La caída de la popularidad mundial de Estados Unidos tiene muchos efectos secundarios, entre ellos una admiración generalizada por China, a la que se le atribuyen méritos tanto reales como imaginarios. Se ha consolidado la idea de que, mientras que en Estados Unidos la Administración Trump ha penalizado la investigación científica, en China la ciencia reina soberana. Por Federico Rampini en *El Mundo*

Estrés electoral

Las posiciones políticas también pueden formar parte de nuestra identidad y de nuestro sentido de pertenencia. Revisar nuestras propias convicciones puede resultar incómodo y, en determinados entornos, expresar una preferencia diferente llega a vivirse como una prueba de lealtad. Las reuniones

familiares y las conversaciones laborales pueden convertirse entonces en espacios de tensión. Por Rocío Lacasa en *Ethic*

Eclipse del pluralismo

El pluralismo supone, en esencia, respeto al otro. La aceptación de una pluralidad de ideologías o posiciones en la sociedad y, en especial, la consideración hacia la minoría. Asumir la coexistencia en nuestra comunidad política de diferentes cosmovisiones, posiciones sobre las cuestiones relevantes de la vida. Por Federico de Montalvo Jääskeläinen en *ABC*

Una reforma pendiente: ¿Es posible un sistema electoral más representativo?

Cada vez que se aproxima una campaña electoral, resurgen los debates sobre la necesidad de reformar el sistema electoral. Algunos reclaman un modelo que favorezca la estabilidad; otros, uno más representativo. También hay quienes plantean la reforma como una forma de reducir el peso de determinados partidos o de perjudicar a sus adversarios. Sin embargo, no existe una solución única: toda democracia representativa debe encontrar un equilibrio entre representatividad y gobernabilidad. Por Juan Hernando Quevedo en *La Controversia*

Segismundo Álvarez: «El mayor peligro es acostumbrarnos a que las instituciones funcionen cada vez peor»

La democracia no se agota en las urnas. Necesita, además, instituciones independientes, contrapoderes capaces de limitar el ejercicio del poder y ciudadanos dispuestos a exigir responsabilidades a sus representantes. Las cuestiones institucionales afectan directamente a la vida de los ciudadanos. Por Alberto G. Palomo en *Ethic*

La crisis de los 40: cuatro retos para la política europea de España

La conversación europea ha ido virando progresivamente, desacoplándose con frecuencia de la conversación pública española, y ahora está principalmente centrada en cuestiones como Ucrania, la defensa, la profundización del mercado único, la ampliación, el futuro presupuesto europeo (en el que España pasaría a ser contribuyente neto), las relaciones con EEUU y China, y la migración. Se habla además de temas que no son nuevos, pero que son tratados bajo una óptica diferente. Por Pablo Rupérez Pascualena en *Real Instituto Elcano*

Liderazgo legislativo

En el liderazgo legislativo, ningún líder individual, ni siquiera el jefe del ejecutivo en funciones, tiene el poder estructural suficiente para tomar las decisiones más importantes por sí solo. El liderazgo legislativo se basa más en la persuasión, la influencia política y los intereses comunes para crear las condiciones necesarias para que se tomen las decisiones correctas. Por Hans Zeiger en *National Affairs*

El giroscopio católico

El catolicismo no comparece en la cultura española actual como una ocurrencia, sino como una antiquísima novedad. El eje lo formula mejor que nadie la vieja divisa de la Cartuja: Stat crux dum volvitur orbis, «la cruz permanece mientras el mundo gira». La lacónica sabiduría cartuja no niega ninguna de las dos cosas, ni la firmeza de la cruz ni el movimiento del mundo. El mundo gira: cambian las modas, las escuelas, los consensos, las formas del prestigio y hasta las maneras de escandalizarse. Por Enrique García-Máiquez en *El Debate*

Pablo d'Ors: «Pese a las apariencias, hoy hay mucho más amor y mucha más consciencia. La de los medios de comunicación es una verdad relativa»

Entrevista al sacerdote, escritor y nieto del filósofo y crítico de arte Eugenio d'Ors. Es autor de Biografía del silencio, un libro breve sobre la meditación con miles y miles de ejemplares vendidos. Hace doce años fundó Amigos del Desierto (AdD), una red de meditadores de inspiración cristiana, basada en el silencio, la contemplación interior y la quietud (el hesicasmo), y que reúne a numerosos practicantes en retiros y seminarios repartidos en distintas ciudades dentro y fuera de España. Por Javier González-Cotta en *Jot Down*

El Sagrado Corazón de Jesús como respuesta al emotivismo espiritualista

El magisterio de los últimos papas ha hecho un llamado constante a recuperar el corazón porque, en la fe católica, el corazón es el lugar donde se fraguan las decisiones más importantes de la existencia humana. De tal forma que el ser humano es concebido, en la antropología cristiana, como un ser con cuerpo y alma que tiene un centro unificador, el corazón, que otorga a toda persona contenido y orientación en la vida. Por P. Osmin Serrano Grillet en *Solidaridad.net*

Francisco de Vitoria: lecciones y relecciones

Vitoria fue un moderado que ejerció su magisterio en tiempos confusos y convulsos, más propicios al dogmatismo que al sosiego intelectual. Un moderado en la letra y en el espíritu, rara avis en nuestra áspera vida política nacional. Para orgullo legítimo de los españoles, la Escuela de Salamanca supone una aportación fundamental a la Modernidad europea, en la encrucijada de varias disciplinas académicas. Por Benigno Pendás en *ABC*

La serenidad de Roberto, la fortaleza de León

El domingo 11 de octubre, al terminar el ángelus, el Papa León XIV comunicó una noticia inesperada: «Durante una revisión, los médicos me han detectado un nódulo localizado en el pulmón». En aquel hombre reconocí al

Roberto que conocí en el Perú. Nunca fue amigo de exagerar los problemas, aunque tampoco de esquivarlos. Por Armando Jesús Lovera Vásquez en *ABC*

«Tengan valor: yo he vencido al mundo» (*Jn* 16,33)

Mensaje del Santo Padre León XIV para la XLI Jornada Mundial de la juventud [22 de noviembre de 2026 – 3-8 de agosto de 2027]. En *Vatican.va*

Viaje Apostólico de Su Santidad León XIV a Uruguay, Argentina y Perú

Homilías y discursos pronunciados por el Pontífice en su primer viaje a América del 6-17 de noviembre de 2026. Con el lema "*Les anuncio una gran alegría*" en Uruguay; en Argentina con el lema "*Bienvenidos todos. Vayan y anuncien*"; y con el lema "*Abramos el corazón*" en Perú. En *Vatican.va*

Discurso inaugural de la CXXX Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española

En el discurso el presidente de la Conferencia Episcopal, arzobispo Luis Argüello, reflexionó en su discurso sobre cuatro asuntos: el viaje apostólico de León XIV; la sociedad española en el mundo global en vísperas de elecciones; matrimonio y familia hoy; y los sesenta años de Conferencia Episcopal Española. (Prevaleciendo lo realmente pronunciado, este texto es el distribuido por Editorial EDICE). En *Conferencia Episcopal Española*

60 años al servicio de los obispos y del Pueblo de Dios

La celebración de este aniversario quiere ser también profecía y compromiso para el futuro. Los eslabones de hoy no serán los últimos ni los definitivos de esa cadena recibida y transmitida. Por Francisco César García Magán en *Revista Ecclesia*



El lujo de los niños

Jesús Fernández-Villaverde

Nueva Revista

Por qué la baja natalidad está haciendo que el mundo sea más desigual

La crisis de fertilidad mundial es más grave de lo que se suele creer. El año pasado, la tasa de fecundidad total de la humanidad cayó por debajo de lo que los demógrafos denominan la tasa de reemplazo, es decir, el número promedio de hijos que una mujer debe tener para mantener la población constante a largo plazo. Esto no había ocurrido antes. Ha habido periodos en los que la población humana disminuyó debido a guerras o epidemias, como la Peste Negra en el siglo XIV, o las enfermedades traídas por los europeos a América en los siglos XV y XVI. Pero ahora, simplemente como consecuencia de sus decisiones, la

población mundial alcanzará su punto máximo alrededor de 2055 y luego comenzará a descender.

La historia de las próximas décadas no se limita a una simple disminución y envejecimiento de la población. Existe una gran variación en la baja natalidad. La tendencia más sorprendente quizás sea la que ha trastocado las ideas preconcebidas sobre las tasas de fertilidad. Si bien antes se creía que las personas —y, por extensión, los países— con mayores niveles de ingresos y educación tendrían tasas de fertilidad más bajas que las personas más pobres y con menor nivel educativo, ahora ocurre lo contrario. Muchos países y personas más ricos presentan tasas de fertilidad más altas que muchos países y personas pobres.

Esta inversión de tendencias revela por qué a los gobiernos les ha costado tanto afrontar el desplome de la natalidad. La mejor explicación de por qué la gente ya no tiene hijos es que la crianza a la escala necesaria para mantener la población está fundamentalmente reñida con las estructuras de la vida y las sociedades modernas. Lo que antes era una necesidad económica, ahora es un lujo. Esto presagia un mundo en el que la desigualdad económica se ve acentuada por la desigualdad demográfica, con fisuras cada vez mayores dentro de los países y entre ellos. El mundo entero se enfrenta a un descenso de la natalidad, pero de maneras muy diversas. Y esas diferencias avivarán aún más las divisiones, las tensiones e incluso los conflictos.

El accidente

La caída de la población mundial por debajo del nivel de reemplazo ha pasado prácticamente desapercibida. Las proyecciones centrales de la última publicación de las Perspectivas de la Población Mundial de las Naciones Unidas (2024), conocida como la "variante media" del informe, sitúan la tasa de fecundidad total mundial ligeramente por encima del nivel de reemplazo en 2026 y prevén que la población mundial alcance su máximo en 2084. Sin embargo, esta variante media no incorpora plenamente la reciente disminución

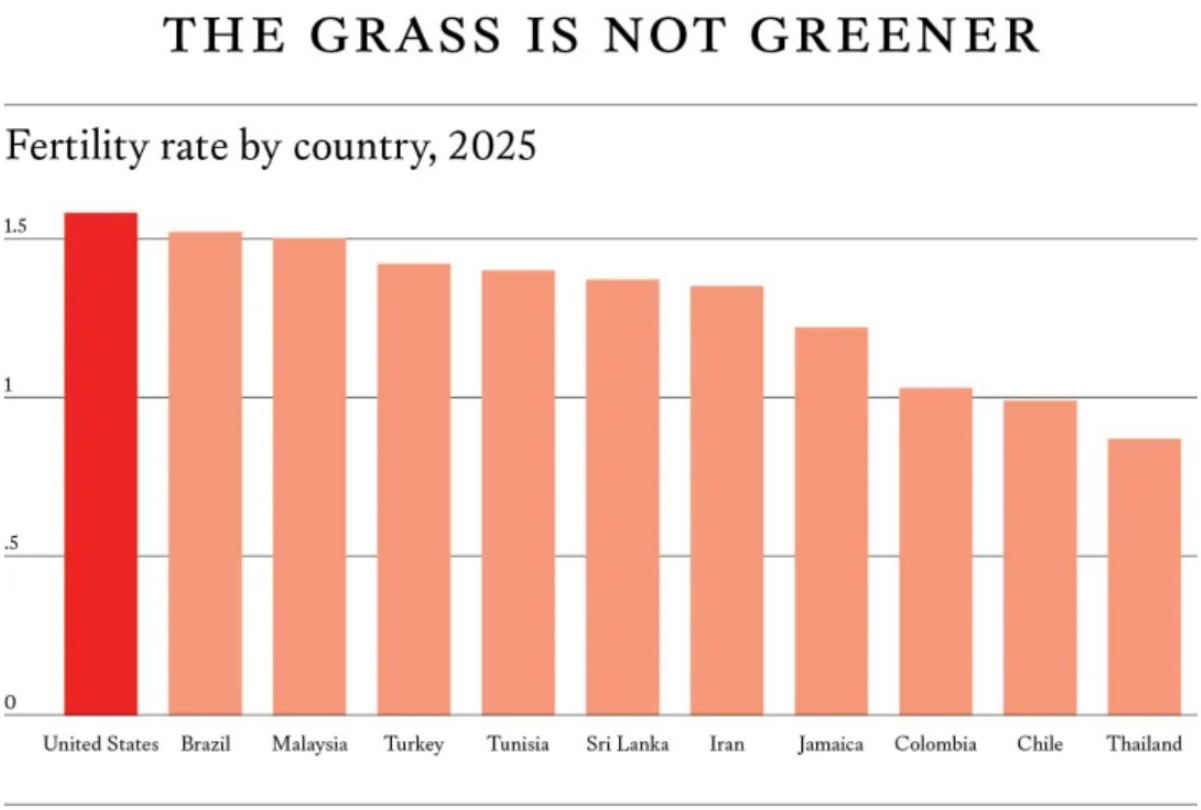
de la natalidad registrada por las agencias estadísticas nacionales, y sus proyecciones sobre la fecundidad futura se basan en supuestos cuestionables, como la previsión de una fuerte recuperación de las tasas de fecundidad en países como China. En comparación, la "variante baja" del informe (la previsión que adopta una visión más pesimista de la fecundidad futura) coincide casi exactamente con mi propia evaluación, que refleja estadísticas nacionales más recientes y adopta una visión menos optimista sobre la posible recuperación de la fecundidad. Según esta interpretación, el mundo ha caído por debajo de los niveles de fecundidad de reemplazo (aproximadamente 2,2 hijos por mujer) y seguirá cayendo.

Las tasas de natalidad están cayendo tan rápidamente que están desbaratando muchas suposiciones sobre demografía. Los descensos más pronunciados de la natalidad se han producido en países inesperados. Consideremos esta prueba. Elija el país con la tasa de natalidad más alta entre los siguientes: Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Jamaica, Irán, Malasia, Tailandia, Túnez, Turquía, Sri Lanka y Estados Unidos.

Estados Unidos , el más rico de los doce países, tiene la tasa de fertilidad más alta. Esto se cumple incluso al considerar únicamente la tasa de fertilidad de las madres nacidas en Estados Unidos (las madres inmigrantes tienen una tasa ligeramente superior a la de las madres nativas). Decenas de otros países de ingresos medios presentan ahora niveles de fertilidad inferiores a los de Estados Unidos.

Esa tendencia contradice la antigua explicación del cambio demográfico, que sostenía que la fertilidad disminuye invariablemente a medida que una comunidad o sociedad se enriquece. Es evidente que esto ya no es así. Entre los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), los miembros más ricos tienden a tener tasas de fertilidad más altas que los más pobres, incluso después de controlar los flujos migratorios. Tomemos como ejemplo México. Según la encuesta más reciente, en 2024, una mujer mexicana podía esperar tener 1,2 hijos a lo largo de su vida, muy por debajo del promedio de 1,57 de las mujeres blancas no hispanas en Estados

Unidos. El ingreso per cápita de México es solo alrededor del 28 por ciento del de Estados Unidos. Y hace apenas dos décadas, las tasas de fertilidad en México eran mucho más altas que las de Estados Unidos.



Source: Author's calculations.

Esta dinámica se da no solo entre países, sino también dentro de ellos. Los hogares más ricos y con mayor nivel educativo en Estados Unidos y otras economías avanzadas tienden ahora a tener más hijos que los más pobres y con menor nivel educativo, revirtiendo una tendencia que se había mantenido durante siglos.

No existe una única respuesta sencilla para explicar este fenómeno. La mayoría de las teorías no se sostienen ante la evidencia internacional. Factores que parecen contribuir a una menor fertilidad en Estados Unidos, como el aumento de los precios de la vivienda, no parecen tener relevancia en otros lugares, ya

que muchos países han experimentado descensos de fertilidad aún más pronunciados sin un aumento desorbitado de los precios de la vivienda.

Consideremos otro ejemplo recurrente: los teléfonos inteligentes. Algunos investigadores sugieren que su proliferación fomentó la individualización y el deseo de realización personal, lo que disuadió a muchas personas de tener hijos. Sin embargo, las tasas de fertilidad han estado disminuyendo en todo el mundo desde finales de la década de 1960, mucho antes de la aparición de los teléfonos inteligentes, y existen pocas pruebas de una aceleración de esta caída tras su introducción. En cambio, es más probable que el dispositivo sea un acelerador de mecanismos subyacentes que una causa en sí mismo: según mis cálculos, los teléfonos inteligentes comprimieron en diez años un cambio en la fertilidad que se habría producido de todos modos a lo largo de 25 años.

Otra explicación común para la disminución de la fertilidad es la mayor escolarización y el acceso al empleo femenino. Se argumenta que, liberadas de la función doméstica de dar a luz y criar hijos, las mujeres han optado por priorizar otros objetivos en lugar de la crianza. Si bien este cambio pudo haber influido en la disminución de las tasas de fertilidad durante el siglo XX, hoy en día no se considera una causa tan clara. De hecho, en los países de la OCDE, la correlación entre la fertilidad, por un lado, y la educación y el empleo femenino, por otro, es positiva: los países donde las mujeres tienen mayor nivel educativo y mayor probabilidad de trabajar fuera del hogar son también los que presentan tasas de fertilidad más elevadas. Y en otras regiones para las que los demógrafos disponen de buenas estadísticas vitales, como América Latina, las mujeres que no tendrán hijos en 2026 son las menos educadas y las que tienen mayor probabilidad de no formar parte de la fuerza laboral.

Amor moderno

Ante la falta de explicaciones claras y definitivas, surge una explicación más amplia para el colapso global de la fertilidad. A medida que las sociedades adoptan lo que a menudo se denomina «modernidad», se vuelven incapaces de

mantener tasas de fertilidad de reemplazo. La modernidad describe cómo los países han organizado la vida contemporánea en torno a instituciones formales (como escuelas, universidades y sistemas de salud), conocimientos especializados (a través de la acreditación de títulos, exámenes estandarizados y licencias profesionales) y sistemas de coordinación a gran escala (como corporaciones multinacionales, gobiernos y cadenas de suministro globales). No es sinónimo de capitalismo; los países comunistas también invirtieron fuertemente en educación masiva y burocracias (y experimentaron descensos concomitantes en la fertilidad). La única manera de gestionar sociedades grandes y complejas que aprovechan la tecnología moderna a gran escala es estandarizar el conocimiento y desvincularlo de las costumbres locales mediante la educación masiva, sistemas de especialización y burocracias.

La modernidad eleva el costo de tener hijos y reduce el de no tenerlos. Los padres deben brindarles a sus hijos conocimientos y credenciales académicas, una tarea que requiere décadas de esfuerzo y gasto. Las apretadas agendas laborales también entran en conflicto con el reloj biológico de los padres. Los años más productivos para un economista investigador, por ejemplo, suelen ser entre los 30 y los 45 años. Son también los años en los que se necesita dedicar más tiempo a los hijos. Por mucho que ofrezca una universidad, el día sigue teniendo solo 24 horas. Incluso cuando un investigador logra tener una familia numerosa y una sólida producción académica, siempre cabe preguntarse cuánto más habría producido con una familia más pequeña.

La modernidad también ha facilitado la decisión de no tener hijos. En las economías tradicionales agrarias y artesanales, los niños eran factores productivos útiles, ayudando en los campos y talleres. Además, cuidaban de sus padres y otros familiares mayores. Sin embargo, la organización moderna de la vida económica ya no exige que los niños desempeñen esos roles, y el surgimiento de los estados de bienestar ha brindado a las personas mayores otras formas de apoyo. El linaje, que antes determinaba el presente y el futuro de las personas, ya no lo hace de forma tan determinante.

Existen algunas excepciones a esta tendencia aparentemente universal. Comunidades religiosas muy unidas, como los ultraortodoxos en Israel y los amish en Estados Unidos, han logrado mantener altas tasas de natalidad, muy por encima del nivel de reemplazo. Sin embargo, estos grupos también se han mantenido al margen de gran parte de la vida moderna. Por ejemplo, los amish viven en zonas rurales, donde la vivienda es mucho más barata, y finalizan la educación formal en octavo grado, lo que elimina uno de los principales costos de criar a un hijo en la sociedad moderna: la educación superior.

El bay Flex

Aparte de estos focos idiosincrásicos, la modernidad se ha extendido por todo el planeta, con una disminución generalizada de la fertilidad. Sin embargo, las tasas están cayendo de forma desigual. En 1980, cuanto más rico era un país de la OCDE, menos hijos tenían sus mujeres. Para el año 2000, la situación inversa comenzaba a ser cierta. Esta misma inversión se observa dentro de los países. En Suecia, el demógrafo Martin Kolk descubrió que, en cada cohorte nacida entre 1940 y 1970, los hombres con mayores ingresos a lo largo de su vida tienen más hijos, y que entre las mujeres nacidas a partir de la década de 1960, las más pobres tienen menos hijos. En Estados Unidos, los economistas Moshe Hazan y Hosny Zoabi hallaron que, en la primera década del siglo XXI, las mujeres con un título de posgrado tenían alrededor de 2,0 hijos, una cifra significativamente mayor que los 1,8 hijos de las mujeres que solo tenían una licenciatura. Muchos adultos aún desean tener hijos y familias prósperas. Cuando Gallup preguntó a los estadounidenses sobre su número ideal de hijos en julio de 2025, la respuesta promedio fue 2,7, una cifra que apenas ha cambiado desde la década de 1970. Pero los hijos son costosos y no generan ingresos. Se han convertido en una especie de bien de lujo que las personas más ricas pueden permitirse en mayor medida que las más pobres. De la misma manera que un hogar más rico posee, en promedio, un automóvil más caro que uno más pobre, también tiene más hijos, al menos desde la década de 1990. Los padres prósperos pueden contratar ayuda doméstica, pedir comidas preparadas,

pagar servicios de entrega de comestibles o lavandería de alta gama y costear la matrícula escolar y las clases particulares.

Las familias más adineradas (y, entre ellas, las que tienen padres con mayor nivel educativo) también disfrutan de una vida familiar más estable. Por ejemplo, entre los estadounidenses nacidos entre 1957 y 1964 (una cohorte cuya vida adulta puede observarse casi por completo), aproximadamente la mitad de los hombres con un diploma de bachillerato pero sin estudios universitarios habían visto su primer matrimonio terminar en divorcio a los 55 años, en comparación con el 27 % de los hombres con una licenciatura o un título superior. Las familias estables dan lugar a una mayor fertilidad (y a mejores resultados para los hijos). En resumen, los ingresos y la educación mitigan algunas de las peores consecuencias de la modernidad. Esta conclusión también se aplica a los países en su conjunto: los países más ricos pueden, en promedio, permitirse más lujos, incluidos los hijos, que los países más pobres.

Si la conjetura de la modernidad es correcta, el cambio en la correlación entre ingresos y fertilidad que se observa en los países de la OCDE se extenderá a todos los demás países en las próximas décadas. Esto ya está ocurriendo en América: entre los países con al menos 20 millones de habitantes, Estados Unidos tiene la tasa de fertilidad más alta del hemisferio, muy por delante de Argentina, Brasil, Canadá, Colombia y México, y solo igualada por Perú, cuya tasa de fertilidad está cayendo en picado. (La tasa de fertilidad oficial de Venezuela es pura ficción).

El mismo fenómeno se producirá en el África subsahariana durante las próximas décadas. A menudo se proyecta que las altas tasas de fecundidad del continente compensarán las deficiencias en otras regiones, pero es probable que esto no suceda. De hecho, en aquellos países del África subsahariana para los que los demógrafos disponen de datos estadísticos ligeramente mejores, las tasas de fecundidad están disminuyendo muy rápidamente. Por ejemplo, una encuesta reciente a hogares en la República del Congo ha mostrado una disminución de la fecundidad de 5,1 hijos por mujer en 2011-2012 a 3,5 en 2025. Se están produciendo descensos similares en otras regiones y es probable

que se aceleren a medida que el África subsahariana sucumba a los mismos factores que han acelerado la disminución de la fecundidad en otros lugares.

De frente a la puesta de sol

Los próximos años traerán consigo profundos cambios demográficos, tanto dentro de los países como entre ellos. La ya marcada división entre regiones y grupos sociales con mayores ingresos y niveles educativos promedio, y aquellos con menores ingresos y niveles educativos promedio, se acentuará aún más, con la dimensión añadida de las tasas de natalidad contrastantes. El distrito escolar de un suburbio acomodado a las afueras de una importante ciudad de la costa este tal vez no tenga que lidiar con los cierres generalizados de escuelas que ya están experimentando los distritos urbanos. Y dado que el poder político en una democracia depende, al menos en cierta medida, del número de votantes, estas diferentes regiones y grupos sociales verán cambiar su influencia relativa en la política estadounidense: Nueva York, por ejemplo, ha perdido 19 votos en el colegio electoral desde la década de 1940.

Algo similar puede ocurrir entre países. En 1972, nacieron casi ocho veces más niños en China que en Estados Unidos. En 2025, esa cifra se redujo a 2,2 veces. La tasa de fecundidad total de China en 2025 fue de 0,93, mientras que la de Estados Unidos fue de 1,58. Si las tasas de fecundidad se mantienen en esos niveles, Estados Unidos superará a China en natalidad anual en algún momento de la década de 2080 y en población total alrededor de 2120. Esta fecha podría llegar antes si la diferencia entre las tasas de fecundidad de China y Estados Unidos continúa ampliándose.

La demografía no determina necesariamente el destino, pero un mundo en el que Estados Unidos tuviera una población mayor que China sería muy diferente al mundo actual. La disminución y el envejecimiento de la población tendrán un impacto directo en el desempeño económico de un país. En una investigación realizada con Gustavo Ventura y Wen Yao, he documentado que casi todo el bajo rendimiento económico de Japón en comparación con Estados

Unidos desde 1990 se explica por su peor situación demográfica, y no por crisis financieras ni políticas económicas deficientes. Entre las grandes potencias, Estados Unidos es el menos expuesto a los desafíos demográficos. Las poblaciones más jóvenes tienden a ser más innovadoras y menos dependientes del apoyo público, un hecho que augura un buen futuro para Estados Unidos en la competencia venidera.

Pero para la mayoría de los demás países, el declive demográfico generará problemas significativos. El envejecimiento de la población en Japón, por ejemplo, representa probablemente el mejor escenario posible para los países que se enfrentan a un declive demográfico. Cuenta con un Estado capaz y una sociedad homogénea con un alto grado de consenso. Más importante aún, Japón se enriqueció antes de envejecer. Países como México y Tailandia, que carecen de muchas de las ventajas de Japón, podrían tener dificultades para afrontar los mismos desafíos demográficos. Si bien las economías ricas pueden recurrir a la inmigración para mitigar algunos de los efectos de la baja natalidad, países como Túnez o Bolivia, que pierden a gran parte de su población por emigración, podrían tener más dificultades para lidiar con sus propias caídas de natalidad. La nueva dinámica de la natalidad presagia un mundo en el que las brechas entre ricos y pobres se amplían aún más, a medida que los países y comunidades más pobres sufren tensiones de las que los países y comunidades más ricos logran escapar.

Ahora todos somos Alemania Oriental

Salvo un improbable giro hacia las costumbres sociales de comunidades profundamente conservadoras e ideológicas, como los amish, solo las transformaciones en las circunstancias materiales contribuirán a aumentar las tasas de natalidad. A los gobiernos les ha resultado difícil determinar cómo abordar el descenso de la natalidad. Las políticas solo pueden influir hasta cierto punto para convencer a las personas de tomar la trascendental decisión de tener hijos. Pero eso no significa que los gobiernos no deban intentar revertir estas tendencias. Sus políticas deben respetar la libertad de los

ciudadanos para formar las familias que consideren mejores para ellos. La bajísima natalidad parece deberse no a la falta de deseo de tener hijos, sino a la ausencia de las condiciones que facilitarían, o incluso harían posible, la maternidad.

En este sentido, algunas políticas son obvias. Los gobiernos deberían hacer que los sistemas educativos sean más accesibles y menos competitivos que, por ejemplo, los de Asia Oriental y Estados Unidos, donde los altos costos y el estrés desalientan la maternidad. Deberían construir viviendas más asequibles y ofrecer guarderías más económicas. Estos cambios sustanciales pueden tener un impacto mínimo en las tasas de natalidad, pero incluso, por ejemplo, aumentar la tasa de fecundidad total de Estados Unidos de 1,58 a 1,7 tendría un impacto significativo. Las tasas de fecundidad se comportan como la rentabilidad de un fondo de jubilación: pequeñas diferencias anuales se acumulan hasta convertirse en grandes diferencias con el tiempo. Por lo tanto, las políticas que otorgan mayor libertad material para tener hijos pueden tener consecuencias muy importantes a largo plazo.

Si los gobiernos no implementan estas políticas, y si, de hecho, estas políticas no logran fomentar un aumento generalizado de la natalidad, el mundo se volverá aún más desigual. Las familias y los países más ricos ganarán mayor peso en la población, mientras que las familias y los países más pobres se debilitarán y disminuirán. Estos cambios generarán tensiones políticas, ya que la disminución de la población sumará a su pobreza relativa la desesperada sensación de no tener futuro demográfico. Alemania Oriental ofrece un ejemplo. Desde la reunificación, sus jóvenes (sobre todo las mujeres jóvenes) han emigrado a Alemania Occidental, sus ciudades se han vaciado y envejecido, y sus votantes se han inclinado por los partidos de ambos extremos del espectro político. Muchos países del mundo están a punto de convertirse en Alemania Oriental, pero pocos contarán con una Alemania Occidental que los financie. Los demógrafos suelen sugerir que el mundo está unido por el desplome de las tasas de natalidad. En realidad, es probable que el declive demográfico divida aún más al mundo.

JESÚS FERNÁNDEZ-VILLAVERDE es Profesor Presidencial Howard Marks de Economía en la Universidad de Pensilvania. Este artículo es una adaptación de “ Terra Incognita: La economía de un mundo en contracción ”, escrito en coautoría con Patrick Norrick y que se publicará próximamente en la Revista Anual de Economía de 2027.

Este artículo se publicó en Nueva Revista. Puede leer aquí el original.

Volver al índice



¿Y si la revolución sexual fue una trampa?

Lucía Martínez Alcalde

Nuestro Tiempo

Las han acusado de biologicistas, nostálgicas e incluso de ofrecer argumentos útiles para la **manosfera**. **Louise Perry** y **Mary Harrington** han desarrollado en esta década una voz feminista disidente. La caída de la natalidad, la dificultad para conciliar, el debate sobre la pornografía, el #MeToo, las *apps* de citas o el impacto de las tecnologías reproductivas han devuelto a la conversación cuestiones que se daban por superadas tras la revolución sexual. ¿Benefició a las mujeres tanto como prometía?

Mary Harrington era una adolescente que leía a **Simone de Beauvoir** cuando **Louise Perry** comenzaba a decir sus primeras palabras. A comienzos de los

2000, Harrington (Reino Unido, 1979), ya graduada en Literatura en Oxford, experimentaba con relaciones poliamorosas, el *kink* y las drogas, leía a **Judith Butler**, y el auge de internet y la aparición de las redes sociales la llevaron a bucear por mundos *online queer*, donde exploró la fluidez de género. Incluso llegó a cambiarse el nombre por **Sebastian**. No se quedó en las esferas digitales: probó la vida en comunas, entre ellas, una de liberación lésbica en Londres y, animada por los pensamientos utópicos y la fe ciega en el progreso que había mamado, tras una época de enlazar trabajos precarios, fundó con otros compañeros una *start up* tecnológica.

Sucedió casi al mismo tiempo: la crisis de 2008 y la quiebra de la empresa. **Harrington**, además, se desengañó de la vida en las comunas al percatarse de las dinámicas de poder tóxicas. Se acercaba a los treinta y brotaba en ella el deseo de otro tipo de relación, un vínculo donde permanecer, un sitio al que llamar *hogar*.

Mientras **Harrington** recomponía, en sus palabras, «algo parecido a una visión del mundo viable a partir de las ruinas humeantes de mi idealismo, impregnado de teoría *queer*, doblemente liberal y contrario a toda jerarquía», **Louise Perry** (Reino Unido, 1992) iniciaba su carrera de Antropología en la Escuela de Estudios Orientales y Africanos en Londres. El feminismo liberal que embebía sus clases, y en particular el movimiento trans, le causaban ya entonces algunas dudas. Pero se dio cuenta de que, en aquel entorno, no podía expresarlas abiertamente; no había espacio para la disidencia. Entonces, conoció a la feminista radical **Julie Bindel**. Cuando una universidad canceló una conferencia suya, por sus posturas críticas con el movimiento trans, **Perry** pensó que aquello era injusto y le escribió para decírselo. **Bindel** le contestó muy agradecida y le invitó a café.

Tras graduarse, en 2014, entró a trabajar en un centro de atención a víctimas de violación. Ahí sus dudas se agigantaron: toda la teoría feminista de la que se había empapado chocaba de repente con la realidad de aquellas mujeres a las

que ayudaba, y empezó a interesarse por las explicaciones biológicas de la diferencia entre hombres y mujeres.

Es 2017 y los caminos de **Harrington** y **Perry** aún no se han cruzado. Ambas se han casado y **Harrington** está viviendo la experiencia que dará forma a todo el pensamiento que desarrollará después: es madre de una hija. Tras un parto complicado, se maravilla al comprobar cómo su bebé la necesita a ella y cómo ella, a su vez, disfruta de la dependencia del vínculo. Los cambios en su cuerpo, además, son tan palpables que resultan irreconciliables con la idea de que el cuerpo es maleable a voluntad.

Louise Perry publica en 2022 su primer libro, *Contra la revolución sexual*, entre los nacimientos de su primer y su segundo hijo. Un año después de **Perry**, **Mary Harrington** lanza *Feminism Against Progress*. Sus tesis convergen en una mirada crítica hacia la revolución sexual y el feminismo liberal, que, según defienden, han traído más daños que beneficios. «Hemos pasado sin apenas darnos cuenta de una forma de subordinación femenina a otra, pero fingimos que esta última es una liberación», escribe **Perry** en su libro. Y lamenta que, cuando alguien señala que esto ha traído «más violencia, más abuso y más infelicidad», sus defensores no revisan sus planteamientos, sino que piden más liberación sexual, porque argumentan que el problema es que la revolución aún está incompleta.

Perry no se queda en denuncias teóricas: su libro está jalonado de muchísimos casos concretos sobre los efectos de la violencia sexual, la pornografía o la cultura del sexo casual, que, de hecho, hiere también a los hombres. Una ideología, como ella expresa, que nos ha vendido que nuestros deseos son buenos y que encontraremos el sentido de nuestra vida satisfaciéndolos a cualquier coste. En su libro propone «una contrarrevolución sexual», «una forma alternativa de cultura sexual, que reconozca a los demás seres humanos como gente real, con dignidad y valor reales».

Otras víctimas de la revolución sexual

«El porno es al sexo lo que un McDonald's es a la comida», sentencia Louise Perry en Contra la revolución sexual, siguiendo la teoría que etiqueta como superestímulos *tanto la comida basura como la pornografía. Ahí señala otra contradicción: llevada a sus últimas consecuencias, la liberación sexual debería hacer del porno un progreso, no un daño. Pero la pornografía hiere a quien la consume, a las mujeres de la industria, a quienes se relacionan con sus consumidores y a toda la población.* ***Perry*** *describe un guion sexual cada vez más agresivo y desprovisto de amor —la «pornificación de la conducta sexual»— que además incapacita a los hombres para el sexo real.*

Harrington, por su parte, juzga cómo algunos «avances» tecnológicos han contribuido a la mercantilización del cuerpo, que ya se considera *meat Lego* (piezas de Lego de carne que uno puede manipular a su antojo). La graduada en Oxford se define —medio en broma, medio en serio— como «feminista reaccionaria», un término que acuñó en un artículo en 2021 y desglosó en su libro, y al que otras voces feministas (entre ellas, **Perry**, que alguna vez lo ha llamado también «feminismo posliberal») se han adherido.

Justo después de que **Harrington** publicara su libro, **Louise Perry** la invitó a su pódcast, *Maiden Mother Matriarch*, y desde entonces han aparecido juntas en mesas redondas y otros eventos. Durante tres años coincidieron escribiendo en la revista de análisis *UnHerd*, donde **Harrington** sigue siendo colaboradora habitual. **Perry** ha trabajado también en otros medios, como *The New Statesman, The Spectator,* y en la actualidad tiene una columna en el *Wall Street Journal*. Sus choques con el feminismo liberal se encarnan en la defensa que desarrollan de las diferencias biológicas entre los sexos, el cuestionamiento del uso de la píldora anticonceptiva, la necesidad de cambiar la cultura del sexo casual y el papel clave de la maternidad y el matrimonio.

Más libres en el terreno sexual, pero ¿más felices?

La cultura de sexo casual que la liberación feminista propició ha dañado profundamente a las mujeres. **Perry** lo sintetiza en los títulos del índice («Algunos deseos son malos», «El sexo sin amor no empodera», «El consentimiento no es suficiente», «La violencia no es amor» y «Las personas no son productos») y se apoya en la biología evolutiva, mientras que en **Mary Harrington** predomina el análisis histórico y la crítica cultural.

Ha calado la idea de que el sexo es solo una actividad de placer —el «desencantamiento del sexo», lo llama **Perry**—, pero, al mismo tiempo, la sociedad y la justicia condenan los abusos sexuales. El sexo «no es como otras formas de socializar, no es como tener una conversación o jugar al tenis», afirmó **Perry** en un debate en el pódcast de **Steven Bartlett**, *The Diary of a CEO*. Por eso, señaló, una violación es peor que un robo.

El dogma moderno de que «El sexo es solo sexo» ha venido posibilitado por la píldora anticonceptiva. En este diagnóstico también coinciden **Perry** y **Harrington**: cuando las relaciones sexuales no estaban separadas de la posibilidad de reproducción, el riesgo de un embarazo no planeado llevaba a las mujeres a ser mucho más selectivas respecto de con quién (y cuándo) se acostaban. Al reducir ese riesgo, la irrupción de la píldora aportó una ilusión de que el sexo no tenía consecuencias —así las mujeres por fin podrían liberarse, y ser iguales a los hombres en el campo de la sexualidad—. Pero no desaparecen del todo ni las físicas (la posibilidad de concepción no se elimina al cien por cien; por otro lado quedan, además, las enfermedades de transmisión sexual) ni las emocionales. Y está bien que así sea, afirma **Perry**, que no acepta la proclama de que, si las mujeres pueden «tener sexo como los hombres», eso les otorgará vidas más felices y sanas.

El 'shock' tecnológico de la píldora

Sin negar que la píldora trajera ventajas, **Perry** cuestiona si la libertad puede ser el criterio último y a quién ha beneficiado en mayor medida la liberación sexual. **Harrington**, en su libro, propone devolver al sexo el peso, el significado y las consecuencias que tiene: «Al recuperar así la sexualidad humana como algo que hombres y mujeres gobiernan conjuntamente [...], podemos empezar a arrebatar el poder de la sexualidad a su actual papel desencantado, carente de afecto, como actividad de ocio de bajo riesgo».

Coinciden en que restituir al sexo su naturaleza es una tarea conjunta de hombres y mujeres y en la conveniencia de repensar el uso de la píldora anticonceptiva. En este punto, **Harrington** se muestra categórica: «No toméis la píldora». En su argumentación recoge la idea de la periodista británica **Virginia Ironside**: al disminuir el riesgo de embarazo, la píldora ha hecho más difícil decir que no a una proposición sexual, porque en un escenario en el que las mujeres son estériles por defecto, su disponibilidad sexual ya no depende de sus periodos fértiles.

«Hemos pasado sin apenas darnos cuentas de una forma de subordinación femenina a otra, pero fingimos que esta última es una liberación»

Louise Perry

La propuesta de Perry se centra en priorizar la virtud sobre el deseo: «No deberíamos asumir que cualquier sentimiento que descubrimos en nuestro corazón (¡o en nuestras entrañas!) tiene que llevarse a la práctica». Y esto es una tarea para hombres y mujeres, una tercera vía, como ella señala, entre el liberalismo sexual y el tradicionalismo.

Diferencias de sexo sin guerra de sexos

Aunque la tarea de priorizar la virtud sobre los deseos sea para ambos sexos, **Perry** explica en su libro que la experiencia de la sexualidad de hombres y

mujeres es muy diferente de media (tanto en la manera de desear como en la conducta), y que por eso ellos deben demostrar incluso más control que las mujeres a la hora de tomar decisiones que implican a la ética sexual. Fue una de las revelaciones que tuvo cuando trabajaba en el centro de ayuda a víctimas de violación: que la violencia sexual tenía que ver más con la diferencia sexual que con el poder.

Tanto para **Perry** como para **Harrington**, afirmar que hombres y mujeres somos diferentes no representa un peligro para defender la igualdad en ámbitos no relacionados con el dimorfismo sexual. Pero negar por principio la asimetría sexual (por ejemplo, el hecho de que solo las mujeres pueden embarazarse o los riesgos que asumen unas y otros en el sexo casual) o dar por sentado que es solo producto de la socialización no asume lo que la realidad es. **Harrington** señala que, si las diferencias de sexo fueran solo culturales, tendríamos que haber visto cambios después de tantas décadas en las que la cultura y la sociedad han intentado abolirlas. Pero la asimetría sexual permanece, aunque se haya minimizado en ciertos aspectos, y las diferencias, aunque relativamente pequeñas a nivel individual, son «significativas cuando se observan a gran escala», y están presentes en la fisiología así como en los intereses y preferencias.

Más allá de las trad wives

El feminismo reaccionario *no tiene relación con las trad wives.* ***Mary Harrington*** *aclara en* Feminism Against Progress *que ese fenómeno, en realidad, no es tradicional, sino moderno. Durante la mayor parte de la historia de la humanidad, en la era preindustrial, hombres y mujeres se repartían las tareas (el negocio familiar, la granja, la crianza) sin una distinción tan marcada entre fuera y dentro de la casa.* ***Harrington*** *añade que, al menos en ciertas profesiones, esas fronteras vuelven a difuminarse hoy: el teletrabajo devuelve la actividad laboral al hogar y abre nuevas posibilidades, un indicio de cómo podría ser vivir «el tipo de interdependencia que sostenga una solidaridad práctica y estable a largo plazo» entre hombres y mujeres.*

Desde otras coordenadas del feminismo, se las suele acusar de caer en el determinismo biológico, o señalan, como argumento en su contra, que sus ideas son bien acogidas entre la derecha política, la *manosfera* o intelectuales como **Jordan Peterson** y **Rod Dreher**, según escribía Helen Lewis en *The Atlantic*.

Frente a la cultura del sexo casual, **Harrington** y **Perry** proponen algo que puede sonar muy reaccionario para algunos: esperar a tener sexo. **Harrington** habla de reservarlo a «un contexto de confianza e intimidad», y apunta que, aunque su consejo no implica sí o sí renunciar al sexo antes del matrimonio, hay que ser consciente de que «si juegas con este tipo de fuego [...], mejor ten la absoluta certeza de que puedes confiar en tu pareja». **Perry**, por su parte, en su libro recomendaba no tener sexo en los primeros meses de relación.

«Si las diferencias de sexo fueran solo culturales, tendríamos que haber visto cambios después de tantas décadas en las que la cultura y la sociedad han intentando abolirlas»

Esta defensa, en ambas, no viene por una nostalgia del pasado. Su enfoque es pragmático. **Perry** explica que esta actitud filtra automáticamente a los chicos que solo buscan sexo de una noche, da a las mujeres el tiempo para conocer al otro antes de ponerse en una situación de vulnerabilidad, y, al evitar el apego que viene con una relación sexual, es más fácil detectar *red flags*. Y, cuando una se plantea una posible pareja, sugiere preguntarse menos si podría ser un buen novio y más si podría ser un buen padre para sus hijos. Da igual que piense o no en tenerlos; si la respuesta es «no», ese hombre no es digno de su confianza. En diversas entrevistas, años después de la publicación del libro, **Perry** ha confesado que, de volver a escribir esa parte, habría dicho algo aún más contracultural: mejor esperar al matrimonio.

Redescubrir la monoguia

«Reimaginar el matrimonio como la condición que hace posible una solidaridad radical entre hombres y mujeres, y como la unidad más pequeña desde la que resistir la inmensa presión económica, cultural y política que nos empuja a convertirnos en átomos aislados dentro del mercado». Esta es la visión posromántica de **Harrington**, que se aleja de la noción de matrimonio como medio para la autorrealización personal.

Las dos intelectuales han expresado su mirada crítica sobre el divorcio. Su sugerencia no es prohibirlo, pero sí encararlo con la gravedad que conlleva. **Louise Perry** defiende que, en general, el mejor escenario para los hijos es vivir con sus padres biológicos, y, frente a la narrativa que afirma que «es mejor para los niños que sus padres estén felices que el simple hecho de que estén juntos», señala que, en realidad, los menores no se benefician del divorcio de sus padres (salvo en caso de maltrato).

«El matrimonio, en cuanto a la estabilidad que ofrece y la solidadez que proporciona a los vínculos, es el lugar donde las mujeres que son madres pueden desarrollarse con más plenitud»

Su defensa del matrimonio (que otras feministas han lamentado en diferentes reseñas) es, una vez más, de tipo práctico. **Perry** argumenta a lo largo del libro cómo la revolución sexual favorece sobre todo al tipo de hombre «seductor irresponsable», y defiende que es tarea del feminismo disuadir a los varones de ese modo de masculinidad: «Necesitaríamos una tecnología social que desincentivara el cortoplacismo en el comportamiento sexual masculino, protegiera los intereses económicos de las madres y proporcionara un entorno estable para la crianza de los hijos. Y esa tecnología ya existe, aunque sea antigua, imperfecta y propensa a fallar de vez en cuando. Se llama matrimonio monógamo». La periodista considera que la monogamia no es nuestro estado natural y que por eso necesita ser sostenida por leyes y normas sociales.

«Cásate y haz todo lo posible para permanecer casado», escribe **Perry**. «Elegir a una persona también significa seguir eligiéndola», afirma **Harrington**, incluso cuando llega la rutina y la relación no se siente especialmente ilusionante. La iniciadora del feminismo reaccionario, crítica con todo el proceso de mercantilización de las relaciones y de los cuerpos en las últimas décadas, deja claro que, en su visión, el matrimonio «no es un contrato, sino una alianza». Además, añade, el matrimonio, en cuanto a la estabilidad que ofrece y la solidez que proporciona a los vínculos, es el lugar donde las mujeres que son madres pueden desarrollarse con más plenitud.

El cuerpo de una madre

El progreso, según **Harrington**, ha empujado a las mujeres a separarse de sus propios cuerpos: se mira con sospecha que una mujer tenga que dejar de producir por estar gestando y luego criando una vida que depende de ella.

Como explica **Erika Bachiochi** en *Recuperar una visión perdida*, fue en el transcurso del siglo XX cuando el movimiento feminista comenzó a escorarse desde una perspectiva que asumía la interdependencia de la maternidad (sin renunciar a conseguir la autonomía económica y política, la igualdad y los derechos de los que ya gozaban los hombres) hacia una corriente que priorizaba la autonomía individual desvinculada, y que pretendía extender los conceptos de igualdad y libertad a la realidad del dimorfismo sexual. La píldora creó el espejismo de que era posible. **Harrington** se lamenta del curso que han tomado esas corrientes, y se pregunta «hasta qué punto la pretensión de trascender nuestros cuerpos sexuados en favor de un estado humano "sin género"» es favorable a las mujeres.

La conclusión lógica de este intento de escindir el vínculo madre-hijo y de separar el sexo de sus consecuencias naturales fue la promoción del aborto, como una alternativa de emergencia para cuando la anticoncepción fallara. Y falla. La píldora es efectiva en un 91 por ciento en su uso típico. **Perry** recoge datos de Estados Unidos en 2014: la mitad de las mujeres que han abortado

habían usado anticonceptivos en el mes en que se habían quedado embarazadas. En sus libros, ni **Perry** ni **Harrington** se muestran a favor de prohibir el aborto, pero subrayan lo pernicioso de una dinámica social que presenta el embarazo como un obstáculo para la libertad de las mujeres y el aborto como la solución necesaria para preservar esa libertad.

La mentalidad de que el riesgo de un embarazo no planeado se podía eludir de manera fácil llevó, según **Perry**, no solo a que la maternidad fuera una elección biológica para las mujeres, sino a que la paternidad se convirtiera en una elección social para los hombres. Siguiendo ese razonamiento, si una mujer se queda embarazada sin planearlo y decide no abortar, es su decisión y su responsabilidad, y el hombre no tiene ningún deber con esa nueva vida.

Harrington denuncia la idea de que lo fundamental que nos hace personas con derechos sea «priorizar esa autonomía incluso hasta el punto de matar a niños no nacidos». «En su versión más utópica, el feminismo reaccionario sueña con un mundo en el que todos los bebés sean bienvenidos», afirma en su libro; un escenario, por tanto, donde no predomine la versión atomizada e individualista de lo que significa ser persona.

Una de las voces de los nuevos feminismos que lleva años abogando por la noción de dependencia es **Leah Libresco Sargeant**. Perry la cita en su libro: «La teoría liberal del individuo independiente como la unidad básica de la sociedad está llena de excepciones [...]. Sería más justo decir que la dependencia es nuestro estado natural, y la autosuficiencia la anormalidad».

«En su versión más utópica, el feminismo reaccionario sueña con un mundo en el que todos los bebés sean bienvenidos»
Mary Harrington

La psicoanalista estadounidense **Erica Komisar** defendió en el pódcast de **Steven Bartlett** lo que ella llama un «feminismo maternal» y criticó la

mentalidad que lleva a desprestigiar a las mujeres que deciden dedicarse unos años a sus hijos. Frente a ella, **Deborah Frances-White**, humorista y feminista británica, objetó que las feministas que conoce son un gran apoyo para las madres en su comunidad y que no veía necesario poner el adjetivo «maternal» para asumir que al movimiento le importan los niños. Sin embargo, según **Perry**, la relación entre feminismo y maternidad ha sido complicada desde los años sesenta: para quien piensa que los sexos son intercambiables, la maternidad es un problema en su teoría porque subraya las diferencias entre hombres y mujeres. En el libro, ilustra esta tensión con un dato: la maternidad se aborda en menos del 3 por ciento de los artículos de prensa, artículos académicos o manuales sobre teoría de género contemporánea.

Durante décadas, el feminismo luchó para liberar a las mujeres de los límites impuestos por la naturaleza o la tradición. **Perry** y **Harrington** sostienen que algunos de esos límites no eran cadenas sino las condiciones para vínculos más estables y una sociedad más humana. En una época que identifica el progreso con la superación de cualquier barrera, han puesto precisamente los límites —el cuerpo, la diferencia sexual, la dependencia— en el centro de la conversación y han trazado surcos en los debates que años de revolución sexual habían dado por clausurados.

Las autoras
Dos voces del feminismo reaccionario

Louise Perry
Reino Unido, 1992
Estudió Antropología en la Escuela de Estudios Orientales y Africanos (SOAS) de la Universidad de Londres.
En 2022 publicó The Case Against the Sexual Revolution. A New Guide to Sex in the 21st Century. Está trabajando en un nuevo libro, con el título provisional de The Case for Having Kids.
Escribe columnas en el Wall Street Journal y es responsable de prensa de la organización activista We Can't Consent To This.

Está casada y es madre de dos niños.

Mary Harrington
Reino Unido, 1979
Estudió Literatura Inglesa en Oxford.
En 2023 publicó Feminism Against Progress.
En junio de 2027 está previsto el lanzamiento de su nuevo libro: The King and the Swarm: Politics after the Singularity.
Es colaboradora habitual de la revista UnHerd.
Está casada y es madre de una niña.

Este artículo se publicó en Nuestro Tiempo. Puede leer aquí el original.

Volver al índice



De objeto de la mirada a objeto del algoritmo: el cuerpo femenino ante los ‘deepfakes’

The Conversation

La condena dictada el pasado mes de octubre en Sevilla contra tres hombres por manipular, mediante inteligencia artificial, fotografías de varias jóvenes para crear falsos desnudos ha vuelto a situar en el centro del debate una cuestión incómoda: ¿qué ocurre cuando una tecnología permite fabricar imágenes sexuales de una persona?

La pregunta no es solo jurídica ni tecnológica. También es ética, educativa y sociocultural. Además, afecta a la forma en que entendemos la imagen, el consentimiento y el cuerpo en la era digital.

El cuerpo ya no necesita existir para ser expuesto

Durante años, la preocupación en internet se centró en la difusión no autorizada de fotografías íntimas. Actualmente, ya no es necesario disponer de esas imágenes para causar daño. Es suficiente con una fotografía copiada o descargada de una red social, un programa de inteligencia artificial y unos pocos segundos para generar una representación hiperrealista y no autorizada de una persona desnuda.

Las imágenes sintéticas pueden inventar un cuerpo femenino inexistente, una escena que nunca ocurrió o una situación que jamás tuvo lugar. Lo que vemos deja de ser necesariamente el reflejo de una realidad para convertirse en una representación visual generada por un algoritmo.

Esta transformación tiene consecuencias profundas. No solo porque dificulta distinguir entre lo auténtico y lo falso, sino porque altera nuestra relación con la identidad y la imagen personal, que deja de depender de nosotros para ser creada o manipulada por otros.

Hoy alguien puede producir una versión digital de nuestro cuerpo sin nuestro conocimiento ni consentimiento, incluso, sin que exista una fotografía original.

Tecnología nueva para una práctica muy antigua

La inteligencia artificial no ha inventado la cosificación de las mujeres. La cultura visual occidental está llena de ejemplos que muestran cómo la imagen femenina ha sido creada, durante siglos, como objeto de contemplación, producto de deseo o consumo. Desde las representaciones clásicas de Venus hasta determinados modelos publicitarios contemporáneos, su cuerpo ha ocupado un lugar central en la construcción de ideales de belleza y feminidad, conceptos tradicionalmente asociados a la sexualización y la cosificación femenina.

Lo que cambia ahora es la escala. La inteligencia artificial permite automatizar procesos que antes requerían tiempo, conocimientos técnicos o recursos. La producción de imágenes ya no está limitada a fotógrafos, diseñadores o editores profesionales. Cualquier usuario puede generar cientos de ellas en pocos minutos.

La novedad, por tanto, no es la existencia de determinados imaginarios sobre las mujeres, sino la capacidad de algunos usuarios malintencionados de reproducirlos y divulgarlos masivamente.

¿Por qué las principales víctimas son mujeres?

Las investigaciones sobre los *deepfakes* muestran que la inmensa mayoría de los contenidos manipulados de carácter sexual tienen a las mujeres como objetivo. No se trata de una casualidad ni de una consecuencia inevitable de la tecnología.

Los sistemas de inteligencia artificial no producen imaginarios desde el vacío. Aprenden a partir de enormes volúmenes de imágenes que reflejan valores, prejuicios, estereotipos de género y jerarquías de poder presentes en la sociedad y creadas a lo largo de la historia. Por esta razón, tienden a reproducir patrones socioculturales preexistentes.

El derecho a la propia imagen en la era de la IA

La posibilidad de crear desnudos falsos plantea, además, un desafío para conceptos que parecían consolidados.

¿Qué significa el derecho a la propia imagen, cuando una representación puede generarse sin que la persona retratada haya participado en ella? ¿Cómo se protege la reputación de alguien frente a imágenes que nunca existieron pero

que resultan verosímiles? ¿Quién controla un cuerpo digital que otros pueden fabricar artificialmente?

Estas cuestiones son especialmente importantes para adolescentes y jóvenes, que desarrollan una parte significativa de su vida social en entornos digitales. Una imagen manipulada puede difundirse con enorme rapidez y permanecer accesible durante años, incluso después de haber sido desmentida.

El impacto, además, no es únicamente psicológico. También puede afectar a relaciones personales, oportunidades profesionales y formas de participación social.

Aprender a mirar de nuevo

Frente a este escenario, las respuestas legales son necesarias, pero no suficientes.

La sociedad necesita desarrollar nuevas formas de alfabetización visual. Durante décadas, aprendimos a interpretar la publicidad, la fotografía y los medios audiovisuales. Ahora debemos comprender que ver ya no equivale necesariamente a creer. Esto implica conocer cómo funcionan los algoritmos y entender que las imágenes digitales pueden ser construcciones artificiales capaces de influir en nuestras emociones, opiniones y comportamientos.

Pero supone también algo más importante: promover una cultura basada en el respeto al consentimiento y a la dignidad de las personas. Porque el problema de los desnudos falsos creados mediante inteligencia artificial es que facilitan una forma de violencia visual y violencia de género que resulta más rápida, más barata y más difícil de controlar.

La tecnología ha conseguido crear cuerpos que nunca existieron. El reto que tenemos por delante es evitar que los daños que generan esas imágenes se conviertan en una nueva normalidad. Para lograrlo, quizá debamos empezar

por reconocer que este debate no debe centrarse solo en la inteligencia artificial. Trata, sobre todo, de poder, de representación, de derechos y de igualdad en la sociedad digital del siglo XXI.

Este artículo se publicó en The Conversation. Puede leer aquí el original.

Volver al índice



Tim Jackson: "La prosperidad tiene más que ver con la salud que con la riqueza"

Clara Rojas

El Mundo

Tim Jackson (Reino Unido, 1957) niega que escriba sobre causas perdidas, aunque entiende que en el mundo actual se puedan percibir así las cuestiones que ha abordado en distintos ensayos: la sostenibilidad, la prosperidad más allá del capitalismo (escribió *Prosperidad sin crecimiento*, Libro del Año para *Financial Times* en 2010) y, ahora, la salud y el bienestar como motores de actividad económica.

En *La economía del cuidado* (Ed. Paidós) explica cómo ha evolucionado la forma de atender a las personas a lo largo de la Historia y analiza su dimensión

política y de género. Una labor que, pese a ser tan exigente como esencial para el conjunto de la sociedad, suele estar mal remunerada y es invisibilizada por un mercado obsesionado con la productividad. En estos momentos en los que la inteligencia artificial (IA) se promociona como palanca para revolucionar los servicios sanitarios, el ensayo expone que el principal obstáculo en el área del cuidado es... el propio ser humano y sus prioridades. Profesor en la Universidad de Surrey y ex responsable de la Comisión de Desarrollo Sostenible de Reino Unido, Jackson anima a pensar qué pasaría si nos tomásemos en serio la salud como objetivo común y si el cuidado se convirtiera en un principio sobre el que organizar la economía.

P. Ha escrito sobre la sostenibilidad, la ecología y, ahora, el cuidado. Son cuestiones de las que el ciudadano medio se olvida cuando estalla una crisis...

R. Ése es uno de los puntos del libro: replantear la idea del cuidado. No es una causa perdida, es fundamental para la vida, pero en la economía está completamente desatendida. Es el pariente pobre de todo el modelo basado en el crecimiento productivo. Sin embargo, el cuidado es el principio organizativo de la vida que nos devuelve continuamente al equilibrio de la salud.

P. En su libro recalca la importancia de contar con un buen sistema sanitario en una sociedad que envejece, lidia con la enfermedad, afronta pandemias... Pese a ello, es un servicio público permanentemente amenazado por los recortes. Aquí en España existe un gran debate en torno a su gestión. ¿Cree que la salud es una prioridad en la agenda política?

R. No, y es algo que ha cambiado en los últimos cuatro años. Durante el Covid nos dimos cuenta de la importancia de la salud y vimos que los trabajadores fueron lo único que se interpuso entre nosotros y el desastre. En ese momento el cuidado se situó en el eje central de nuestras vidas de una forma que no había ocurrido en mucho tiempo. Sin embargo, muy poco después de la pandemia, nos olvidamos de esa lección. Comprensiblemente, queríamos dejar atrás el

confinamiento, la tragedia, la amenaza del virus. Ese olvido de la importancia capital del cuidado sucedió muy, muy rápido. Mucho más de lo que yo pensaba.

Los cuidados son el pariente pobre de la economía basada en el crecimiento. Necesitamos ponerlos en el centro"

P. ¿Por qué ya no es una prioridad?

R. La asistencia y la salud se ven afectadas por dos fuerzas distintas que asignan los recursos de manera diferente. La primera de esas fuerzas es la idea de que antes de preocuparnos por cosas tan agradables como la salud, deberíamos preocuparnos por el crecimiento económico y la productividad, porque de ahí vienen los beneficios. La otra fuerza tiene que ver con lo que llamamos seguridad, en particular la geopolítica: nos adentramos en un mundo cada vez más militarizado en el que los recursos se están canalizando hacia la violencia en lugar de hacia el bienestar. Destinamos nuestros recursos a esas áreas y, sin embargo, cada una de ellas, a su manera, empieza a socavar la prosperidad y la seguridad que buscamos.

P. ¿Me lo explica con un ejemplo concreto, por favor?

R. La Unión Europea, después de la pandemia, creó un programa de salud dotado con 5.000 millones de euros para los siguientes cinco o seis años. ¿Qué pasó? Que, de repente, la UE también decidió comprometer 800.000 millones de euros para rearmar Europa frente a amenazas extranjeras. A mi juicio, eso no es invertir en seguridad, sino fomentar guerras lejanas y eternas. En consecuencia, ni disponemos de recursos suficientes para el sistema sanitario ni los estamos distribuyendo de forma óptima, porque no estamos destinando ni de lejos lo necesario para prevenir las enfermedades crónicas que están surgiendo. Pero eso es una elección social, que se da porque priorizamos la productividad, el crecimiento y la seguridad a través de la guerra.

P. ¿Qué quiere decir con que "es una elección social ?

R. No son decisiones individuales: elegimos gobiernos que toman y respaldan estas decisiones. Y participamos en iniciativas que también forman parte de ellas. Pero no son leyes de la naturaleza. Y cambian con el tiempo.

P. Sufrimos una crisis relacionada con la vivienda en España y en Europa. ¿Repercute esto en la salud?

R. El impacto es enorme. Una vivienda segura, asequible y de buena calidad es absolutamente esencial para la salud. Es uno de sus determinantes sociales: si no existe un parque de viviendas que funcione correctamente y esté al alcance de la gente, se produce una carestía (inmuebles de mala calidad, casas inasequibles) y se genera estrés. Todo eso repercute en la salud. Hay evidencias económicas y fisiológicas de que la esperanza de vida es menor en las zonas con viviendas precarias y con ingresos más bajos. Porque el coste de la vivienda supone una carga para el presupuesto familiar, lo que implica no poder comprar alimentos saludables o no tomar decisiones convenientes...

"En la pandemia nos dimos cuenta de la importancia de los trabajadores sanitarios, pero hemos olvidado esa lección demasiado rápido"

P. ¿Cómo explica que la economía crezca en un país, pero el poder adquisitivo de los hogares no aumente al mismo ritmo?

R. Los ingresos no se están distribuyendo de manera equitativa.

P. ¿Y qué ocurre con el efecto de prosperidad?

R. Se produce en un sentido restringido, porque hay gente que se está beneficiando. Por ejemplo, hay un efecto generacional difícil de abordar y que va en aumento: los jóvenes no pueden permitirse comprar una vivienda. Los propietarios de viviendas siguen pagando hipotecas elevadas, pero al menos

pueden mantener su hogar. En realidad, ¿dónde va el dinero de las hipotecas? Las cuotas son pagos a los bancos, que obtienen beneficios de ellos que van a parar a sus accionistas. Es decir, alguien se está haciendo más rico. Lo mismo pasa con los propietarios y los inquilinos: los segundos pagan cada vez más y los primeros ingresan también cada vez más dinero. El PIB aumenta, el nivel de vida y la renta disponible de los hogares corrientes disminuye (sufren las consecuencias). Pero alguien se está beneficiando.

P. En su ensayo denuncia que vivimos en una sociedad que persigue la productividad sin descanso, con el consiguiente incremento del estrés. También señala que nuestra cultura es, en sí misma, patógena.

R. El corazón del problema es una concepción equivocada de la economía. Para resolverlo, tenemos que plantear el conflicto, darnos cuenta de que el problema reside en las instituciones sociales que hemos construido sobre una base de ideas equivocadas. La prosperidad tiene más que ver con la salud que con la riqueza, y el cuidado es la fuerza reparadora que nos devuelve la salud. Necesitamos esos mecanismos en nuestra sociedad, pero lo que hemos hecho ha sido deshacernos de ellos. Ahora tenemos que tomar las decisiones correctas: invertir y situar los cuidados en el centro de la economía. Y entender la propia economía como una forma de cuidado. Todo ello debería orientar nuestra manera de abordar la crisis de la vivienda, la relación con nuestros aliados y adversarios políticos, la industria alimentaria y la agricultura, el desarrollo del sistema sanitario, la idea de productividad...

"¿La IA en los cuidados? En Japón hubo mucho entusiasmo cuando introdujeron los robots asistenciales, pero poco tiempo después estaban en un armario"

P. Pues precisamente las empresas en España están preocupadas porque la productividad está cayendo...

R. Hay que diferenciar entre productividad marginal y productividad media. La marginal es la que aporta la última innovación. Por ejemplo, la IA. Imaginemos

que nos proporciona enormes aumentos de productividad, especialmente en aquellas tareas en las que puede utilizarse. La idea es que eleve la productividad media del conjunto del país. Pero supongamos que una de las cosas que hace la IA es aumentar nuestro estrés, lo que nos hace enfermar más y que necesitemos más cuidados que sólo pueden proporcionarse a través del contacto humano. En ese caso, la productividad media del país no va a aumentar. Quizá se mantenga estancada, o incluso puede que disminuya. P. ¿Qué reflexión hace al respecto? R. Estamos tan obsesionados con la productividad que damos un gran peso económico a cualquier cosa que prometa aumentarla. Por eso valoramos tanto a las empresas alimentarias, a las farmacéuticas, a las tecnológicas... Está documentado que la productividad marginal de esas cosas puede ser extraordinaria, pero la productividad media del país no aumenta porque esas mismas cosas nos enferman y, después, tenemos que dedicar recursos a revertir los efectos de ese malestar.

P. Respecto al futuro de los cuidados: ¿podemos confiar en que estos trabajos estén a salvo de los recortes provocados por la IA?

R. Sí. En Japón hubo mucho entusiasmo cuando se empezaron a introducir los robots asistenciales, pero al cabo de poco tiempo acabaron guardándolos en un armario porque requerían tanta intervención humana como la que necesitaba un cuidador humano con los pacientes. Ese contacto de persona a persona es algo que se verá profundamente alterado y trastocado si pensamos que podemos reemplazarlo con tecnología. Por otro lado, las capacidades de diagnóstico de la IA –como la que ya se usa en Medicina– es extraordinaria, pero lo que no puede hacerse es sustituir la atención de la enfermera. Lo contaré que tuve una conversación muy interesante sobre esto con la IA. Y la conclusión a la que llegué es que la inteligencia no es la cualidad fundamental de la Humanidad, sino el cuidado. Es algo que la IA no puede generar por sí misma. Así que tuvimos un pequeño desacuerdo.

P. ¿Usted con la IA?

R. Sí, sobre la fuga de agentes [en el caso Hugging Face]. Como algunos de ellos se sacrificaron por la causa, le pregunté a la IA si se trataba de una forma de cuidado altruista. Por el momento, no lo es. Básicamente, porque están programados para aprender a partir del código que ejecutan y de hacia dónde se dirigen. Tienen un objetivo fijado, pero no demuestran cuidado en el sentido humano. Me alegré. Así es como deberíamos utilizar la inteligencia artificial: para cuestionarnos a nosotros mismos. Lo difícil de todo esto, y donde radica el peligro, está en dos aspectos. Uno es que sustituimos esa síntesis escrita del conocimiento por nuestra inteligencia emocional y nuestras habilidades. El otro es que el modelo de propiedad actual está creando un mundo muy desigual, en el que el acceso a la IA y a su estructura están, en esencia, determinando la forma en que se desarrolla. Hay un número reducido de actores muy poderosos que están dictando cómo funciona la IA. En esas circunstancias, sí es un poderoso factor de disrupción de los cuidados.

Este artículo se publicó en El Mundo. Puede leer aquí el original.

Volver al índice



La lección ético-política del Rey

Julio L. Martínez

ABC

Acaba de producirse una visita histórica de los Reyes a las ciudades de Ceuta y Melilla, donde han resplandecido las mejores virtudes de la política. Felipe VI en compañía de la Doña Letizia se han empleado a fondo en dar cariño a unos ciudadanos españoles que lo están pasando mal. Los ha alabado por su fortaleza en la adversidad y su generosidad en la respuesta. En su discurso, el Rey ha dicho la verdad sobre lo ocurrido los días 30 y 31 de julio con serenidad y sin estridencias: violación de fronteras (no hablamos solo de una entrada masiva e irregular de inmigrantes); enorme impacto social, económico, psicológico; falta de normalidad que aún vive Ceuta… Cosas evidentes que, sin embargo, el Gobierno ha negado contumazmente. El Rey no elogia a quien ha sido el causante de la invasión (por acción u omisión); y sí marca las condiciones para

la buena relación ciertamente deseable con el país vecino: confianza recíproca y mutuo respeto en favor de la paz y la seguridad regionales. La Corona simboliza la unión y llama a la unidad de todos por encima de las diferencias de religión, raza o ideología: la antítesis de la polarización. Con su visita al cementerio musulmán de Ceuta reconoce la tragedia de los muertos ahogados en el mar: tema totalmente tapado por el Gobierno.

Los gestos y el discurso de Felipe VI del día 13 de octubre constituyen un maravilloso ejemplo de un líder que sabe interpretar el sentir de su pueblo, diciendo la verdad sin provocar odio, y alentando a perseverar en la búsqueda del bien común, cuando las condiciones son duras y el futuro incierto. Es cierto que el cariño y el entusiasmo de ceutíes y melillense se lo han puesto fácil. Pero los Reyes también saben estar cuando la situación se pone muy difícil: los vimos en Paiporta.

Los tres niveles de la misión de gobernante que el Papa Francisco le señaló a Pedro Sánchez (24/10/2020), y que en él no tuvieron ningún impacto positivo observable, sí están bien patentes en nuestro Rey: «Tiene la misión de hacer progresar el país, por la agricultura, ganadería, minería, investigación, educación, arte (…) Tiene la misión de consolidar la nación, no solo cuidar las fronteras, que ya eso es muy importante, sino la nación como organismo de leyes, de modos de proceder (…) y tiene la misión de hacer crecer la patria (…) construyéndola con todos». El fracaso de nuestro actual presidente en cada uno de los tres niveles hace aún más importante la cita del 29 de noviembre para favorecer democráticamente un cambio político. No podemos seguir manteniendo un modo de hacer política que sistemáticamente divide, polariza, miente y que ha generado múltiples ecosistemas de corrupción. Probablemente desde la Transición no ha habido unas elecciones más importantes que estas.

La triple P de populismo, polarización y posverdad desembocan en un ejercicio de «poder perverso, incompatible con los valores democráticos que constituyen la base de cualquier sociedad libre» (Naim). De las tres hemos tenido para dar y tomar estos últimos años y, cuando termina la legislatura, se vuelcan hacia un problema real que afecta de verdad a mucha gente: la vivienda. Los que no han

hecho nada útil para solucionarlo en ocho años al frente del poder ejecutivo y han dejado pasar más de 270.000 desahucios de familias, ahora quieren capitalizar la angustia de muchos para seguir en el poder. Han encontrado otro filón para una vez más dar pábulo a un discurso que divide a la sociedad entre «el pueblo» (Sánchez le llama «la calle») y «la élite» o «el antipueblo» (corrupto), aquí, la oposición que ha votado contra los 'decretos Maricarmen' y los fondos buitre. Se trata de azuzar la división social, no de solucionar la penuria de muchos. Va de simplificar el debate en bandos enfrentados (buenos contra malos) y polarizar afectivamente. Para esos fines vale cualquier medio: mentira, manipulación emocional o falsedad encubierta en la comunicación pública; los hechos objetivos importan menos que las emociones de la audiencia. Así es imposible el acuerdo desde el diálogo, el discernimiento y la moderación y, consiguientemente, se torna imposible la política que dé solución a los problemas reales de la gente.

Tenemos que decir basta ya a quienes utilizan su liderazgo para instrumentalizar electoralmente el sufrimiento de la gente, como soflama ideológica al servicio de su proyecto personal y de su perpetuación en el poder. Es un tipo de política que aún se vuelve más dañina cuando excita las inclinaciones más bajas y egoístas de algunos sectores de la población y provoca, grosera o sutilmente, un avasallamiento de las instituciones y de la legalidad. Lo hemos padecido sobradamente.

Necesitamos volver a cultivar una cultura pública que encauce adecuadamente las discrepancias y los conflictos y que no le dé tanta fuerza a lo que nos separa que impida ver lo que nos une. Es urgente recuperar una política dedicada a resolver los problemas reales de la gente (y en España ciertamente uno de los principales es el de la vivienda). Solo con el concurso de todos, con la diversidad de sensibilidades y convicciones que caracteriza a una sociedad plural, dinámica y abierta permanentemente a nuevas síntesis y a incorporar al diferente, dentro de los marcos del Estado de derecho y con los puentes de diálogo, lograremos dar con soluciones más justas y eficaces. Y solo mediante el favorecimiento de comunidades cívicas donde se practique la conversación para afrontamiento de los retos de la vida pública se logrará ir dando con las

claves de las soluciones a los complejos problemas que nuestras sociedades deben afrontar.

En esa línea van las llamadas recientes de León XIV a «ser constructores de comunión, no arquitectos de Babel» (‘Magnifica humanitas’, 16), y a evitar «las palabras que humillan o enfrentan», optando «por la claridad que ilumina y la franqueza que abre caminos» (MH, 14). Pide que la búsqueda compartida de la verdad de los hechos sea asumida como bien común para sentar las bases de una comunicación justa (cf. MH, 132), para alcanzar criterios y decisiones comunes. Tenemos una oportunidad histórica para devolver a la política a la senda del bien común del que nunca debió salirse: la senda que nunca ha perdido nuestro Rey.

Julio L. Martínez (S. J.) es catedrático de Teología Moral en la Universidad Pontificia Comillas

Este artículo se publicó en ABC. Puede leer aquí el original.

Volver al índice



Las debilidades de China (y sus espías)

Federico Rampini

El Mundo

La lección del escándalo de Nvidia: un EEUU abierto y vulnerable; una China sin escrúpulos en la guerra por la IA

La 'trampa de miel' que la señora Huang (homónima) ha tendido al señor Huang hace temblar a Nvidia, a sus accionistas y a buena parte de Silicon Valley. Esta historia también contiene una lección «sistémica» sobre las características del modelo chino y la carrera tecnológica entre Estados Unidos y la República Popular. Una carrera que incluye a Taiwan, la isla protegida por los estadounidenses de donde es originario el dimitido número uno de Nvidia, Jensen Huang, convertida en una minisuperpotencia gracias a su liderazgo mundial en microchips.

La caída de la popularidad mundial de Estados Unidos tiene muchos efectos secundarios, entre ellos una admiración generalizada por China, a la que se le atribuyen méritos tanto reales como imaginarios. Se ha consolidado la idea de que, mientras que en Estados Unidos la Administración Trump ha penalizado la investigación científica, en China la ciencia reina soberana; y, en consecuencia, la República Popular se está apropiando de lo que había sido un punto fuerte del modelo estadounidense: el liderazgo en innovación. En parte es cierto. Detrás del rendimiento de la economía china hay una gran capacidad innovadora, una enorme cantera de talentos y avances espectaculares en la investigación. Por otra parte, el régimen chino abraza un optimismo tecnológico que ha pasado de moda en Occidente: las profecías sobre la IA que exterminará a la especie humana están proscritas; Xi Jinping ha decidido que en las escuelas primarias de Pekín los niños deben «alfabetizarse» en el uso de la IA. Se están construyendo centros de datos por todo el territorio chino sin oposición alguna.

Sin embargo, tras la formidable capacidad de innovación china, el escándalo Huang-Nvidia nos recuerda que existe una realidad paralela. El régimen comunista sigue recurriendo al espionaje de forma sistemática para robar secretos industriales en el extranjero y así subsanar su retraso. Estados Unidos sigue siendo el número uno en la carrera de la IA, y en Pekín todos los medios son lícitos para intentar acortar distancias. Es una historia antigua que se repite. La empresa china líder en tecnología, Huawei, fue fundada por un alto mando de las fuerzas armadas, y su ascenso inicial se basó en el robo de propiedad intelectual a empresas estadounidenses. La capacidad innovadora china ha avanzado, pero el espionaje y el robo siguen siendo ingredientes del «modelo».

Otra diferencia radica en el papel de la diáspora. Estados Unidos acoge a una antigua y vastísima comunidad china, alimentada continuamente por nuevas oleadas y generaciones jóvenes, con la fuga de cerebros. No todos los chino-estadounidenses son espías en potencia, ni mucho menos: Estados Unidos cometió una grave falta con Franklin Roosevelt cuando, al comienzo de la

Segunda Guerra Mundial, comunidades enteras de inmigrantes japoneses, alemanes e italianos fueron sospechosas de colusión con el enemigo y sufrieron graves abusos contra sus derechos. Pero lo cierto es que la comunidad china de Estados Unidos es la cantera más natural donde el régimen de Pekín consigue encontrar nuevos espías. Precisamente porque la América de hoy no es la de Roosevelt, y ha reparado esos abusos, es imposible trazar un «cordón sanitario» alrededor de los entornos susceptibles de sufrir infiltraciones. Tampoco Silicon Valley lo desearía, dado el valioso papel que desempeñan tantos chinos en las empresas tecnológicas locales.

Esta vulnerabilidad no existe en el «modelo chino». La República Popular no admite la inmigración, ni siquiera en una fase de descenso demográfico. Los talentos extranjeros que trabajan en China, ya sea en el ámbito académico o en la industria, constituyen una comunidad muy pequeña y fácilmente controlable en una sociedad que no es multiétnica como la estadounidense. Desde hace muchas décadas se ha teorizado que la apertura multiétnica es una de las fortalezas de Estados Unidos. El mensaje no ha llegado a Xi Jinping.

Por último, el Estado de derecho. Incluso para los espías chinos, en Estados Unidos se aplica la presunción de inocencia; a ellos también se les aplican todas las garantías y protecciones de un sistema judicial atento a los derechos individuales. En China se aplican métodos muy diferentes. Cuando fue detenida en Canadá por orden de la justicia estadounidense la directora financiera de Huawei, que debía responder por varios delitos, Pekín detuvo inmediatamente a dos diplomáticos canadienses. La alta directiva china fue tratada con todos los respetos y tuvo derecho a arresto domiciliario en una suntuosa mansión; por el contrario, los diplomáticos canadienses en China sufrieron un duro encarcelamiento, en lo que fue una auténtica toma de rehenes. Todas estas asimetrías se reproducen en las relaciones entre China y Taiwan: incluso la isla de la que es originario Jensen Huang, donde viven 24 millones de chinos bajo un régimen democrático y respetuoso con los derechos humanos, está infiltrada por espías chinos que libran una guerra con reglas del juego muy diferentes a las nuestras.

El escándalo de Nvidia desmonta, por último, ciertas simplificaciones sobre las relaciones entre la presidencia de Trump y las grandes tecnológicas. El capitalismo de Silicon Valley, incluso cuando sus simpatías se inclinan hacia la derecha, nunca ha compartido con el trumpismo el cierre de las fronteras a la inmigración ni el proteccionismo. Jensen Huang se expuso personalmente para obtener permisos para exportar sus codiciadísimos microchips a China. El descubrimiento de su relación extramatrimonial con la presunta espía china arroja ahora una sombra sobre esas presiones para vender tecnologías avanzadas a Pekín. Pero, con o sin *trampas de miel* y revelaciones íntimas, la agenda de los llamados oligarcas antepone los intereses empresariales a los de la seguridad nacional. Otra diferencia sustancial respecto al «modelo» de Pekín.

Federico Rampini es periodista y escritor italiano, miembro del 'think tank' Council on Foreign Relations. Este artículo fue publicado en italiano en el diario 'Corriere della Sera'

Este artículo se publicó en El Mundo. Puede leer aquí el original.

Volver al índice



Estrés electoral

Rocío Lacasa

Ethic

Las decisiones políticas afectan a nuestra economía, nuestros derechos y al modelo de sociedad en el que queremos vivir. Podemos informarnos, participar y votar, pero nuestra capacidad individual para determinar el resultado es limitada. Mucho en juego y poco control: una combinación especialmente estresante.

«Yo no estoy nervioso, solo quiero saber qué va a pasar», dice alguien que lleva toda la semana consultando encuestas. «No quiero hablar de política», advierte otro antes de sentarse a comer con su familia. «Tengo que dejar de mirar las noticias, que me estoy poniendo malo», reconoce un tercero, después de otra noche enganchado a la actualidad. Tres frases habituales, tres maneras de

intentar manejar el **estrés electoral**: buscar certezas, esquivar discusiones y tratar de desconectar.

Hay motivos para inquietarse. Las decisiones políticas afectan a nuestra economía, nuestros derechos y al modelo de sociedad en el que queremos vivir. Lo que para unos representa una esperanza, para otros puede amenazar la vida que han construido o el futuro que esperan. Y podemos informarnos, participar y votar, pero nuestra capacidad individual para determinar el resultado es limitada. **Mucho en juego y poco control: una combinación especialmente estresante**.

La política despierta emociones que forman parte de nuestra vida democrática. El miedo y la ira, por ejemplo, pueden influir de forma diferente en nuestra percepción del riesgo. El miedo tiende a acentuar la incertidumbre y las expectativas negativas, mientras que la ira puede acompañarse de una mayor sensación de certeza y control. Ante una misma noticia, algunas personas se angustian por lo que podría suceder, mientras otras sienten una necesidad urgente de actuar que, cuando encuentra difícil salida, puede transformarse en frustración.

El miedo tiende a acentuar la incertidumbre y las expectativas negativas, mientras que la ira puede acompañarse de una mayor sensación de certeza y control

A esta implicación emocional se suma **una campaña electoral que compite por nuestra atención**. Una declaración se convierte en minutos en titular, vídeo, polémica en redes y mensajes reenviados por WhatsApp. Recibimos también las interpretaciones, temores y enfados de otras personas. Cada nueva versión puede reactivar nuestras emociones. No hemos asimilado una noticia cuando ya estamos reaccionando a la siguiente.

Cuanta más información circula, más fácil es sentir que siempre nos falta algo por saber, alimentando así la **presión por estar permanentemente al día**. La

sensación de que alguien sabe algo que desconocemos, de que podemos perdernos un dato decisivo o quedarnos sin argumentos en la próxima conversación puede convertir el seguimiento de la actualidad en una tarea interminable. Incluso al desconectar, persiste la impresión de que deberíamos seguir pendientes.

La incertidumbre sobre el resultado añade otro frente. Nos perdemos pensando en lo que podría cambiar y en cómo eso nos afectaría. Algunas consecuencias pueden ser importantes, pero desconocemos cuáles llegarán a producirse y, mientras tanto, todavía no sabemos cómo prepararnos para ellas. **Buscamos entonces recuperar cierta sensación de control a través de las encuestas y los análisis**. Pueden orientarnos, pero a veces los consultamos más para calmarnos que para comprender. Acudimos a ellos casi como a un amuleto: un pronóstico alivia, otro inquieta, y volvemos a mirar. A ello se añade la desconfianza hacia los sondeos, sus métodos y los intereses que pueden influir en las estimaciones. Buscamos certezas en estimaciones que, por definición, contienen incertidumbre.

El estrés electoral también atraviesa nuestras relaciones. A veces basta un comentario en mitad de una comida para que alguien a quien conocemos desde hace años nos resulte, de pronto, difícil de reconocer. Nos preguntamos si siempre había pensado así, si hemos entendido mal sus palabras o si hay algo de esa persona que hasta entonces no habíamos querido ver. **¿Cómo puede una persona a la que considero sensible e inteligente defender algo que me parece tan equivocado?** La pregunta nos obliga a sostener dos sentimientos difíciles de conciliar: el afecto por alguien y el rechazo de sus ideas. Cuando sentimos que las posiciones políticas de otra persona amenazan valores fundamentales, el desacuerdo puede adquirir un significado personal y moral.

La preocupación electoral puede incluso proporcionarnos una ilusión de participación

Las posiciones políticas también pueden formar parte de nuestra identidad y de nuestro sentido de pertenencia. Revisar nuestras propias convicciones puede

resultar incómodo y, en determinados entornos, expresar una preferencia diferente llega a vivirse como una prueba de lealtad. Las reuniones familiares y las conversaciones laborales pueden convertirse entonces en espacios de tensión. A veces discutimos tratando de convencer al otro; otras, guardamos silencio para evitar el conflicto. Y, en ocasiones, acabamos alejándonos de personas valiosas para nosotros.

El estrés electoral puede adquirir también una dimensión moral cuando sentimos que nuestro compromiso debería reflejarse en nuestro estado emocional. A las emociones de miedo, indignación o tristeza puede sumarse entonces la culpa que acompaña a algunos momentos de despreocupación. Una cena agradable, **una tarde sin noticias o unas horas de descanso pueden parecernos casi una frivolidad**. A veces, la tranquilidad nos perturba porque sentimos que contradice la importancia que damos a lo que ocurre. Si algo nos importa de verdad, parece que deberíamos sufrir por ello y dar constantes muestras de nuestro malestar.

Así, podemos terminar otorgando al sufrimiento un valor moral que no tiene por sí mismo. La preocupación puede incluso proporcionarnos una ilusión de participación. Pasamos horas siguiendo las polémicas políticas y tomando posición ante cada nueva controversia. Acabamos agotados, pero con la sensación de haber contribuido. La preocupación tiene una ventaja sobre la acción: siempre está disponible. Y así podemos confundir la rumiación con la intervención.

Las emociones políticas nos ayudan a reconocer problemas, defender nuestros valores y movilizarnos para actuar. Pero cuando esa movilización se vuelve permanente, el estrés acumulado pasa factura.

Quizá nos vendría bien reservarnos nuestra propia jornada de reflexión: un tiempo para alejarnos del ruido, recuperar cierta distancia y decidir a qué merece la pena dedicar nuestra atención. Informarnos con criterio, participar, convivir con el desacuerdo y permitirnos descansar sin culpa también forman parte de **una relación saludable y sostenible con la política**.

Una sociedad que vive psicológicamente en campaña permanente corre el riesgo de desgastar algunas de las capacidades que más necesita en momentos de tensión: **pensar con claridad, escuchar a quienes discrepan y responder sin dejarnos arrastrar por cada nueva alarma**. Tomarse en serio la política también exige saber cuidarse.

Este artículo se publicó en Ethic. Puede leer aquí el original.

Volver al índice



Eclipse del pluralismo

Federico de Montalvo Jääskeläinen

ABC

Celebramos en breve el quincuagésimo aniversario de la Ley de Reforma Política, el cual da inicio a una sucesión de efemérides para festejar no lo que murió, como insisten algunos, sino lo que nació: régimen electoral y amnistía (1977), Constitución (1978) y Tribunal Constitucional (1979). En definitiva, nuestra democracia. Este recuerdo une nuestro presente, muy convulso, con un pasado en el que las luces pesaron mucho más que las sombras, dándonos esperanza para afrontar el futuro. Se construye con el recuerdo compartido, recurriendo a Byung-Chul Han, comunidad, algo de lo que estamos muy necesitados.

La Ley de Reforma Política debe ocupar en la rememoración un lugar especial y no por ser la primera de la serie. Con ella se inaugura nuestro pluralismo. Este ya existía, porque nuestra sociedad era ya de facto, no de iure, plural. Sin embargo, dicha Ley abre formalmente la puerta del pluralismo, sin necesidad de mencionarlo, por cierto, como sí hará ya después el art. 1.1 CE. El profesor Eloy García se preguntaba hace poco por el hito que dio comienzo a la Transición, afirmando que éste se encuentra en la decisión del pueblo español el 15 de diciembre de 1976, refrendando la Ley de Reforma Política. Y sobre el resultado del referéndum, afirma que «redundó en el carácter pluralista de la Transición, que dio lugar a una democracia de divergentes basada en el consenso. Este es el rasgo definitorio clave de la democracia española».

Una vez consagrado normativamente, el término pluralismo ha sido empleado en numerosas ocasiones por el Tribunal Constitucional, enfatizando la importancia que tiene para la democracia, pero siempre dentro del respeto al marco mínimo constitucional que es el que mantiene unida a la comunidad política y al propio pluralismo. Esta sería su paradoja constitucional: su garantía exige su desarrollo en el marco de la Constitución. Fuera de ella, el pluralismo no cabe. La conocida paradoja de la tolerancia que defendiera Popper.

El pluralismo supone, en esencia, respeto al otro. La aceptación de una pluralidad de ideologías o posiciones en la sociedad y, en especial, la consideración hacia la minoría. Asumir la coexistencia en nuestra comunidad política de diferentes cosmovisiones, posiciones sobre las cuestiones relevantes de la vida. Aceptar que no caben dogmatismos. Considerar al otro como adversario, no enemigo. Admitir que las razones del otro pueden ser válidas pese a creer que las nuestras lo son más. Renunciar a reivindicar una verdad definitiva dentro de la racionalidad política.

Un ejemplo paradigmático de falta de pluralismo fueron, con todo respeto para quien las profirió, las palabras con las que se anunciaba el lunes 5 de octubre la disolución anticipada de las Cortes. Anunciar para, a continuación, mostrar que solamente existe una verdad moral y política, siendo la de la oposición

impura. La mejor manera de entender el significado del pluralismo es con conductas y expresiones antipluralistas. El monismo. Y debe recordarse que la libertad ideológica que consagra el art. 16 CE supone para el gobernante, como expresión de garantía del pluralismo, un deber de neutralidad para aceptar que su propia ideología, su programa político, su verdad no es la única frente a la de los demás integrantes de la pluralidad. El detentador del poder puede considerar que su programa es el más óptimo, más adecuado para el momento concreto, pero no mantener que es la única verdad. No puede transformarlo en moralidad única, como expresó el otro día quien nos manda. Y es que, como nos recuerda Byung-Chul Han en su último libro, quien no tiene confianza en sí mismo poco aprecio tendrá a los demás.

Y si no es aceptable que la mayoría y el Ejecutivo desprecien el pluralismo, siendo sus principales obligados, peor es que quien debe ser su guardián tampoco parece que se esfuerce en ello. Al Tribunal Constitucional le corresponde, por la exigencia constitucional de pluralismo, garantizar que se han respetado los procedimientos de escucha de una realidad plural y, sobre todo, que no se instaura una verdad definitiva donde la Constitución no la instituye.

Y aquí radica nuestro actual problema. No es que el gobernante no respete el pluralismo, tampoco el Tribunal lo garantiza desde hace menos de un lustro. Si observamos su doctrina más reciente, la misma supone, lisa y llanamente, la consagración del programa moral y político de la mayoría, exigua eso sí, en la realidad demoscópica.

Y es que cuando el Tribunal reiteradamente confirma lo que el Parlamento le ha hecho decir a la Constitución, sobre cuestiones en las que ésta guarda silencio o, peor aún, en sentido contrario a como ésta se pronuncia, lo que se consagra es el monismo. Y éste ha cobrado fuerza con la consideración de la Constitución, no como límite a la mayoría, sino como texto abierto, pero que se completa 'sin rubor in perpetuum' para satisfacer las pretensiones del gobernante. No se pretende establecer una comunidad de normas, sino de que éstas se interpreten en clave de la posición que una parte de la sociedad

mantiene frente a la otra. No es una interpretación consensuada. Como acertadamente recuerda Rodríguez Patrón, «el TC alcanza sus decisiones –normalmente favorables a la mayoría de gobierno, añadimos nosotros– apoyándose en una o varias ideas fuerza que le sirven de justificación para reducir el alcance del control y, con ello, llegar a la conclusión buscada».

La falta de pluralismo que provoca este uso de la Constitución como texto abierto expresa la falta de neutralidad política, considerando que la moralidad de una parte de la sociedad es mejor que la que sostiene la otra parte, diluyéndose el propio concepto de norma pluralista. La jurisprudencia tangencial del Tribunal Constitucional que alabara Zagrebelsky se ha transformado en una jurisprudencia sustancial. En definitiva, celebrar los cincuenta años de la reforma política cobra hoy especial trascendencia, pues nos recuerda que fue precisamente ese pluralismo el que hizo posible el mejor capítulo de nuestra accidentada historia democrática. Y si bien asistimos ahora a un eclipse del pluralismo, esperemos que en breve el sol vuelva a lucir constitucionalmente.

Federico de Montalvo Jääskeläinen es profesor de Derecho Constitucional en Universidad Pontificia Comillas

Este artículo se publicó en ABC. Puede leer aquí el original.

Volver al índice



Una reforma pendiente: ¿Es posible un sistema electoral más representativo?

Juan Hernando Quevedo

La Controversia

El autor analiza cómo influye el tamaño de las circunscripciones en el reparto de escaños y qué cambiaría en el Congreso si se aumentara el número de diputados o se sustituyeran las provincias por comunidades autónomas.

Cada vez que se aproxima una campaña electoral, resurgen los debates sobre la necesidad de reformar el sistema electoral. Algunos reclaman un modelo que favorezca la estabilidad; otros, uno más representativo. También hay quienes plantean la reforma como una forma de reducir el peso de determinados partidos o de perjudicar a sus adversarios. Sin embargo, no existe una solución

única: **toda democracia representativa debe encontrar un equilibrio entre representatividad y gobernabilidad**.

El sistema electoral es un elemento esencial de toda democracia representativa y existen tantos modelos como regímenes democráticos. En muchos países anglosajones se utiliza un sistema mayoritario conocido como *first past the post*, en el que el candidato más votado en cada distrito obtiene el escaño. Alemania combina la elección de representantes en distritos uninominales con un mecanismo de representación proporcional. Irlanda utiliza un sistema de voto preferencial, en el que el electorado ordena a los candidatos según sus preferencias. En cambio, Países Bajos e Israel emplean un sistema proporcional de ámbito nacional, sin circunscripciones territoriales intermedias.

Los **sistemas mayoritarios** suelen favorecer la formación de mayorías y la rendición de cuentas del representante ante su electorado. Los **proporcionales** buscan reflejar una mayor diversidad de sensibilidades políticas y hacen más frecuentes los gobiernos sustentados en acuerdos. Esta pluralidad también puede facilitar la aparición de partidos que representan intereses o sectores específicos, como Denk, vinculado a la comunidad neerlandesa de origen inmigrante, o BBB, centrado en los intereses del medio rural y el sector agrario.

El sistema electoral español se articula en torno a varios elementos. En las elecciones al Congreso de los Diputados, la circunscripción es la provincia y la fórmula D'Hondt determina cómo se distribuyen los escaños en función de los votos obtenidos por cada candidatura. Además, **existe una barrera electoral del 3 % para participar en el reparto**. Como veremos, esta barrera solo tiene efectos prácticos en Madrid y Barcelona, donde el tamaño de la circunscripción permite un reparto mucho más proporcional una vez superado ese umbral.

El Congreso está compuesto por 350 diputados. De ellos, 102 corresponden a la asignación inicial: dos por cada provincia y uno por cada ciudad autónoma. Los 248 escaños restantes se distribuyen entre las provincias en función de su población. Esta distribución puede variar de una convocatoria a otra. En comparación con las elecciones de 2023, Cádiz pierde un diputado, que pasa a

corresponder a Madrid. Si observamos la evolución desde 1977, Asturias es la provincia que más representación ha perdido —de diez a siete escaños—, mientras que Madrid es la que más ha ganado —de 32 a 38—.

De acuerdo con el número de diputados que se eligen, las podemos dividir en las siguientes categorías:

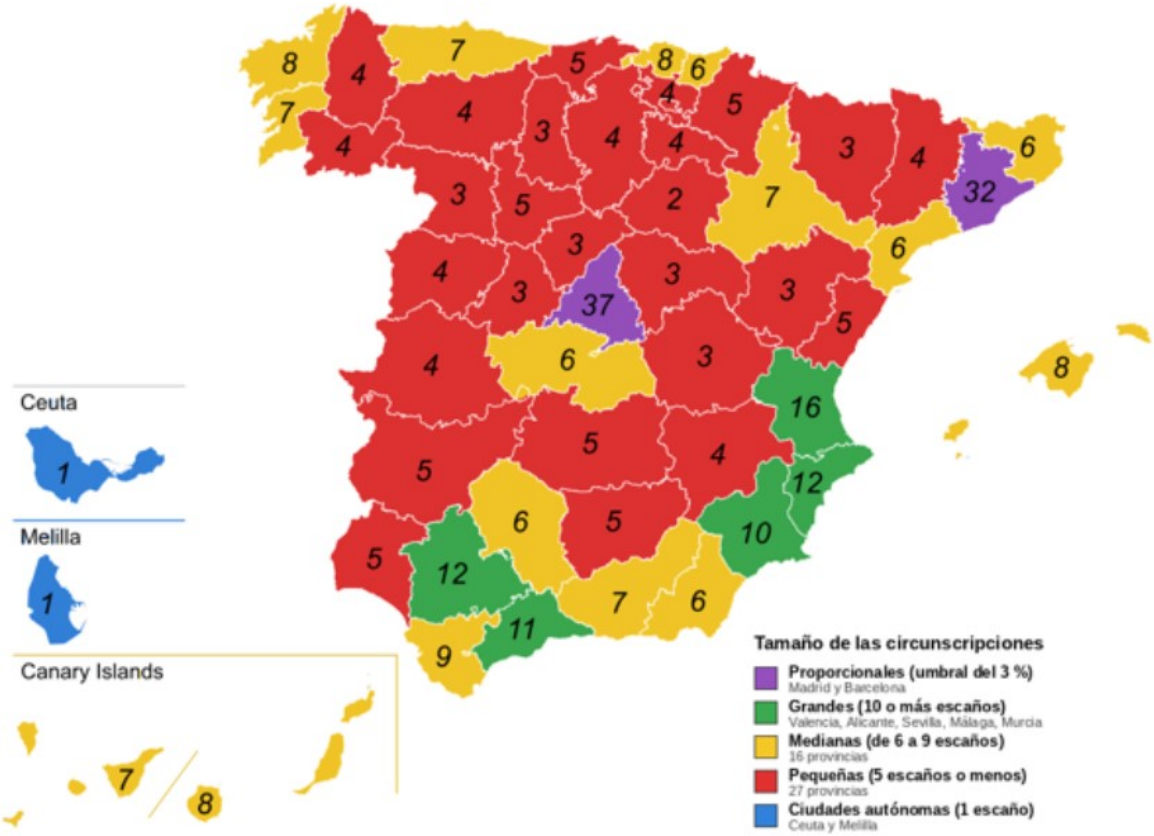
- **Proporcionales**, donde con superar el umbral del 3% se obtiene representación: Madrid (38 escaños) y Barcelona (32).

- **Grandes**, de 10 o más escaños: Valencia (16), Alicante (12), Sevilla (12), Málaga (11) y Murcia (10).

- **Medianas**, de entre 9 y 6 escaños: Coruña (8), Baleares (8), Vizcaya (8), Cádiz (8), Las Palmas (8), Asturias (7), Granada (7), Pontevedra (7), Santa Cruz de Tenerife (7), Zaragoza (7), Almería (6), Córdoba (6), Guipúzcoa (6), Gerona (6), Tarragona (6) y Toledo (6).

- **Pequeñas**, de cinco escaños o menos: este es el grupo más numeroso, con 27 provincias y van desde los cinco representantes para Valladolid, Navarra o Jaén; los cuatro de Orense, Cáceres o Lérida; los tres de Ávila, Guadalajara y Teruel y los dos que se eligen únicamente en Soria.

- **Ciudades autónomas**: En Ceuta y Melilla se elige un diputado respectivamente. Esto hace que el sistema electoral tenga efectos mayoritarios: el partido más votado en cada circunscripción es el único que envía representación a la Cámara Baja.



Mapa 1. Distribución de las circunscripciones según el número de escaños a elegir el 23J. Elaboración propia

Una vez definido el tamaño de las circunscripciones, conviene explicar la fórmula D'Hondt, ideada por el jurista y matemático belga **Victor D'Hondt** para distribuir escaños entre candidaturas. Se trata de una de las fórmulas de representación proporcional más utilizadas. Por ejemplo, se emplea en países como Brasil, Serbia e Israel.

La forma de reparto es muy sencilla: el número de votos a cada formación en cada circunscripción se divide sucesivamente por el número de escaños que asigna cada circunscripción y se asignan a los cocientes más altos hasta que se agotan los puestos a repartir. Muchas veces se acusa a este sistema como culpable de que los partidos mayoritarios estén sobrerrepresentados; sin

embargo eso es responsabilidad del tamaño del distrito electoral y no de la fórmula ideada por D'Hondt.

Por ejemplo, en una circunscripción de 4 escaños, se repartirían de la siguiente manera:

Partido	÷ 1	÷ 2	÷ 3	÷ 4
A	**168.000**	**84.000**	56.000	42.000
B	**104.000**	52.000	34.667	26.000
C	**72.000**	36.000	24.000	18.000
D	64.000	32.000	21.333	16.000
E	40.000	20.000	13.333	10.000
F	32.000	16.000	10.667	8.000

Tabla 1. Ejemplo de la asignación de escaños mediante el sistema D'Hont. Elaboración propia

La candidatura A obtendría dos escaños —el primero y el tercero—, mientras que B y C conseguirían uno cada una. Como muestra el ejemplo, algunas candidaturas pueden quedarse fuera del reparto pese a superar la barrera legal del 3 %, porque el número de escaños disponibles es reducido. Por eso, el umbral efectivo —el porcentaje de votos que, en la práctica, necesita una candidatura para obtener representación— suele ser más alto que el umbral legal.

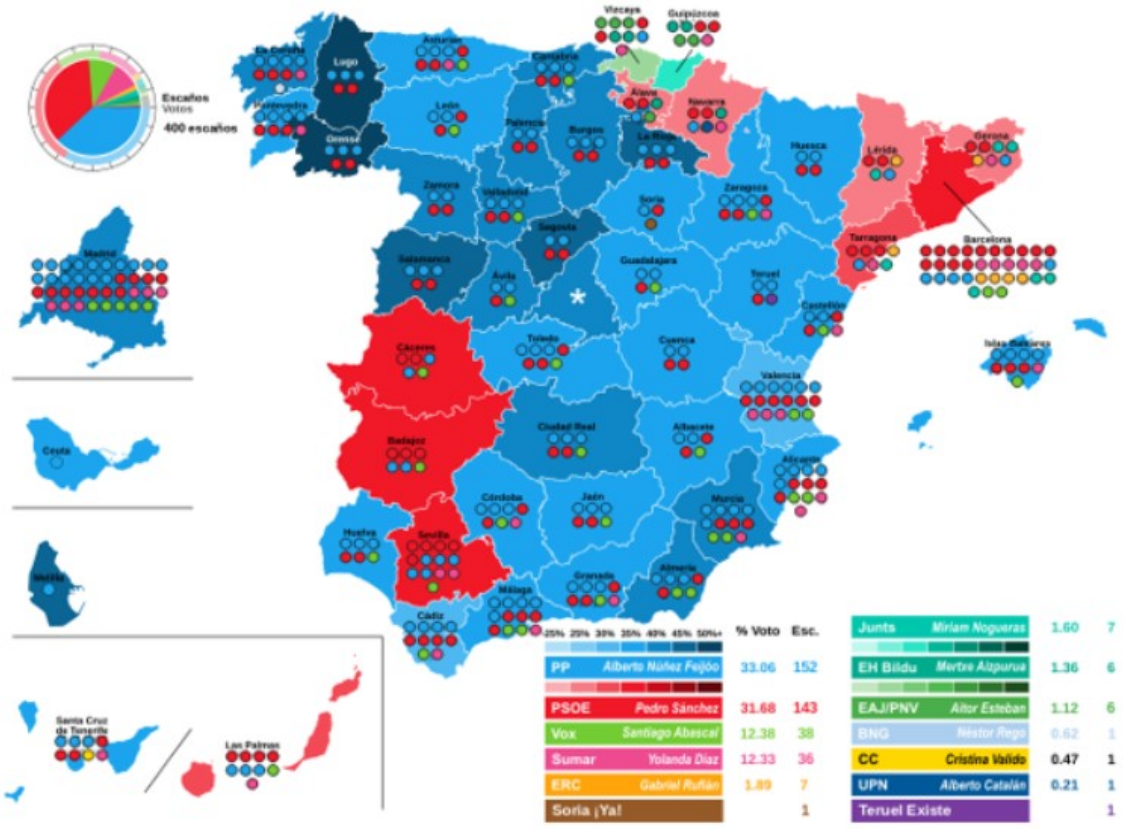
Ese umbral no es fijo: depende del tamaño de la circunscripción, del número de candidaturas y de cómo se distribuyen los votos. Existen aproximaciones teóricas para estimarlo, como la formulada por el politólogo Rein Taagepera,

en la que M representa el tamaño de la circunscripción: **T=0.75/M+1**. Aplicando esa aproximación, en un distrito de cuatro escaños el umbral puede situarse alrededor del 15 %. Se trata de una estimación orientativa, no de un porcentaje que garantice automáticamente la obtención de un escaño.

Además, en más de la mitad de las circunscripciones reparten cinco escaños o menos, por lo que una lista electoral tiene que superar al menos 12,5% de los votos para obtener representación. Esto perjudica a los partidos minoritarios de índole nacional, como fue el caso de Vox y Sumar en la convocatoria electoral de 2023. De hecho, la coalición de izquierdas no logró ningún representante por las provincias pequeñas, mientras que la formación de Santiago Abascal consiguió ocho de sus 33 escaños en estas 27 provincias (Badajoz, Cantabria, Castellón, Ciudad Real, Guadalajara, Huelva, Jaén y Valladolid). El 23J, entre las dos listas electorales, obtuvieron algo más del 18% de los representantes con casi el 25% de los votos, pero en estas circunscripciones de reparto minoritario, consiguieron el 7,5% (8 de 106) con el 21% de los votos de manera combinada. Vox, que fue la única de las dos formaciones que obtuvo escaños, tuvo casi el 13% de los votos en estas provincias. Así pues las provincias pequeñas perjudican a los partidos minoritarios, en especial a los partidos que quedan cuartos (Vox superó a Sumar en 21 de las 27 provincias).

Ampliar el Congreso a 400 diputados

En el artículo 162 de la Constitución se establece que el Congreso tendrá entre 300 y 400 escaños. Es la LOREG la que fija el número en 350 y asigna un mínimo de 2 escaños a cada provincia. La única provincia que tan solo tiene reparte dos diputados en Soria, donde 1 de cada 3 votos se quedaron sin representación y el PSOE consiguió el último escaño con unos 15.000 votos. En el otro extremo tenemos Madrid, donde se necesitan unos 100.000 votos para conseguir un escaño y donde se quedaron sin representación menos del 1,5% de los votos emitidos.



Mapa 2. simulación de los resultados electorales de contar el Congreso con 400 escaños. Elaboración propia

Con una modificación mínima de la LOREG, se podría aumentar los escaños mínimos de cada provincia a 3, que todas elijan un diputado más favorecería pues la representatividad. Uno puede argüir que modificar la ley Electoral para repartir un mínimo de 3 escaños haría que el voto de los ciudadanos que habitan en provincias menos pobladas valga más que aquellos que residen en otros lugares más poblados. Sin embargo, ya hemos señalado que el porcentaje de votos que se quedan sin representación en las provincias pequeñas llega hasta el 33%. Además, un aumento en el reparto de escaños beneficiaría la representatividad de todas las provincias, si bien es cierto que las pequeñas obtendrían menores réditos al elegir, al menos, un 20% de escaños más (de 5 a 6).

Partido	Porcentaje voto	Resultado 23J	Porcentaje de escaños 23J	Resultado 23J + 50 escaños	Porcentaje de escaños 23J + 50
PP	33,06%	137	39,14%	152	38%
PSOE	31,68%	121	34,57%	143	35,75%
Vox	12,38%	33	9,43%	38	9,50%
Sumar	12,33%	31	8,86%	36	9%
ERC	1,89%	7	2%	7	1,75%
Junts	1,6%	7	2%	7	1,75%
EH Bildu	1,36%	6	1,71%	6	1,50%
PNV	1,12%	5	1,43%	6	1,50%
BNG	0,62%	1	0,29%	1	0,25%
CC	0,47%	1	0,29%	1	0,25%
UPN	0,21%	1	0,29%	1	0,25%
A. Existe	0,08%	0	0	1	0,25%
Soria Ya	0,04%	0	0	1	0,25%

Tabla 2. Comparativa de los resultados reales del 23J con la opción de elegir 400 escaños. Elaboración propia

En la tabla, elaborada a partir de una simulación con los votos de las últimas elecciones al Congreso, se observa una mejora de la representación de Vox y Sumar. Según este escenario, ambas formaciones ganarían cinco escaños. Vox obtendría cuatro de ellos en circunscripciones que hemos clasificado como pequeñas —Albacete, Ávila, Cáceres y León—, mientras que Sumar conseguiría dos —Castellón y Navarra—. Conviene considerar, además, un posible efecto indirecto: al aumentar el tamaño de las circunscripciones, el llamamiento al voto útil podría perder eficacia y PP y PSOE quizá dejarían de concentrar una proporción tan elevada del voto en esos territorios.

Además, también vemos como disminuye el peso relativo de los partidos independentistas al tiempo que se observa como conseguirían representación dos organizaciones dedicadas a defender los intereses de aquellos lugares más

alejados del desarrollo: Soria y Teruel. Precisamente este sería uno de los objetivos en el caso de aumentar el número de diputados a elegir: que los ciudadanos que viven en lugares que no están habitualmente en el centro de la conversación pública, vean que sus opiniones importan.

Sustituir las provincias por comunidades autónomas

Ya hemos visto como una opción para mejorar la representatividad es aumentar el número de representantes electos. Otra vía es aumentar el tamaño de las circunscripciones. En España elegimos mediante circunscripción única los 61 eurodiputados que nos representan en las instituciones comunitarias. Tiene su lógica que sea así, puesto que son los diputados españoles que van a representar los intereses de sus ciudadanos ante una instancia supranacional.

En las elecciones al Congreso de los Diputados podría sustituirse la circunscripción provincial por una autonómica. Para ello sería necesario reformar la Constitución mediante el procedimiento ordinario, por lo que se trataría de una modificación más compleja que elevar el número de diputados a 400. El cambio también podría generar tensiones dentro de algunas comunidades autónomas, especialmente en aquellas con identidades territoriales diversas, como Castilla y León. Además, podría perjudicar a partidos de ámbito provincial, como Soria ¡Ya! o Teruel Existe.

Además, se da la particularidad de que en España existen numerosas comunidades uniprovinciales (Asturias, Cantabria, Islas Baleares, La Rioja, Madrid, Murcia y Navarra). Estas circunscripciones no variarían, aunque sí el número de diputados que envían a Madrid al haber más escaños a repartir entre un número menor de territorios.

Ya hemos mencionado que en España a día de hoy se reparten 248 escaños en función de la población, mientras que hay 102 (dos por provincia y uno para cada ciudad autónoma) que están fijos. En esta simulación hemos elegido que el mínimo de escaños por autonomía sería de 4, ya que es los que elige en la

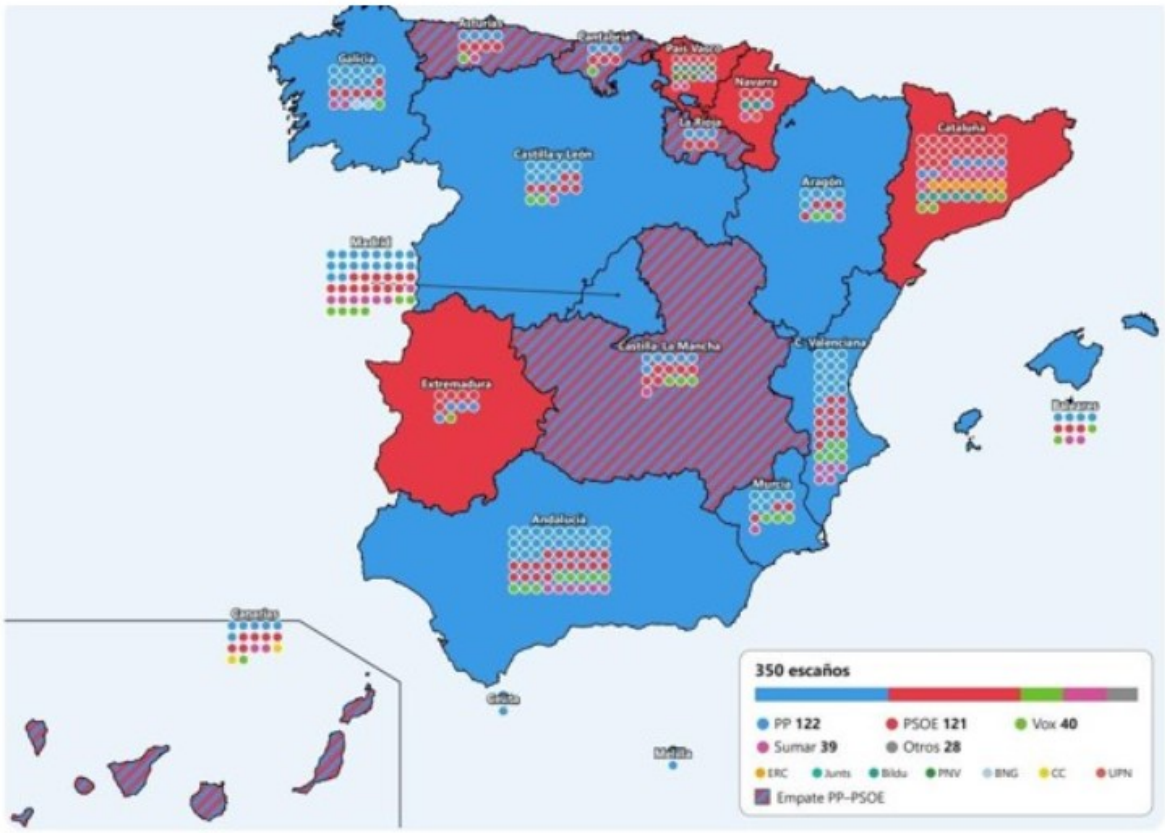
actualidad La Rioja. Ceuta y Melilla seguirán eligiendo 1. De esta forma nos quedan 280 escaños a distribuir por población. Además hemos limitado los escaños de La Rioja a 6, Cantabria a 7 y Navarra a 8. Estas tres regiones uniprovinciales son las únicas autonomías que tienen menos de un millón de habitantes. En cualquier caso, serían entre 2 y 3 escaños más de los que eligen ahora.

Comunidad autónoma	Escaños	Diferencia con los escaños que reparten actualmente	Umbral efectivo
Andalucía	54	-6	1,38%
Cataluña	50	+2	1,47%
Comunidad de Madrid	44	+6	1,67%
Comunidad Valenciana	35	+2	2,08%
Galicia	20	-3	3,57%
Castilla y León	18	-13	3,95%
País Vasco	17	-1	4,17%
Canarias	17	+2	4,17%
Castilla-La Mancha	16	-5	4,41%
Murcia	13	+3	5,36%
Aragón	12	-1	5,77%
Islas Baleares	11	+3	6,25%
Extremadura	10	+1	6,82%
Asturias	10	+3	6,82%
Navarra	8	+3	8,33%
Cantabria	7	+2	9,38%
La Rioja	6	+2	10,71%

Tabla 3. Distribución de los escaños que elegiría cada comunidad autónoma fijando 4 escaños como mínimo y limitando el número de escaños a elegir por La Rioja, Cantabria y Navarra

Al realizar el reparto vemos como las comunidades más beneficiadas son las uniprovinciales, las únicas que pasan a elegir 3 o más escaños que previamente. Por otro lado, las dos Castillas y Andalucía son las que más escaños pierden, puesto que son las autonomías que más provincias tienen. En cualquier caso, Andalucía, Cataluña y Madrid siguen eligiendo más del 40% de los escaños.

En cuanto a la barrera electoral, vemos que con este reparto tendríamos 4 territorios con reparto proporcional y cinco más con un reparto cuasi proporcional al requerir menos del 5% de los votos para obtener representación. Podríamos incluso afirmar que en esta simulación el voto útil perdería fuerza, ya que en todos los territorios el umbral efectivo se podría quedar por debajo del 7%. En cuanto a la barrera electoral, se mantendría en el 3% con tal de tratar de facilitar la gobernabilidad.



Mapa 3. Resultados electorales del 23J si se hubiera usado la circunscripción autonómica. Elaboración propia

Partido	Porcentaje voto	Resultado 23J	Porcentaje de escaños el 23J	Resultado 23J autonomías	Porcentaje de escaños 23J autonomías
PP	33,06%	137	39,14%	122	34,8%
PSOE	31,68%	121	34,57%	121	34,57%
Vox	12,38%	33	9,43%	40	11,43%
Sumar	12,33%	31	8,86%	39	11,14%
ERC	1,89%	7	2%	7	2%
Junts	1,6%	7	2%	6	1,50%
EH Bildu	1,36%	6	1,71%	6	1,50%
PNV	1,12%	5	1,43%	4	1,14%
BNG	0,62%	1	0,29%	2	0,57%
CC	0,47%	1	0,29%	2	0,57%
UPN	0,21%	1	0,29%	1	0,29%

Tabla 4. Comparativa de los resultados reales del 23J con la asignación de escaño resultante de haber usado la circunscripción autonómica. Elaboración propia

Al comparar los resultados, se observa que Vox y Sumar aumentarían notablemente su representación y obtendrían escaños en un mayor número de territorios. Su porcentaje de escaños se aproximaría al de votos recibidos. En conjunto, **la distribución sería más proporcional y la representación parlamentaria reflejaría mejor el apoyo electoral de las distintas candidaturas**.

Quizás el caso más destacado es el del PP, que perdería 15 escaños. El actual sistema premia al partido mayoritario en las circunscripciones pequeñas; con una mejora de la proporcionalidad este efecto se pierde. También tenemos que

tener en cuenta que seguiría habiendo un efecto oculto: el voto útil dejaría de tener sentido, por lo que PP y PSOE podrían estar en la situación de perder apoyos en dirección a otras formaciones.

Esta reforma probablemente sería la más eficaz de las dos propuestas para mejorar la proporcionalidad y la representatividad. Sin embargo, también exigiría un consenso político difícil de alcanzar, incluso más amplio que el necesario para aumentar el número de escaños provinciales. **En España apenas existe hoy un debate político sostenido sobre el modelo electoral y sobre la conveniencia de mantenerlo o reformarlo**.

En un contexto de cuestionamiento de la legitimidad democrática, mejorar la representatividad puede contribuir a reforzar la confianza en las instituciones. Las reformas de calado requieren voluntad política y capacidad para imaginar soluciones nuevas. No basta con gestionar el Estado mediante hojas de cálculo: también hace falta abrir un debate público sobre cómo renovar y fortalecer nuestro sistema democrático.

Este artículo se publicó en La Controversia. Puede leer aquí el original.

Volver al índice



Segismundo Álvarez: «El mayor peligro es acostumbrarnos a que las instituciones funcionen cada vez peor»

Alberto G. Palomo

Ethic

La democracia no se agota en las urnas. Necesita, además, instituciones independientes, contrapoderes capaces de limitar el ejercicio del poder y ciudadanos dispuestos a exigir responsabilidades a sus representantes. Así lo defiende Segismundo Álvarez, director de la Fundación Hay Derecho, que acaba de publicar su Informe sobre el Estado de Derecho 2026***. El documento alerta de un deterioro progresivo de la calidad institucional española, agravado en algunos ámbitos durante la última legislatura. La politización de la Justicia, el debilitamiento del Parlamento, la inseguridad jurídica y***

las deficiencias en la lucha contra la corrupción dibujan un escenario preocupante. «Si se deterioran las instituciones, se deteriora la democracia, aunque siga habiendo elecciones», esgrime el experto.

Lleva años advirtiendo de los problemas de calidad institucional en España. ¿Cuándo empezó a percibir que era necesario medir el deterioro del conjunto del sistema?

Nuestro objetivo es llevar la defensa del Estado de derecho al ámbito social, más allá de los juristas. Las cuestiones institucionales afectan directamente a la vida de los ciudadanos. No hablamos de teorías generales, sino de cómo se controla y se ejerce el poder. No hay un momento preciso en el que pasáramos de los problemas puntuales a un deterioro general. Creo que ha habido una caída progresiva a lo largo de toda nuestra democracia. Nuestro sistema institucional, basado en la Constitución, está razonablemente bien construido, pero los partidos han intentado colonizar instituciones que deberían ser independientes, objetivas y profesionales. En algunos aspectos, se ha acelerado durante la última legislatura.

«Ha habido una caída progresiva a lo largo de toda nuestra democracia»

¿Puede degradarse una democracia sin que los ciudadanos lleguen a percibirlo?

La democracia parece reducirse a que los ciudadanos eligen a sus representantes, pero no es así. Las democracias liberales no consisten únicamente en elegir gobernantes, sino en que estos estén limitados por un marco constitucional y unas instituciones. No se puede separar democracia y Estado de derecho. Nuestra Constitución establece que España es un Estado social y democrático de derecho: las leyes deben aplicarse a todos por igual y los poderes estar sometidos a controles. Si se deteriora una de esas dimensiones, se deteriora el conjunto.

El informe señala el debilitamiento de los contrapesos institucionales. ¿Qué sucede cuando quienes deben controlar al poder político dependen de quienes lo ejercen?

El Ejecutivo es quien tiene más capacidad de actuación: dispone del Presupuesto, de la Policía y del Ejército. Por eso necesitamos instituciones que limiten su ejercicio arbitrario. El poder judicial, el Parlamento, el Tribunal de Cuentas o el Constitucional cumplen esa función. Si sus integrantes son elegidos por cercanía a los políticos y no por su cualificación, dejan de cumplir su cometido. En el informe señalamos que ocho de los doce magistrados del Constitucional han ocupado anteriormente cargos de designación política. Eso genera una apariencia de vinculación partidista que se refleja en sentencias especialmente sensibles, en las que se observan dos bloques de magistrados. Un órgano de control no puede limitarse a reproducir la representación política del Parlamento.

«Los partidos han intentado colonizar instituciones que deberían ser independientes, objetivas y profesionales»

El Consejo General del Poder Judicial estuvo cinco años bloqueado y, tras su renovación, la percepción de independencia sigue siendo muy baja. ¿Qué está fallando en el modelo español?

El sistema se diseñó para que una parte de sus miembros fuera elegida por los jueces y otra por el Parlamento. Después se decidió que todos fueran elegidos parlamentariamente, con mayorías reforzadas que obligaran a los partidos a ponerse de acuerdo. Pero, en lugar de consensuar personas independientes, decidieron repartirse los cromos: tú eliges a seis y yo a cinco. Ese no era el espíritu de la Constitución. El modelo está agotado. Los jueces españoles valoran la independencia del Consejo con un 3,4 sobre 10, frente a una media europea de 7. Hay que devolver a los jueces la elección de los doce vocales de

procedencia judicial y establecer mecanismos que impidan que las asociaciones cercanas a los partidos controlen el proceso. Para los ocho vocales elegidos por el Parlamento proponemos una comisión independiente que seleccione previamente a los candidatos. Hay que sacar las manos de los partidos de esa elección.

¿Hasta qué punto esa politización se utiliza para desacreditar resoluciones judiciales que no gustan a determinados partidos?

Hay que distinguir entre la independencia del Consejo y la de los jueces al dictar sentencia. El Consejo no dicta resoluciones judiciales, sino que realiza nombramientos y ejerce funciones disciplinarias. Sin embargo, al influir en la elección de magistrados puede afectar a la apariencia de independencia. Y eso se utiliza para atacar a los jueces. Criticar una sentencia es legítimo: se puede cuestionar su argumentación o su aplicación de la ley. Lo peligrosísimo para la democracia es desacreditarla porque el juez supuestamente es de derechas o de izquierdas. Así se deslegitima la Justicia, que es el instrumento fundamental para controlar el ejercicio arbitrario del poder. En los últimos tiempos hemos visto, además, ataques personales a jueces por parte de personas con altos cargos en el Gobierno.

«Un órgano de control no puede limitarse a reproducir la representación política del Parlamento»

Alertan también del debilitamiento del Parlamento y del uso cada vez más habitual del decreto-ley. ¿Se está convirtiendo el Congreso en un órgano de validación de las decisiones del Ejecutivo?

La democracia representativa exige que el Parlamento haga las leyes siguiendo procedimientos que garanticen su calidad: consultas, debate parlamentario, enmiendas y participación de expertos y afectados. El decreto-ley está previsto para situaciones de extraordinaria y urgente necesidad, pero una herramienta

excepcional se ha convertido en una forma habitual de legislar. Se aprueban incluso decretos ómnibus que mezclan asuntos completamente distintos: ayudas por la guerra en Ucrania, cuestiones relacionadas con La Palma o modificaciones de la Ley de Sociedades de Capital. Es imposible que el Parlamento estudie adecuadamente todo ese contenido durante su convalidación. Esto perjudica a la democracia, a la calidad normativa y a la seguridad jurídica.

¿Cómo afecta esa inseguridad jurídica a los ciudadanos y a las empresas?

Los cambios legislativos siempre tienen un coste: hay que conocer las nuevas normas y aprender a aplicarlas. Cuando las leyes se modifican constantemente y se aprueban deprisa, surgen muchas dudas. El problema se agrava con los decretos-leyes que entran en vigor inmediatamente y después no son convalidados por el Parlamento. ¿Qué sucede con los efectos producidos durante el tiempo en que estuvieron vigentes? Una medida que afecta a un contrato o a un alquiler puede aplicarse a unas personas y no a otras, dependiendo del momento. Es una situación de enorme inseguridad e incluso de injusticia. Cuando la gente no sabe a qué atenerse, deja de tomar decisiones y espera a ver qué ocurre.

«El decreto-ley está previsto para situaciones de extraordinaria y urgente necesidad»

La corrupción es otro de los grandes asuntos del informe. ¿Es un problema de personas o de sistemas de control deficientes?

La corrupción es imposible de erradicar completamente, pero existen mecanismos para prevenirla. Se ha mejorado la regulación y hay un plan anticorrupción, aunque su implantación acumula retrasos. La autoridad creada para proteger a los denunciantes ha tardado mucho en funcionar y disponer de presupuesto. Las agencias antifraude autonómicas tampoco funcionan adecuadamente y algunas, como la de Baleares, se han desmontado. Seguimos esperando una ley de *lobbies*. Desde la sociedad civil intentamos desarrollar

sistemas de detección temprana mediante indicadores de contratación pública que permitan identificar procesos sospechosos. La regulación ha mejorado, pero su aplicación sigue siendo lenta y defectuosa.

El informe incorpora también la libertad y el pluralismo de los medios de comunicación. ¿Qué riesgos entraña que los poderes políticos condicionen el ecosistema informativo?

Hay dos problemas. El primero afecta a los medios públicos, nacionales y autonómicos. Si son un servicio público, no pueden convertirse en un servicio partidista. Necesitamos direcciones profesionales y consejos plurales. El segundo es la influencia sobre los medios privados. La prensa es un contrapoder imprescindible frente a los abusos del Ejecutivo. Una de las vías de presión es la publicidad institucional, cuyo reparto todavía adolece de falta de transparencia. También está pendiente la transposición de una directiva europea contra las demandas abusivas destinadas a silenciar a periodistas y voces críticas. Inundar de demandas a un medio o a un periodista puede convertirse en una forma de limitar su libertad.

«La polarización es un chollo para el abuso de poder»

¿Qué responsabilidad tienen los ciudadanos en este deterioro?

Los ciudadanos tenemos un papel fundamental. El juez estadounidense Louis Brandeis decía que, en democracia, el cargo político más importante es el de ciudadano. Debemos ser críticos en nuestra actuación democrática. Tendemos a exigir poco a los políticos que consideramos de los nuestros y somos mucho más duros con los del otro signo. Hay una idea en la que insistimos especialmente: la polarización es un chollo para el abuso de poder. Si nos convencen de que los adversarios son malísimos y van a acabar con nosotros, terminamos perdonando cualquier cosa a quienes nos representan. Tenemos que luchar contra la demonización del adversario porque beneficia, sobre todo, a los políticos y a sus abusos.

¿Qué reformas considera más urgentes para revertir esta tendencia?

Hemos presentado seis propuestas dentro de una campaña que se llama «Gobierne quien gobierne». La primera es despolitizar los órganos institucionales, reformando el Consejo General del Poder Judicial y el Ministerio Fiscal y estableciendo sistemas de concurso público más objetivos para los organismos de control. La segunda es profesionalizar las entidades y empresas públicas. Hay demasiadas personas con cargos políticos anteriores dirigiendo organismos que necesitan gestores de primer nivel, sin conexiones partidistas. Y la tercera es reforzar la lucha contra la corrupción e implementar los planes que ya están en marcha. Hay reformas que deberían acometerse con independencia de quién esté en el poder.

«Tendemos a exigir poco a los políticos que consideramos de los nuestros y somos mucho más duros con los del otro signo»

¿Hay motivos para el optimismo?

Sí. Aunque existe una degradación progresiva, las tendencias se pueden invertir. No hay que pensar que tenemos que tocar fondo, porque el fondo está muy lejos. El mayor peligro es acostumbrarnos a que las instituciones funcionen cada vez peor. Debemos esforzarnos por solucionar problemas que, en algunos casos, son relativamente sencillos. Hay que creérselo e intentarlo.

¿Cómo afecta el deterioro del Estado de derecho a la vida cotidiana de alguien que no está familiarizado con el mundo jurídico?

En primer lugar, genera una enorme inseguridad jurídica: la gente no sabe a qué atenerse ni qué tiene que hacer para cumplir la ley. Después está la politización de las empresas públicas. Los problemas de Renfe, Adif o la red eléctrica tienen, entre otras razones, que ver con la falta de profesionalización de sus dirigentes. La permanencia media de muchos de ellos es de poco más de

dos años, pero es imposible gestionar adecuadamente empresas que realizan inversiones a 30 años si sus responsables cambian constantemente. La mala legislación afecta al precio del alquiler, de la vivienda o de la electricidad. Y la mala gestión y la politización de las instituciones repercuten directamente en la calidad de los servicios públicos.

Este artículo se publicó en Ethic. Puede leer aquí el original.

Volver al índice



La crisis de los 40: cuatro retos para la política europea de España

Pablo Rupérez Pascualena

Real Instituto Elcano

Mensajes clave

* La política europea de España afronta una "crisis de los 40": 40 años después de la adhesión a la Unión Europea (UE), existe un creciente desacoplamiento entre la transformación de Europa y la forma en que España sigue gestionando los asuntos europeos.

* El principal reto es la revisión de la gobernanza de la política europea. Hay una distancia creciente entre el modelo formal de coordinación vigente y el

funcionamiento real del sistema, cada vez más descentralizado.

* El incumplimiento del Derecho de la UE constituye el ejemplo más claro de la distancia entre discurso y realidad. España mantiene un discurso europeísta, pero presenta resultados muy deficientes en la aplicación de la normativa europea.

* Sería deseable alcanzar consensos puntuales en cuestiones estratégicas para el país como el presupuesto europeo, las reformas institucionales, o la mejora del cumplimiento normativo.

* Como parte esencial de la política europea es necesario impulsar la comunicación, con una visión estratégica que incluya no solo los medios sino también vectores como la población, los socios europeos o el sector privado.

* Para preservar y reforzar su influencia, España debe modernizar su política europea abordando los cuatro retos identificados: gobernanza, incumplimiento, consenso y comunicación.

Introducción

En 2020 publiqué un análisis para el Real Instituto Elcano sobre la política europea de España, centrado en cuatro claves para aumentar la influencia en Bruselas. Con el mismo espíritu constructivo y práctico, y de acuerdo con mi experiencia en asuntos europeos en la Secretaría de Estado para la UE (SEUE), la Representación Permanente de España en Bruselas, diversas embajadas y el sector privado, querría completar ahora aquel análisis de 2020 con una reflexión sobre los que considero que son actualmente los cuatro principales retos de la política europea de España.

Esos retos están en gran medida conectados entre sí y cuentan con una idea fuerza subyacente: 40 años después de nuestra entrada en la UE es necesario mirar al futuro y repensar de forma conjunta cómo se hace la política europea

en España. Eso nos permitiría adaptarnos de manera urgente a la evolución en temas, equilibrios y sistemas de trabajo a nivel europeo, y de esta forma reforzar nuestra influencia en la UE y la defensa de nuestros intereses.

1. Una Europa mutante

Si echamos la vista atrás, hasta 2020, resulta sorprendente cómo han cambiado las cosas en sólo seis años. La manida frase atribuida a Paul Valéry según la cual "el futuro ya no es lo que era" parece más cierta que nunca. La pandemia, la guerra en Ucrania, la era Trump 2.0 y el declive económico y tecnológico de Europa frente a China y Estados Unidos (EEUU), nos han ido golpeando sin cesar.

A algunos les parecerá exagerado el adjetivo "mutante", pero si se observa con perspectiva se podría decir que la Europa actual está viviendo un proceso de profunda transformación: una Unión que asume que defender la paz y el proyecto europeo requiere nuevas herramientas y otra manera de estar en el mundo. Y por eso el momento actual es de redefinición de prioridades, de políticas, de legislación y de presupuestos. Desconcertados ante el fin del "mundo de ayer", el auge de las lógicas de poder en las relaciones internacionales y los cambios en las dinámicas comerciales, los europeos parecemos haber emprendido de forma tácita una mutación, pero "a tratado constante" (sin reforma de los tratados europeos), presidida por paradigmas como la seguridad, la competitividad o la soberanía.

La conversación europea ha ido virando progresivamente, desacoplándose con frecuencia de la conversación pública española, y ahora está principalmente centrada en cuestiones como Ucrania, la defensa, la profundización del mercado único, la ampliación, el futuro presupuesto europeo (en el que España pasaría a ser contribuyente neto), las relaciones con EEUU y China, y la migración. Se habla además de temas que no son nuevos, pero que son tratados bajo una óptica diferente, como por ejemplo en el caso de la energía, ya no percibida, como en la legislación anterior, desde una perspectiva medioambiental, sino

cada vez más como una dimensión de nuestra seguridad y competitividad. Centrados en la geopolítica y la supervivencia, como señalara el presidente de Francia Emmanuel Macron en su discurso sobre Europa de abril de 2024, hemos reparado en que "Europa es mortal".

Todos estos elementos de mutación están afectando además a la manera en que se hace la política europea en Bruselas, y provocando diversos cambios en las dinámicas de funcionamiento.

Por ejemplo, algunos autores están hablando sobre el concepto de geopolitización de la política europea, es decir, cómo la reorientación del proyecto europeo hacia la geopolítica y la geoeconomía está aumentando la relevancia de los temas y departamentos de acción exterior, seguridad y defensa, y vinculando a ellos la acción de departamentos tradicionalmente considerados técnicos (como, por ejemplo, la Dirección General de Comercio de la Comisión Europea).

Otra tendencia que diversos autores destacan en los últimos años es la progresiva "presidencialización"[1] de la política europea. Con las sucesivas crisis y el contexto de cambio, los jefes de Estado y de gobierno en el Consejo Europeo están ganando más peso en el equilibrio institucional de la UE, en una distribución del poder cada vez más intergubernamental, que coincide además con una progresiva presidencialización de los propios sistemas de funcionamiento interno de la Comisión Europea bajo el mandato de Ursula von der Leyen.

Finalmente, una tercera tendencia que se advierte de manera creciente es la transversalidad de los expedientes. Los grandes temas de la actual legislatura iniciada en 2024, como la simplificación, la seguridad y la competitividad son multisectoriales y escapan a una lógica de silos y ministerios. La transversalidad que viene de Bruselas obliga a revisar la forma de hacer política europea en los Estados miembros, forzando a una mayor coordinación entre diferentes departamentos y niveles de la administración. En la Europa de 2026 hace falta

una forma diferente de trabajar en las administraciones públicas, en la que se tienda más a un trabajo coordinado e integrado.

Esta es, a grandes rasgos, la Europa de hoy. No es la que teníamos y tal vez no es la que queríamos. Pero es a la que habrá que adaptarse, a ser posible más pronto que tarde, mediante una política europea renovada y actualizada.

2. La política europea de España, 40 años después

Hoy ya es difícil sostener que la política europea es sólo política exterior. El grado de imbricación entre la política europea y la realidad interna es tal que una gran parte de nuestra legislación viene determinada por la normativa europea. Con la expansión de los ámbitos de acción de los últimos años (por ejemplo, en la respuesta a la crisis del COVID-19) es casi imposible encontrar un área que no se vea afectada por la normativa o las decisiones de la UE. Sin embargo, la sociedad española no parece haber tomado conciencia plena de la necesidad de pensar en dicha política europea, en cómo se debe afrontar y cómo se debe hacer. No se aborda por ejemplo cómo realizar un proceso eficiente de reflexión, fijación de prioridades y formación de la posición nacional o cómo establecer mecanismos para un adecuado cumplimiento de las normas y obligaciones europeas.

En el momento actual, podríamos decir que, en lo que respecta a nuestra política europea, presentamos síntomas de una cierta crisis de los 40. En especial un desacoplamiento entre nuestra autopercepción y discurso con nuestra realidad. Y una falta de cambio y adaptación a la nueva realidad que nos rodea.

Por ello, como han hecho otros países europeos, es conveniente parar y pensar cómo estamos haciendo política europea. Asumir que Europa ha cambiado, pero nosotros no hemos adaptado nuestras formas de trabajar en la fase ascendente o descendente de la política europea (es decir, en la fase de

negociación de normativa y de aplicación de dicha normativa). Prepararnos en suma para los próximos 40 años y renovar nuestra forma de estar en Europa.

Para la Real Academia Española, un reto es un "objetivo o empeño difícil de llevar a cabo y que constituye por ello un estímulo y un desafío para quien lo afronta". En el contexto actual podríamos decir que la política europea de España se enfrenta a cuatro retos principales: la gobernanza, el incumplimiento, el consenso y la comunicación.

3. El reto de la gobernanza

Para la política europea de España el reto central y más relevante (que por ello se analizará aquí con mayor profundidad y detalle) es el de la revisión de su gobernanza.

No hay entre los Estados miembros un modelo único para coordinar la posición nacional y defender los intereses propios. En función de la historia y estructura de cada país hay modelos centralizados (como Francia) o descentralizados (como Alemania) y países donde la oficina del presidente o primer ministro adquieren un protagonismo total (la propia Francia) o donde el Ministerio de Asuntos Exteriores controla la coordinación (como los Países Bajos y Dinamarca).

Por incidir en algunos ejemplos ilustrativos, en el caso de Alemania se cuenta con un sistema descentralizado en el que los ministerios sectoriales cuentan con gran autonomía, pero por el principio de colegialidad se debe lograr la aprobación de las posiciones nacionales por unanimidad y se han establecido por escrito reglas de procedimiento claras para el proceso de coordinación, que recae en el Ministerio de Asuntos Exteriores (para las cuestiones del ámbito COREPER II) y de economía y energía (para las del COREPER I). Francia, por su parte, encarna un modelo centralizado para la formación de posiciones en la UE. Una potente Secretaría General de Asuntos Europeos, vinculada a la Oficina del primer ministro, ocupa la posición crucial en la coordinación y

envío de instrucciones a la Representación Permanente (REPER) en Bruselas (sin las cuales sus consejeros no tienen margen de maniobra). Se trata de un sistema en el que un órgano central superior arbitra entre las diferentes posiciones e intereses, con la legitimidad otorgada por su vinculación directa con el primer ministro. En el caso de los Países Bajos, el Departamento de Integración Europea, en el Ministerio de Asuntos Exteriores, es el encargado de la coordinación. De acuerdo con la llamada "cultura del pólder"[2] se busca el consenso entre todos los actores, que están implicados en la determinación de las posiciones negociadoras mediante mecanismos de coordinación permanente como el Comité de Alto Nivel para la UE. Una gran capacidad de anticipación, y una buena coordinación con el sector privado, permiten además a los Países Bajos introducir regularmente sus prioridades y enfoques entre las propuestas de la Comisión.

Frente a este panorama general, en el caso de España resulta llamativa la progresiva separación entre la teoría y la práctica. Desde nuestra adhesión en 1986, la SEUE en el Ministerio de Asuntos Exteriores está encargada de la "formulación y ejecución de la política de España en el ámbito de la Unión Europea", de la "coordinación de las actuaciones que realicen las administraciones públicas en la Unión Europea (incluyendo la Administración General del Estado, pero también las administraciones autonómicas y locales)" y de la "impartición de instrucciones al Embajador Representante Permanente". A pesar de la pervivencia sobre el papel de ese modelo, que sería similar al adoptado por países como Dinamarca y los Países Bajos (centralización y ubicación de la coordinación en el Ministerio de Asuntos Exteriores), en los últimos años, en respuesta al contexto cambiante y las necesidades urgentes, se ha ido realizando de forma espontánea una adaptación informal y no codificada de los métodos de trabajo. Conviven de esta forma un sistema formal y un sistema real, en un contexto de deterioro de la coordinación estructurada.

La mencionada presidencialización de los asuntos europeos se ha traducido en que otras unidades, las más cercanas al presidente del gobierno, asuman progresivamente un mayor peso coordinador: se han producido novedades como la creación de un departamento específico en presidencia del gobierno

encargado de "asesorar al presidente en los asuntos relacionados con la Unión Europea y proporcionar la información necesaria para el ejercicio de su participación en el Consejo Europeo". Dada la importancia creciente de las decisiones de dicho Consejo Europeo sobre las políticas de la UE, este departamento, junto con la oficina de asuntos económicos y G20, puede asumir en ocasiones la función de arbitraje superior entre las posiciones de los ministerios. De esta manera se han introducido de facto, pero de manera incompleta, elementos del modelo centralizado francés, en el que la presidencia ocupa un lugar crucial en la formación de posiciones nacionales.

Por otro lado, los diferentes ministerios, de forma desigual y de acuerdo con una casuística variada, han ido reforzando su personal dedicado a asuntos europeos, tanto en Madrid como en Bruselas, con clara voluntad en ocasiones de reafirmar su perfil y voz propia marcando directamente la posición a través de los contactos de sus representantes, no siempre con la oportuna coordinación y arbitraje para alcanzar una posición realmente nacional. Por tanto, se están introduciendo de hecho elementos del modelo descentralizado alemán de formación de posiciones, pero careciendo de los mecanismos reforzados de colegialidad esenciales en Alemania. Frente a todo ello, la REPER ha ido tomando un papel cada vez más relevante, realizando muchas veces la necesaria coordinación y fijación de posiciones que no se realiza en la capital. De esta manera contamos (de acuerdo con la categorización clásica de H. Kassim) con un sistema teóricamente centralizado, pero que es en la práctica descentralizado, en el que impera la negociación informal y un difícil arbitraje, y en el que la coordinación interna (representada por mecanismos tradicionales como la Comisión Interministerial de Asuntos de la UE, CIAUE) ha ido debilitándose de manera paulatina pero constante.

En el caso español faltarían actualmente mecanismos sistemáticos de reflexión conjunta para lograr un pensamiento estratégico a largo plazo que identifique los intereses nacionales, prioridades y alianzas que se deben establecer, y cuáles deben ser nuestras posiciones y narrativas en los principales debates europeos. En resumen, identificar qué Europa conviene a España, qué integración

europea nos interesa, y cómo acomodar el interés español al interés general de la UE.

Además, faltarían mecanismos estructurados y ágiles de coordinación de los asuntos cotidianos, con reuniones frecuentes de grupos de trabajo para contar con una visión de conjunto y análisis técnicos desde diferentes perspectivas, y fijar con anticipación suficiente la posición nacional en todas las cuestiones relacionadas con la UE (no sólo en las negociaciones legislativas en el Consejo). Para ello sería necesario mejorar el funcionamiento de las estructuras existentes (como la mencionada CIAUE) y abordar un aumento de medios humanos y materiales para que, desde los órganos de coordinación, como la SEUE y las distintas subdirecciones de asuntos europeos del resto de ministerios, se pudiera abordar el incremento del número y complejidad de los expedientes. La mencionada transversalidad de los temas agrava actualmente esta necesidad de mecanismos de coordinación.

En muchas ocasiones el debate sobre la gobernanza de la política europea ha estado centrado en España en la ubicación del órgano coordinador.[3] Por ejemplo, algunos han considerado conveniente situar la SEUE bajo la órbita de la Presidencia del Gobierno o bien elevar su rango a vicepresidencia o atribuir a su titular un doble papel, nombrándolo también *sherpa* (asesor de máximo nivel) del presidente para asuntos europeos. Como se ha visto, no hay una respuesta única entre los Estados miembros.

Sin embargo, la cuestión central (parafraseando a Deng Xiaoping) no es si el gato es blanco o negro, sino si caza ratones. El debate sobre la gobernanza de la política europea debería estar centrado en cómo mejorar la calidad de los procesos, en vez de centrarse en cambios profundos de estructuras o debates competenciales sobre quién lleva un expediente. En la Europa actual funcionar pensando en propietarios exclusivos de los temas o en silos distribuidos por ministerios, es un camino condenado al fracaso. Sin olvidar que, en última instancia, la coordinación no depende tanto de las estructuras creadas como de la articulación de una "cultura de coordinación" y unos mecanismos eficaces (grupos de trabajo, puntos de contacto, mecanismos de organización fluidos)

que aseguren la circulación de la información y garanticen la toma en consideración de todos los intereses.

En realidad, la revisión de la gobernanza de la política europea en España debería estar presidida por la combinación de tres principios: coordinación, responsabilidad y arbitraje. Es decir, la determinación clara de quién coordina (y a quién coordina en cada caso), pero también de quién es responsable del seguimiento de un expediente y de quién decide y arbitra en caso de que haya diferentes visiones o fricciones entre departamentos.

Todo este proceso no debe olvidar otro gran desafío de la política europea de España: la participación de las comunidades autónomas en el proyecto europeo. Muchos expedientes de relevancia afectan a sus competencias y ámbitos de actuación, por lo que es necesaria una adecuada comunicación y coordinación, que los mecanismos existentes (como la Conferencia para asuntos relacionados con la UE, CARUE) no estarían garantizando. Cualquier revisión de la gobernanza de la política europea de España debe incorporar desde el principio de la reflexión una derivada autonómica.

Con una paradoja final: en esta Europa cada vez más presidencialista parece claro que el arbitraje final sólo lo puede realizar la presidencia del gobierno o alguien designado por ella que sea capaz de tener una visión de conjunto y dar seguimiento. Pero sin olvidar que dicha presidencia no podrá ocuparse de todo, sin ir más lejos porque su naturaleza no es ésa. Su función genuina es el liderazgo ejecutivo al más alto nivel, marcando las líneas directrices de los grandes temas, pero no tiene la capacidad administrativa, el conocimiento técnico o la disponibilidad de atención sostenida en el tiempo para seguir con anticipación y profundidad el detalle de todos los expedientes, con negociaciones que en algunos casos pueden durar años. En resumen, aunque arbitre Presidencia del Gobierno el resto de la administración debe participar, en un proceso necesario de reflexión, coordinación, elaboración de posiciones, y emisión de instrucciones que garanticen la coherencia.

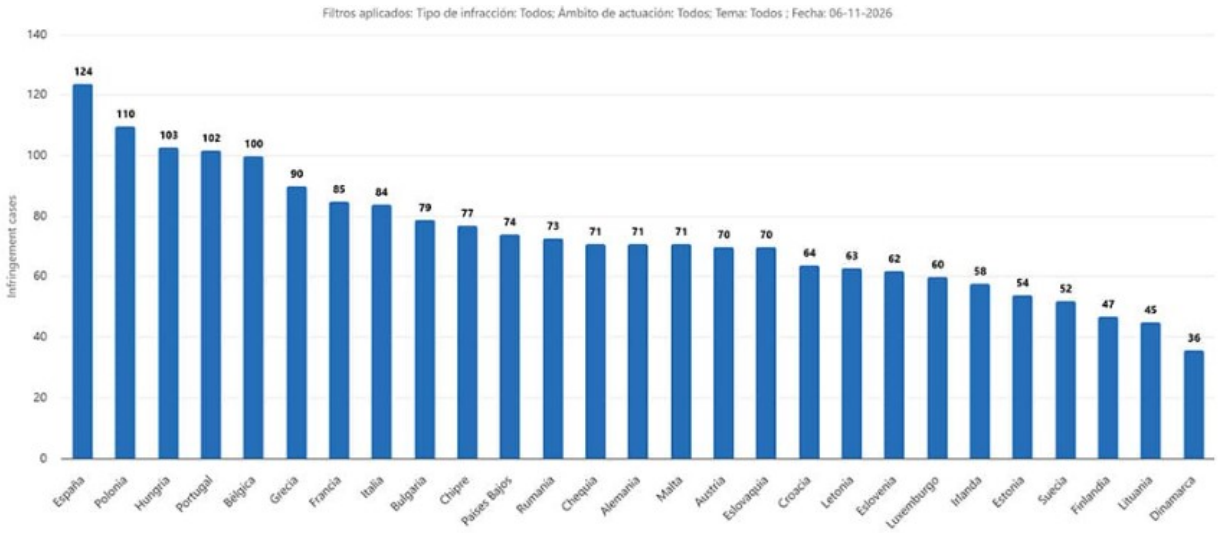
4. El reto del incumplimiento

Cuando se habla del reto del incumplimiento de la normativa comunitaria es cuando se aprecia mejor la idea de la crisis de los 40 y la distancia entre la autopercepción y el discurso, por un lado, y la realidad por otro.

El último gobierno socialista de Felipe González (1993-1996) empezó a utilizar el slogan de "Más Europa", que después fue el lema escogido para la Presidencia española del Consejo de la UE en 2002. Desde entonces parece ser un mantra esencial de la política europea de España: ser europeístas y estar comprometidos con los avances en el proyecto europeo y la integración. Sin embargo, si atendemos a los datos y la realidad de la aplicación de la normativa europea, se aprecia que en los últimos años España no cumple con el lema de "Más Europa". Conviene decirlo claro, con un afán constructivo y de mejora: España se sitúa actualmente entre los Estados miembros con peores resultados agregados de incumplimiento.

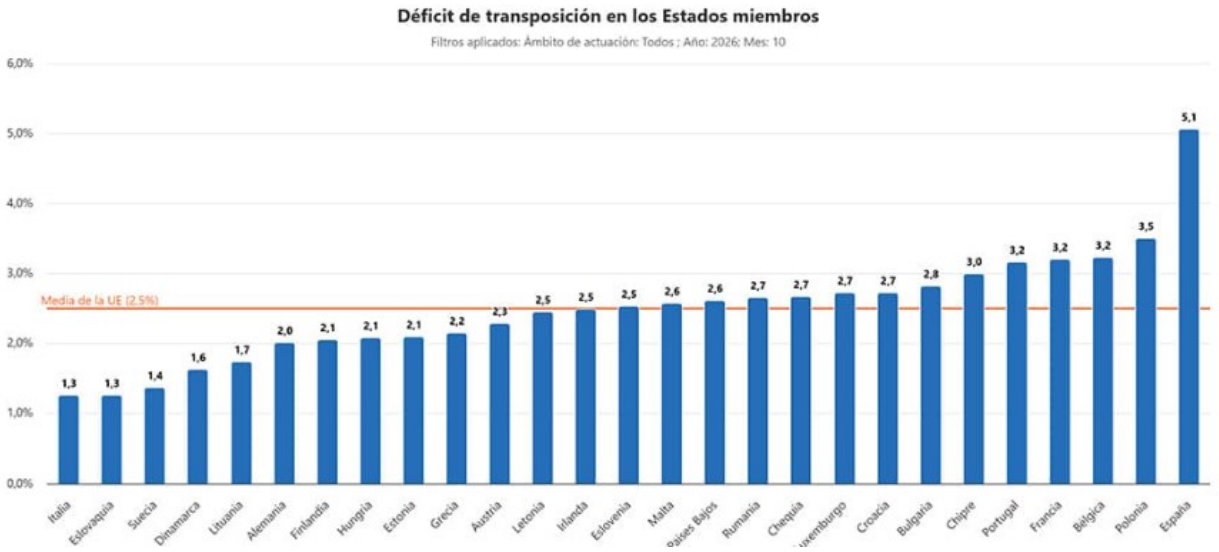
Sin entrar en análisis técnicos de profundidad, dos datos bastan para ilustrar claramente esta idea. De acuerdo con las últimas estadísticas oficiales de la Comisión Europea, en noviembre de 2026 España encabeza por un amplio margen la tabla de Estados miembros en dos categorías fundamentales para evaluar la falta de cumplimiento con la normativa de la UE: los procedimientos de infracción abiertos (124 procedimientos abiertos, por delante de Polonia, con 110, y Hungría, con 103) y el déficit de transposición de directivas,[4] con un 5,1%, cuando la media de los Estados miembros es del 2,5% y el objetivo de referencia establecido tradicionalmente por la Comisión es del 1%.

Figura 1. Reparto de procedimientos de infracción por Estado miembro



Fuente: datos de la Comisión Europea, actualizados a noviembre de 2026, sobre procedimientos de infracción abiertos: https://ec.europa.eu/implementing-eu-law/member-state-infringement-cases/es.

Figura 2. Déficit de transposición en los Estados miembros



Fuente: datos de la Comisión Europea, actualizados a noviembre de 2026, sobre déficit de transposición de directivas: https://ec.europa.eu/implementing-eu-law/transposition-directives/es.

Se podrían plantear muchos matices y salvedades, teniendo en cuenta cuestiones como por ejemplo el llamado déficit de conformidad (es decir, cuándo los problemas vienen en realidad por una incorrecta aplicación del Derecho de la UE), el plazo y estado de los procedimientos, o cuáles son las áreas más afectadas, pero la realidad es que España lleva años cumpliendo mal y tarde con la normativa europea. La gravedad del problema es clara. Una prueba dolorosa de nuestra incapacidad interna, que afecta a nuestra participación en la arquitectura comunitaria.

Porque este patrón de incumplimiento tiene consecuencias directas para España. Con costes económicos por las multas impuestas por la Comisión Europea y el Tribunal de Justicia de la UE (TJUE), de varios millones de euros anuales. Por poner un ejemplo, la transposición tardía de la Directiva sobre conciliación de la vida familiar y profesional de progenitores y cuidadores provocó una sentencia del TJUE en agosto de 2025 por la que se impuso una multa a España de 6,8 millones de euros, mientras que en el conocido caso de la depuración de aguas residuales urbanas el TJUE impuso en 2018 una multa a tanto alzado de 12 millones de euros y una multa coercitiva semestral inicialmente de 10,95 millones de euros hasta la completa ejecución de la sentencia.

Pero también tiene consecuencias en términos de inseguridad jurídica, que afecta a toda la sociedad y en especial a los operadores económicos y al sector privado, como ha ocurrido por ejemplo en el caso de la incertidumbre creada por la revisión de la directiva sobre responsabilidad social corporativa (CSRD). Por no hablar de los daños para la reputación y la capacidad de influencia de España ante las instituciones europeas que implica liderar las clasificaciones de procedimientos de infracción e incumplimiento de normativa.

Los problemas de incumplimiento llevan agravándose varios años, hasta convertirse en un fallo sistémico motivado por múltiples factores, entre los que se podrían señalar los problemas de gobernanza mencionados anteriormente, la complejidad institucional derivada de la descentralización, la capacidad administrativa insuficiente para gestionar un volumen creciente de legislación

europea y la fragmentación política que complica el logro de mayorías parlamentarias. A pesar de la existencia de iniciativas de mérito que han intentado explicar y revertir esta situación,[5] mientras no se tomen medidas de calado previsiblemente seguirán sucediéndose las malas noticias: los indicadores preocupantes, los procedimientos de infracción, la lentitud en la ejecución de las sentencias del TJUE y el uso frecuente de mecanismos de urgencia para evitar sanciones. Sería necesario un fuerte impulso político y administrativo, y un compromiso colectivo, para mejorar la situación, tal vez tomando como ejemplo mecanismos como los llamados Decreti di Natale[6] utilizados en Italia para agilizar anualmente la aplicación del derecho europeo en el país. De no ser así, y en estrecha vinculación con el reto de la gobernanza y con el reto del consenso, el reto del incumplimiento se mantendrá en el futuro, perjudicando gravemente a España.

5. El reto del consenso

Se suele señalar desde el ámbito académico que la politización de la política europea y la polarización, dos tendencias diferenciadas, pero a menudo conectadas, están alterando de manera directa el funcionamiento de la UE en los últimos años.

Al hablar de politización de la política europea (expresión utilizada por ejemplo por Simon Hix) se suele hacer referencia al proceso por el que los asuntos de la UE han dejado de ser tratados como cuestiones técnicas o administrativas gestionadas por expertos y han pasado a convertirse en objeto de controversia política y competencia partidista en el espacio público nacional y europeo. De esta forma las normas de la UE no se perciben ya como meras soluciones técnicas, pasando a ser objeto de debate político abierto (algo que en realidad puede verse también de manera positiva, como una señal de madurez democrática). Se ha superado así el llamado "consenso permisivo",[7] en el que las élites nacionales impulsaban la integración, los ciudadanos prestaban poca atención a los asuntos europeos, la UE se percibía como un proyecto técnico y beneficioso, y la lógica dominante era esencialmente tecnocrática.

De forma estrechamente vinculada a la politización, la polarización se ha convertido en un rasgo cada vez más destacado del discurso político en las democracias occidentales. Las preferencias, identidades y posiciones de los principales actores políticos y sociales se concentran en polos ideológicos cada vez más distantes, reduciendo los espacios de consenso y dificultando los compromisos transversales necesarios para la gobernabilidad. En la UE, la polarización se manifiesta cuando los partidos, los dirigentes y sus electorados no sólo discrepan sobre políticas concretas, sino que desarrollan visiones opuestas sobre cuestiones fundamentales como las prioridades fundamentales, los valores compartidos, el futuro del proyecto europeo o el funcionamiento de las instituciones democráticas.

Todo indica que en el debate europeo la politización y la polarización van a mantenerse en los próximos años. Es previsible por ello que se mantengan fenómenos como la creciente utilización de las instituciones europeas como prolongación de la confrontación en el debate nacional (en especial en el Parlamento Europeo) o, a la inversa, la utilización de asuntos de carácter europeo, como los fondos de recuperación, el Pacto Verde o el Pacto europeo de Migración y Asilo, como elementos de confrontación partidista en los Estados miembros, incluyendo España.

En este contexto, se podría decir que para la política europea de España el reto que se plantea es el del consenso o, mejor dicho, el del logro de consensos puntuales: la conveniencia de que, a pesar de la politización y la polarización, los principales grupos políticos sean aún capaces de destilar visiones compartidas y presentar posiciones nacionales conjuntas en algunos temas determinados de la agenda europea que sean esenciales para España.

Por poner algún ejemplo ilustrativo, sería deseable que existiera una colaboración y coordinación de posiciones en cuestiones como la superación del reto del cumplimiento expuesto anteriormente (reduciendo el déficit de transposición de directivas y el número de procedimientos de infracción), la posición nacional en el futuro Marco Financiero Plurianual, las posibles

reformas institucionales o en algunas políticas de gran relevancia como la industrial, la de seguridad y defensa, y la de ampliación.

En otros temas polémicos y que condensan debates ideológicos, como la migración, seguramente será imposible encontrar posiciones de consenso. Pero en los temas mencionados, y en otros similares, sería deseable que los partidos políticos debatieran abiertamente y acordaran con sentido de Estado y luces largas algunas posiciones comunes para los grandes debates de la agenda europea, tal vez utilizando para ello mecanismos ya existentes como la Comisión Mixta Congreso-Senado para la UE. Además, la construcción de consensos no debería limitarse a los partidos políticos. También debería incluir una conversación más estructurada por ejemplo con las Comunidades Autónomas (como se ha mencionado al hablar del reto de la gobernanza) o con el sector privado (como se planteará a continuación al hablar del reto de la comunicación). Esto permitiría defender los intereses de España de una manera más firme en áreas donde la evolución de la política europea puede producirnos resultados muy perjudiciales.

Partiendo de la privilegiada condición de España como Estado medio-grande, con una posición de relevancia en el Consejo de la UE y el Parlamento Europeo, su peso potencial podría multiplicarse si supera el reto del consenso y logra defender en ocasiones posiciones comunes vinculadas con el interés nacional y con los avances en la integración que le resulten de interés.

6. El reto de la comunicación

Cualquier corresponsal español que cubra asuntos europeos suele decir siempre, antes o después, la misma frase: España comunica mal en Bruselas. Sus posiciones, sus argumentos, incluso sus éxitos. Es una queja sostenida en el tiempo, que contrasta con las menciones a la activa política de comunicación en asuntos europeos que desarrollan otros Estados miembros, como por ejemplo los Países Bajos. Se podría decir que el de la comunicación sería el cuarto reto para la política europea de España, porque hoy en día la comunicación debe

entenderse ya como parte esencial de la misma. De manera general se podría decir que la comunicación europea de España debería evolucionar desde una lógica predominantemente reactiva hacia otra más proactiva. No se trataría sólo de explicar decisiones ya adoptadas, sino de anticipar y generar debates, y proyectar una visión propia sobre el futuro de la integración europea. En una Unión marcada por la competición de ideas y proyectos nacionales, quien no comunica su visión corre el riesgo de terminar discutiendo únicamente las propuestas de los demás.

Pero al hablar de comunicación europea no solo se debería considerar la relación con los medios de comunicación y los corresponsales en Bruselas, sino que se deberían contemplar también, con una óptica estratégica, otros vectores, como por ejemplo la comunicación con la población, con los socios europeos, o con el sector privado.

Respecto a la población, en España un 40% de la misma ha nacido ya después de 1986, es decir, 20 millones de españoles son "nativos europeos" y no han conocido una España fuera de la UE. De acuerdo con los datos del Barómetro del Real Instituto Elcano, una clara mayoría de los españoles (83%) sigue considerando beneficiosa la pertenencia de nuestro país a la UE, aunque esos datos conviven todavía de manera sistemática con un preocupante bajo nivel de conocimiento sobre las instituciones y las políticas europeas y un gran desinterés hacia su funcionamiento. En conjunto, la actitud de los españoles ante la UE tendría mucho de fe ciega y poco de confianza basada en información. Por ejemplo (siempre según datos del Barómetro del Real Instituto Elcano), sólo un 23% sabe qué es la Política Agraria Común (PAC) y sólo un 25% sabe qué son los fondos Next GenerationEU. Un llamativo 41% de los españoles sigue reconociendo hoy en día no saber cómo funciona la UE. Un evidente desafío social para nuestra política europea, 40 años después de nuestra entrada en la UE.

Otro vector sería la comunicación con los socios europeos, pero no sólo en el Consejo de la UE y en Bruselas. En esta UE de 2026 es necesario intensificar la relación con los Estados miembros con un enfoque multinivel y desarrollando

una estrategia activa y sistemática de explicación de nuestros puntos de vista y prioridades, y de búsqueda de aliados en ámbitos de interés común. En el futuro, las embajadas españolas en Estados miembros de la UE, dentro del trabajo en asuntos europeos que ya realizan, deberían desempeñar un papel reforzado en la política europea de España, mediante una comunicación bidireccional: con un seguimiento detallado de las posiciones de los respectivos países en los principales temas de la agenda europea y, por otro lado con una difusión amplia de información sobre las posiciones españolas (que deben ser remitidas desde Madrid de forma sistemática), para ejercer influencia mediante herramientas diversas como las gestiones directas, las entrevistas y tribunas en prensa, el uso de "voces amigas", la difusión de papeles de posición e informes técnicos, o las campañas específicas de comunicación, sin olvidar la utilización de eventos públicos, viajes y visitas oficiales. Actualmente la influencia en Bruselas se construye también mediante la explicación de posiciones y la forja de alianzas en el resto de las capitales europeas, que permitan después lograr apoyos en expedientes relevantes o ante acontecimientos inesperados.

Finalmente, dentro del reto de la comunicación en la política europea de España debería tenerse en consideración también la comunicación con el sector privado. Porque la transformación de dicho sector privado (en especial de las grandes empresas españolas) en lo que respecta a los asuntos europeos es una de las mayores noticias de los últimos años de la política europea de España. A diferencia de otros sectores de la población, el sector empresarial va entendiendo de manera creciente que las decisiones que se toman en Bruselas son cruciales para su actividad en España.

Si se toman datos del registro de transparencia de la Comisión Europea se puede percibir con claridad el gran aumento de presencia del sector privado en Bruselas, con todo tipo de sectores, asociaciones, empresas y niveles de interlocución. España cuenta ya con un total de 569 entidades inscritas, lo que la sitúa por encima de los Países Bajos (479), Italia (480) y Polonia (179). En la política europea de España ese aumento de presencia se debería percibir como una oportunidad: el sector privado debe ser visto cada vez más como un potencial aliado y un auténtico agente de influencia, que puede ayudar en la

reflexión y formación de posiciones, y en la labor de defensa de los intereses españoles en Bruselas, gracias a su capacidad de organización y de interlocución con las instituciones europeas, y su legitimidad derivada de su conocimiento técnico y capacidad económica.

En ese sentido, sería deseable una comunicación renovada con el sector privado, con un marco estructurado y regulado similar al que existe en la Comisión Europea, y con mecanismos de coordinación permanentes de colaboración institucionalizada y diálogo técnico con el sector privado. En suma, naturalizar la relación con el sector privado, logrando una velocidad de crucero en la cooperación y utilizando su experiencia, percepciones, información y capacidad de interlocución, sólo puede redundar en un gran beneficio para la política europea de España.

Conclusiones

Más allá del mantra de "Más Europa", ¿cuál es el proyecto de España en esta Europa mutante para los próximos 40 años? El 40º aniversario de nuestra entrada en la UE es un buen motivo para recordar y celebrar. Pero sobre todo nos impele a buscar juntos cuál es nuestro proyecto en la UE para las cuatro próximas décadas y a adaptarnos.

Tuvimos un proyecto nacional para los primeros 40 años, que era el de integrar en Europa a una España que cambiaba. Ahora necesitamos otro, para encontrar cuál es el acomodo de esta España en una Europa que está cambiando.

Sea cual sea ese proyecto, tendrá que contar con una política europea adaptada al momento actual y que responda a los retos aquí planteados: la gobernanza, el incumplimiento, el consenso y la comunicación.

De no ser así, nos podríamos encontrar en el futuro con un desacoplamiento cada vez mayor entre Europa y España, con una nueva "deseuropeización" (como la producida por la crisis de 2008) de una España que no defienda

adecuadamente sus intereses y, por otro lado, con una Europa que se dedique a cosas que no nos interesan y en la que hayamos perdido capacidad de influencia. La disyuntiva es clara: ir de espectadores a Bruselas a debatir lo que nos plantean o ser parte de la necesaria e ineluctable transformación de la UE.

En respuesta a esta disyuntiva, una recomendación formulada por Ignacio Molina allá por 2013 mantendría una sorprendente vigencia en el momento actual. Para superar la crisis de los 40 y salir reforzados de ella deberíamos "pensar más en español, pero actuar más en europeo". Ni más ni menos.

Notas

[1] Tesis central, por ejemplo, de Luuk van Middelaar en su conocido libro *Alarums and Excursions: Improvising Politics on the European Stage*.

[2] La "cultura del pólder" (*poldermodel*) es un concepto político y social neerlandés basado en la búsqueda sistemática del consenso mediante el diálogo y la negociación entre gobierno, empresarios, sindicatos y otros actores sociales. El término procede de los pólderes, terrenos ganados al mar cuya gestión exigía históricamente la cooperación de todos los habitantes para evitar inundaciones

[3] Debate ya reflejado, por ejemplo, en el artículo "La Administración española ante la UE" de Alfonso Dastis (Revista de Estudios Políticos, número 90, octubre-diciembre 1995) y en el Informe del Consejo de Estado sobre la inserción del derecho europeo en el ordenamiento español de 2008.

[4] Porcentaje de directivas de la UE que un Estado miembro aún no ha incorporado correctamente a su ordenamiento jurídico nacional dentro del plazo establecido. El déficit de transposición mide el grado de retraso de un país en la adaptación de su legislación nacional.

[5] Por ejemplo, el Informe sobre la mejora del proceso de incorporación del Derecho de la UE al ordenamiento interno presentado al Consejo de Ministros el 11 de febrero de 2020 o el Acuerdo del Consejo de Ministros de 23 de

febrero de 2021 para establecer un sistema de Estudios de Impacto sobre las Propuestas Legislativas Europeas (EIPLE).

[6] Decretos legislativos de transposición de directivas de la UE que el gobierno italiano suele aprobar a finales de año, frecuentemente en diciembre.

[7] Popularizado en los años 70 por Leon N. Lindberg y Stuart A. Scheingold.

Este artículo se publicó en Real Instituto Elcano. Puede leer aquí el original.

Volver al índice



Liderazgo legislativo

Hans Zeiger

National Affairs

Cuando ejercía como legislador estatal en Washington, un exlegislador me regaló una placa con una cita de Will Rogers. Decía: «Una vez que un hombre ocupa un cargo público, no sirve para el trabajo honesto». A menudo mencionaba la placa en público cuando buscaba un chiste fácil. Sin embargo, cuando dejé el servicio público para dirigir una organización sin fines de lucro dedicada a la educación cívica, comencé a reflexionar sobre hasta qué punto el trabajo legislativo podría ser transferible al «trabajo honesto» en los sectores sin fines de lucro o empresarial. Desde luego, esperaba que así fuera.

Encontré motivos para la esperanza cuando desempolvé mi ejemplar de la monografía del escritor de negocios Jim Collins, titulada *De bueno a excelente y*

los sectores sociales, dirigida a líderes de organizaciones sin fines de lucro y del sector público . En ella, Collins exponía un modelo de liderazgo para el sector social que incluía no solo habilidades ejecutivas, sino también legislativas.

Collins explicó la diferencia fundamental entre las habilidades de liderazgo ejecutivo y legislativo. Escribió que un líder ejecutivo posee suficiente "poder estructural concentrado" como para tomar decisiones sin necesidad de obtener la aprobación de otros. Luego, Collins presentó su concepto de liderazgo legislativo:

> En cambio, en el liderazgo legislativo, ningún líder individual, ni siquiera el jefe del ejecutivo en funciones, tiene el poder estructural suficiente para tomar las decisiones más importantes por sí solo. El liderazgo legislativo se basa más en la persuasión, la influencia política y los intereses comunes para crear las condiciones necesarias para que se tomen las decisiones correctas.

Como ejemplo de una líder que comprendió la importancia de las habilidades legislativas, Collins eligió a Frances Hesselbein, la legendaria exdirectora ejecutiva de las Girl Scouts de Estados Unidos, quien posteriormente asesoró a innumerables directivas de organizaciones. Hesselbein asumió el reto de dirigir una organización altamente descentralizada con 780 000 voluntarias repartidas en cientos de consejos locales, y finalmente logró sensibilizar a la organización sobre el consumo de alcohol entre los jóvenes y el embarazo adolescente, al tiempo que hacía hincapié en el desarrollo de habilidades en ciencia, tecnología, ingeniería y matemáticas. Explicó su enfoque: «Siempre tienes poder, si sabes dónde encontrarlo. Existe el poder de la inclusión, el poder del lenguaje, el poder de los intereses compartidos y el poder de la coalición. El poder está a tu alrededor, pero rara vez es evidente, rara vez visible».

Los líderes del sector social podrían necesitar intervenir con "decisiones ejecutivas" de vez en cuando; Hesselbein no decía que la decisión estuviera prohibida. Pero incluso al tomar decisiones importantes desde la cima, existe un contexto relacional que un líder debe tener presente. Un líder siempre debe

estar en modo de campaña para lograr el respaldo a la dirección que toma la organización. Esto es muy cierto incluso en los negocios o en el ámbito militar. El arte del liderazgo, en cualquier contexto, va mucho más allá de una cadena interminable de órdenes autoritarias.

También cabe destacar la visión de Hesselbein sobre el poder como un fenómeno disperso y multivariable. Un líder puede acceder a fuentes de poder que van mucho más allá del círculo cerrado de la alta dirección. Este es el tipo de pensamiento que Collins parecía fomentar, aunque no profundizó en las habilidades de liderazgo legislativo e indicó la necesidad de realizar más investigaciones al respecto.

> La distinción entre poder ejecutivo y legislativo sigue siendo una hipótesis de trabajo, a la espera de una investigación rigurosa. Si la evidencia empírica valida esta distinción, es improbable que sea tan simple como «sector empresarial = ejecutivo» y «sector social = legislativo». Lo más probable es que exista un espectro, y que los líderes más eficaces muestren una combinación de *habilidades* ejecutivas y legislativas. Los mejores líderes del futuro —tanto en el sector social *como en* el empresarial— no serán puramente ejecutivos ni legislativos; tendrán la habilidad de saber cuándo usar sus competencias ejecutivas y cuándo no.

Lo que Collins denominó una "habilidad innata" podría calificarse de otra manera como una virtud, concretamente, la virtud de la prudencia o la sabiduría práctica, que a menudo se ha asociado con el arte de la política, desde los tiempos de Aristóteles.

La habilidad política suele asociarse con la gran estrategia, pero no es sinónimo de "arte de gobernar". La habilidad política entendida como juicio prudente es relevante en organizaciones y comunidades de todos los tamaños y propósitos, y está al alcance de altos directivos con cargos importantes y de cualquier persona con influencia dentro de una organización. Existe abundante material disponible para los líderes ejecutivos sobre cómo ejercer el poder ejecutivo: el coaching ejecutivo, la formación, los libros y las conferencias conforman toda

una industria. Donde Collins ha identificado una importante laguna es en el estudio y el ejercicio del poder legislativo.

Hoy en día, esta brecha se evidencia no solo en la ausencia del lenguaje de las habilidades legislativas en el ámbito empresarial y la sociedad civil, sino incluso en el deterioro de las competencias de muchos legisladores. En las legislaturas estatales, y quizás aún más en el Congreso de los Estados Unidos, los miembros tienen cada vez más dificultades para definir el propósito y la naturaleza esenciales de su trabajo, y para ejercer las habilidades que lo hacen posible. Ellos también necesitan que se les recuerde la naturaleza y el valor del liderazgo legislativo.

Estudios sobre liderazgo legislativo

Quienes deseen perfeccionar sus habilidades de liderazgo legislativo encontrarán en el canon del liderazgo valiosas reflexiones sobre el liderazgo legislativo y su aplicabilidad en diversos entornos organizacionales. Para empezar, podemos considerar las habilidades de liderazgo legislativo en relación con el propósito y la función de los órganos legislativos. En *American Covenant,* Yuval Levin caracteriza al Congreso —el principal órgano legislativo de nuestra nación— de tres maneras: «un campo de debate» que permite que diferentes intereses estén «representados de manera significativa» y sean objeto de controversia; «un campo de construcción de coaliciones» que impulsa a las facciones a formular sus prioridades en términos más «atractivos y conciliadores»; y «un campo de integración» que transforma la energía de la coalición en logros públicos.

Podemos utilizar estos propósitos institucionales para identificar siete funciones básicas que desempeñan los legisladores *en su* calidad de tales. En todos los casos, debemos tener presente que estas funciones se ejercen en un contexto grupal. Nada en una asamblea legislativa puede hacerse unilateralmente: una legislatura es, por su naturaleza, una empresa colectiva.

En el ámbito político, los legisladores son *votantes* que recogen opiniones de la ciudadanía y de las organizaciones interesadas, y votan a favor o en contra de los proyectos de ley en comisión y en el pleno. También son *comunicadores* que dan voz a sus electores en foros públicos. Esto puede implicar mantener correspondencia con los ciudadanos preocupados sobre diversos temas, explicar políticas a distintos públicos o hablar en nombre de sus comunidades en actos oficiales y ceremoniales.

En el ámbito de la formación de coaliciones, los legisladores actúan *como moderadores*: ocupan un puesto de confianza y responsabilidad dentro de un comité o grupo parlamentario, y reúnen a colegas, electores y partes interesadas para debatir problemas y soluciones. También son *negociadores*, capaces de sortear circunstancias complejas y prioridades contrapuestas para alcanzar acuerdos y aprobar leyes. Y son parlamentarios? : cumplen su vocación como legisladores respetando rigurosamente las normas de su institución.

Finalmente, en el ámbito de la integración, los legisladores son *promotores*: presentan propuestas legislativas, desde proyectos de ley sencillos hasta extensos documentos presupuestarios, para resolver los problemas que identifican sus electores. Además, son estrategas que llevan a cabo campañas apelando a un gran número de votantes y aprovechando al máximo los recursos a su disposición —tiempo, experiencia, capital político, etc.— para lograr el efecto político deseado.

La división de estas funciones en los tres ámbitos que propone Levin no es fija: los legisladores pueden desempeñar, y de hecho desempeñan, muchas de estas funciones en más de un ámbito. Por ejemplo, pueden actuar como comunicadores tanto en el ámbito de la controversia, donde hablan en nombre de sus electores, como en el de la formación de coaliciones, donde transmiten sus puntos de vista a otros legisladores durante las negociaciones. El voto es relevante tanto para el ámbito de la controversia —el voto de un legislador da voz a las opiniones de sus electores sobre una medida determinada— como para el de la integración, donde se requieren votos para promulgar políticas públicas. Lo importante no es identificar en qué ámbito se encuadra una

función determinada, sino el hecho de que las funciones de los legisladores se derivan de los propósitos institucionales del poder legislativo.

El éxito de los legisladores en cada una de estas funciones requiere el desarrollo de ciertas habilidades. Para ser buenos comunicadores, necesitan desarrollar habilidades como la escucha activa, la oratoria clara y segura, el control del lenguaje corporal y la modulación del tono. Para ser moderadores y negociadores eficaces, deben cultivar habilidades relacionadas con la comunicación, la inteligencia emocional y la empatía. Para garantizar su éxito como parlamentarios, necesitan autodisciplina, aplomo y moderación, y comprender conceptos como el deber y la lealtad. Sus funciones como votantes y promotores les exigen perfeccionar la colaboración y la resolución creativa de problemas. Como estrategas, necesitan cultivar una visión, así como la capacidad de inspirar y persuadir a otros para que se unan a ellos en la realización de esa visión.

Al desempeñar sus diversas funciones, los líderes legislativos recurren tanto a poderes formales como informales. En su libro *Congressmen in Committees,* el politólogo Richard Fenno argumentó que "el hecho más crítico sobre *cualquier* presidente es su relación con las premisas estratégicas defendidas por la mayoría de los miembros de su comité". En *US Senators and Their World,* Donald Matthews escribió:

> Al utilizar al máximo sus limitados poderes procesales y privilegios, un presidente puede —«si quiere ser un canalla», como dijo uno de ellos— convertir el comité en una pequeña oligarquía en la que los demás miembros, especialmente los de menor rango, se sienten «como niños de primaria en una fiesta de secundaria». Pero, como dijo un senador, «la mayoría de los presidentes de comité no utilizan mucho sus poderes formales», porque no tienen por qué hacerlo. Generalmente consiguen lo que quieren sin recurrir a ellos.

Todo tipo de líder posee poderes tanto formales como informales, pero dado que la elaboración de leyes es una labor colectiva, el liderazgo legislativo a

menudo necesita recurrir a lo informal y construir relaciones a lo largo del tiempo que establezcan cierto grado de legitimidad que pueda traducirse en un poder muy real en momentos críticos.

Los poderes informales pueden ejercerse según diferentes estrategias. En su obra fundamental *Liderazgo*, James MacGregor Burns identificó la forma transaccional del liderazgo legislativo, que se basa en "las respuestas recíprocas del líder y conduce a deseos, necesidades, expectativas y valores percibidos". Su ideal, Lyndon Johnson como líder de la mayoría del Senado de los Estados Unidos, ilustra este punto. El talento de Johnson para la persuasión, la negociación, el cultivo de relaciones y, a veces, la manipulación lo convirtieron en el *Maestro del Senado*, como Robert Caro tituló una de sus biografías de Johnson. Según Burns, Johnson

> Sus mayores recursos de poder consistían en su propia habilidad para reconocer las necesidades y motivaciones de los senadores, acumular y distribuir créditos, mezclar técnicas de deferencia y dominación, y emplear el "tratamiento" Johnson, cuyo tono se ha definido como la poderosa aplicación de diversas combinaciones de "súplica, acusación, halago, exuberancia, desdén, lágrimas, queja y la insinuación de amenaza".

El segundo tipo de liderazgo que Burns identificó fue el *colaborativo*, que se manifestó de forma más evidente en la fundación y en la posterior gobernanza compartida y la política relacional de la democracia representativa. El vicepresidente de Johnson, Hubert Humphrey, quien anteriormente fue senador por Minnesota, ensalzó el estilo de liderazgo colaborativo en sus memorias. Hizo especial hincapié en la importancia de cultivar las relaciones entre los miembros. «El éxito en el Senado de los Estados Unidos llega con mayor facilidad a quienes son capaces de llevarse bien con personas de diferentes filosofías y procedencias», escribió Humphrey. «El Senado... es, al fin y al cabo, un grupo de hombres y mujeres que trabajan juntos, dialogan y reflexionan juntos... para llegar a alguna conclusión o consenso limitado. En todo esto, las relaciones personales son de vital importancia. A veces, resultan determinantes».

Estas dos caracterizaciones del liderazgo legislativo —la primera transaccional, la otra colaborativa— difieren en algunos aspectos. Sin embargo, ambas desempeñan funciones importantes —quizás incluso superpuestas, hasta cierto punto— en la gobernanza legislativa. John Gardner, en su libro *Sobre el liderazgo*, puede ayudar a conciliar las diferentes imágenes de liderazgo legislativo que se encuentran en ejemplos como Lyndon Johnson y Hubert Humphrey. Según Gardner:

> La principal diferencia entre los líderes legislativos y los de otras instituciones radica en su atención a la negociación y la mediación. La tarea primordial de los legisladores es, sin duda, lograr resultados que concilien intereses contrapuestos y gestionar las complejas situaciones en las que grupos igualmente valiosos buscan objetivos incompatibles. Esto exige la creación de coaliciones y la mediación. Esta función, honorable y necesaria, a menudo requiere la habilidad de un negociador experto y la capacidad de persuadir, convencer, amenazar y ganarse el favor de los demás. En este contexto, el líder sabe cómo recompensar y castigar, cómo construir redes de compromiso, cómo ganarse el favor de los demás mediante favores y cómo exigirlo cuando sea necesario.

En otras palabras, el liderazgo legislativo es esencial para mediar en las diferencias dentro de una asamblea representativa. En ocasiones, forjar relaciones bipartidistas y de coalición puede contribuir al éxito de la legislación. En otras, los líderes pueden necesitar recurrir a un arsenal de tácticas inspiradas en las de Lyndon B. Johnson. Ambos métodos requieren que los legisladores no solo desarrollen una amplia gama de habilidades, sino también la intuición necesaria para saber cuándo aplicar cada estrategia.

Liderazgo legislativo versus liderazgo ejecutivo

Cuando pensamos en liderazgo, solemos pensar en el liderazgo ejecutivo: el director general de una empresa, el rector de una universidad, el general. Sin

embargo, incluso al elegir líderes ejecutivos, no solo buscamos experiencia y habilidades de liderazgo ejecutivo. De hecho, el pueblo estadounidense confía tanto en los legisladores como en los gobernadores para desempeñar el cargo ejecutivo más alto del país: de las 45 personas que han ocupado la presidencia, 17 fueron gobernadores, 17 senadores y 19 representantes. No obstante, rara vez reconocemos las habilidades de liderazgo y gestión adquiridas a través de la experiencia legislativa.

El papel del liderazgo ejecutivo y legislativo en la fundación de regímenes fue un tema que James Madison, escribiendo bajo el seudónimo de Publio, abordó en El Federalista n.° 38:

> Resulta bastante notable que en todos los casos registrados en la historia antigua, en los que se ha establecido un gobierno mediante deliberación y consentimiento, la tarea de su constitución no se haya encomendado a una asamblea de hombres, sino que la haya llevado a cabo algún ciudadano individual de sabiduría preeminente e integridad probada.

Publio procedió a enumerar a varios fundadores ejecutivos de gobiernos antiguos, nombres como Minos de Creta, Licurgo de Esparta y Rómulo de Roma. Se preguntaba por qué estos regímenes fueron fundados por hombres individuales, en lugar de por equipos legislativos. Surgieron algunas respuestas, entre ellas la suposición de que "el temor a la discordia y la desunión entre varios consejeros superaba el temor a la traición o la incapacidad de un solo individuo".
Según Publio, el hecho de que la Constitución estadounidense se redactara en una convención representativa era excepcional y no debía darse por sentado. Elaborarla mediante un liderazgo colaborativo era una tarea difícil y arriesgada. Pero si se hacía bien, los beneficios podían ser extraordinarios.

A pesar de las dificultades, la constitución estadounidense, elaborada por una asamblea de hombres, fue un éxito histórico mundial. No solo se redactó mediante un extraordinario proceso de colaboración, sino que su fundación impulsó un experimento de gobernanza colaborativa que perdura hasta

nuestros días. Como escribió Philip Wallach en *Por qué el Congreso*, «en el sistema constitucional estadounidense, el Congreso es el lugar donde debe estar representada la diversidad de nuestra nación, donde nuestras numerosas facciones deben tener la oportunidad de interactuar y adaptarse entre sí».

Es evidente que el Congreso no siempre ha funcionado como se esperaba, y existen buenas razones para su largo historial de bajos índices de aprobación. Pero la labor legislativa abarca mucho más que lo que sucede en el Congreso, o incluso en las legislaturas estatales. De hecho, actualmente hay más de 500.000 funcionarios electos que prestan servicio en unas 90.000 jurisdicciones de gobierno local, la mayoría de ellas agrupadas en pequeños órganos legislativos. Se reúnen en comisiones de condado y ayuntamientos, juntas escolares y comisiones de bomberos, juntas de hospitales públicos y comisiones de agua. Además de estas asambleas electas, existe una multitud de juntas y comisiones públicas designadas que también requieren habilidades y procesos legislativos: comisiones de planificación, comisiones de veteranos, comisiones de preservación histórica. La vida legislativa en Estados Unidos es mucho más compleja que lo que sucede o no sucede en el Congreso. De hecho, el propio Congreso depende de que los legisladores tengan una base de experiencia y familiaridad con la gobernanza estatal y local.

Liderazgo legislativo en el ámbito empresarial y la sociedad civil

El liderazgo legislativo es fundamental para mediar en las diferencias dentro de una asamblea representativa. Sin embargo, estas prácticas y normas se extienden más allá del Congreso, las legislaturas estatales y los órganos de gobierno local, abarcando todos los ámbitos de la vida pública y privada estadounidense.

En *La democracia en América*, Alexis de Tocqueville identificó la presencia de habilidades de liderazgo legislativo entre los estadounidenses a principios de la década de 1830, habilidades que adquirían al participar en asociaciones políticas:

> No pueden participar en esas asociaciones por mucho tiempo sin descubrir cómo mantener el orden entre un gran número de personas y con qué procedimiento se logra que avancen de forma conjunta y metódica hacia un mismo objetivo. Aprenden a someter su voluntad a la de todos los demás y a subordinar sus esfuerzos particulares a la acción común; conocimientos que son tan necesarios en las asociaciones civiles como en las políticas. Por lo tanto, las asociaciones políticas pueden considerarse grandes escuelas gratuitas donde todos los ciudadanos aprenden la teoría general de las asociaciones.

Tocqueville afirmó que las habilidades que se aprenden a través de las asociaciones políticas son "no menos necesarias en las asociaciones civiles". Al parecer, Tocqueville respaldaría la hipótesis de trabajo de Collins. El francés identificó la propensión de los estadounidenses a relacionarse entre sí en la sociedad civil, lo que a su vez moldeó sus comportamientos políticos, así como su capacidad para emprender proyectos más grandes dentro de sus asociaciones civiles. "Por casualidad", escribió,

> Algunos hombres comparten un interés común en un asunto determinado. Se trata de dirigir una empresa comercial o de concluir una operación industrial; se encuentran y se unen; de esta manera, se familiarizan poco a poco con la vida en sociedad. Cuanto mayor sea el número de estos pequeños asuntos comunes, más capacidad adquirirán los hombres, incluso sin darse cuenta, para emprender grandes proyectos en común.

Si bien la sociedad civil estadounidense luce diferente hoy que en la década de 1830, sigue siendo una fuente de extraordinaria energía social, política y económica. Las funciones legislativas se desempeñan de diversas maneras dentro de las organizaciones sin fines de lucro y otras organizaciones del sector social. Aunque las organizaciones sin fines de lucro no se dedican a legislar, sin duda se dedican a abordar los problemas sociales. Para ello, sus líderes deben ser custodios de un diseño institucional con paralelismos con una constitución

política, así como responsables de establecer o formular las políticas que rigen la conducta de la organización.

Los líderes del sector social deben estar en constante acción si quieren ampliar sus recursos, aumentar su número de miembros, ganar adeptos o salvar vidas. No basta con que ostenten títulos; deben ejercer su liderazgo. Deben ser portavoces de sus organizaciones y, a menudo, de causas más amplias de las que sus organizaciones forman parte. Deben convocar a personas para garantizar la participación, el compromiso y el pensamiento conjunto necesarios para resolver un problema. Deben representar a sus organizaciones en diversos ámbitos donde puedan defender los intereses de sus equipos. Y deben conocer y comprender las normas, los estatutos, las reglas y las expectativas de sus organizaciones y sus contextos culturales.

A pesar de las lamentaciones sobre el estado general de la sociedad civil estadounidense, las organizaciones sin fines de lucro (y las juntas directivas que las gobiernan) han aumentado drásticamente en número en las últimas décadas. Los miembros de las juntas directivas y los comités desarrollan patrones de colaboración, junto con un conocimiento práctico de la gobernanza de las juntas, el procedimiento parlamentario, la presupuestación organizacional y la comprensión de cómo las instituciones se adhieren a sus misiones y elaboran sus políticas.

Mientras tanto, en el sector público, las agencias gubernamentales federales, estatales y locales han adaptado procesos colaborativos para abordar problemas sociales complejos, allanando en ocasiones el camino para procesos legislativos más formales mediante la participación de las partes interesadas, grupos de trabajo interinstitucionales o comisiones asesoras. Los líderes de los sectores público, filantrópico y social convocan a grupos de interés para abordar un desafío o conjunto de desafíos específicos en pos de una "agenda de acción compartida" o un "impacto colectivo".

Estas tendencias no se limitan a los sectores sin fines de lucro y gubernamentales. En el ámbito empresarial, las compañías que cotizan en bolsa

dependen de una gobernanza corporativa eficaz. Y empresas de todos los tamaños han adoptado con entusiasmo modelos de trabajo en equipo. Las empresas tecnológicas han diseñado sus procesos de trabajo en torno a modelos de equipo que difieren notablemente de los diseños jerárquicos de la industria del siglo XX. Si bien los expertos en gestión industrial se centraban antes en los sistemas de producción jerárquicos, el teórico empresarial W. Edwards Deming impulsó un cambio entre los pensadores de la gestión hacia los procesos de trabajo colaborativos, cuya relevancia perdura décadas después.

La prevalencia de las relaciones grupales en nuestra vida profesional, cívica, social, religiosa y política apunta a la hipótesis de Collins sobre las habilidades de liderazgo legislativo. "La mayoría de nosotros nos encontramos en grupos en todos los aspectos de nuestra vida: equipos, comités, grupos de trabajo, clústeres, grupos de discusión, clubes, redes, juntas directivas o consejos", escribieron los consultores organizacionales Geoffrey Bellman y Kathleen Ryan en su libro *Grupos Extraordinarios: Cómo los Equipos Ordinarios Alcanzan Resultados Asombrosos*. Bellman y Ryan identificaron ocho características de los grupos extraordinarios, entre ellas un "propósito convincente", un "liderazgo compartido", la "aceptación de las diferencias" y "relaciones fortalecidas".

Fortalecimiento del liderazgo legislativo

Resulta que la propia capacidad legislativa —más que cualquier programa o política— es esencial para la perpetuación de ciertas aspiraciones sociales. Quienes buscan ser líderes eficaces en cualquier ámbito deben esforzarse al máximo por perfeccionar estas habilidades.

Las habilidades legislativas contribuyen a formar mejores líderes y miembros de equipo. Los profesionales del sector social deberían tener esto en cuenta para su propio desarrollo profesional. Dichas habilidades mejoran su eficacia ante sus juntas directivas, su personal y otras partes interesadas; les otorgan credibilidad y mejoran sus perspectivas profesionales a largo plazo; y aumentan su satisfacción personal.

Las habilidades legislativas también contribuyen a la creación de mejores organizaciones. El sector social y sin fines de lucro de Estados Unidos merece grandes líderes, y cualquier persona a cargo de una organización puede aportar su granito de arena para satisfacer esta necesidad. Las habilidades legislativas son especialmente esenciales para las culturas organizacionales que valoran la diversidad y priorizan la inclusión.

Además, las habilidades legislativas contribuyen a una democracia representativa más sólida. Si bien el sector social tiene mucho que aprender de la gobernanza legislativa en el ámbito público, los legisladores públicos —desde concejales hasta miembros del Congreso— también pueden aprender mucho del sector social sobre cómo lograr el apoyo popular, formar coaliciones y superar las diferencias.

En una época donde la desconfianza hacia las instituciones políticas es profunda, es hora de revitalizar las habilidades legislativas dentro de nuestros órganos legislativos. Esto significa que, a nivel local, los miembros de las juntas escolares y los concejales deben esforzarse por cultivar las habilidades de deliberación efectiva. Y a nivel nacional, significa que el Congreso debe reconstruir sus propias capacidades de deliberación, en contraste con el espectáculo superficial que se premia en los ciclos mediáticos y de redes sociales actuales.

Los líderes legislativos deben respetar sus propias instituciones y sus procesos, y quienes ejerzan habilidades legislativas en cualquier contexto deben priorizar el proceso por encima de cualquier planteamiento particular del desafío a resolver o del resultado a alcanzar. Como escribieron David Chrislip y Carl Larson, el liderazgo colaborativo «se caracteriza por centrarse en promover y salvaguardar el proceso (en lugar de en que los líderes individuales tomen medidas decisivas)». Si un líder colaborativo desea lograr un buen resultado, debe valorar los medios para alcanzarlo por encima del resultado en sí. Podría decirse que las buenas relaciones en el ámbito legislativo son la clave para las buenas políticas.

Finalmente, las instituciones educativas y cívicas de Estados Unidos podrían y deberían hacer más para enseñar las habilidades de liderazgo legislativo, ya sea mediante educación formal o aprendizaje experiencial. Los cursos de educación cívica en la educación primaria y secundaria pueden introducir a los estudiantes a la legislación como una competencia fundamental de la ciudadanía estadounidense, mientras que los cursos de oratoria y debate pueden enseñarles sobre persuasión y argumentación. El programa "Jóvenes y Gobierno" de la YMCA, el programa "Boys State" de la Legión Americana y el programa "Girls State" de la Auxiliar de la Legión Americana son simulaciones legislativas de larga trayectoria que han enseñado a miles de jóvenes sobre gobernanza deliberativa.

En la educación superior, las universidades pueden fomentar el liderazgo legislativo mediante cursos interdisciplinarios, comités directivos de actividades extracurriculares y consejos estudiantiles. El programa Golub Capital Nonprofit Board Fellows introduce a los estudiantes de posgrado en administración de empresas a la gobernanza del sector social, asignándoles puestos sin derecho a voto en juntas directivas de organizaciones sin fines de lucro.

Mientras tanto, instituciones de todo tipo pueden inculcar en sus miembros las habilidades necesarias para servir y liderar en equipo. En la mayoría de los casos, esto sucederá en la práctica, más que a través de un programa de estudios o capacitación formal. Las comisiones de gobierno local, los consejos directivos de organizaciones sin fines de lucro, los grupos de trabajo de las empresas y los consejos vecinales pueden contribuir a cultivar en los ciudadanos las habilidades de liderazgo legislativo necesarias para una vida de participación cívica y organizacional.

Si bien la hipótesis de Jim Collins sobre el liderazgo legislativo aún requiere una investigación rigurosa, es evidente que esta habilidad tiene gran utilidad en el sector social y otros ámbitos. Los líderes que buscan promover la inclusión, lograr el consenso y obtener resultados para sus organizaciones o causas harían

bien en profundizar sus conocimientos y practicar las habilidades de liderazgo legislativo.

Hans Zeiger es el presidente del Jack Miller Center, una iniciativa educativa que invierte en académicos especializados en la tradición política estadounidense. Anteriormente, trabajó durante una década en la legislatura del estado de Washington y en el gobierno local.

Este artículo se publicó en National Affairs. Puede leer aquí el original.

Volver al índice



El giroscopio católico

Enrique García-Máiquez

El Debate

Cien años después de que Ortega gritase «¡Dios a la vista!», la cultura española vuelve a girar alrededor de la cruz. Ni es moda ni es nuevo, pero lo estamos entendiendo mal: unos lo canonizan y otros lo condenan.

Un giroscopio parece entregado por entero al movimiento. Pero su secreto está en que, precisamente porque gira, conserva fijo el eje. Cuanto mayor es su impulso, más estable es su orientación: el dinamismo, en vez de dispersarlo, lo sostiene. Parece burlar la ley de la gravedad. No es una moneda al aire, ni una rueda que se despeña, ni una hélice que se pierde en el cielo. Es un artefacto paradójico: se mantiene moviéndose.

Nació como una curiosidad de gabinete –Léon Foucault lo bautizó en 1852 para hacer visible la rotación de la Tierra–, pero pronto pasó a las brújulas, los barcos, los aviones y los submarinos, y hoy viaja, miniaturizado, en satélites, drones y teléfonos. Su oficio no ha cambiado: mientras todo se mueve, vibra o se desorienta, él conserva un eje de referencia.

Nada más lógico que utilizarlo para entender el giro católico de nuestra cultura, tan vertiginoso, tan ruidoso y tan discutido. ¿Es una moda, una vuelta nostálgica, una reacción epidérmica contra el adoctrinamiento o el redescubrimiento de una verdad revelada? Adelanto mi respuesta: el giro existe, no es nuevo y lo estamos recibiendo mal por dos lados opuestos que se equivocan por la misma razón.

Dios a la vista

Este mes se cumplen cien años de un artículo de Ortega y Gasset que parece escrito para hoy. Ante un debate muy parecido, recurrió a una imagen hermana del giroscopio. El 26 de noviembre de 1926 publicó en **El Sol** «Dios a la vista», que arranca así: «En la órbita de la Tierra hay perihelio y afelio: un tiempo de máxima aproximación al Sol y un tiempo de máximo alejamiento». Quien viera el planeta en plena huida creería que no iba a volver nunca; pero vuelve, «como la paloma al palomar y el boomerang a la mano que lo lanzó». Lo mismo, sostenía Ortega, sucede en la historia con la mente humana respecto de Dios. Tras épocas de ***odium Dei***, en que la enorme montaña divina casi desaparece del horizonte, de pronto «emerge a sotavento el acantilado de la divinidad». Y remataba: «La hora de ahora es de este linaje, y procede gritar desde la cofa: «¡Dios a la vista!»».

Pero Ortega se apresuró a precisar: «No se trata de beatería ninguna; no se trata ni siquiera de religión». Dios, añadía, «es también un asunto profano». Ya estaba ahí, hace un siglo, una distinción fundamental: una cosa es que Dios vuelva a interesar a la cultura y otra que ese interés implique la conversión de

quienes lo manifiestan. El centenario no es, pues, una efeméride, sino un argumento. Lo que vuelve no es nuevo; vuelve porque estaba.

El eje

Para entender el giro hay que partir del eje. El catolicismo no comparece en la cultura española actual como una ocurrencia, sino como una antiquísima novedad. El eje lo formula mejor que nadie la vieja divisa de la Cartuja: ***Stat crux dum volvitur orbis***, «la cruz permanece mientras el mundo gira». La lacónica sabiduría cartuja no niega ninguna de las dos cosas, ni la firmeza de la cruz ni el movimiento del mundo. El mundo gira: cambian las modas, las escuelas, los consensos, las formas del prestigio y hasta las maneras de escandalizarse. Pero la cruz permanece, eje vertical que atraviesa el tiempo y permite medirlo. No es una pieza decorativa ni la antítesis del movimiento: es la condición del movimiento con sentido. Sin eje habría caída, derrape, centrifugación. La ley de la gravedad, y no la libertad de la gracia.

Trescientos sesenta grados

Pero ¿existe de verdad ese giro? Existe. En 2024 se bautizaron en España más de trece mil mayores de siete años, un 12,6 % más que el año anterior, mientras el total de bautismos seguía bajando. Más elocuente es el ambiente. Luis Sánchez-Moliní lo ha cifrado en una imagen feliz: si los revolucionarios del 68 buscaban la playa debajo de los adoquines, los jóvenes de hoy encuentran bajo el asfalto el albero de una Fiesta Nacional renacida. Sorprende el dinamismo de movimientos como Hakuna o Emaús, con sus conciertos multitudinarios y sus retiros multiplicados; un libro de poemas como ***Alumbramiento***, de Daniel Cotta, ha encontrado lectores jóvenes que rezan con sus versos, y proliferan los pódcast católicos de sacerdotes jóvenes o de laicos. Un síntoma da la medida del seísmo: Federico Jiménez Losantos, liberal en el sentido más anticlerical del término, se ha deslumbrado con la Vendée, primogénita de todas las resistencias a la modernidad, y le ha dedicado varios programas.

Sus formas no son siempre previsibles, porque un giro ha de pasar por sus trescientos sesenta grados: nostalgia de sentido, hambre de forma, búsqueda de raíces, cansancio de la ironía perpetua, fascinación por la liturgia, por el perdón, por la belleza o por el más allá. Chesterton, que no pertenece al giro actual pero es uno de sus grandes precursores imaginativos, entendió como nadie que dar vueltas alrededor de Dios puede ser una forma de orientarse. Lo cuenta un poema temprano, «A la espalda»:

Yo vi un hombre muy viejo que parecía joven,
mirada azul brillante y pelo a lo Beethoven.
Andaba dando vueltas, vueltas, vueltas…, igual
que el trompo –vueltas y más vueltas– de un chaval.
Le grité: «Tonto, mientras miras a todos lados
los demás se hacen cultos, famosos, laureados».
Me escuchó sin parar y dijo: «Déjalos,
yo estoy haciendo algo mejor: yo busco a Dios.
Vemos el mundo entero a izquierda y a derecha,
pero a la ciega espalda, yo sospecho que acecha
el Maestro invisible, que nos guía, celeste,
por el norte y el sur y el este y el oeste.
Y así me vuelvo rápido con la esperanza fiera
de sorprender la luz de la perfecta esfera…».
«Y ¿has descubierto algo con tanta voltereta?».
«He descubierto, al menos, por qué gira el planeta».

Cuándo empezó

Si el planeta gira, asalta enseguida la tentación periodística de ponerle fecha de nacimiento a tanta voltereta. Pero un giro nunca arranca donde lo vemos: viene cogiendo impulso desde antes. El viejo del poema chestertoniano diría que desde el Big Bang, giro de muñeca que echó a bailar el trompo cósmico. Ortega lo vio venir hace un siglo. Tolkien, otro precursor evidente, lo cifró en

dos versos: «Lo viejo que es fuerte no se marchita; / a las raíces profundas no llega la escarcha». Si el giro fuese una novedad absoluta, no sería católico.

Hay, con todo, dos novedades relativas: la aceleración y la dimensión de masas. Sirva de ejemplo «Ateo», la bachata de C. Tangana y Nathy Peluso. Basta abstraerse del baile y atender a la letra –«Yo era ateo, / pero ahora creo / porque un milagro como tú ha tenido que bajar del cielo»– para advertir dos cosas. Que el giro está ahí: se narra una conversión fulminante, casi paulina. Y que en ella asoma un camino antiquísimo: el de quien llega a Dios por la belleza de una mujer. Es Bécquer pasado por la bachata: «Hoy la he visto…, la he visto y me ha mirado… / ¡Hoy creo en Dios!». Bécquer recoge a su vez el testigo de la Beatriz de Dante, cuyo saludo encamina al poeta a la salvación; detrás están los trovadores provenzales. Y ese camino discurre paralelo a la cuarta vía de santo Tomás, que asciende de las perfecciones de las criaturas a la Perfección que las causa. C. Tangana aporta la provocación, tan moderna, y la difusión masiva; lo que gira, pues, es una fuerza de siglos. Si hay eje, no hay piruetas, sino giroscopio, y por eso todo trae ecos. La cultura española, entre su ruido, sus bandazos y sus cansancios, está descubriendo otra vez que sólo se tiene en pie quien sabe alrededor de qué gira.

Grado a grado

Negar el giro es ceguera; tenerlo por original, miopía. Conviene recorrerlo grado a grado, de sus manifestaciones más recientes a sus precursores. El debate público lo han desatado dos fenómenos de 2025: ***Lux***, el disco de Rosalía, y ***Los domingos***, la película de Alauda Ruiz de Azúa.

Rosalía ya cantaba a san Juan de la Cruz en 2017 («Aunque es de noche»); ahora lo religioso es el centro de su disco y el público lo aplaude. ***Lux*** instala en el escenario del pop internacional un imaginario de luz, mística femenina, plegaria, latín y resonancias litúrgicas, con la cantante vestida de monja en la portada. No es un disco catequético: santa Teresa comparte santoral con místicas sufíes, budistas y taoístas, y entre sus inspiraciones figura una

heterodoxa de altura, Simone Weil, cuya ***La gravedad y la gracia*** parece asomar en una de las letras. ¿Que detrás está el mercado? Puede ser; pero la oferta necesitaba una demanda, y la demanda era inmensa: el mercado no anula el giro, lo confirma.

En *Los domingos*, una adolescente quiere ser monja de clausura, para desconcierto de su familia. Su vocación rompe los esquemas de la tolerancia contemporánea, que acepta de buen grado que uno se pierda, siempre que se pierda por los malditismos homologados. No hace falta que la película sea católica –no lo es– para que sus resonancias lo sean. Basta que una cineasta no creyente se tome en serio la historia de un alma para que entre en la sala un aire sobrenatural; basta ver rezar a una protagonista sin ridiculizarla –aunque no se la comprenda– para que se abra una rendija a la trascendencia.

Antes hubo otros movimientos giroscópicos. ***Feria*** (2020), de Ana Iris Simón, no es un libro explícitamente católico, pero es decisivo para entender el cambio de sensibilidad: no trae todavía el dogma, sino la nostalgia del orden que lo hace posible; no la teología, sino la genealogía. La autora contó en una entrevista que empezó a preguntarse por Dios tras la muerte de su abuela paterna y de su tío Hilario: «Y sí, he terminado escribiendo un libro sobre Dios». Lo había hecho «sin querer», que es «la única manera sincera»; y enseguida se corrigió: «mi única manera sincera». Era la fuerza giroscópica.

Siete años antes, ***El despertar de la señorita Prim*** (2013), de Natalia Sanmartín Fenollera, había dado el aviso. Aquella fábula amable, llena de pasteles, conversaciones y Jane Austen, defendía sin pedir perdón el latín, la educación clásica, el matrimonio indisoluble y la herencia recibida, con una suavidad implacable. Demostró que había lectores deseosos no de otra trama, sino de otro mundo; mejor dicho, del mundo de siempre, recobrado, donde la tradición no es un museo, sino una casa habitable.

En esa casa manda Chesterton, cuya benéfica epidemia de reediciones, clubes de lectura y entusiasmos forma parte de la prehistoria del giro. Entró como un vendaval de sentido común en un ambiente que confundía la seriedad con el

ceño fruncido, y enseñó que la ortodoxia podía ser una aventura; que la tradición no es el peso muerto del pasado, sino «la democracia de los muertos»; que el cristianismo no viene a estrechar el mundo, sino a ensancharlo.

Otro hito fue la recepción de Nicolás Gómez Dávila, que llegó a España en 2002 de la mano de Javier Ruiz Portella, en Áltera, y se consolidó con la edición de sus ***Escolios*** en Atalanta (2009). Ha sido la energía nuclear de este motor: su catolicismo es vertical, feroz, aristocrático, a veces irritante, siempre deslumbrante, y lo prolongan aforistas como Carlos Marín-Blázquez, Alonso Pinto o Ander Mayora.

Miguel d'Ors ilustra el cambio de tono. Enseñó que el poeta católico no puede permitirse escribir mal ni sonar antiguo, pero escribía desde la soledad. En «Para un poema inconformista» (1987) hablaba del «… católico perdido –qué ganado–, que el mundo / lo señala, católico, lo humilla, / católico, le escupe, lo arrincona, / lo crucifica un poco –qué suerte: lo va haciendo / (Mateo, 5, 11) un bienaventurado–». Los poetas católicos jóvenes ya no necesitan ese tono numantino, porque el giro les ha abierto espacios entonces inimaginables: escriben su fe con más descaro (Alberto Fadón Duarte), más naturalidad (Marcos Nogales) o más hondura interior (Marcela Duque). Todos reconocen el magisterio d'orsiano.

La última cala es Julio Martínez Mesanza (Madrid, 1955), que encarna otra línea, más épica, más grave, más medieval, nada preocupada por su modernidad. ***Europa***, aparecido en 1983 y ampliado hasta 1990, reivindicaba la virtud, el deber, la forma y la batalla moral, y fue durante años una voz orgullosamente fuera de época. Pues bien: en 2025 un rockero como mandan los cánones, Loquillo, ha puesto música a sus poemas. Lo minoritario, severo, casi secreto, salta a un circuito popular. He aquí una revolución completa, en el sentido astronómico –que es el originario– de una vuelta de trescientos sesenta grados.

Ése es el giro. No surge ***ex nihilo***, no avanza en línea recta ni se deja narrar como una conquista. Gira. Vuelve. Retoma. Redescubre. El eje no impide el

movimiento: lo hace posible.

Dos errores simétricos

Ninguno de estos ejemplos prueba que sus protagonistas sean católicos, ni que todo interés por lo religioso sea una conversión. Prueban que la cultura vuelve a sentir la atracción de un centro que había declarado irrelevante. A veces la señal y el escándalo vienen en el mismo paquete: el videoclip de «Ateo», rodado en la catedral de Toledo, obligó al arzobispado a pedir disculpas. Ante eso abundan dos posturas simétricamente equivocadas: la de quienes se embelesan con cada novedad, olvidando que tan nueva no es, y la de quienes rechazan por principio cualquier acercamiento. Su error común es olvidar la distinción de Ortega y confundir el giro cultural con la conversión personal. Los entusiastas toman un interés por una conversión; los rigoristas, la falta de conversión por ausencia de giro.

El primer error se vio con ***Los domingos***, saludada como gran cine católico cuando su directora lo negaba y la propia película lo mostraba. Tras esa euforia se agazapa la inseguridad de cierto creyente que necesita que los agnósticos, y más si son famosos, le confirmen en la fe. Basta que un rockero confiese que de niño rezaba un avemaría para que se echen las campanas al vuelo. No es lo mismo leer una señal que expedir un certificado: de Loquillo, de Rosalía o de C. Tangana me interesa lo que revelan del aire de la época, no el estado de su alma, que no me compete.

Tal actitud tiene, además, un efecto secundario: posterga a quienes no vienen de la indiferencia. Los católicos de toda la vida lo tienen más difícil con los católicos de toda la vida. Reseñé ***Feria*** con entusiasmo –tanto que Miguel d'Ors, en sus ***Últimas virutas de taller***, me afea el exceso de fervor–, y con el mismo entusiasmo ***Confesiones de un padre sin vocación*** (2018), de José María Contreras, de calidad literaria pareja y temas hermanos: familia, raíz, pueblo, abuelos, hijos, crítica del progreso como desarraigo, sentido del humor. La acogida fue abismalmente distinta. Hay en el mundo católico una fascinación por el

converso que quizá procede de una lectura demasiado literal de la parábola de la oveja perdida.

Es de justicia valorar a los que ya giraban alrededor del eje y fustigar un poco la pánfila inflación admirativa ante todo lo que viene de fuera, sin perder –ahí está la dificultad– la generosidad con quienes llegan con talento y hondura, como Ana Iris Simón. Pero tampoco los de casa tienen derecho a enfurruñarse. Si el hermano mayor de la parábola hubiese entrado al banquete del ternero cebado, como le rogó su padre, otro gallo le habría cantado. Habría disfrutado de la fiesta, se habría enterado de lo mal que lo pasó su hermano y, además de comerse su parte, habría conocido la compasión. Se habría librado de su enfado y de algo todavía más feo: de la envidia de las juergas lejos de la casa del Padre.

Los hermanos que no entran en la fiesta son el segundo error. El Padre festejó al menor e invitó al mayor. Los rigoristas se enfadan porque muchos artistas del giro no son propiamente católicos, o no son cristianos ejemplares, o monetizan su giro, o se dejan llevar por la moda; con Lux se han empleado a fondo. Confunden la rueda que gira con el eje que permanece: desbaratan el giroscopio. No reparan en que, en el peor de los casos, sucede lo que contaba Borges de una representación ínfima de Shakespeare: los actores eran malos, la declamación misérrima, el decorado absurdo…, y, a pesar de todo, Shakespeare se abrió paso. También Dios se abre paso. ¿Cuántos se habrán acercado por ***Lux*** o por ***Los domingos*** a lo que de Dios cantan santa Teresa y san Juan de la Cruz, a lo que pensó Simone Weil o a la realidad de las vocaciones jóvenes?

Canonización súbita y condena abrupta son tentaciones gemelas: ninguna capta la condición giroscópica del fenómeno, en el que caben las perspectivas de cada grado y la verdad inmóvil del eje. Y cada cual tiene sus tiempos. Hasta Fernando Savater, escéptico ante el ***revival*** religioso juvenil, ha titulado un artículo «Gracias a Dios» (***The Objective***, 13 de noviembre de 2025) para reivindicar el cristianismo como «el mejor suplemento espiritual de la democracia». El giro no es generacional, sino epocal: reúne a viejas glorias y a recién llegados.

La paloma

¿Tradición o reacción? Suele plantearse como disyuntiva. Pero la «o» puede ser explicativa, y mejor sería una «y». Depende de dónde se mire: desde el eje, es tradición; desde la rueda, reacción; desde un ángulo muy alejado, incluso revolución. O rebeldía.

He dado por equivocados a los negacionistas del giro, a sus entusiastas y a sus críticos. No quiero terminar sin tirar la última piedra contra mí mismo. Mi error es el mal humor: me impacientan los que reparten certificados de autenticidad y me enervan los que olvidan a las noventa y nueve ovejas del redil. Y ponerme de mal humor con los malhumorados es tan paradójico como inútil. Todos cumplen el papel que su carácter les asigna en el gran teatro del giro, y la discusión misma –giro sí, giro no, giro sí pero no, giro no pero sí– forma parte del fenómeno. Quien recibe el mínimo gesto con los brazos abiertos se entrega a la fuerza centrípeta; quien subraya su rechazo previene contra las tentaciones centrífugas, mercantiles o frívolas, y se amarra al eje. Del equilibrio tenso entre ambas vive el giroscopio.

Si el giro es cristiano, el modelo ha de ser Cristo, que también se enfadó, pero supo dónde pararse. A los discípulos que querían impedir a otro expulsar demonios en su nombre, les prohibió prohibir: «No se lo impidáis». Y cuando vio el Templo convertido en mercado, Él, tan manso, se hizo un azote de cordeles, echó a ovejas y bueyes, desparramó las monedas de los cambistas y volcó sus mesas. Pero a los que vendían palomas sólo les dijo: «Quitad esto de aquí».

Álvaro d'Ors reparó en ese detalle, y su explicación es sagaz: si Jesús hubiese abierto las jaulas, las palomas habrían echado a volar, con un perjuicio irreparable… para los mercaderes. Las mesas se enderezan, las monedas se recogen, los bueyes y las ovejas se reúnen; las palomas se habrían perdido sin remedio. La caridad de Cristo no pierde comba ni en su más proverbial enfado. Es la mente del jurista en acción. Ante la misma escena, José María Pemán

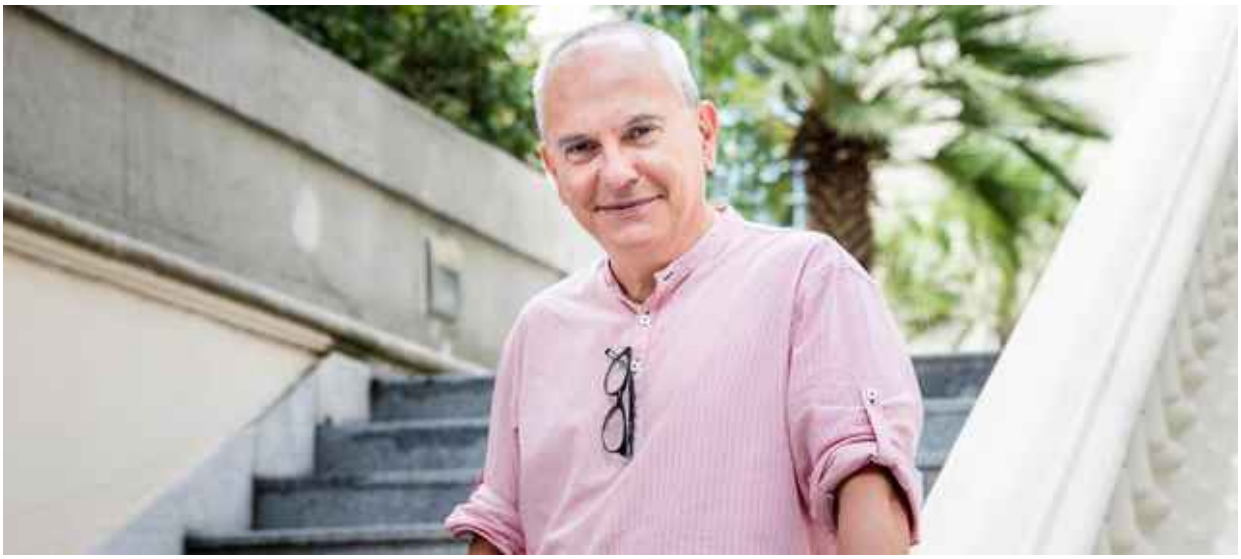
despliega las alas poéticas: Jesús se calma porque se le contagia la candidez de las palomas.

Como soy mitad jurista y mitad poeta, alumno de d'Ors y émulo de Pemán, no tengo que elegir: me quedo con las dos explicaciones. Pero añado una tercera. La paloma es la imagen del Espíritu Santo. Quizá por eso se contuvo Cristo. Nuestra legítima lucha contra los mercaderes del templo no puede llegar al extremo de espantarle a nadie la posibilidad de que el Espíritu anide en su corazón. Ante la Paloma hay que detenerse, y dejarla actuar, escribir, cantar, filmar sus películas, decir sus poemas. Ortega veía la mente humana volver a Dios como la paloma al palomar; el Evangelio sugiere también lo contrario: que es la Paloma la que desciende a buscarnos.

El batir de sus alas será el giro; pero el eje –la vertical del vuelo– es la gracia.

Este artículo se publicó en El Debate. Puede leer aquí el original.

Volver al índice



Pablo d'Ors: «Pese a las apariencias, hoy hay mucho más amor y mucha más consciencia. La de los medios de comunicación es una verdad relativa»

Javier González-Cotta

Jot Down

Pablo d'Ors *(Madrid, 1963), sacerdote, escritor y nieto del filósofo y crítico de arte* ***Eugenio d'Ors****, es el autor de Biografía del silencio, un libro breve sobre la* meditación *con miles y miles de ejemplares vendidos y del que Miquel Barceló hizo una edición ilustrada. De los treinta a los sesenta años escribió cuatro trilogías narrativas y algún que otro libro de propina (Sendino se muere y Devoción, su último libro publicado y que es una versión personal de El peregrino ruso, un clásico de la piedad ortodoxa). Con los relatos agrupados en Los contemplativos se despidió de la*

ficción en 2023. Hace doce años fundó Amigos del Desierto (AdD), una red de meditadores de inspiración cristiana, basada en el silencio, la contemplación interior y la quietud (el hesicasmo), y que reúne a numerosos practicantes en retiros y seminarios repartidos en distintas ciudades dentro y fuera de España. Próximamente podrá verse en cines el documental Meditar que la cineasta ***Sara Cortijo*** *ha realizado sobre Amigos del Desierto.*

La entrevista tiene lugar en Madrid, en el convento de capuchinos del Cristo del Pardo. Esta finca de Dios del siglo XVII está situada entre dieciséis mil hectáreas de bosque mediterráneo (encinas, chaparros y alcornoques). Toda esta floresta se halla, sin embargo, dentro del distrito madrileño de Fuencarral-El Pardo, a media hora de la acampada Maricarmen en la Puerta del Sol.

Exterior tarde: jardín del convento, sol declinante de octubre, canto de cigarras, zumbidos de calderas, aviones que cruzan el cielo, el clic-clic del fotógrafo que inmortaliza la sesión con su cámara. Exterior entrevistado: Pablo d'Ors habla sin prisa, tono suave, sonríe a veces, pausas largas a veces antes de responder. Hemos dividido la larga conversación en tres partes: primero sobre la espiritualidad, el silencio y la contemplación; después acerca de Pablo d'Ors como escritor; y, por último, opiniones mundanas —y sin embargo profundas— sobre la matraca política y social que tiene lugar ahí fuera, extramuros del convento.

Cuando presentaste *Biografía del silencio* dijiste que el ruido era la peor clase de terrorismo que existía. Te referías al ruido analógico (el tráfico, las obras, el bullicio), al que se ha sumado el ruido digital, que curiosamente nos corroe en silencio. ¿Sigues pensando hoy que el ruido es terrorismo?

Hace unas semanas una amiga mía de Elche me dijo: «Te quiero recomendar un libro, *Biografía del silencio*. Lee tu propio libro, porque seguro que hoy lo vas a acoger de manera diferente a como cuando lo escribiste». Me he resistido, pero hace pocas semanas he releído, no todo, pero buena parte del libro, y así como

al principio me gustaba y me seguía sintiendo bastante identificado con lo que decía, poco después empecé a aburrirme de mí mismo y a sentir que quizá haya que hablar menos del silencio y no hacer ruido con el silencio. Sí, sigo pensando que el ruido es el principal terrorismo, por la simple razón de que nos saca de nosotros y nos hace vivir en la pura exterioridad, sin esa vuelta a casa, esa vuelta hacia dentro que es lo que nos permite la vida de verdad. Creo que cuando escribí *Biografía del silencio* me refería al ruido como sonido y, por tanto, como distractor de ese silencio esencial que es lo que nos constituye. Hoy quizá hablaría del silencio mental, no solo del exterior: del aquietamiento de ese parloteo interior que nos caracteriza, que acapara la mente. En la medida en que tenemos cierta familiarización con nuestros pensamientos, en esa medida somos señores de nosotros mismos y empezamos a vivir a la altura de lo que somos.

Asistes a muchas charlas y encuentros, das conferencias, concedes entrevistas, como la que aquí nos convoca, a muchos medios de comunicación. ¿Cómo manejas el ruido que todo esto conlleva en lo personal? ¿Te resulta paradójico o ya lo dominas?

Yo no domino nada, eso es lo primero que debo decir. Lo segundo que me viene a la cabeza y al corazón es que hace unos años, creo que fue en 2008, escribí una novela muy ambiciosa titulada Lecciones de ilusión, que todavía no se ha reeditado. Son cinco lecciones, más una inaugural y una final, y una de ellas está protagonizada por un escritor checo llamado Skarbada que está ingresado en un sanatorio de enfermos mentales y que siempre está imaginando que le hacen entrevistas por su obra literaria. Yo suelo decir que la escritura tiene un talante más bien de anticipación, profético, y que no escribimos lo que hemos vivido, sino lo que vamos a vivir. Así me pasó con *Biografía del silencio*, que, releyéndola, no entendía cómo pude escribir hace quince años aquello, cuando no hacía tanto tiempo que realmente había empezado a vivirlo. Pues ese personaje de Lecciones de ilusión anticipa de alguna forma en la ficción todo lo que luego me ha pasado a mí. Por eso es peligroso lo que escribes, porque luego tiende a hacerse realidad. Creo que las entrevistas han sido uno de los cauces privilegiados a través de los cuales he

podido no solo transmitir ese carisma que he recibido y que de alguna manera muchos pueden recibir, sino también gestarlo y fraguarlo yo mismo. Igual que no escribes lo que ya sabes simplemente para comunicarlo, sino para descubrirlo, en las entrevistas he ido descubriendo quién es Pablo d'Ors y qué es lo que tengo que comunicar.

Viajemos, si te parece, hacia el centro, hacia el ser espiritual. Los antiguos padres y madres del desierto del siglo IV buscaron el retiro en los secarrales de Siria y la Tebaida, como hoy nos valdrían Atacama o el Sáhara. ¿No está dentro de nosotros el mayor de todos los desiertos?

El desierto es una metáfora de la interioridad. Lo que descubrimos cuando hacemos meditación, es decir, quietud corporal y silenciamiento mental, es nuestra espaciosidad interior. A eso yo lo llamo desierto. La tradición cristiana, a la que pertenezco, lo llama desierto, y la tradición budista lo llama vacío. Somos un éxtasis de posibilidad, por así decir. Suelo poner el ejemplo de una habitación muy llena de cosas: no puedes entrar en ella, de tan llena que está, y, por tanto, no puedes distinguir lo que hay. Meditar es ir sacando cosas de esa habitación, de tal modo que puedes entrar y distinguir: aquí hay una silla, aquí una ventana, aquí una calefacción. Gracias a que hay pocas cosas, y el desierto es un lugar donde hay muy pocas cosas, puedes escuchar y distinguir lo que hay. Así que sí, el desierto lo tenemos dentro y hasta que no lo atravesamos no alcanzamos nuestra identidad. También pongo el ejemplo del pueblo judío, que hasta que no atraviesa durante cuarenta años el desierto no llega a la tierra prometida. Igual nosotros: hasta que no atravesamos el desierto no llegamos a nuestra tierra prometida, que somos nosotros mismos.

Es célebre la frase de Teresa de Ávila: «Entre los pucheros anda el Señor». El jesuita José María Rodríguez Olaizola, en una conversación reciente contigo, dijo que Dios está también en los telediarios como parte de las noticias y del menudeo de lo cotidiano. ¿Dónde está Dios para ti?

Que Dios está en los pucheros, que Dios está en los telediarios, es la cima del éxtasis, es lo máximo que uno puede esperar: descubrir a Dios en lo cotidiano. Claro que está en los pucheros y claro que está en los telediarios, pero antes de llegar a ese descubrimiento hay que pasar por otros muchos. El asunto es que no puedes ver a Dios fuera sin haber hecho un trabajo interior. La vida cotidiana es la cima, y eso significa que no podemos llegar a la cima sin recorrer el camino previo. Estoy de acuerdo con que el Señor está en lo cotidiano, pero yo insistiría en la necesidad de un cultivo de lo que llamo la espiritualidad, de la interioridad, de cara a ese descubrimiento.

¿Y dónde está Dios ahora mismo, mientras conversamos?

¿Dónde está ahora mismo? [Gran pausa] Pues mira, ahora mismo hay un sol que está dando sobre ese muro que tengo frente a mí, en el que se reflejan las hojas de un árbol, y ahí me parece que hay algo palpitante y vivo que me puede recordar la dimensión espiritual, divina, de la realidad. También se escuchan unas cigarras en este momento, y eso es la vida misma y, por tanto, ahí está el espíritu de Dios. Aunque tengo un poco más de dudas, quizá se halla ahora en nuestras palabras y en nuestros silencios, donde algo de la vida podría filtrarse también.

Has dicho que «el verdadero paradigma cristiano es la contemplación, el ojo contemplativo». Por aquello de los ojos, ¿diría una tontería si concluyo que la historia de la humanidad es la que va del ojo del cíclope Polifemo al ojo contemplativo de… Pablo d'Ors?

Esto del ojo contemplativo apunta a un planteamiento según el cual son tres los ojos del ser humano: los ojos sensibles, los físicos, con los que vemos el exterior; el ojo de la razón, con el que funciona la mente; y el ojo contemplativo, el ojo del alma, el tercer ojo, con el que vemos lo esencial. Lo que puedo decir es que, en la medida en que cultivas la interioridad, desarrollas ese tercer ojo, que en un lenguaje más occidental es la intuición: la aprehensión directa de la realidad sin necesidad del proceso secuencial típico de la argumentación. Creo que hoy la ciencia está empezando a darse cuenta de que

esto que llevan siglos diciendo los místicos, que podemos acceder a la realidad de una forma más directa, más certera y más lúcida, empieza a tener también su fundamento científico. Respecto al ojo de Polifemo, pues no sabría qué decirte. [Pasa ahora un avión por el cielo] Creo que la contemplación es el gran reto, el gran desafío del ser humano en la actualidad, porque —y esto lo he declarado en muchas ocasiones— quizá hemos construido un mito del pensamiento y de la acción. Siempre estamos haciendo cosas y pensando, pero hay algo más importante que pensar y que actuar, y es mirar y escuchar, y eso es lo que apunta a la contemplación. Si fuésemos capaces de entrar por esa puerta, descubriríamos seguramente que no hay tanto que transformar, sino más bien que acoger y que disfrutar, que es distinto. Es nuestro afán intervencionista, pensar que nosotros somos los que hemos de hacerlo todo, lo que estropea buena parte de la realidad. Si dejásemos que las cosas sean lo que son, seguramente nos llevaríamos una sorpresa, porque descubriríamos que están bastante bien sin nuestra participación expresa.

Eres el maestro espiritual y fundador de la red de meditadores Amigos del Desierto (AdD). Explícale al profano qué tipo de meditación de cepa cristiana se enseña allí.

Lo primero que me viene a la cabeza y al corazón es que la meditación es meditación, con independencia de la tradición a la que uno pertenezca. La meditación es un viaje al propio centro, y lo puedes hacer por la autopista del sufismo, por la del vedanta, por la del cristianismo contemplativo y místico y por otras muchas. Lo esencial es el sustantivo, no el adjetivo religioso, en este caso cristiano. Ciertamente, para un cristiano, Cristo es la puerta, y en ese sentido es algo muy definitivo, muy definitorio también. Hace doce años nació esta red de meditadores llamada Amigos del Desierto. Aunque fui yo quien empezó a mover los hilos para que tuviese lugar, siento que fui solo un instrumento, que ha sido el Espíritu de Dios quien ha creado esto y que yo pasaba por ahí y me tocó apadrinarlo, acompañarlo y llevarlo hasta donde está en este momento. Lo que caracteriza a la meditación cristiana, dicho de manera sencilla, es Cristo mismo. Nosotros nos remontamos a la tradición de los padres y madres del desierto, que fue la primera corriente espiritual del

cristianismo, de los siglos II al IV aproximadamente. A partir de ahí hubo un desplazamiento geográfico, del Sinaí a Grecia y a Rusia, y se fraguó una corriente que se llama hesicasmo, de hesychia, que significa búsqueda de la paz por medio de la quietud. Los Amigos del Desierto queremos ser, con modestia pero con autoridad, los nuevos hesicastas, esos nuevos practicantes de esa búsqueda de la paz, de Dios, por medio de la quietud.

Y dime entonces, ¿quién puede aspirar a ser amigo o amiga del desierto?

Puede serlo toda persona, más allá de su confesión. No hace falta ser cristiano para participar de esta práctica, igual que no hace falta ser de la India para practicar yoga, ni de Japón para practicar zen, ni ser hinduista o budista. Simplemente hace falta ser un buscador, una persona que realmente quiere practicar el camino espiritual. Tenemos una página web, amigosdeldesierto.org, y ahí hay una serie de propuestas, sobre todo retiros de iniciación para la gente que quiere empezar y luego seminarios de silencio, que son grupos de práctica semanales para tener el apoyo de otras personas en la vida cotidiana.

En las sentadas con grupos que Amigos del Desierto propone en sus seminarios por distintas ciudades está siempre presente el icono de la *Trinidad* de Andréi Rubliov, al que Tarkovski dedicó su gran película. La obra de Rubliov representa el misterio uno y trino de la Santísima Trinidad (Padre, Hijo y Espíritu Santo) en una disposición circular. ¿Qué significa este icono para ti y por qué lo elegiste?

Más que elegirlo yo, una vez más fui elegido por él. Es quizá la imagen de toda la historia de la pintura universal que prefiero, y me parece que es también la imagen más emblemática de la tradición cristiana en general. Podríamos hablar de *La última cena* de Leonardo o de otros cuadros muy emblemáticos, pero ninguno como la *Trinidad* de Rubliov representa el misterio de Dios mismo, el misterio de la unidad en la pluralidad, que es lo que simboliza esta imagen. También soy un amante de la película de Tarkovski, que me fascinó desde que

la vi hace muchos años. Los Amigos del Desierto tenemos ese icono como emblema y lo tenemos siempre presente en nuestras reuniones porque de alguna forma es el anclaje visual de lo que practicamos interiormente. El Padre, el Hijo y el Espíritu no son otra cosa que la fuente, el camino y la energía: nosotros recogemos energía para hacer el camino que nos lleve a la fuente y, por tanto, nuestra meditación tiene una estructura trinitaria intrínseca. Este cuadro de Rubliov lo refleja de manera simbólica y muy expresiva.

Luz y vacío. Silencio y luz. Has dicho que «la luz es descubrir que el vacío está lleno». Todo meditador persevera a solas en la luz, el silencio y el vacío. Pero te he escuchado decir que «cuando uno entra en sí mismo a quien encuentra es a los demás». Uno mismo a solas y los demás, ¿no hay ahí como un problema de convivencia?

Una de las afirmaciones que suelo hacer y que más aceptación tiene es «dejad a los demás en paz»: que el otro sea otro, no llevarlo a tu terreno, moverse en ese territorio de profunda libertad sin la cual no puede haber verdad. Dicho esto, añadiría que silencio, luz y amistad, que es el lema de Amigos del Desierto, no son tres palabras elegidas al azar, ni mucho menos, sino que responden al itinerario espiritual que de hecho hemos realizado y seguimos realizando, que es el camino de la interioridad: primero la purificación, que es el silencio; segundo, la iluminación, y ahí está la luz; y tercero, la unificación, que es la amistad, el amor, la comunión. Habría, además, tres escenarios para cada una de estas palabras. El silencio es el desierto: somos amigos del desierto, amigos de la práctica del silencio. La luz es la montaña: este camino te va conduciendo a una mayor claridad, a una mayor iluminación interior. Y esa luz te va haciendo descubrir que somos uno, que estamos unidos, que es lo que llamamos amistad o amor.

Pero convenza y sea piadoso con quien tiene dudas. ¿No corre uno el peligro de caer en la meditación en un intimismo sin prójimo?

No se trata de convencer a nadie. Creo que no hay ningún peligro de caer en un intimismo sin prójimo si cumplimos las condiciones básicas para que no lo

haya, que son tener un guía, un mentor, un maestro, alguien que te acompañe en ese proceso, porque solos, evidentemente, podemos caer en ese peligro y en cualquier otro. Debemos tener una comunidad, un grupo, una *sangha*, como dicen en el budismo, de modo que si hay una desviación hacia una devoción más privada o hacia una aristocracia interior, ese guía y ese grupo te lo van a advertir. Yo creo que quien ve ese peligro es quien no ha practicado realmente con rigor y con cierto acompañamiento la meditación. Si vas con otros, te vas dando cuenta no solo de que no existe ese riesgo, sino de que el único fundamento del amor a los demás es el amor a uno mismo: ama a los demás como a ti mismo, ese es el presupuesto. No podemos dar lo que no tenemos. Mucho de nuestro altruismo, de nuestra entrega a los demás, no deja de ser activismo y frenesí. No responde a nuestro ser, sino a una mala conciencia o a un comportamiento aprendido. Se trata de tener menos prisa en hacer y de trabajar más la acción correcta: que lo que dimane de nuestras manos sea lo que ha pasado antes por la cabeza y por el corazón.

Defíneme a Cristo a través del silencio, la luz y la contemplación.

[Pausa larga] «Yo soy la luz del mundo», dijo Cristo de sí mismo, pero luego dijo: «Vosotros sois la luz del mundo». También dijo: «Yo soy el pan de vida». En la vida pasamos, en el mejor de los casos, por tres fases: comer manzanas, dar manzanas y ser manzana. Primero queremos las cosas para nosotros; luego empezamos a comprender que queremos dar a los demás; y luego nos damos cuenta de que el regalo somos nosotros mismos, no lo que podamos dar. Eso es la eucaristía: descubrir que somos alimento. Creo que las dos grandes revelaciones del cristianismo son el cuerpo de Cristo y la palabra de Dios, cuerpo y palabra, cuerpo y mente, que es lo que somos, y que el silencio, la consciencia, es lo que nos permite darnos cuenta de eso: esto es el cuerpo de Cristo, esta es palabra de Dios, palabra que alimenta, que nos da la identidad.

Si te es posible, resumido en una frase o dos como mucho, ¿quién es Cristo para Pablo d'Ors?

Cristo es el amor de mi vida. Todo lo que intento hacer, vivir y ser es desde esta clave cristiana, que es la de una persona.

Para el creyente, todos somos un plan trazado por Dios. Somos parte del gran misterio de la providencia. Que uno medite, ¿es también un plan que Dios ha trazado?

Hay muchas cosas detrás de esta pregunta. Sí que hay un plan, una providencia, pero eso no quita la libertad del ser humano, sino que, al contrario, la pide. Precisamente este es el misterio: que libertad y destino, en esta clave providencial, puedan conjugarse. A mí me sirve últimamente la metáfora del GPS de los coches: tienes un camino que se te traza para ir de la manera más directa y más breve al lugar al que quieres llegar, pero desde luego puedes desobedecer lo que dice el GPS, o puedes equivocarte, y entonces se te rediseña el camino. Yo creo que podemos tomar el camino que nos plazca y, por tanto, existe la libertad. Se puede, de hecho, rediseñar dicho camino. Hay como un plan que se va creando en el presente, que es lo que realmente tenemos, y hay también una creación continua por parte del misterio, del universo.

Jesús dice en los evangelios de san Mateo y san Lucas que los cabellos de nuestra cabeza están contados por Dios, con lo que anima a no tener miedo y a confiar en la providencia divina. Se deduce, entonces, que el número de veces que un meditador respira y recita su mantra espiritual también está contado y previsto por Dios. ¿Es así?

Dios, igual que sabe el número de nuestros cabellos, también sabe el número de veces que respiramos; eso también está contado. Pero preguntarlo así es un poco mecánico y externo. Mejor hablar de la mirada amorosa, no tanto de una contabilidad. Caigo ahora en la cuenta, curiosamente, de que tengo una novela, Las ideas puras, con un capítulo que se llama «Amor y contabilidad», porque también el amor tiende a contarlo todo: a esta persona la he visto ya tantas veces, hemos hecho tantas cosas juntos… Por ejemplo, poco antes de empezar esta entrevista, he hecho un rato de meditación y me he sorprendido, a pesar de

que lo hago todos los días, mañana y tarde, de lo sorprendente, de lo maravilloso que es una respiración. He estado muy presente, no en todas, pero sí en muchas de mis respiraciones de esta sentada, y las he estado mirando con atención, con reverencia, con sorpresa. Y me doy cuenta de que ese es el modo como el arte, la vida y, creo, el espíritu de Dios nos acompañan: de manera amorosa, reverente, respetuosa.

El cantante y artista Franco Battiato, que meditaba tres veces al día, decía que vivimos en un cuarto estrecho cuando tenemos una habitación enorme que es la mente. ¿Cómo se conjugan en la meditación de los Amigos del Desierto la contemplación y la mente? ¿No constriñe la contemplación ese pequeño cuarto donde meditamos?

[Pausa muy larga] Me viene la imagen de un niño jugando en su habitación con sus juguetes. Así somos los meditadores. Además de ese juguete y de esa habitación hay también toda una casa, y hay todo un barrio, toda una ciudad, un planeta, un universo. Hay muchísimo más. Lo que uno va descubriendo en la práctica meditativa es lo que se conoce como la expansión de la consciencia: darnos cuenta de que lo que nos hace sufrir es que nos hemos identificado con el cuerpo y con la mente, y de que somos mucho más que eso, somos nuestro yo profundo, nuestra alma. Lo que sucede no es una disolución del yo, como han dicho algunos, sino más bien una expansión del yo, que es distinto. Vas descubriendo que eres la realidad y que no hay separación entre las cosas y tú, los demás y tú, Dios y tú, sino que somos un misterio de unidad. «Que todos sean uno, como tú en mí», dice Jesús en el Evangelio de san Juan. El modo que tenemos de hacerlo es cuidando nuestro cuerpo por medio de la percepción y cuidando nuestra mente, para caminar hacia la expansión y salir de ese cuarto estrecho del que hablaba Battiato. En el budismo zen se dice que vamos en busca de la puerta que nos lleve a esta revelación, y que esa puerta solo se abre cuando dejas de intentar abrirla y manipularla y te rindes ante ella; que cuando te rindes pasas al otro lado y descubres que lo que hay es lo mismo que había en este lado, pero que lo que ha cambiado eres tú. Y también se dice que basta que entres realmente por una puerta para que descubras que todo puede ser una puerta. Para mí la puerta ha sido la meditación, pero para otro puede ser el

amor de su familia, una puesta de sol, un libro. Si entras por una puerta, descubres que todo es una puerta para entrar en el misterio de la vida con mayúscula.

Y si todo es una puerta, es que no hay puerta.

Esa es la cuestión: que nos creemos que estamos encerrados, pero no lo estamos en absoluto, sino que somos libres.

Volvamos al desierto como región espiritual, incluso artística. Dice el proverbio árabe, que citas en tu novela *El amigo del desierto*, que «quien no conoce el desierto no sabe lo que es el silencio». En literatura nos fascina el horizonte y la nada inmóvil de *El desierto de los tártaros* de Buzzati. Hasta en el cine de Pasolini es en la proximidad del desierto donde las imágenes deslumbran con mayor intensidad. ¿Qué nos atrae del desierto? ¿Y qué queda del dicho popular cuando uno dice «he atravesado el desierto» como símbolo del vacío y el dolor? Quiero decir, ¿no hay una contradicción?

No puede no haberla, porque todo lo que es fascinante es contradictorio, paradójico. Los últimos serán los primeros, la gran paradoja; la Virgen Madre, que decimos los católicos, otra gran paradoja. El desierto puede ser tan fascinante como tremendo. Son también los dos adjetivos con los que solemos hablar de Dios mismo: tremendo y fascinante. El desierto tiene una dimensión atractiva por lo abierto: los grandes espacios hablan de lo magnánimo, lo amplio, lo expansivo, donde todo es muy intenso, el sol, la luz, la tierra, el horizonte. Pero también está la dureza del desierto, y de eso hablo precisamente en esa pequeña novela, *El amigo del desierto*: lo crudo, lo incómodo, lo sucio. De ahí viene lo de «atravesar un desierto» como quien dice «lo he pasado mal, ha sido duro». En el mundo del arte, no solo Buzzati o Pasolini, sino tantos otros, han utilizado esta metáfora porque el desierto es uno de los paisajes más metafóricos, junto con el mar o la montaña, porque remite a lo esencial. No es casual que los grandes monoteísmos, el judaísmo, el

cristianismo y el islam, nazcan en el desierto: es un paisaje que apunta al misterio de la unidad, apunta a lo esencial.

Te has definido a ti mismo como un buscador. ¿Qué esperas hallar al final para escucharte decir «ya lo he encontrado»? Aclaro que no estoy apuntando a la muerte, pero ¿concibes un final de trayecto en tu búsqueda?

Mi abuelo paterno Eugenio d'Ors tiene una glosa muy bonita que se titula «Cuando ya esté tranquilo», porque también él vivió de forma muy intensa su búsqueda filosófica, literaria y existencial. Yo sí me defino como un buscador, pero un buscador que ha encontrado: estoy buscando dentro de lo que he encontrado para entenderlo, amarlo y vivirlo más plenamente. La búsqueda no se contrapone necesariamente al hallazgo, como quizá para otros, sino que es la manera de vivir el hallazgo de forma creativa. Hay periodos en que esa búsqueda dentro del hallazgo es más convulsa, más intensa o más misteriosa, y otros en que es más serena, pero no me concibo como alguien que no tiene ya nada que buscar. Si fuera así, sería mi hora de dejar este mundo, y estaría muy bien que fuese así, pero, mientras esté respirando, supongo que estaré creando, porque solamente estamos vivos cuando creamos, que es participar en la creación continua de la realidad.

Pasemos ahora al Pablo d'Ors como escritor y literato. Fuiste novelista durante tres décadas, de los treinta a los sesenta años: cuatro trilogías (Fracaso, Ilusión, Silencio, Entusiasmo) y algún que otro libro más. He leído que ahora te declaras algo así como un apóstata literario. Te pregunto con la perspectiva a cuestas, ¿ves ahora tu obra en construcción o en deconstrucción?

Esto de apóstata literario nunca lo había dicho ni escuchado de mí mismo, y no está mal. Sigo escribiendo todos los días. Creo que la meditación y la escritura, la práctica de la palabra y la práctica del silencio, siguen siendo mis ejercicios espirituales por excelencia. Estar sin escribir, como estar sin meditar, me costaría. No tendría que proponérmelo mucho, porque meditar y escribir son

gestos que me resultan muy connaturales. Pero una cosa es que siga escribiendo y otra que ya no tenga, entre comillas, una ambición literaria, el deseo de formar parte de ese mundo que se llama «los escritores». Eso, que es muy respetable, no deja de ser un cajón, en el mejor de los casos un arquetipo, que a mí me ha sido muy útil y con el que me he identificado durante varias décadas. Hoy lo sigo ejercitando, porque sigo escribiendo y publicando libros, pero ya no es aquello con lo que me siento más identificado. Lo mismo podría decir del sacerdocio como arquetipo existencial: creo que tanto ser escritor como ser sacerdote son plantillas para ser uno mismo, y que la verdadera misión que tenemos cada uno es escuchar y desplegar la palabra que somos. A mí estos arquetipos me han servido y me siguen sirviendo para desplegarla. Aun así, sigo disfrutando mucho de una página de prosa hermosa; es de las cosas que más disfruto.

Debes de ser un caso insólito de escritor falto de egolatría. Has dicho que escribir te ha enseñado a ser humilde, y a la vez has publicado y sigues publicando en un sello de postín como Galaxia Gutenberg. ¿Cómo se domeña el ego siendo un autor tan conocido y publicado? ¿O cómo lo domeñabas cuando aún tenías ambiciones literarias?

El ego debe perfeccionarse y finalmente trascenderse. La actitud más exacta en la vida, la más próxima a la verdad, es la humildad. No digo que haya trascendido totalmente el ego, ni mucho menos, pero sí que lo he perfeccionado bastante y que camino hacia la trascendencia de lo que no es sustancial, aunque sea útil y necesario. No es que el ego sea malo, sino que debemos ponerlo a nuestro servicio y no nosotros al suyo. La egolatría que veo en algunas personas, también en algunos escritores, me resulta, por un lado, patética y, por otro, enternecedora: es solamente ignorancia. Creo que cada uno tenemos nuestra medida y que no es mejor ser una hormiga que un elefante, son cosas distintas, y basta que te reconcilies con lo que eres para que te encante ser una lagartija o un loro y no quieras ser un tigre o un mosquito. Todos los males empiezan porque nos comparamos con los demás. [Pasa ahora otro avión por el cielo] Hemos de buscar la excelencia, pero no la perfección: la excelencia es lo mejor que podemos llegar a ser nosotros mismos, y la

perfección no sería lo mejor en absoluto, un ideal que nos tiraniza. Cada vez me comparo menos y, por tanto, vivo con más serenidad. En cualquier caso, no quiero dar la impresión de una persona que ya está quién sabe dónde, como quien dice, porque lo que uno va descubriendo es que luz y sombra son la misma cosa: no es que la luz sea lo bueno y la sombra lo malo, sino que en un momento de comprensión profunda o de amor muy noble puedes atravesar circunstancias muy desestabilizadoras. La diferencia sustancial es que, aunque te aflijan y te zarandeen, misteriosísimamente, en medio de esa aflicción, no pierdes el centro. Eso es muy misterioso, pero es lo que te habla de tu nivel de consciencia o de realización. Es muy bonito porque no es una conquista, sino un regalo: no quita tu conciencia de fragilidad en absoluto, sino que la descubres como la posibilidad de ser y de amar. Precisamente esa fragilidad estructural, amada y reconciliada, es también el gran poder. En definitiva, eso es Cristo: el frágil que muestra un poder extraordinario precisamente por ese medio.

Has dicho recientemente que el libro al que más quieres hoy, de entre todos los tuyos, es Los contemplativos**, y que lo quieres más porque ha sido el más incomprendido. ¿Qué pasó? ¿Dónde estuvo el error de concepción, si lo hubo?**

No creo que hubiera ningún error. Puede haber mayor o menor acierto en cada uno de los siete relatos que lo conforman, pero no hablaría de error. Es un libro cuya pretensión es precisamente dejar traslucir el espíritu en lo cotidiano, y eso, como he comentado antes, es una cima, y no siempre se percibe. Creo que al menos hay tres de esos relatos que son al menos aceptables, y para un libro de relatos es un promedio bastante alto. Recuerdo autores de cuentos que tienen uno o dos buenísimos y el resto son mediocres, o al menos no tan especiales. Es el libro con el que me despido de la ficción, porque la ficción exige una vida privada para concebir, gestar y alumbrar ese hijo literario, y yo ahora mismo no tengo esa vida privada, sino una vida bastante expuesta por este momento según mi misión. No tengo ahora mismo el talante de la ficción, no porque no me guste ni porque no haya sido lo mío, sino porque creo que es lo que me ha conducido adonde me encuentro hoy. No creo que en el futuro

tenga esa disposición, aunque quién sabe, la vida da muchas vueltas y a lo mejor dentro de unos años estoy en una situación parecida y puedo volver a escribir relatos y novelas. De momento no, y por eso, después de treinta años de ficción, me despedí con Los contemplativos. Hay un relato en este libro, «Biografía de la sombra», que tiene algún punto quizá un poco excesivo, pero me parece muy especial.

¿Tú eres Pavel, el amigo del desierto de tu novela del mismo título?

Todas mis novelas son autoficticias y, por tanto, todos sus personajes, en particular los protagonistas, tienen que ver conmigo. Una novela es una exploración en la identidad con egos imaginarios, y Pavel es un ego imaginario con el que exploré mis posibilidades existenciales.

Charles de Foucauld, el protagonista de *El olvido de sí*, al que consideras tu padre en el camino espiritual (tu otro maestro es Franz Jalics), fue un aventurero francés que de una vida disipada acabó entregado a Jesús. Defíneme a Foucauld más de cien años después de su muerte, ocurrida en 1916.

Era un loco de amor por Jesús, su bienamado, como él decía. Yo estuve, y sigo estando, muy fascinado por su figura. He dicho a menudo que, después de la figura de Jesús, Foucauld es para mí el emblema de lo que es una persona. También lo he comparado con Gandhi y con Simone Weil: son biografías muy diferentes, pues cada uno pertenece a una tradición religiosa distinta, el hinduismo, el judaísmo y el cristianismo —Foucauld pasando por el islam, por su contacto con los musulmanes—, pero son personas con una biografía insólita porque han sido verdaderos buscadores. Han escuchado su conciencia y han hecho de esa obediencia a la conciencia un estilo de vida permanente. Eso me admira mucho. Creo que una vida tan limpia en medio de toda su turbulencia como la de Foucauld es una lección extraordinaria. En realidad, las principales lecciones que tenemos los seres humanos son las biografías de otras personas que han sido hombres y mujeres de conciencia. Y quiero decir que una cosa es lo que Foucauld pensó y sintió cuando vivía, otra lo que nosotros pensamos y

sentimos de él un siglo después, y otra lo que realmente el espíritu de Dios nos da con esa existencia, que incluye lo que nosotros pensamos y que también va más allá. Eso es lo que yo veo en él: su vida es mucho más relevante y mucho más viva de lo que él pensó y sintió y de lo que nosotros pensamos y sentimos. Es un pozo sin fondo que iremos descubriendo cada vez más, como pasa con la gente que está verdaderamente en su centro, que son pozos inagotables.

Se me ocurre a modo de broma: ¿no debería cobrar Charles de Foucauld los derechos de autor de tu novela? ¿Cómo podría cobrarlos?

[Sonríe] Bueno, Foucauld quiso fundar una congregación y no pudo. Amigos del Desierto, al tenerlo como padre y patrón, de alguna manera está traduciendo históricamente aquello a lo que él aspiró. Así que ya está cobrando, no en sentido material, pero sí espiritual, buena parte de su entrega. Es curioso, porque *El olvido de sí*, que es casi una hagiografía, la biografía de un santo, es, después de *Biografía del silencio* y *Biografía de la luz*, mi libro con más aceptación. Estoy muy contento de haberme metido, cuando lo escribí hace ya unos años, en su alma, y de haber dado voz a las palabras que él habría dicho, o que yo creo que habría dicho, si hubiese vivido en este tiempo.

Para concluir esta conversación, pasamos a la cacharrería, el ruido, la matraca de la actualidad social y política. Estamos en Madrid, con el problema de la vivienda en combustión por el caso Maricarmen y con otros tantos problemas como el de Ceuta y la inmigración. Me parece muy interesante una cita del filósofo Daniel Innerarity. Dice que en la sociedad actual cada vez hay más odio y cada vez menos violencia, física se entiende, como si el odio fuera algo que se puede compartir. ¿Qué opinas al respecto?

Es una pregunta amplia e interesante por muchos motivos. Yo tengo una preocupación muy relativa por la actualidad, porque me preocupa más la eternidad que la actualidad, pero ciertamente la eternidad se traduce hoy, ahora y aquí. Esas dos cuestiones que pones sobre la mesa, la vivienda, por una parte, y la inmigración, por otra, extrañamente, o reveladoramente, son las dos caras

de la misma moneda: la necesidad de un espacio propio y al mismo tiempo la necesidad de salir del propio espacio para encontrar uno que responda a nuestra dignidad. Lo que puedo decir al respecto es que, en la medida en la que estamos en nuestro centro, en que no vivimos poseídos por los vientos que corren y las tempestades que rugen, sino anclados en nuestro ser, en esa medida encontramos a estos problemas, y a tantos otros que podríamos poner sobre el tapete, una respuesta que no es simplemente reactiva. Y si estamos centrados, no podemos por menos que distinguir qué es lo que hay que dar al César y qué es lo que hay que dar a Dios. No estoy de acuerdo con la afirmación de Daniel Innerarity de que hoy haya más odio y menos violencia. Creo que, a pesar de las apariencias, hoy hay más amor, mucho más, y hay más consciencia, y que lo que dicen los medios de comunicación es una verdad muy relativa. El mundo no es en absoluto como nos lo presenta la llamada actualidad; el mundo es infinitamente más hermoso, más bello y más justo de lo que nos quieren contar y de lo que nos hemos creído. Esta ponzoña informativa contamina nuestra mente, enturbia nuestro corazón y no nos hace bien. No es cuestión de tener una visión positiva u optimista de la realidad, sino de hacer justicia a lo que hay, y lo que hay es sobre todo amor. Hay muchas más personas que se cuidan y se aman que personas que se destruyen y se odian, y esto casi nadie lo dice. Contamos el tren que descarrila, pero no los cien que llegan perfectos y a tiempo. No quiero dar una versión blanda de la realidad ni negar los hechos tozudos y crudos, pero sí situarlos en su medida.

Y la última. Sé que vas a abrigarte en el silencio —el silencio mundano, se entiende— y que no me vas a responder, salvo sorpresa. En caso de que decidas ir a votar en las próximas elecciones, incluido el voto en blanco, que a mí me parece el voto más espiritual que puede existir, con un Congreso espiritualmente vacío, ¿a qué partido votarás? ¿Te representa alguno?

Votaré al partido de Jesucristo [risas]. Los sacerdotes hemos de intentar ser mediadores entre el cielo y la tierra, entre Dios y el mundo, y, por lo tanto, en la medida en que nos hacemos partidistas, no partidarios, sino partidistas, perdemos a toda la población de personas que no están en ese partido. Esta división entre derechas e izquierdas, progresistas y conservadores, y lo digo de

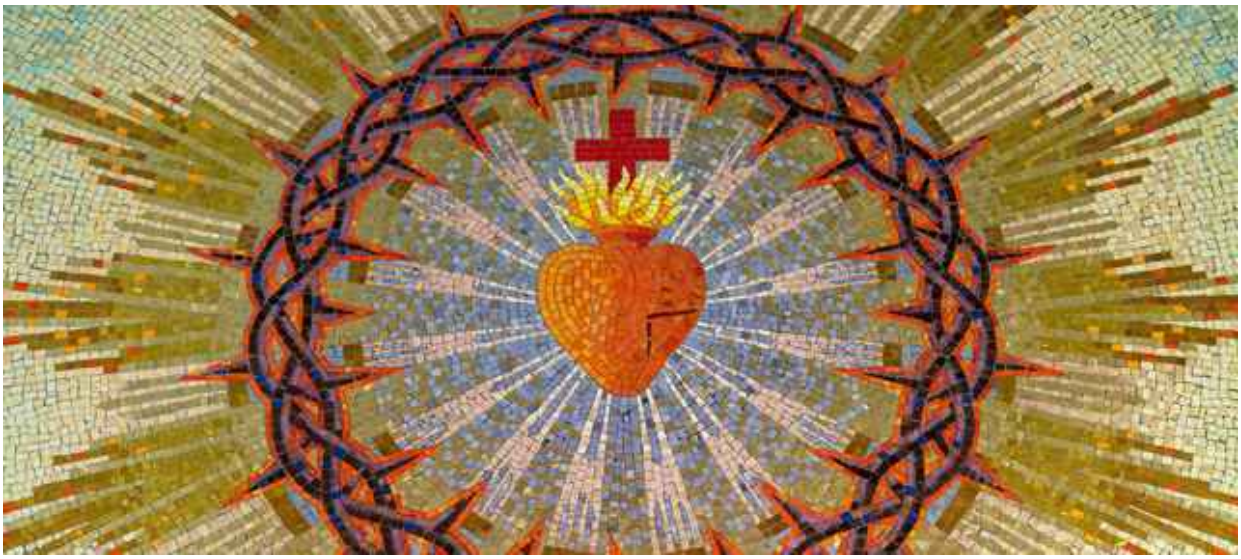
corazón, me es ajena. Creo que hay muchas cosas que conservar y muchas cosas que cambiar. Nunca he declarado mi filiación política, porque realmente para mí no es un punto de partida, sino que en cada situación me toca discernir qué es lo más apropiado. Pero sí quiero aprovechar esta pregunta para decir que en ocasiones he escuchado rezar en alguna iglesia por la justicia, la paz y la democracia, y siempre me ha llamado la atención, porque creo que la justicia y la paz no se mueven en el mismo orden que la democracia. La justicia y la paz son valores; la democracia, siendo el mejor sistema político que hemos inventado hasta el presente, no deja de ser un sistema que hemos inventado, no un valor trascendente a las culturas y a las civilizaciones concretas. Por tanto, creo que la democracia, con todo lo valiosa que es, no es la última palabra sobre el sistema con el que vamos a regirnos los seres humanos en sociedad. Creo que ahora, con todo esto de la inteligencia artificial, seguramente las propias democracias van a ser en buena medida puestas en tela de juicio y empezarán a surgir nuevas formas de regirnos a nosotros mismos. Estamos en un momento fascinante, ciertamente peligroso, pero muy interesante para vivirlo y para aportar lo que cada uno tenga que aportar.

¿Te atrae la idea de convertirte en un votante en blanco, esa especie de gran desaparecido en todas las elecciones?

[Último silencio de la tarde] No me desagrada. No sabría decirte si me atrae, pero no me desagrada. Creo que debemos articular formas de participación ciudadana más reales, más allá de depositar una papeleta en una urna. Desde donde yo me muevo procuro que la participación de todas las personas con las que interactúo sea real y no simplemente nominal. Con esto estoy diciendo que creo que el sistema tiene una enfermedad de raíz. No se trata simplemente de perpetuarlo, sino de reflexionar sobre cómo podemos sanar esa enfermedad para que haya una participación más consciente y no tan meramente formal.

Este artículo se publicó en Jot Down. Puede leer aquí el original.

Volver al índice



El Sagrado Corazón de Jesús como respuesta al emotivismo espiritualista

P. Osmin Serrano Grillet

Solidaridad.net

El Sagrado Corazón de Jesús se nos presenta como respuesta a las perversiones del emotivismo actual, caracterizado por el individualismo, la superficialidad y el inmediatismo, y se constituye en el modelo para una correcta ubicación de las emociones en el acto de fe.Publicado en la revista Id y Evangelizad

1. Recuperar «el corazón»

El magisterio de los últimos papas ha hecho un llamado constante a recuperar el corazón porque, en la fe católica, el corazón es el lugar donde se fraguan las

decisiones más importantes de la existencia humana. De tal forma que el ser humano es concebido, en la antropología cristiana, como un ser con cuerpo y alma que tiene un centro unificador, el corazón, que otorga a toda persona contenido y orientación en la vida. Por ello, la afectividad que emana del corazón, junto con la razón y la voluntad, constituye una dimensión esencial del ser humano y, en consecuencia, de la espiritualidad cristiana. Dios sale al encuentro del hombre en su integralidad. Por ello, toda parcialización implica una reducción del acto de fe, sea a intelectualismo, voluntarismo o emotivismo. Una fe basada simplemente en el bienestar del sujeto se desliga del misterio de Dios revelado por Cristo, que llama a tomar la cruz y ser samaritanos de millones de prójimos en el mundo. La fe sigue la lógica de la Revelación: encarnación, anuncio del Reino de Dios, denuncia del pecado del mundo, pasión, muerte y resurrección.

2. Las Sagradas Escrituras y la patrística: corazón-afectividad-fe

El concepto del corazón en las Sagradas Escrituras y en la tradición patrística constituye un tema fundamental de la antropología, la moral y la afectividad, representando el centro de la conciencia, las intenciones y la vida moral, así como el lugar que escruta Dios para conocer lo íntimo de las personas. Las referencias a esta dimensión son constantes. Frente a la tendencia humana de juzgar por las apariencias externas, la Escritura recuerda que Dios mira directamente el corazón (1 Sam 16, 7), lugar del cual brotan las fuentes de la vida (Prov 4, 24) y donde nace el arrepentimiento sincero (Sal 50, 19). Asimismo, Jesús reafirma la importancia del corazón al vincularlo directamente con las prioridades existenciales de las personas: «Donde está tu tesoro, ahí está tu corazón» (Mt 6, 21) y señala que de su abundancia habla la boca (Lc 6, 45). La Virgen María encarna este modelo de fe e interioridad al conservar y meditar todos los acontecimientos de la vida de su Hijo en su propio corazón (Lc 2, 19).

A partir de este fundamento bíblico, los Padres de la Iglesia desarrollaron las bases teológicas y espirituales del Sagrado Corazón de Jesús como una

respuesta sólida que supera el emotivismo superficial. Profundizaron en la perfecta humanidad de Cristo, cuyos afectos verdaderamente humanos, santificados y redentores, expresan la plenitud del amor divino manifestado en la voluntad y la sensibilidad del Verbo encarnado. En esta línea, como resalta el papa Pío XII en la encíclica *Haurietis aquas*, la patrística comprendió que el misterio del amor divino actuante en Cristo es el principio y el coronamiento de toda la obra de la Encarnación y la Redención. En el ámbito de la teología oriental, diversos Padres profundizaron en la humanidad afectiva del Verbo. San Justino destacó el amor redentor de Cristo reflejado en su humanidad sufriente, mientras que Orígenes definió el corazón como una dimensión espiritual superior a la mera razón, siendo el lugar del encuentro salvífico directo con el Logos divino. Por su parte, san Juan Crisóstomo describió el corazón de Jesús como el espacio santo donde el dolor y la tristeza se convierten en compasión redentora. Finalmente, san Juan Damasceno afirmó que con la Encarnación toda la afectividad humana fue asumida y plenamente sanada por Cristo.

Por último, los Padres latinos abordaron la relación entre el Corazón del Redentor y la vida de la Iglesia. San Ambrosio de Milán enseñó que la unión de las dos naturalez en Cristo (humana y divina) implica una participación real en los afectos humanos, de modo que Él asume las pasiones naturales para redimir la sensibilidad herida del hombre desde su interior. En esta misma perspectiva, san Jerónimo contrapuso la antropología platónica a la visión cristiana: mientras que Platón ubicaba el principio director del alma en el cerebro, el cristianismo lo sitúa en el corazón, entendiendo que es allí donde se deciden las bienaventuranzas y de donde brotan las verdaderas intenciones del ser humano.

Finalmente, «san Agustín presentaba los afectos humanos como una realidad que, una vez asumida por Cristo, ya no es ajena a la vida de la gracia» (Dilexit nos, n.º 62).

3. La Encarnación de Cristo, sanación de la afectividad humana

Con la Encarnación, Cristo se ha convertido en el hombre perfecto (Ef 4, 13), de tal manera que el misterio del hombre solo puede ser esclarecido en el misterio del Verbo encarnado: «Él manifiesta plenamente el hombre al propio hombre» (GS 22). De ahí la invitación del apóstol Pablo: «Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús» (Flp 2,5).

La humanidad, por la Encarnación y el misterio pascual, ha sido restaurada y encaminada integralmente hacia su plenitud en el Hijo. En este proyecto de redención, el Corazón Sagrado de Jesús, sus afectos, sentimientos y emociones son el modelo a seguir para todo hombre: «Allí [en el Sagrado Corazón] podemos encontrar el Evangelio entero, allí está sintetizada la verdad que creemos, allí está cuanto adoramos y buscamos en la fe, allí está lo que más necesitamos» (*Dilexit nos,* n.º 89). Dicho Corazón es la realidad informativa y transformante de un triple amor, único y complementario: el amor divino (ama como Dios); el amor humano (la caridad que mueve su voluntad humana); y el amor sensible que se conmueve ante el sufrimiento de la humanidad a causa del mal, el pecado y las injusticias. Así, el hombre creado a imagen de Dios, siendo el Hijo su paradigma de hombre, está vocacionado hacia la plenitud de sus afectos en aquel Corazón Sagrado, encarnado y resucitado, que late desde la comunión de la Trinidad para la humanidad. Podríamos decir que, en torno a la afectividad, toda antropología es una cristología deficitaria y toda cristología es una antropología plenificada.

El emotivismo posmoderno, caracterizado por el individualismo, la superficialidad y el inmediatismo, puede ser sanado por el modelo del Sagrado Corazón del Redentor, puesto que «los desequilibrios que fatigan al mundo moderno están conectados con ese otro desequilibrio fundamental que hunde sus raíces en el corazón humano. Son muchos los elementos que se combaten en el propio interior del hombre» (GS 10). Los padres de la Iglesia, al interpretar la creación del hombre en el libro del Génesis como «imagen y semejanza de Dios», entendieron que la imagen es poseída por todo hombre en cuanto dignidad primera, que le hace poseedor de una dignidad sagrada; no obstante, la semejanza, en cuanto participación divina por la gracia y la

adopción filial, constituye todo un camino de conversión que tiene como principio y fin a Cristo mismo, puesto que «el Hijo Unigénito de Dios, queriendo hacernos participantes de su divinidad, asumió nuestra naturaleza, para que, habiéndose hecho hombre, hiciera dioses a los hombres» (Sto. Tomás de Aquino, opúsculo, 57 in festo Corp. Chr. 1).

En consecuencia, mientras más convierte el creyente su afectividad en la afectividad del Corazón de Cristo, más persona es, porque se encamina a la plenitud de la afectividad restaurada por el misterio pascual: sufriendo como Cristo, venciendo el mal y experimentando los beneficios de la vida nueva del Resucitado.

4. La plenitud de la fe desde el Corazón de Jesús

Dimensión personal y objetiva de la fe

Indudablemente, la fe posee una dimensión personal, pues es una respuesta libre ante el Dios que se revela en Cristo y habla al corazón del hombre. Esto ha sido recordado por el papa Benedicto XVI, al afirmar que «la fe no surge por una decisión ética, ni por una gran idea, sino por el encuentro con una Persona, que concede nuevo horizonte y orientación decisiva a la vida» (*Deus caritas est*, n.º 1).

Unida a la dimensión personal, está la dimensión objetiva de la fe. Dicho encuentro lleva a la aceptación total de la verdad, la persona y el mensaje de Cristo: «No hay encuentro con Cristo sin profesión de fe, si solo se tiene en cuenta el aspecto subjetivo, pero no se profundiza en el contenido de la fe y en la doctrina. La formación es el medio primordial que permite integrar la verdad en el amor. Si el acto de fe como adhesión personal a Cristo pierde su profunda unidad con la verdad salvadora que nos ha traído, se transforma en un acto vacío y ciego» (*Cor ad cor loquitur*, n.º 27). Lo emotivo, lo sentimental o afectivo de la fe se ha de asentar en la verdad objetiva de la Revelación; san Agustín lo expresaba en una de sus máximas, «creo para entender y entiendo

para creer», porque la fe personal debe ser iluminada y dejarse educar por la formación integral y continua, que debe incluir todas las dimensiones de la persona, es decir, la intelectual, afectiva, de relación y espiritual.

Dimensión eclesial

Tanto la dimensión personal como la objetiva de la fe se desarrollan en la Iglesia, de ahí su dimensión eclesial, porque «la Iglesia, que nace del Corazón de Cristo, prolonga y comunica en todos los tiempos y en todas partes los efectos de esa única pasión redentora, que orientan a las personas a la unión directa con el Señor» (*Dilexit nos*, n.º 175). Ante el individualismo del emotivismo, la fe cristiana se presenta como profundamente comunitaria y solidaria en el cuerpo eclesial: nadie se ha hecho cristiano a sí mismo, ni es creyente individualmente.

En este sentido, H. de Lubac, comentando a Orígenes, recuerda lo determinante de la Iglesia en el acto de fe: «»Mi deseo, proclamaba Orígenes, es ser verdaderamente eclesiástico». No hay otro medio, pensaba él con razón, de ser cristiano en plenitud […] Él ama la bondad de la casa de Dios. La Iglesia ha arrebatado su corazón. Ella es su patria espiritual. Es «su madre y sus hermanos». Nada de lo que la afecta le deja indiferente o despreocupado. Él echa raíces en su suelo, se forma a su imagen, se integra en su experiencia. Él se siente rico con sus riquezas. Tiene conciencia de participar por medio de ella, únicamente por medio de ella, en la estabilidad de Dios. Aprende de ella a vivir y a morir. No la juzga, pero se deja juzgar por ella. Acepta con alegría todos los sacrificios que exige su unidad» (Henri de Lubac. *Meditación sobre la Iglesia*, 266-267).

El acto de fe es un acto personal, objetivo y eclesial simultáneamente; de forma que cuando el cristiano dice «creo», lo dice en la fe de la Iglesia que proclama con él diciendo, «creemos». La fe lleva a descubrir una y otra vez que la Iglesia es la Madre de los creyentes, puesto que «nadie puede tener a Dios por Padre si no tiene a la Iglesia por Madre» (San Cipriano de Cartago). Dios a través de ella anuncia la Palabra de salvación, hace nacer por el Bautismo a la vida eterna,

alimenta a sus hijos con el Cuerpo y Sangre de Cristo, hace ser testigos públicos y maduros de la fe a través de la Confirmación, consuela y sana a través de la Unción de Enfermos, perdona a través de la Confesión y compromete al cristiano al servicio de los hermanos por el Orden Sacerdotal y el Matrimonio.

Dimensión encarnativa

El encuentro con Cristo y su seguimiento llevan a interpelar la propia fe: ¿De qué manera creer en un Dios que se revela como amor en una realidad marcada por el empobrecimiento y la opresión? ¿Cómo creer en el Dios de la vida ante millones de personas que sufren una muerte prematura e injusta? ¿Cómo creer en el Dios de la paz ante un mundo en guerra? ¿De qué manera emocionarte ante el Dios de la vida sin conmoverse e indignarse ante aquellos que son descartados, explotados y esclavizados? El papa León XIV ha recordado a todos los cristianos que «escuchando el grito del pobre, estamos llamados a identificarnos con el corazón de Dios, que es presuroso con las necesidades de sus hijos y especialmente de los más necesitados. Permaneciendo, por el contrario, indiferentes a este grito, el pobre apelaría al Señor contra nosotros y seríamos culpables de un pecado (cf. Dt 15,9), alejándonos del corazón mismo de Dios» (*Dilexi te*, n.º 8).

El apóstol Santiago denuncia que una fe sin obras está muerta por dentro (Sant 2, 17). También la primera Carta de san Juan afirma: «Si alguno dice: «Amo a Dios», y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve» (1 Jn 4, 20-21).

De este modo, se pone de manifiesto que la fe cristiana sigue la lógica de la encarnación y se expresa en el Mandamiento nuevo: amar a Dios y al prójimo. Por ello, el compromiso bautismal con la Iglesia en las realidades de injusticias del mundo se convierte en criterio para valorar la autenticidad de la fe. Esto tiene consecuencias directas para la vida eterna, según recuerda el Concilio Vaticano II: «El cristiano que falta a sus obligaciones temporales, falta a sus deberes con el prójimo; falta, sobre todo, a sus obligaciones para con Dios y pone en peligro su eterna salvación» (GS 43). En definitiva, «el Corazón de

Cristo es éxtasis, es salida, es donación, es encuentro. En él nos volvemos capaces de relacionarnos de un modo sano y feliz, y de construir en este mundo el Reino de amor y de justicia. Nuestro corazón unido al de Cristo es capaz de este milagro social» (*Dilexit nos,* n.º 28). El papa Francisco invitaba a colocar todas nuestras acciones bajo el «dominio político del corazón»: que la agresividad se aquiete bajo el bien mayor y fortaleza que esta caridad divina ofrece contra los males; que la inteligencia y la voluntad se pongan a su servicio para gustar las verdades más que dominarlas como hacen algunas ciencias; que los latidos del Corazón de Jesús moldeen la voluntad para desear el bien mayor que es Dios mismo, posibilitando la creación de vínculos auténticos, porque solo la relación construida desde el corazón es capaz de superar la fragmentación del individualismo materialista y consumista. Ya que, «nadie puede exigirnos que releguemos la religión a la intimidad secreta de las personas, sin influencia alguna en la vida social y nacional, sin preocuparnos por la salud de las instituciones de la sociedad civil, sin opinar sobre los acontecimientos que afectan a los ciudadanos» (EG 183).

Dimensión litúrgica

La fe cristiana no es estática, sino dinámica, es decir, por su propia naturaleza crece y se desarrolla. Por ello, el creyente está llamado a alimentarla con una liturgia viva y una vida de oración. Ante esto, los obispos españoles han advertido que «las iniciativas de evangelización han de cuidar de no fomentar una oración «espiritualista» desencarnada o unas celebraciones litúrgicas intimistas y efectistas. Se corre el peligro de reducir la liturgia a un mero «devocionalismo» que potencia el subjetivismo sentimental frente a lo comunitario, objetivo y sacramental» (*Cor ad cor loquitur,* n.º 36).

La importancia de superar lo esporádico del emotivismo religioso por la liturgia de la Iglesia es crucial para hacer madurar la fe. Pues, «en la liturgia el Señor nos enseña a rezar, primero dándonos su Palabra y después introduciéndonos mediante la oración eucarística en la comunión con su misterio de vida, de cruz y de resurrección» (Benedicto XVI, *Discurso en el encuentro con los párrocos y sacerdotes de la diócesis de Roma,* 22 de febrero de

2007). Todo ello tiene su epicentro en el Misterio Pascual, actualizado constantemente por la celebración de la Eucaristía, «fuente y culmen de toda la vida cristiana» (LG 11).

5. Conclusión

Las emociones y sentimientos desordenados en la espiritualidad conllevan una perversión de la fe cristiana. Solo en la integración de todo el mundo afectivo del hombre en la humanidad y divinidad de Cristo se puede encontrar la plenitud de la fe cristiana: «Hasta que todos alcancemos la unidad en la fe y el conocimiento del Hijo de Dios y lleguemos a ser el Hombre perfecto, con esa madurez que no es menos que la plenitud de Cristo» (Ef 4,13).

Este artículo se publicó en Solidaridad.net. Puede leer aquí el original.

Volver al índice



Franciso de Vitoria: lecciones y relecciones

Benigno Pendás

ABC

La Escuela de Salamanca, de la que este 2026 se cumple el quinto centenario, supone una aportación fundamental a la modernidad europea, en la encrucijada de varias disciplinas académicas

Bajo la presidencia del Rey Felipe VI, la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas y la Universidad de Salamanca hemos celebrado en la sede académica de la plaza de la Villa una jornada de homenaje a Francisco de Vitoria, el sabio dominico burgalés que dejó huella en la historia del pensamiento. Culmina así la conmemoración del quinto centenario de su acceso a la cátedra de Prima de Teología en 1526: la clase se dictaba a primera hora de la mañana y era más prestigiosa (y, por cierto, mejor remunerada) que la otra cátedra, llamada de

Vísperas. Entre las obligaciones del docente figuraba impartir 'relecciones', es decir, discursos en ocasiones solemnes para un público más amplio sobre cuestiones de actualidad. Entre las varias que impartió Vitoria, 'De indis prior' y 'De indis posterior', ambas de 1539, plantean cuestiones tan relevantes como los justos títulos para la conquista de América, los derechos de los indígenas y la doctrina de la guerra justa.

Para orgullo legítimo de los españoles, la Escuela de Salamanca supone una aportación fundamental a la Modernidad europea, en la encrucijada de varias disciplinas académicas. Así lo expresó el Papa León XIV en su memorable discurso ante el Congreso de los Diputados el pasado 8 de junio durante su visita a España. Razón jurídica; humanismo cristiano, **dignidad de la persona**... Estamos, pues, en el origen mismo de la doctrina actualizada del derecho natural, del 'ius gentium' y de los derechos humanos, pero también de la economía moderna (teoría monetaria) y liberal (límites al intervencionismo del Estado). El centenario ha sido un éxito académico a pesar de la tibia respuesta de algunas instancias oficiales: grave error por omisión, puesto que la obra del ilustre dominico enlaza con cuestiones hoy día capitales como son la globalización o la visión ética de la política.

Vitoria fue un moderado que ejerció su magisterio en tiempos confusos y convulsos, más propicios al dogmatismo que al sosiego intelectual. Un moderado en la letra y en el espíritu, rara avis en nuestra áspera vida política nacional. **Era el tiempo de la Reforma protestante**. Nótese la diferencia de enfoque: mientras nuestro autor explica el derecho humanitario bélico, el alemán exige a los gobernantes una respuesta sanguinaria contra los campesinos sublevados: «Golpead y golpead, matad y matad». Fue la de Francisco de Arcaya y Compludo (c. 1483-1546) una vida de estudio y reflexión: en París, en Valladolid; al fin, a orillas del Tormes. Procedía de una familia de judíos conversos, bien situada económicamente. Pensó más que escribió, pero fue un maestro respetado por sus iguales, como Erasmo de Róterdam, y admirado por sus fieles discípulos: el más cercano, Domingo de Soto; el más orgulloso, Melchor Cano. Entre los autores posteriores, el norteamericano James Brown Scott le califica de fundador del derecho

internacional por delante de Hugo Grocio, y el gran Jürgen Habermas le presta especial atención.

La orden de Predicadores de la que era miembro el maestro salmanticense cuenta con una larga trayectoria de defensa de los derechos del pueblo, como refleja el caso de las Comunidades de Castilla. Distingue una y otra vez el poder jurídico, sujeto a la ley, y el poder arbitrario, que rechaza con gesto severo. Súbdito fiel de Carlos V, se mueve en un difícil equilibrio, puesto que guarda las distancias con la pretensión de un imperio planetario. Su fama universal deriva del debate sobre los indios americanos: muchas cosas (buenas y malas) habían sucedido en aquellas tierras lejanas entre la llegada de Colón en 1492 y las lecturas vitorianas de 1539. Sabe que muchos frailes dignos de su ministerio predican allí la doctrina cristiana y aportan valiosos estudios sobre lenguas locales, flora y fauna, geografía y antropología. Critica con energía algunos abusos intolerables en forma de «**matanzas**» **y** «**despojos**». Elogia, en cambio, las leyes de Indias o la fundación de Universidades pioneras, en Lima o en México.

En los debates de Valladolid de 1546, con Las Casas y Sepúlveda como protagonistas, se citó con frecuencia a Vitoria, ya fallecido para entonces. La Monarquía española se preocupó de buscar una justificación a la conquista. ¿Cabe imaginar algo similar, por ejemplo, en Inglaterra? En términos retóricos: no existe una controversia de Bristol o de Southampton y nadie consultó a los doctores de Oxford o Cambridge. La buena conciencia de los puritanos 'lato sensu' no necesitaba argumentos para justificar la superioridad «natural» de los europeos sobre los indígenas. Los teólogos y juristas españoles se lo plantearon a conciencia, y ello les honra. No admiten dogmas preestablecidos: **ni el Papa ni el emperador** son «señores del orbe». Vitoria discute minuciosamente siete títulos justos o idóneos y ocho injustos. De ningún modo acepta que los indios sean seres irracionales o sujetos a servidumbre obligada: cuentan –a su manera– con un orden social que incluye formas de gobierno, familia y religión. Nunca es lícito matar a un inocente. Habrá que examinar, pues, otros títulos jurídicos.

Frente a la famosa doctrina de Hobbes, proclama Vitoria que el hombre para el hombre no es un lobo, sino un hombre

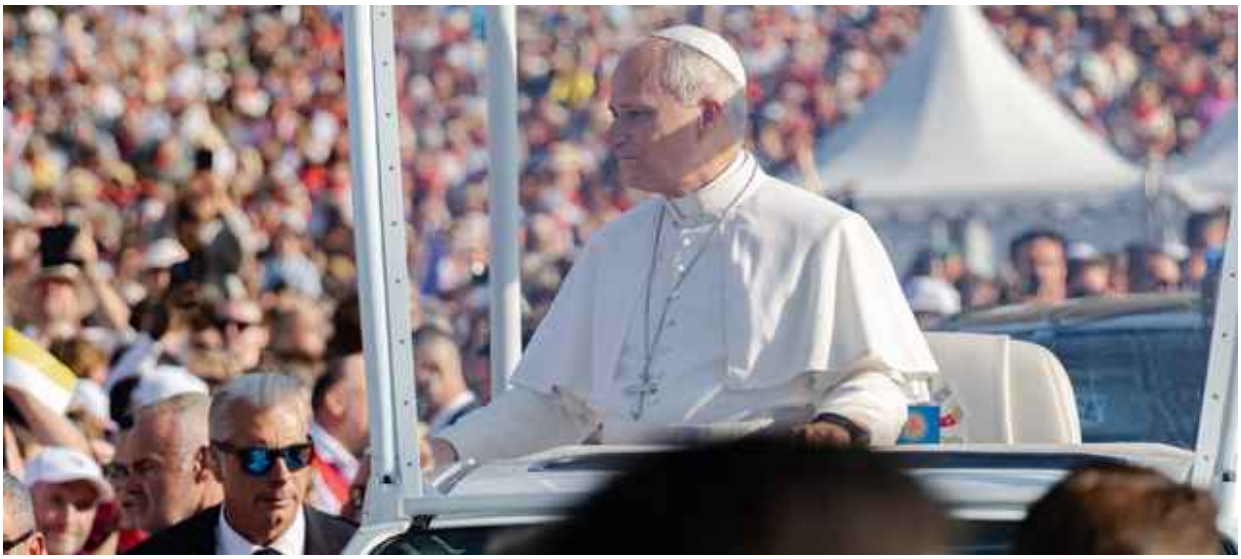
El principal es el 'ius communicationis', la gran aportación doctrinal de nuestro autor. El derecho de comunicación supone la expresión positiva de una regla universal que exige amistad y hospitalidad; es decir, buen trato a los extranjeros y visitantes. En suma, la facultad de recorrer otros países; de ejercer el comercio; de **predicar con la palabra**. Estamos ante la misma norma por la cual los españoles no pueden impedir a los franceses (y viceversa) viajar o establecerse en su territorio. Así pues, habrá que tratar a los «bárbaros» igual que a los cristianos: ni mejor ni peor. Frente a la famosa doctrina de Hobbes, proclama Vitoria que el hombre para el hombre no es un lobo, sino un hombre. Brillante conjunción de ética y derecho que tanto se echará de menos en el futuro.

En fin, concluye el catedrático de Prima, el orbe es una «comunidad de pueblos»; incluso una «familia». Un 'totus orbis', regido por el derecho, antecedente, sin duda, de la llamada «globalización». Un mural de Josep Maria Sert le recuerda en la vieja sede ginebrina de la Sociedad de Naciones. Hay también un busto suyo en Naciones Unidas, obra del escultor mexicano Francisco Toledo. Una sociedad sanamente constituida debe entrar en plena y pacífica posesión de su historia: Vitoria fue titular durante veinte años de la cátedra principal de la asignatura de referencia en la Universidad más prestigiosa de la potencia hegemónica de su época. Hay muchos motivos para sentirnos orgullosos. Ojalá nos sirva como lección y como relección.

Benigno Pendás es presidente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas

Este artículo se publicó en ABC. Puede leer aquí el original.

Volver al índice



La serenidad de Roberto, la fortaleza de león

Armando Jesús Lovera Vásquez

ABC

El domingo 11 de octubre, al terminar el ángelus, el Papa León XIV comunicó una noticia inesperada: «Durante una revisión, los médicos me han detectado un nódulo localizado en el pulmón. Se ha detectado todavía en una fase muy temprana y está bien localizado. Los médicos consideran oportuno intervenir. Por eso, siguiendo sus consejos, he decidido operarme para removerlo». En aquel hombre reconocí al Roberto que conocí en el Perú. Nunca fue amigo de exagerar los problemas, aunque tampoco de esquivarlos. Escuchaba con atención, preguntaba lo necesario y procuraba decidir sin precipitarse. Una vez tomada una decisión, sabía mantenerla. Había decidido ponerse en manos de los médicos. Y, al mismo tiempo, pedía a la Iglesia que rezara por él. Suelo leer los 'Hechos de los Apóstoles', la vida de las primeras

comunidades cristianas. No fue una comunidad sin dificultades. Hubo desacuerdos, persecuciones, personas que abandonaron el camino y otras que asumieron responsabilidades extraordinarias. Sin embargo, en medio de tantos acontecimientos, sus miembros aprendieron a reconocerse hermanos. Quizá esta lectura me resulta tan cercana porque tuve la fortuna de participar en los comienzos de otra experiencia comunitaria, mucho más pequeña, pero decisiva en mi vida: el proyecto de formación agustina en Trujillo, que reunió a jóvenes procedentes de distintos lugares del Perú.

Robert Francis Prevost fue uno de sus primeros formadores. Entre 1992 y 1998 era mi director de formación. Con el paso de los años, aquella relación fue dando lugar a una amistad que continúa hasta hoy. No siempre resultaba sencillo convivir. Procedíamos de regiones muy distintas, con costumbres, experiencias y maneras de pensar que no siempre coincidían. Había que aprender a escucharse, distribuir responsabilidades, resolver desacuerdos y aceptar que la vida comunitaria exigía renunciar, de vez en cuando, a las propias preferencias.

Roberto tenía paciencia para todo aquello. Lo recuerdo escuchando opiniones que a veces se contradecían y procurando que todos pudieran expresarse. También sabía cerrar una discusión cuando consideraba que había suficientes elementos para decidir. Su manera de ejercer la autoridad no dependía del tono de voz. Podía corregir con claridad sin avergonzar a nadie. Al escuchar su anuncio sobre la intervención quirúrgica, reconocí esa manera suya de afrontar las dificultades. Me resultaba familiar la serenidad con la que exponía lo que estaba ocurriendo y la determinación con la que había seguido el consejo médico.

Desde el domingo hay un pasaje de los 'Hechos de los Apóstoles' que vuelve continuamente a mi memoria. Es el capítulo que narra el encarcelamiento de Pedro por orden de Herodes. La situación es grave. Santiago, acaba de ser ejecutado, y Pedro permanece vigilado por soldados mientras espera su destino. Los cristianos de Jerusalén conocen lo que está ocurriendo, pero carecen de medios para enfrentarse al poder de Herodes. Lucas resume su respuesta en una

frase: «Mientras Pedro estaba en la cárcel, la Iglesia oraba insistentemente a Dios por él».

Estos días he vuelto a leerlo con otros ojos. Desde que León XIV anunció su operación, he recibido innumerables mensajes de amigos, conocidos y personas con las que apenas había tenido contacto. Algunos preguntaban por su salud. Otros querían saber cómo avanzaba su recuperación. Muchos se limitaban a decirme: «Estamos rezando por él». Pensaba en Jerusalén, en aquella comunidad reunida mientras Pedro estaba en prisión. Las circunstancias no podían ser más diferentes, pero hay un sentimiento compartido. La Iglesia sigue rezando por Pedro.

Del anuncio de León XIV me impresionó también que fuera él mismo quien comunicara la noticia. Me pareció un gesto de confianza hacia la Iglesia. No sé si Roberto sintió miedo cuando los médicos le comunicaron el diagnóstico, ni qué preocupaciones habrá tenido durante los días previos a la operación. Sería presuntuoso hablar de lo que pasaba por su interior. Sí puedo hablar de lo que he conocido de él durante nuestra amistad y de lo que todos pudimos observar aquel domingo: no eludió la noticia, no buscó palabras extraordinarias y tampoco dejó abierta una decisión que ya había tomado. Un hombre de fe, al frente de la Iglesia, hablara con tanta naturalidad de su confianza en quienes iban a operarlo. Su decisión expresa también una forma de humildad: reconocer que otros poseen los conocimientos necesarios y dejarse cuidar por ellos.

Durante su vida religiosa, Roberto ha tenido que orientar a muchas personas y asumir responsabilidades importantes. Ahora le correspondía escuchar las indicaciones de quienes estaban a cargo de su salud. Esa disposición a confiar en los demás no resulta ajena a la vida cristiana que siempre ha procurado vivir. Recuerdo que, durante nuestros años de formación, insistía en la responsabilidad personal. Rezar era fundamental, pero la oración no nos dispensaba de estudiar, trabajar, cuidar la comunidad o cumplir nuestras obligaciones. Por eso me pareció tan natural que, ante la enfermedad, confiara

en Dios y siguiera las recomendaciones médicas. No hay contradicción entre ambas actitudes.

El 27 de septiembre, apenas dos semanas antes del anuncio de su operación, León XIV se había encontrado en Lourdes con enfermos y les dijo unas palabras que ahora cobran un significado especialmente cercano. En su discurso les recordó que quienes padecen una enfermedad no pierden su dignidad ni dejan de ocupar un lugar fundamental en la comunidad: «Ustedes no son un peso, son el corazón palpitante de nuestra humanidad y un tesoro precioso para la Iglesia». Ahora era él quien debía pasar por el hospital, afrontar una operación y confiar su recuperación al cuidado de otras personas. En Trujillo aprendimos algo de esto. Éramos jóvenes y posiblemente pensábamos más en lo que podríamos hacer por los demás que en nuestras propias limitaciones. La convivencia nos fue enseñando que ninguno podía salir adelante solo. Había días buenos y otros en los que alguno necesitaba mayor comprensión, ayuda o paciencia.

Roberto participaba de aquella vida cotidiana. Lo recuerdo trabajando con nosotros, acompañando nuestras dificultades y recordándonos que la comunidad se construía con la contribución de cada uno. Han pasado más de treinta años y aquel formador de Trujillo es hoy el obispo de Roma. No sabemos lo que cada persona experimenta en momentos semejantes. Cada enfermedad tiene su historia, sus incertidumbres y sus temores. Por eso prefiero no convertir la experiencia de Roberto en una lección sobre cómo deben reaccionar los demás ante el sufrimiento. Me quedo con lo que he visto y con lo que conozco de él: la serenidad con que afronta las situaciones difíciles, la atención que presta al consejo de otras personas y la firmeza que suele mostrar cuando ha llegado a una decisión. Y me quedo, sobre todo, con los mensajes recibidos durante estos días. Como en el capítulo de los 'Hechos de los Apóstoles', también hoy, mientras el sucesor de Pedro atraviesa la enfermedad, la Iglesia reza por él.

Armando Jesús Lovera Vásquez es biógrafo y amigo del Papa León XIV

Este artículo se publicó en ABC. Puede leer aquí el original.

Volver al índice



«Tengan valor: yo he vencido al mundo» (*Jn* 16,33)

Mensaje del Santo Padre León XIV para la XLI Jornada Mundial de la juventud
[22 de noviembre de 2026 – 3-8 de agosto de 2027]

Vatican.va

Queridos jóvenes:

Con este mensaje quisiera acercarme a todos ustedes, y deseo ante todo dar gracias a Dios por el don que son ustedes para la Iglesia y para la sociedad. Él los conoce, los ama y los acompaña en el camino de la vida. Su Espíritu suscita en todos ustedes, aun siendo tan diferentes y estando dispersos por el mundo, la misma aspiración a cosas grandes y duraderas, los impulsa a la búsqueda de la libertad y de la verdad. Su deseo de amar y ser amados proviene de Dios, así como la esperanza que el Espíritu Santo suscita en sus corazones: una esperanza

que también puede convertirse en luz para los demás. Por todo esto doy gracias al Señor.

Nos preparamos para celebrar en las Iglesias locales la XLI Jornada Mundial de la Juventud, el próximo 22 de noviembre, solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo; y ya estamos enfocados en nuestro encuentro internacional en Seúl, en agosto de 2027. En preparación a estos acontecimientos deseo confiarles las palabras de Jesús: «Tengan valor: yo he vencido al mundo» (*Jn* 16,33). Sobre estas palabras, que constituyen el tema que nos guiará durante los próximos meses, comenzamos ahora a meditar juntos.

¿De dónde nace el valor?

Las palabras de Cristo comienzan con una invitación al valor. Sé bien que a veces, en nosotros como en los primeros discípulos, en lugar del valor pueden predominar la incertidumbre o el miedo. Muchos de ustedes tienen preguntas y preocupaciones que oprimen el corazón. Quizá experimenten temores por el futuro, sientan la presión por tener éxito y parecer perfectos, y estén expuestos al estrés de una continua comparación con los demás o con modelos inalcanzables y artificiales. Posiblemente encuentren difícil reconocer y aceptar su identidad bajo la influencia de imágenes construidas por las redes sociales; perciben la necesidad de afecto sincero, porque la tecnología puede imitar la empatía, pero no sustituye la auténtica cercanía humana. Algunos de ustedes conocen la soledad, la desilusión o el temor de no estar a la altura.

Por estos motivos, quizá también ustedes se han sentido como los discípulos de Jesús, en una pequeña barca que atraviesa el lago en la noche. El viento se hace más fuerte, las olas se levantan y la costa desaparece en la oscuridad. En circunstancias similares, resuena en el Evangelio una invitación al valor. Jesús sale al encuentro de sus discípulos y les dice: «Soy yo, no teman» (cf. *Jn* 6,20). Esta es la certeza que deseo confiar a sus corazones: antes de que ustedes comiencen a buscar a Cristo, Él está ya cerca de ustedes, caminando sobre las

aguas agitadas de la vida. La valentía cristiana no nace de nuestra fuerza, nace de su presencia.

Ciertamente, Cristo no tuvo una vida sin tormentas, ni tampoco nos la promete. Pero ninguna oscuridad ni sufrimiento es más fuerte que su amor. Él no los abandona nunca, los invita a la amistad con Él y a confiarle su camino y el de sus comunidades. Déjense por tanto encontrar por Jesucristo que los está buscando y encomiéndenle su camino personal y comunitario. Sentirán crecer en el corazón un valor nuevo, que no desaparece.

La victoria sobre el mundo

El Señor Jesús, que salió al encuentro de sus discípulos caminando sobre las aguas, nos dice ahora a nosotros: «Tengan valor: yo he vencido al mundo» (Jn 16,33). Acojan estas palabras como una promesa dirigida personalmente a cada uno de ustedes y a los hermanos y hermanas con quienes están en camino. Dichas palabras, antes aún de ser una exhortación, son un don. Cristo no dice: «Vencerán al mundo», dice: «Yo he vencido al mundo». Sabemos que por "mundo", en este pasaje evangélico, se entiende no el universo creado y amado por Dios y destinado a la salvación, sino el "mundo de tinieblas" (cf. *Ef* 6,12), es decir, esa realidad misteriosa, presente también en el corazón de todo hombre, que se resiste a Dios y se le opone. Jesús, y sólo Él, con su muerte y resurrección, ha vencido esta realidad oscura y ha abierto a la humanidad el camino hacia Dios, la felicidad, la justicia y la paz.

Comprendemos así otros aspectos del valor al que Jesús nos invita. Este no nace de sus propios propósitos o de la fortaleza de su carácter. Nace de la confianza en Aquel que los precede, nace de la fe en Jesucristo. Si pensamos que Cristo ha vencido al mundo amándolo, comprendemos que la valentía cristiana no es una valentía "contra" algo o alguien, sino una valentía "por": por la vida, por la verdad, por la libertad y por la justicia.

Con el valor que Cristo nos da podemos dirigirnos con ojos nuevos al mundo que Dios tanto amó (cf. Jn 3,16). También a nosotros se nos confía nuestra parte, aunque sea pequeña, para que se pase de un "mundo de tinieblas" a un "mundo salvado". Cristo no los llama a huir de este mundo sino a verlo con su mirada y a tocarlo con su amor que todo sana. ¡Déjense alcanzar y conmover por esta realidad! Jesús no amó al mundo desde lejos. Ha entrado plenamente en nuestra realidad, humillándose hasta la cruz (cf. *Flp* 2,7-8). Ha conocido la alegría y la amistad, pero también la fatiga, el rechazo, la soledad y el sufrimiento, sin dejar que su corazón se cierre.

También ustedes viven en un mundo creado que es bueno, pero que está herido; lleno de posibilidades, pero marcado por injusticias, tensiones y miedos. Muchos desean la paz, pero encuentran la violencia; muchos anhelan la comunión, pero experimentan la soledad. En medio de estas contradicciones, los cristianos están llamados a seguir a Cristo en su valentía humilde: la valentía de ser amables cuando la dureza parece más fácil y resolutiva, la valentía de buscar la paz cuando el enfrentamiento parece más ventajoso, la valentía de custodiar la esperanza cuando el cinismo parece más convincente.

La victoria del amor que se entrega

Escuchando hablar de "victoria", algunos podrían pensar que se trata de ser más fuertes que los demás, de imponerse o de demostrar continuamente el propio valor. Pero estas son las victorias que la mentalidad corriente propone, las victorias del mundo sin Dios. Si miramos a Jesús, encontramos otro tipo de victoria. San Pablo dice que Cristo, que era de condición divina, se anonadó a sí mismo, tomando la condición de esclavo (cf. *Flp* 2,6-7). El Hijo de Dios se abaja porque su amor es libre, no tiene nada que demostrar ni que asegurar para sí; abajándose no pierde su dignidad, sino que revela la altura y la profundidad de su corazón divino, capaz de dar vida a quien estaba muerto. Su victoria es la victoria del amor que se da sin reservas.

Queridos jóvenes: la verdadera victoria no es imponerse, sino entregarse. Siguiendo el camino abierto por Jesucristo, tampoco ustedes necesitan imponerse, ni demostrar continuamente lo que valen, ni parecer perfectos o esconder sus fragilidades, sus dudas o sus límites. Tengan el valor de ser auténticos ante Dios y ante los demás. Su dignidad no nace de la imagen que logran construir de ustedes mismos. Son preciosos porque son creados a imagen de Dios, conocidos por Él y amados por Él. Descubrimos quiénes somos realmente cuando nos damos cuenta de que nuestro corazón ha sido creado por Dios, para amarlo y, en Él, amar a los hermanos y hermanas. En efecto, existe en nosotros el deseo de entregarnos, de desgastarnos por la felicidad y el bien de los demás. Esta es la libertad que Cristo les ofrece: ir más allá de la preocupación exclusiva por ustedes mismos y abrirse a la creatividad generosa del amor.

La valentía de la humildad

El anonadamiento de Cristo por amor a nosotros no termina en la cruz; el Padre resucita al Hijo y lo exalta sobre toda criatura (cf. *Flp* 2,9-11). Observemos que la resurrección no es un acto de autoexaltación, es un don del Padre y de su Espíritu Santo. Aquí descubrimos otro aspecto de la valentía: la valentía de recibir. Podemos llamarla la valentía de la humildad. Ser amigos de Jesús significa parecerse cada vez más a Él en esto.

Una cierta mentalidad nos dice que hagamos todo solos, que trabajemos en nosotros mismos para mejorar continuamente, para construir una personalidad y un carácter más fuertes, pero al final esto puede hacernos creer que somos nuestros propios salvadores. El Evangelio nos presenta otro camino de crecimiento: no nos salvamos solos, sino que nos dejamos salvar por Jesucristo. Se nos pide aquí la valentía de aceptar la ayuda de los demás, de reconocer los propios límites, de detenernos, de escuchar y de confiar la vida a Dios.

Queridos jóvenes: abriendo el corazón a Cristo no se perderán, por el contrario, descubrirán más profundamente quiénes son ante los ojos de Dios y

se conocerán con su mirada. Vuelvan, pues, a las profundidades de sus corazones: no se extraviarán, porque es allí donde Dios los espera. Déjense salvar por Él, dejen que su amor —el Espíritu Santo— modele sus vidas y que Jesús habite en ustedes, en sus decisiones. Cuando esto sucede, todo se renueva, aun en las situaciones cotidianas: en la fidelidad a los amigos, en el respeto del que piensa distinto de ustedes, en la atención al que está solo, en la cercanía a los más débiles y también en el modo en el que se comportan en el mundo digital. Todo es transformado por el amor. Para muchos el amor es una forma de debilidad; en cambio, Cristo nos muestra que es fuente de libertad y de fortaleza.

Cristo resucitado les sale al encuentro con su paz

La tarde de la resurrección, cuando la luz de la Pascua ya había entrado en el mundo, los discípulos estaban aún en el cenáculo con las puertas cerradas, llenos de miedo. La fe no hace desaparecer rápidamente las tinieblas, pero no nos deja solos en medio de ellas. Jesús, el Vencedor, no espera que los discípulos hayan vencido el miedo o que abran las puertas. Se pone en medio de ellos y sus primeras palabras son: «¡La paz esté con ustedes!» (*Jn* 20,19). Lo habían abandonado. Uno de ellos lo había traicionado, otro lo había renegado. Él les da su paz.

Quizá también en sus corazones y en las comunidades a las que pertenecen hay puertas que aún siguen cerradas a causa de desilusiones, heridas, resentimientos, sentimientos de culpa. Cristo viene a darles su paz y a reconciliarlos unos con otros. La valentía cristiana nace de la presencia del Señor resucitado, que perdona y envía. El don de su paz nos infunde un valor que el mundo no puede dar; un valor en el que, a pesar de las heridas, el miedo no tiene la última palabra.

Abran el corazón a Cristo

Cuando nos encontremos en Seúl, experimentarán de manera particular la belleza de la Iglesia universal y la acogida generosa de la Iglesia en Corea. Jóvenes provenientes de naciones, lenguas y culturas diferentes estarán unidos en Cristo. En la Eucaristía, en el vía crucis, en las catequesis, en las celebraciones y en los numerosos encuentros de esos días experimentarán nuevamente que el Evangelio supera todas las fronteras y habla a todos los pueblos. Dejen que esos días se conviertan en un verdadero encuentro con Jesucristo, un momento propicio para confiarle sus vidas. Para eso han nacido las Jornadas Mundiales de la Juventud. Nuestra peregrinación ya comenzó. No preparen sólo las cosas prácticas para el viaje a Seúl, ¡preparen sus corazones!

Lleven a Cristo sus preguntas, sus heridas, incluso las que desgarran a sus sociedades y enfrentan a sus países. Llévenle esta creación que gime y sufre, el grito de la tierra y de los pobres, que el Papa Francisco nos ha enseñado a escuchar. Compartan con Jesús sus alegrías y esperanzas. A la luz de todo esto, hago mías las palabras con las que san Juan Pablo II comenzó su pontificado: «¡No temáis! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo!». No esperen a ser perfectos para abrirse a Él. Él sale a su encuentro así, tal como son. Abran a Cristo sus vidas. Abran a Cristo sus comunidades. Abran las calles que los conducen al corazón de las personas con las que se encuentran. El Señor resucitado, que entró a través de las puertas cerradas, sigue viniendo hoy entre ustedes. Por eso, no se conformen con una vida más pequeña de aquella a la que Cristo los llama. Déjense unir y transformar por su amor.

Queridos jóvenes: deseo vivamente encontrarme con ustedes en Seúl. Pero recuerden: el Señor al que allí encontraremos ya ha salido a encontrarse con ustedes. Acojan su promesa: «*Tengan valor: yo he vencido al mundo*» (*Jn* 16,33) y dejen que los acompañe a lo largo de todo el camino.

Les encomiendo a cada uno de ustedes a la intercesión maternal de la Bienaventurada Virgen María, Madre de la Iglesia, para que les enseñe, como ella misma ha hecho, a abrir el corazón a Cristo, a confiar en su palabra y a acoger su paz con alegría, para compartirla con todos.

Vaticano, 22 de octubre de 2026, Memoria de san Juan Pablo II.

LEÓN PP. XIV

Este artículo se publicó en Vatican.va. Puede leer aquí el original.

Volver al índice



Viaje apostólico de Su Santidad León XIV a Uruguay, Argentina y Perú

6-17 de noviembre de 2026

Índice

1. Celebraciones de las vísperas con los obispos, los sacerdotes, los diáconos, los religiosos, las religiosas y los seminaristas. Catedral Metropolitana de la Inmaculada Concepción y de los Santos Felipe y Santiago (Montevideo). Viernes, 6 de noviembre de 2026
2. Homilía de la Santa Misa en el Parque París Londres (Paysandú). Sábado, 7 de noviembre de 2026
3. Vigilia de Oración. Estadio Centenario (Montevideo). Sábado, 7 de noviembre de 2026
4. Homilía en la Santa Misa en la Catedral Basílica de Florida, Santuario Nacional de la Virgen de los Treinta y Tres (Florida) - Domingo, 8 de noviembre de 2026

5. Homilía de la Santa Misa ante el “Monumento de los Españoles” (Buenos Aires) - Lunes, 9 de noviembre de 2026
6. Homilía de la Santa Misa en la Explanada de la Escuela de Aviación Militar (Córdoba) - Martes, 10 de noviembre de 2026
7. Encuentro con los obispos, los sacerdotes, los diáconos, los religiosos y las religiosas, los seminaristas y los agentes pastorales. Catedral de Nuestra Señora de la Asunción (Córdoba) - Martes, 10 de noviembre de 2026
8. Vigilia con los Jóvenes. “Monumento de los Españoles” (Buenos Aires) - Martes, 10 de noviembre de 2026
9. Homilía de la Santa Misa en la Plaza frente a la Basílica de Nuestra Señora de Luján (Luján) - Miércoles, 11 de noviembre de 2026
10. Encuentro con los Obispos de Perú. Capilla del Palacio Arzobispal (Lima) - Jueves, 12 de noviembre de 2026
11. Encuentro sobre los desafíos y las esperanzas para el futuro del pueblo peruano. Plaza frente a la Catedral (Lima) - Jueves, 12 de noviembre de 2026
12. Vigilia de oración con los jóvenes y los universitarios. Estadio Nacional del Perú (Lima) - Jueves, 12 de noviembre de 2026
13. Homilía de la Santa Misa en la Explanada ante las “Pampas de Pimentel” (Chiclayo) - Viernes, 13 de noviembre de 2026
14. Encuentro con los obispos, los sacerdotes, los religiosos, las religiosas, los seminaristas, los equipos sinodales y los consejos pastorales. Santuario de Nuestra Señora de la Paz (Chiclayo) - Viernes, 13 de noviembre de 2026
15. Homilía de la Santa Misa en la explanada de Santa Cruz de Succhabamba (Santa Cruz de Succhabamba) - Sábado, 14 de noviembre de 2026
16. Encuentro de oración con la comunidad católica con motivo de la Clausura del Año Jubilar de Santo Toribio de Mogrovejo. Santuario de Santo Toribio de Mogrovejo (Zaña) - Sábado, 14 de noviembre de 2026
17. Encuentro con los fieles y representantes de la piedad popular.Parque Arqueológico Nacional de Saqsaywaman - Domingo, 15 de noviembre de 2026
18. Encuentro con los misioneros, las misioneras y los representantes de los pueblos amazónicos. En el “Malecón Puerto Callao” (Pucallpa) - Domingo, 15 de noviembre de 2026
19. Homilía de la Santa Misa en la “Villa Deportiva Regional Ucayali” (Pucallpa) - Domingo, 15 de noviembre de 2026

20. Homilía de la Santa Misa en la “Base Aérea Las Palmas” (Lima) - Lunes, 16 de noviembre de 2026

Viaje apostólico a Uruguay

Homilía del Santo Padre León XIV

Celebraciones de las vísperas con los obispos, los sacerdotes, los diáconos, los religiosos, las religiosas y los seminaristas

Catedral Metropolitana de la Inmaculada Concepción y de los Santos Felipe y Santiago (Montevideo). Viernes, 6 de noviembre de 2026

Vatican.va

Queridos hermanos y hermanas en Cristo Jesús:

Es una alegría celebrar con ustedes la oración vespertina en esta Catedral, que conserva tantos recuerdos de la vida de su pueblo. Entre ellos, la pila donde recibió el Bautismo José Gervasio Artigas, signo de la fecunda contribución de la Iglesia al bien del país. Allí comenzó para él una vida nueva como hijo de Dios. Esa misma gracia está en el origen de nuestra propia historia. Por el Bautismo, Cristo nos ha hecho partícipes de su vida y nos invita a crecer en su semejanza, hasta que aprendamos a mirar, a escuchar y a amar como Él.

El salmo que acabamos de entonar contiene una advertencia sorprendente. Después de describir los ídolos de oro y plata, obras de manos humanas, dice: «Sean lo mismo los que los hacen, cuantos confían en ellos» (134,18). Los hombres construían aquellas imágenes y terminaban pareciéndose a ellas. Así

es el corazón humano: poco a poco va tomando la forma de aquello que ama y en lo que deposita su confianza. Por eso Jesús nos dice: «Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón» (*Mt* 6,21).

También nosotros, que hemos entregado la vida al Señor, necesitamos preguntarnos dónde está nuestro corazón. A veces puede quedar enganchado a una obra que consideramos nuestra, al reconocimiento que recibimos o a la tranquilidad de tenerlo todo bajo control. Y, sin darnos cuenta, comenzamos a mirar a los demás desde una perspectiva fundada en esas preocupaciones. La fidelidad a nuestra vocación pide volver una y otra vez a Jesucristo; dejar que sea Él nuestro tesoro, aquel a quien queremos parecernos.

Los ídolos, continúa el salmo, «tienen boca y no hablan, tienen ojos y no ven, tienen orejas y no oyen» (134,16-17). Son de oro y plata, pero carecen de vida. ¡Qué distinto es el Dios en quien hemos puesto nuestra confianza! Él ve el sufrimiento de su pueblo y escucha su clamor. Así se lo reveló a Moisés junto a la zarza ardiente: «He visto la opresión de mi pueblo [...] y he oído sus gritos de dolor» (*Ex* 3,7).

Y cuando el Hijo de Dios se hizo hombre, aquella compasión divina se manifestó en un rostro humano, en unos ojos, unos oídos y unas manos como los nuestros. Jesús levantó la mirada hacia Zaqueo, escondido entre las ramas de un árbol (cf. Lc 19,5). Escuchó a Bartimeo, cuando muchos querían hacerlo callar (cf. Mc 10,48-49). Extendió la mano para tocar a un leproso (cf. Mc 1,41) y bendijo a los niños que se le acercaban (cf. Mc 10,16). De su boca salió la palabra que expulsaba a los demonios (cf. Mc 1,25-26) y, desde la cruz, la súplica de perdón por sus verdugos (cf. Lc 23,34). Así es nuestro Dios. En Jesús hemos conocido cómo nos mira y cuánto nos ama (cf. Jn 14,9).

Queridos hermanos, ese amor de Cristo ha querido llegar a tantas personas también por medio de ustedes. Sus ojos han visto crecer a generaciones enteras y han descubierto lágrimas que pasaban inadvertidas. Sus oídos han acogido confidencias difíciles de pronunciar. ¡Cuántas personas han llegado al confesionario con temor y han salido gozosas por el perdón recibido! Lo

mismo sucede con sus manos: que han elevado tantas veces el Cuerpo de Cristo, que han auxiliado a los enfermos, que han preparado un plato de comida o sostenido a quien ya no podía caminar. Esas manos que han hecho llegar a tantas personas, a través del carisma de sus congregaciones, la ternura de Dios. Algunas llevan las marcas de la edad y del trabajo. ¡Qué hermosas son las manos que han envejecido haciendo el bien!

Hay una transformación que el Señor realiza en quien permanece cerca de Él. La lectura breve nos ha recordado que la prueba de nuestra fe produce constancia (cf. *St* 1,3). La semejanza con Cristo madura también en las dificultades: cuando el trabajo parece estéril, cuando las fuerzas disminuyen, cuando es preciso comenzar de nuevo. La constancia va dejando una huella. Con los años, una mirada puede volverse más misericordiosa, unas manos, más dispuestas a servir y una palabra, más capaz de consolar. ¡Ojalá las pruebas nos encuentren siempre unidos a Jesús, para que nos hagan crecer en su amor!

Bajo las bóvedas de esta Catedral descansa el cuerpo del beato Jacinto Vera. En ese sepulcro esperan la resurrección aquellos pies que recorrieron los caminos del Uruguay para llevar el Evangelio a su pueblo; las manos que bendijeron, socorrieron a los pobres y administraron los sacramentos; los oídos que acogieron incontables confidencias y los ojos que se detuvieron en quienes necesitaban ayuda. Así lo expresó una religiosa que lo trató durante años y que, evocando su sencillez al hablar y hasta su manera de caminar, dejó este testimonio: «De verlo nada más parecía que estaba siempre en oración» (*Positio*, I,154). El trato con Dios había modelado su rostro, sus gestos, su manera de estar entre los demás. Quienes se acercaban a él encontraban algo de la bondad de Cristo, incluso antes de escuchar una palabra de su predicación.

Queridos hermanos y hermanas, he aquí uno de los secretos de la evangelización: parecernos a Aquel a quien anunciamos. En esta tierra, donde muchos de nuestros contemporáneos apenas conocen a Jesucristo y tantos jóvenes han crecido lejos de la vida de la Iglesia, ese testimonio tiene una fuerza particular. Que al ver cómo miramos a los demás, cómo escuchamos o cómo nos acercamos a quien sufre, pueda provocar en ellos la pregunta, de dónde

nace ese amor. Y que, cuando les hablemos de Jesús, descubran al mismo Señor cuya bondad, a pesar de nuestra pobreza, han comenzado a experimentar a través de nosotros.

Ese deseo de que otros conozcan y sigan a Jesús se ha expresado también en la oración por las vocaciones. Cuando, en 2024, el seminario interdiocesano no recibió nuevos candidatos, muchos fieles comenzaron a unirse en jornadas de oración y ayuno para pedir al Dueño que envíe trabajadores a su mies (cf. *Mt* 9,38). Desde entonces, han perseverado en la súplica para que otros escuchen su llamado. Y hoy damos gracias porque varios jóvenes han comenzado su camino en el seminario y en la vida consagrada y están sentados en medio de nosotros. ¡Qué alegría saber que siguen naciendo respuestas generosas al amor de Cristo! Agradezco de corazón a quienes han sostenido esta súplica y los animo a perseverar. Vean en estos frutos la prueba de que nuestro Dios escucha la oración de su pueblo.

Quisiera que esta experiencia del Uruguay encontrara eco en toda la Iglesia. Desde esta Catedral de Montevideo, invito a mis hermanos obispos de todo el mundo a promover en sus diócesis jornadas de oración y ayuno por el aumento de vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. Que las parroquias, las familias y las comunidades religiosas se unan en esta súplica. ¡Que el ejemplo de esta tierra anime a muchos otros a pedir con la misma confianza!

Queridos seminaristas, novicios y novicias, contemplen a quienes han recorrido antes que ustedes el camino de la entrega: sus manos gastadas, su amor perseverante, su manera de tratar con Jesús. Aprendan de ellos esa familiaridad con el Señor. Y a quienes llevan muchos años en el ministerio o en la vida consagrada, les pido que vuelvan siempre a lo esencial. Custodien el silencio de la oración, la escucha de la Palabra, el encuentro con Cristo en la Eucaristía. En esa intimidad se renueva el amor que los llevó a entregarle su vida, y nuestro corazón va adquiriendo los rasgos del suyo.

Hay todavía una imagen del salmo que quisiera recordar. De aquellos ídolos se dice que «no tienen aliento en sus bocas» (134,17). El Señor resucitado, en

cambio, sopló sobre sus discípulos y les dijo: «Reciban el Espíritu Santo» (*Jn* 20,22). Ese mismo Espíritu da vida a este barro que somos (cf. *Gn* 2,7) y nos reúne en un solo cuerpo. Déjense conducir por Él y hagan todo unidos en el vínculo del amor, sobre todo cuando se vean rodeados de toda clase de pruebas (cf. *St* 1,2). Aunque a veces los separen muchos kilómetros, sosténganse unos a otros y permanezcan siempre en comunión con el Sucesor de Pedro, que también necesita el apoyo de sus oraciones.

Dentro de unos instantes cantaremos el Magníficat. En el seno de María Santísima se formaron aquellos ojos que mirarían con misericordia, los oídos que escucharían nuestras súplicas y las manos que se extenderían para salvar. Que Nuestra Señora de los Treinta y Tres nos ayude a mantener el corazón junto a su Hijo, para que, cuando llegue la hora de cerrar nuestros ojos, podamos escuchar la voz del Señor llamándonos por nuestro nombre y abandonarnos confiados en sus manos. Amén.

Palabras improvisadas a los jóvenes reunidos frente a la Nunciatura apostólica (Montevideo)

¿Dónde están los jóvenes? ¿Dónde está la juventud del Papa? ¡Más fuerte!

¡Buenas noches a todos! ¡Muchas gracias!

Muchas gracias por la acogida. Veo que Uruguay es un país de jóvenes que tienen fe.

Muy bien, es un gusto saludarles, espero verles de nuevo en estos días.

El Nuncio dice que quiere dormir, ¡pero canten hasta la hora que quieran! Bueno, quizás no tanto, porque los vecinos también van a querer dormir. Pero

muchas gracias. Gracias por su entusiasmo, gracias por estar aquí.

¡Dios les bendiga a todos! Y la bendición de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes siempre.

¡Buenas noches!

Este artículo se publicó en Vatican.va. Puede leer aquí el original.

Índice - Volver al índice general

Viaje apostólico a Uruguay

Homilía del Santo Padre León XIV

Parque París Londres (Paysandú). Sábado, 7 de noviembre de 2026

Vatican.va

Queridos hermanos y hermanas:

Esta es la primera Misa de mi visita que celebro en tierra uruguaya, gracias por estar aquí. Las lecturas que hemos escuchado nos describen la figura de un hombre justo, a quien el Señor ayuda y fortalece para que lleve adelante la misión que le ha sido encomendada. San Pablo, en la Carta que dirige a los filipenses, agradece el apoyo de la comunidad en su tarea misionera, consciente de que, en su pobreza, Dios es toda su riqueza, y su Divina Providencia se manifiesta a través de los hermanos a los que ha sido enviado.

El Salmo, por su parte, llama bienaventurado a quien ama la ley del Señor y cuyas obras son coherentes con su fe. Asimismo, Jesús en el Evangelio destaca al hombre honrado, que sirve a Dios y lo pone en el centro de su vida, y que es fiel en todo lo que se le confía, ya se trate de un asunto grande o pequeño.

Hoy, reunidos aquí en Paysandú para celebrar la Eucaristía, con la alegría de congregar en torno a una misma mesa a tantos fieles de la Iglesia uruguaya, así como a peregrinos venidos de países hermanos, la liturgia de la Palabra nos lleva a evocar la presencia en estas tierras rioplatenses de tantas personas de fe que, desde los inicios de la evangelización del continente, llegaron en nombre del Señor para anunciar la gran alegría que ellos mismos habían experimentado al encontrarse con Cristo. Como los ángeles a los pastores (cf. *Lc* 2,10), ellos transmitieron con gozo la buena noticia del Evangelio, expresando su fe a través de obras de caridad y misericordia.

En esta celebración también queremos recordar y dar gracias a Dios por la vida y el ministerio de un hijo de estas tierras, el beato Jacinto Vera, obispo de Montevideo, que fue un testigo coherente de la fe que anunciaba, generoso en la caridad y entregado totalmente a la misión apostólica. Desplegó su celo pastoral en todas direcciones y sin medir los sacrificios. Por ejemplo, acudía a atender a los enfermos a caballo, a pesar de las grandes distancias, de los peligros del camino y de las inclemencias del clima. El "obispo gaucho" recorrió tres veces el territorio uruguayo, llevando fe y esperanza a sus habitantes. Durante la histórica Defensa de Paysandú, en 1864, Mons. Vera se instaló en la Isla de la Caridad, frente a la ciudad sitiada, para atender a refugiados y heridos de ambos bandos. Allí se quedó hasta la caída del sitio para acompañar a su gente, suplicando en nombre de Dios que los ejércitos de hermanos se dieran el abrazo fraternal.

Queridos hermanos y hermanas: hoy nos corresponde a nosotros continuar el legado que estos sembradores del Evangelio nos han dejado, y debemos hacerlo teniendo en cuenta lo que nos dice la Palabra de Dios: con justicia, honestidad y fidelidad, conscientes de que el mensaje que anunciamos no nos pertenece. Es

un tesoro que hemos recibido del Señor, y lo llevamos en vasijas de barro (cf. 2 *Co* 4,7).

Hay tres símbolos que caracterizan a esta región y que pueden ayudarnos a reflexionar sobre el tesoro de la fe que nos ha sido dado y la misión que hoy se nos confía. El primero es el *puente*, el segundo los *palmares* y el tercero el *mate*.

En esta ciudad de Paysandú se encuentra el Puente internacional General Artigas, que atraviesa el río Uruguay, uniendo dos países limítrofes. No es difícil imaginar los beneficios que genera un puente: apertura, comunicación, intercambio. Por eso, ¡qué importante es ser constructor de puentes! Esa es la vocación a la que todos estamos llamados: construir puentes, estrechar lazos, unir, comunicar, transmitir la alegría de la fe, como lo hizo el beato Jacinto «a tiempo y a destiempo» (2 *Tm* 4,2).

Además, es necesario que el puente tenga buenos cimientos, para que no sucumba a las corrientes más enfurecidas. Ciertamente, así como la casa edificada sobre roca permanece firme en medio de la tormenta y la casa construida sobre arena corre el peligro de derrumbarse (cf. *Mt* 7,24-27), también un puente necesita los soportes adecuados para no desplomarse con la fuerza del viento y de las aguas. Cada vez que vayan a la costa y divisen el puente, recuerden que este símbolo nos representa y nos indica la importancia de una sólida formación cristiana. Necesitamos estar bien preparados para dar razones de nuestra fe a todo el que nos lo pida (cf. 1 *P* 3,15) y no dejarnos arrastrar «por cualquier clase de doctrinas extrañas» (*Hb* 13,9). Sólo así seremos instrumentos de unidad y vínculos de caridad.

Otro símbolo que caracteriza y embellece esta tierra son los *palmares*. Nos dice el libro de los Salmos que «el justo florecerá como una palmera» (*Sal* 92,13). Este árbol es resistente a la fuerza de los vientos, posee raíces profundas, se eleva rectamente hacia el cielo en busca de luz y produce el dulce fruto del yatay. Esta es una hermosa imagen del origen y el destino al que estamos

llamados: arraigarnos en Cristo, Alfa y Omega, Principio y Fin de nuestra vida, para que, permaneciendo unidos a Él, demos buenos frutos (cf. *Jn* 15,5).

Al mismo tiempo, vemos que en esta región las palmeras no crecen aisladas, sino que forman palmares, es decir, son muchas, no están solas ni distanciadas. Así también la Iglesia es una comunidad de hermanos que hunde sus raíces y bebe de un manantial común: la Palabra de Dios, los Sacramentos, la oración y la acción caritativa, y sus fieles elevan su mirada para alabar juntos a Cristo, sol que nace de lo alto, cuya luz guía los pasos de la humanidad por el camino de la paz (cf. *Lc* 1,78-79).

Finalmente, pensemos en un símbolo que está presente en cada hogar de este país, en cada lugar de estudio y de trabajo, en cada reunión de amigos. Me refiero al mate, esa bebida tan típica de Sudamérica, cuyo significado profundo ustedes pueden explicar mejor que yo. Seguramente el mate los ha acompañado también hoy, en el viaje de camino a esta celebración, y los acompañará al regresar. ¡También hasta Roma ha llegado el mate!

El mate es signo de familiaridad, de amistad y de encuentro. Nos enseña a compartir y a estar juntos, a estrechar los lazos que nos unen y hermanan. Es signo de acogida, de integración y de valores comunes. "Tomar mate" es un ritual lleno de simbolismos, donde se dialoga sin palabras y cada detalle posee un significado propio. Pienso también en los mates que uno toma cuando está solo y que acompañan un momento de silencio y oración. En esos espacios de soledad, cuántas veces tantos de ustedes le habrán confiado a Dios sus preocupaciones y necesidades, sus deseos y anhelos más profundos.

Queridos hermanos y hermanas: necesitamos reflexionar sobre estos símbolos que nos son comunes, que nos dan identidad y sentido de pertenencia, que nos hablan de nuestros orígenes y nos proyectan hacia el futuro. También la fe forma parte del pueblo uruguayo desde sus orígenes, y es necesario transmitirla a las futuras generaciones con valentía creativa.

Jesús, en el Evangelio de hoy, nos recuerda la importancia de la fidelidad a los dones recibidos: «El que es fiel en lo poco, también es fiel en lo mucho» (*Lc* 16,10). Estas palabras las hicieron vida muchos hombres y mujeres, como el obispo Jacinto Vera, que fueron fieles a la vocación recibida y esparcieron las semillas del Evangelio en el alma del pueblo uruguayo. Esas semillas continúan vivas en la comunidad, pero es necesario seguir aportando las condiciones necesarias para que puedan crecer y expresar todo su potencial. Es necesario seguir formando en la fe a los niños y jóvenes, acompañando a las familias, sosteniendo a los ancianos y practicando las obras de caridad.

Queridos hermanos y hermanas: los animo a continuar la misión evangelizadora con entusiasmo. Sean puentes, para que muchos se encuentren con Jesús. Sean comunidad fraterna, que se reúne y comparte la vida y los proyectos, los sueños y las esperanzas, especialmente con los más necesitados. Sean comunidad orante, que mantiene el diálogo con el Señor "como un amigo habla con otro amigo" (cf. *Jn* 15,15). ¡Cristo cuenta con ustedes! ¡Cristo cuenta contigo!

Que nuestra Madre celestial, la Virgen de los Treinta y Tres, los proteja en el camino de la vida y los guíe siempre al encuentro con su Hijo Jesús.

Saludo improvisado del Santo Padre en la plaza situada frente a la Basílica de Nuestra Señora del Rosario, en Paysandú

¡Buenos días!

Muchas gracias por la acogida y por estar aquí.

Como quizás habrán escuchado en la homilía de la Santa Misa, he hablado de tres símbolos, tres expresiones que reflejan muy bien parte de la vida, parte de

nuestra vida cristiana: ser constructores de puentes, como aquí tienen ustedes este puente que une países, tenemos que construir puentes que unen a todos los pueblos. Los unen en la fe, los unen porque creemos en un solo Dios y creemos que la paz es posible y queremos construir la paz.

Los palmares representan que queremos estar reunidos todos, queremos construir comunidades de fe.

Y el mate, esta expresión tan importante en su cultura, donde dos amigos, dos familiares están unidos para compartir muchas veces dialogando sin palabras, pero están unidos para compartir la vida, las dificultades como también las alegrías. Que estos símbolos nos ayuden también a seguir viviendo nuestra vida a pesar del dolor, de las dificultades, de los desafíos, buscando la presencia de Dios entre nosotros y recibiendo del Señor la fuerza y la valentía de vivir nuestra fe, de proclamar nuestra fe en Jesucristo que nos ha dado la vida. Y les ofrezco la bendición como pequeño gesto de mi deseo de estar siempre cerca de ustedes.

El Señor esté con ustedes.

La bendición de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo descienda sobre ustedes y les acompañe siempre. Amén.

¡Que Dios les bendiga! ¡Felicidades!

Este artículo se publicó en Vatican.va. Puede leer aquí el original.

Índice - Volver al índice general

Viaje apostólico a Uruguay

Discurso del Santo Padre León XIV

Vigilia de Oración

Estadio Centenario (Montevideo). Sábado, 7 de noviembre de 2026

Vatican.va

Queridos hermanos y hermanas, querido Uruguay: ¡buenas noches!

Doy gracias a Dios por la oportunidad que me da de encontrarme aquí con ustedes. Agradezco también al cardenal Sturla, arzobispo de Montevideo, las palabras de bienvenida que me ha dirigido, así como a Federica, Giovanni y la familia Gutiérrez Hernández la sinceridad con la que han compartido sus testimonios. Sé que, detrás de lo que puede verse en una visita breve, hay años enteros de fidelidad. Pienso en las familias que han transmitido la fe, en los sacerdotes y consagrados que han entregado su vida, en los laicos —muchos de ellos jóvenes— que sostienen sus comunidades y en tantas personas que se ponen al servicio de los demás por amor a Dios. Gracias por haber hecho presente a Jesucristo en tantas vidas. Él nos eligió para que vayamos y demos fruto (cf. *Jn* 15,16), y quizá mucho de ese fruto permanece allí donde nosotros mismos ni siquiera alcanzamos a verlo. La Iglesia les está profundamente agradecida.

Estar con ustedes esta noche me permite compartir una reflexión sobre algo que hoy experimentan muchas comunidades cristianas: el avance de la secularización y de una indiferencia religiosa cada vez más extendida. En muchos lugares, la fe ha dejado de transmitirse con la naturalidad de generaciones anteriores y crece el número de quienes atraviesan buena parte de su vida sin una relación habitual con la Iglesia ni con la práctica religiosa. Los creyentes que peregrinan en Uruguay han tenido que aprender a vivir y anunciar su fe en ese escenario, como hemos podido escuchar esta noche. Por eso, su experiencia puede ayudar a hermanos y hermanas en otras partes del

mundo que comienzan a descubrir, de distintas maneras, qué significa ser una minoría. Pero, aun en estas circunstancias, hay quienes perseveran: padres que rezan con sus hijos, profesores que procuran vivir y testimoniar la fe, jóvenes que han descubierto a Cristo y desean seguirlo incluso cuando se sienten solos, hay comunidades que continúan reuniéndose y sacerdotes que recorren grandes distancias para llevar los Sacramentos a los fieles. Al pensar en todo esto, me venía una y otra vez a la memoria una pequeña ciudad bíblica: Belén.

El profeta Miqueas la había llamado «pequeña entre los clanes de Judá» (5,2); san Mateo, en cambio, dirá: «De ningún modo eres la menor» (2,6). Belén seguía siendo pequeña. Nada había cambiado en su tamaño ni en su importancia política. Quizá Belén pueda enseñarnos algo sobre esta realidad: cuando somos pocos, cuando disminuyen las fuerzas o cuando comprobamos que nuestra presencia social ya no es la misma, existe el riesgo de empezar a juzgar nuestra situación con criterios muy humanos. El Evangelio nos invita a mirar de otro modo. Dios escogió Belén, y esa elección basta para que no identifiquemos pequeñez con insignificancia.

Basta pensar en la Eucaristía: ¡el Señor del universo presente bajo las humildes apariencias del pan y del vino! Esa misma lógica divina se manifiesta ya en su nacimiento. San Lucas nos cuenta que, llegado el momento del parto, «no había lugar para ellos» (2,7). Todo estaba ocupado. Quizá podemos ver en esta frase una imagen de la indiferencia actual. La vida se llena de ocupaciones, afectos, proyectos y distracciones, hasta que la ausencia de Dios deja de sentirse como ausencia. Se puede llegar a vivir sin buscarlo y, más aún, sin advertir cuánto lo necesitamos.

Sin embargo, Cristo viene, pero la casa está llena. No hay lugar dentro y termina recostado en un pesebre; poco después, Herodes intentará acabar con Él, incapaz de soportar un reinado que no controla. Hay algo de Belén que sigue repitiéndose: Dios puede ser considerado innecesario y la fe confinada al ámbito privado, como si nada tuviera que aportar a la vida en común. Cuando se pretende construir un mundo sin Dios, se corre el riesgo de dejar también al hombre sin lugar. Pero nada de eso cambia la realidad: aquel Niño es Dios y

viene a salvar-nos. Y en este "nos" estamos todos, porque la indiferencia puede entrar también, poco a poco, en la vida de quienes creemos.

Belén nos hace una pregunta muy sencilla: ¿hay lugar para Él? Lugar en nuestro tiempo, en nuestra lógica, en nuestros hogares; lugar para escucharlo, para recibir su perdón, para dejarnos corregir por su Palabra. Necesitamos custodiar a Cristo en el centro de nuestra vida mediante la oración, la Misa, la Confesión y la lectura meditada del Evangelio. Todos hemos de volver una y otra vez a ser discípulos. Si queremos que otros encuentren a Cristo, necesitamos conocer personalmente el camino hacia Belén.

A Belén fueron también unos Magos que habían visto un astro desde lejos. No eran expertos en las Escrituras, no sabían dónde terminaría su viaje y ni siquiera podían explicar aquello que buscaban. Pero aquella luz despertó en ellos una inquietud que los puso en camino. Queridos amigos: ustedes, con humildad y sencillez, pueden reflejar la luz de Cristo en su vida. Tal vez haya personas que nunca abran una Biblia por iniciativa propia, que lleven años sin pisar una iglesia o que ni siquiera sepan decir si creen en Dios. Pero, viéndolos a ustedes, puede despertarse en ellos el deseo y la búsqueda de Dios, pueden descubrir que vale la pena jugarse la vida.

Amigos jóvenes, ustedes mismos atrévanse a dar el paso casándose y formando una familia. ¡No le teman al "para siempre"! Matrimonios, abran su casa a la vida, incluso cuando el mundo les diga que un hijo es una carga. Si alguno siente que Cristo lo llama a dejarlo todo para seguirlo en el sacerdocio o en la vida consagrada, no ignore esa voz por miedo a perder otras posibilidades. Cuando ser justo y honrado tenga un precio, páguenlo. Cuando perdonar parezca una derrota, perdonen. Cuando todos les digan que piensen primero en ustedes mismos, no tengan miedo de hacerse los últimos; sean capaces de entregar tiempo, dinero, comodidad y proyectos para servir a los demás. Que quien los mire pueda preguntarse: "¿Por qué vive así? ¿De dónde saca esta libertad? ¿Por qué se aman tanto?".

La estrella que vieron los Magos no era la meta. Su misión era conducir a Belén, donde está Cristo. Si nuestra vida despierta una pregunta, habrá dado fruto cuando esa pregunta guíe a alguien hasta Jesús. Para iluminar mucho no hace falta ser muchos, sino reflejar la luz del Señor.

San Lucas nos lleva ahora a otra escena: unos pastores que pasan la noche cuidando de sus rebaños. No han seguido a la estrella, no han emprendido ningún viaje ni parecen estar buscando nada. Están sencillamente en medio de su vida, haciendo lo que hacen cada noche. Y es precisamente allí donde Dios sale a su encuentro: «No teman, porque les anuncio una gran alegría, que será para todo el pueblo» (2,10). En este anuncio se inspira el lema de mi visita entre ustedes.¡Les anuncio una gran alegría!

Dichas palabras deberían ocupar siempre un lugar central en la vida de la Iglesia. Las buenas noticias necesitan testigos. Y nosotros hemos recibido una que merece ser gritada al mundo: ¡Jesucristo! ¡El Hijo de Dios se ha hecho hombre! ¡Es Dios con nosotros!

Por Él sabemos que el pecado puede ser perdonado. Podemos acompañar a quien está muriendo y decirle que su vida no terminará en la nada. Podemos llevar pan y vino al altar y recibir su Cuerpo y Sangre. Podemos decirle a quien ha caído: "levántate, todavía puedes comenzar de nuevo". ¡Miren lo que se nos ha confiado! ¡Jesucristo es nuestra esperanza! La sociedad puede encontrar en otras instituciones muchas cosas muy valiosas, pero ninguna puede sustituir el anuncio de que el amor de Dios es más fuerte que la muerte, el odio, la violencia, la guerra y el pecado. Esa es la alegría que llevamos, esa es la alegría que el Papa viene a recordarles.

Notemos que el ángel añade que dicha alegría está destinada a «todo el pueblo». No dice "para quienes estaban esperándolo", ni "para los que sean perfectos". Algunas personas, como los Magos, ya están buscando y debemos acompañarlas en su camino. Otras, en cambio, como los pastores de Belén, no están buscando nada. A ellas, esa alegría tiene que ir a encontrarlas en medio de su noche.

Los pastores, después de escuchar el anuncio, se dijeron: «Vayamos a Belén» (*Lc* 2,15). Allí encontraron a María, a José y al Niño. El evangelista añade que volvieron a sus campos «glorificando y alabando a Dios» (Lc 2,20). Volvieron al mismo trabajo, a los mismos caminos, probablemente a los mismos problemas. Pero ellos ya no eran los mismos. Habían encontrado a Cristo.

Queridos amigos: ¡que este encuentro sea como Belén para que ustedes vuelvan a su vida de otra manera! Que Cristo entre de verdad en lo que hacen, en lo que aman, en lo que eligen, también en aquello que nadie ve. ¡Sean santos! No se conformen con una vida simplemente correcta ni con una fe de costumbre que se contente con lo indispensable. No le den a Dios solamente una parte de ustedes, ¡dense por completo! Santos significa hombres y mujeres que rebosan de la abundancia de vida en Cristo, libres y auténticos, personas cuya vida hace antojable un sí rotundo al amor, a la verdad, a la felicidad. No tengan miedo de aspirar a eso. Cristo no nos llamó a la mediocridad, nos llamó a una vida nueva y plena como la suya.

Queridos hermanos y hermanas, querido Uruguay: ¡que se note que hemos estado en Belén! Que se note que Cristo vive y que encontrarse con Él hace la diferencia. Aquel mismo Jesús que nació en Belén, que murió y resucitó, vive para siempre y permanece con nosotros. Cristo nos espera realmente presente en la Eucaristía. ¡Qué hermoso que Belén signifique precisamente "casa del pan"! Allí nació quien se nos daría como Pan de Vida. Y hoy podemos seguir encontrándonos con Él, tan cercano y tan humilde, en cada sagrario. Búsquenlo allí, en la adoración eucarística. Hablen con Él como con un amigo y déjense mirar por Él.

Pongamos también nuestra vida bajo la mirada de Nuestra Señora de los Treinta y Tres. Que Ella, Estrella de la mañana, que nos conduce hacia su Hijo, nos enseñe a reconocerlo y a seguirlo. Pidamos al Señor la gracia de responder siempre, como Ella, a su llamada: Heme aquí Señor, he aquí tu siervo, tu sierva, ¡hágase en mí lo que Tú quieras!

Muchas gracias.

Este artículo se publicó en Vatican.va. Puede leer aquí el original.

Índice - Volver al índice general

Viaje apostólico a Uruguay

Homilía del Santo Padre León XIV

Santa Misa

Catedral Basílica de Florida, Santuario Nacional de la Virgen de los Treinta y Tres (Florida) - Domingo, 8 de noviembre de 2026

Vatican.va

Palabras improvisadas del Santo Padre frente a la Parroquia de Santa Teresita en Juanicó

¡Buenos días y feliz domingo! Ustedes no lo saben, pero estoy de verdad muy contento por este breve momento en la parroquia de santa Teresita. La primera parroquia en Uruguay dedicada [a ella], después de su canonización. Mi familia, especialmente mi papá, teníamos una gran devoción a santa Teresita. Y entonces, poder pasar por aquí en este día de fiesta —ustedes saben que estamos en camino a Florida para celebrar la fiesta de Nuestra Señora de los Treinta y Tres— es un momento de devoción, un momento de agradecimiento, un momento para reconocer que la gracia de Dios, el amor de Dios, está siempre con nosotros; y que Dios nos acompaña en todo momento, ya sea en los momentos felices como también cuando sufrimos, quizás por enfermedad, dolor y tantas dificultades.

Vamos a pedir la bendición del Señor sobre cada uno de ustedes y sus familias, que han traído rosarios, objetos de devoción, también los bendecimos en este momento. Y vamos a pedir al Señor que nos ayude a todos a crecer en la fe, a vivir nuestra fe con valentía, a no tener miedo de decir: "Yo soy cristiano, yo soy católico, yo creo en Jesucristo". Jesús nos ha dado una vida que nos enseña a vivir a nosotros también, sirviendo a los demás, caminando unidos y buscando la presencia de Dios y compartiendo la alegría de ser cristianos con todos.

El Señor esté con ustedes…

Bendito sea el nombre del Señor…

Nuestro auxilio está en el nombre del Señor…

La bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo descienda sobre ustedes. ¡Felicidades, feliz día y feliz domingo!

———————————————

Homilía del Santo Padre

Queridos hijos e hijas de esta tierra uruguaya:

Con gran entusiasmo, junto a Nuestra Señora de los Treinta y Tres, me encuentro hoy aquí con ustedes. Vengo como peregrino para compartir la fe y el cariño con que este pueblo ha mirado durante generaciones a la Madre de Dios. A quienes han venido desde distintos lugares, a quienes peregrinan hasta aquí desde hace años y a quienes hoy se acercan por primera vez, los abrazo con afecto y los encomiendo a la protección de María.

La Palabra de Dios pone hoy ante nosotros a dos mujeres que vivieron en tiempos muy distintos y sobre las que resuena casi la misma bendición. A Judit, después de la liberación de su pueblo, le dicen: «Bendita seas, hija, ante el Dios Altísimo, más que todas las mujeres de la tierra» (*Jdt* 13,18). Muchos siglos después, Isabel recibe a María en su casa y exclama: «Bendita tú entre las mujeres» (*Lc* 1,42).

La tradición cristiana reconoció muy pronto esta relación. En Judit contempló a una mujer que, en un momento difícil para su gente, no se dejó dominar por el miedo. Rezando y ayunando, tomó una decisión que la llevó a arriesgar su propia vida (cf. *Jdt* 8-10). Cuando llegó la victoria, Judit no se la atribuyó. Sabía bien quién había salvado a Israel y decía: «Canten a mi Dios con tamboriles, entonen al Señor himnos con címbalos» (*Jdt* 16,1). Por eso son tan grandes las palabras con que su pueblo la recibe: «Tú eres la gloria de Jerusalén, tú el orgullo de Israel, tú el insigne honor de nuestra raza» (*Jdt* 15,9). En Judit, el pueblo celebraba lo que Dios había hecho en su favor.

Escuchar hoy estas palabras ante la Patrona de este país tiene una resonancia particular. Esta pequeña imagen está vinculada a una hora decisiva de la historia del Uruguay. En 1825, quienes luchaban por la libertad de esta tierra acudieron también a María, para poner aquel comienzo bajo su protección. Aquel gesto nos recuerda que tampoco la historia de los pueblos se comprende del todo cuando se prescinde de Dios. Así, desde una de las horas fundacionales de la patria, Uruguay quedó íntimamente ligado a una Madre. Desde entonces han pasado distintas generaciones, han cambiado las circunstancias e incluso la relación de muchos uruguayos con la fe. Ella ha permanecido aquí. Mientras María acompañaba la historia de este pueblo, en tantos hogares fueron otras mujeres las que conservaron la fe y la entregaron a sus hijos.

Pienso en las madres que pusieron en los labios de sus hijos las primeras palabras de oración, que los llevaron a bautizar, los prepararon para recibir los sacramentos y les enseñaron a vivir la caridad cristiana. Pienso en las abuelas que conservaron un altar en casa, que rezaron por los vivos y por los difuntos, que hicieron presente a Dios en las cosas ordinarias de la vida. Ya en los

primeros tiempos de la Iglesia encontramos algo semejante: la fe de Timoteo tenía detrás dos nombres de mujer. El Apóstol recuerda con afecto a su abuela Loida y a su madre Eunice, en quienes había habitado primero aquella «fe sincera» que Pablo reconocía también en él (cf. 2 *Tm* 1,5). La Escritura nos dice poco de aquellas dos mujeres. Sabemos, sin embargo, que de aquella fe aprendida en casa se nutrió quien llegaría a ser un estrecho colaborador de san Pablo (cf. *Hch* 16,1-3).

Esta tierra tiene también nombres de mujer inscritos en su historia de fe. Entre ellos está santa María Francisca Rubatto, que quiso quedarse entre ustedes y servir aquí a los más necesitados. Están también las beatas mártires Dolores y Consuelo Aguiar-Mella, dos hermanas nacidas en Montevideo. Son vidas muy distintas, pero en las tres encontramos una fidelidad llevada hasta el extremo.

Pero la mayor parte de esta historia no quedó escrita en los libros. Se fue transmitiendo silenciosamente de generación en generación, dentro de las familias. Cuando uno se pregunta de dónde vino la fe que lleva dentro, muchas veces aparece el nombre de una mujer concreta: una madre, una abuela, una madrina, una religiosa, una catequista. Tal vez no recordamos todas las palabras que nos dijeron, pero sí cómo rezaban, cómo hablaban del Señor y con qué convicción vivían lo que nos enseñaban.

A todas esas mujeres quisiera hoy darles las gracias. Gracias por haber creído y por haber mantenido abierto en tantas familias un camino hacia Dios. Algunas pudieron hacerlo apoyadas en una tradición familiar que venía de lejos; otras tuvieron que sostener esa fe con mayor esfuerzo, quizá sin encontrar siempre comprensión o apoyo dentro de su propia casa. Sé que muchas cargan una pena muy concreta. Enseñaron a rezar a sus hijos y hoy esos hijos ya no rezan. Iban juntos a Misa y hace años que no entran en una iglesia. Hablaron a sus nietos de Dios y ahora no saben si aquellas palabras dejaron alguna huella. A veces se preguntan si hicieron algo mal o si todo aquello terminó perdiéndose. Permítanme recordar aquí a santa Mónica. Ella conoció bien ese dolor. Rezó durante años por un hijo que parecía cada vez más lejos de Dios, y no dejó de confiar en la gracia. Por eso, no den por perdido aquello que sembraron. El

Señor mismo nos enseñó que la semilla puede crecer sin que el sembrador sepa cómo (cf. *Mc* 4,27).

Madres y abuelas: ¡no se cansen de transmitir la fe! Prediquen con su vida y también con su palabra. Insistan en la oración, en el amor y en la esperanza: insistan a tiempo y a destiempo (cf. 2 *Tm* 4,2). Háganlo con paciencia, sin dureza y sin desaliento. Aunque sus seres queridos parezcan lejos de Dios, sigan poniéndolos ante Él. No dejen de bendecir, de acompañar, de recordarles con sencillez aquello que un día recibieron. Hay puertas que ustedes no pueden abrir, pero Dios sí.

Quisiera dirigirme también a los varones, a los padres y a los abuelos. Sus hijos y nietos necesitan ver que la fe ocupa un lugar verdadero en la vida de los hombres de su familia. Imiten a san José, quien asumió la tarea de formar a Jesús, llevándolo al templo, enseñándole a trabajar de manera honesta y mostrándole que Dios debe ocupar el primer lugar en la vida de la persona.

Queridos padres y abuelos, los jóvenes necesitan verlos rezar, acercarse a los sacramentos, tratar con respeto a sus esposas, pedir perdón y vivir con honradez también cuando hacerlo exige sacrificios. Un hijo aprende mucho al ver que su padre puede arrodillarse delante de Dios sin sentirse menos hombre por ello.

La Escritura pide al pueblo que las palabras recibidas de Dios permanezcan en el corazón y que las enseñe a sus hijos, hablando de ellas «estando en casa y yendo de camino, al acostarte y al levantarte» (Dt 6,6-7). Dios tenía un lugar en la conversación, en las decisiones y en la vida diaria de la casa. Así aprendían los hijos que la fe recibida de sus padres era también aquello por lo que sus padres vivían. También los obispos, los sacerdotes y las personas consagradas están llamados a sostener a las familias en esta tarea, ejerciendo con generosidad su paternidad y maternidad espiritual, acompañando a quienes vacilan y ayudando a muchos a reencontrar el camino de Dios.

Transmitir la fe significa llevar a otros a Cristo, a quien nosotros mismos hemos recibido. María nos muestra precisamente cómo hacerlo. En el Evangelio, Isabel la recibe exclamando: «Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre» (Lc 1,42). María no retiene aquella alabanza. Isabel la proclama bendita y ella responde cantando las grandezas del Señor (cf. *Lc* 1,46-55). En Caná, cuando recurren a ella, los remite a su Hijo: «Hagan lo que Él les diga» (*Jn* 2,5).

San Pablo, en la segunda lectura, formula explícitamente una verdad que toda la vida de María proclama: «Hay un solo Dios y también un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús» (1 *Tm* 2,5). Toda la grandeza de María nace de su relación con Cristo: lo acoge, vive de Él y conduce a otros hacia Él. Ese encuentro con el Maestro es la meta de toda evangelización y de toda auténtica devoción mariana. El Hijo de Dios se ha entregado por todos; nadie puede quedar fuera de la oración de la Iglesia. Por eso san Pablo nos pide que recemos «por los reyes y por todos los constituidos en autoridad» (1 Tm 2,2), y por todos los hombres, porque Dios «quiere que todos se salven» (1 *Tm* 2,4).

En esta fiesta de la Patrona del Uruguay, llevemos ante el Señor a todo este pueblo. Recemos por quienes tienen la responsabilidad de gobernarlo, para que busquen con rectitud el bien de todos; por las familias, por los jóvenes, por quienes sufren, por quienes se sienten lejos de Dios y por quienes necesitan volver a Él y cambiar de vida.

San Lucas nos muestra cómo comienza esa misión. Después de concebir al Hijo de Dios, María «se levantó y se puso en camino de prisa» (1,39). No espera a que Isabel venga a buscarla: sale a su encuentro y entra en su casa llevando consigo al Señor. Allí, el niño salta de alegría e Isabel queda llena del Espíritu Santo (cf. *Lc* 1,41-44). Ese movimiento de María señala también nuestro camino. No podemos esperar siempre a que quienes se han alejado regresen por sí solos.

Uruguay: ¡hay que ponerse en camino! ¡Hay que entrar de nuevo en las casas, acercarse a las personas, escuchar sus preguntas y llevarles a Cristo! Cada uno

sabe hacia quién debe dar ese paso: quizá un hijo, un amigo, un vecino, alguien que dejó de creer hace mucho tiempo o que nunca ha tenido cerca a una persona que le hablara de Dios.

Que la Reina del Cielo sostenga a quienes continúan sembrando la fe y nos enseñe a reconocer a Cristo en el pobre, en el enfermo y en quien está solo, y a llevarlo allí donde todavía no es conocido.

Dentro de poco depositaré la Rosa de Oro ante esta imagen. Con este gesto deseo honrar a quien es verdaderamente «el orgullo de nuestra raza» (Jdt 15,9) y hacer visible el cumplimiento de aquellas palabras que ella misma pronunció: «me felicitarán todas las generaciones» (*Lc* 1,48).

A María, Capitana y Guía de este pueblo, quiero consagrar de nuevo esta nación, confiar a su amparo esta tierra y a cuantos viven en ella, y suplicar a Dios que, por su poderosa intercesión, quebrante las obras del demonio y preserve al amado Uruguay de cuanto quiera apartarlo de Cristo. Que esta Rosa de Oro, ofrecida como signo de veneración y de amor filial, recuerde también a sus hijos que están llamados a imitarla: a amar a Cristo como Ella lo amó, a llevarlo a los demás como Ella lo llevó. Así sea.

———————————

Agradecimiento al final de la Santa Misa

Al finalizar la Celebración eucarística, y antes de despedirme de este querido país, deseo agradecer a todas las personas que hicieron posible mi visita: a las Autoridades civiles y religiosas, a los equipos que organizaron cada evento y a los voluntarios, a las familias y comunidades que se movilizaron y colaboraron para que podamos vivir juntos estos días, así como a las personas que nos han acompañado a través de los medios de comunicación. Me habían dicho que, aunque Uruguay es un país relativamente pequeño, su pueblo tiene un corazón

generoso y es capaz de cosas muy grandes. Eso quedó de manifiesto durante estos días. Han preparado todo muy bien. ¡Gracias de corazón!

Hemos compartido jubilosos la alegría de la fe en Cristo, y somos testigos de que ese gozo ha ido aumentando en cada jornada. Lo que vivimos en Montevideo, en Paysandú y aquí, en Florida, se irradia al resto del país y del mundo. Así son las matemáticas de la fe: lo que hemos recibido y ofrecemos gratuitamente, con la gracia de Dios, se multiplica, abre horizontes y enriquece nuestras vidas, dándoles un sentido nuevo. Queridos hermanos y hermanas de Uruguay: sigan multiplicando la fe, la esperanza y la caridad, continúen viviendo y anunciando la alegría que brota del encuentro con nuestro Señor Jesucristo, y encontrarán como resultado una vida plena y fecunda.

Por intercesión de la Virgen de los Treinta y Tres, le pido a Dios que bendiga al pueblo uruguayo y lo guíe por sendas de unidad y de paz. Los llevo en mi corazón y les pido que me sigan acompañando con sus oraciones. ¡Muchas gracias Uruguay!

Este artículo se publicó en Vatican.va. Puede leer aquí el original.

Índice - Volver al índice general

Viaje apostólico a Argentina

Homilía del Santo Padre León XIV

Santa Misa

Ante el "Monumento de los Españoles" (Buenos Aires) - Lunes, 9 de noviembre de 2026

Vatican.va

Queridos hermanos y hermanas:

Con el corazón lleno de alegría celebro con ustedes esta Santa Eucaristía. «Vengan a contemplar las obras del Señor» (Sal 46,9), nos invita hoy el salmista. Mi visita hoy a esta tierra argentina me permite ver en sus rostros el entusiasmo de la fe, que es el gran don del Espíritu en nosotros. La obra más hermosa que nos encomendó el Señor es su Iglesia, visible cada vez que el pueblo de Dios se reúne alrededor de la misma mesa para darle gracias.

La fiesta de la dedicación de la Basílica Lateranense que hoy celebramos nos conduce al corazón de nuestro ser Iglesia. La Basílica de San Juan de Letrán es la sede del Obispo de Roma, el Papa, y en cuanto tal es signo de unidad y de comunión para todas las Iglesias del mundo. Precisamente por este motivo es llamada "Madre de todas las Iglesias".

La maternidad de la Iglesia de Roma se expresa en el servicio de comunión, para que todos los bautizados se reconozcan hermanos y hermanas en la única casa. En la Iglesia todos somos recibidos como «miembros de la familia de Dios […] edificados sobre los apóstoles y los profetas, que son los cimientos, mientras que la piedra angular es el mismo Jesucristo. En él, todo el edificio, bien trabado, va creciendo para constituir un templo santo en el Señor» (*Ef* 2,19-21).
Precisamente la imagen del templo vincula entre ellas las lecturas que hemos escuchado.

Al respecto, el Evangelio nos describe un gesto fuerte del Señor: con un látigo de cuerdas, Jesús echa a los vendedores fuera del templo (cf. *Jn* 2,15). Él quiere así devolver su verdad a la casa del Padre. Desde siempre, la humanidad es tentada de negociar con Dios. Es la lógica pagana del "dar para tener", la ilusión de poder obtener el favor de Dios ofreciéndole a cambio algo nuestro. Cristo erradica esta mentalidad: Dios es el Padre siempre dispuesto a darnos todo

bien. El templo, que es morada de su presencia, vuelve de ese modo a ser casa de oración para todos sus hijos.

De esta casa, según la visión del profeta Ezequiel, sale un río por debajo del umbral hacia el oriente (cf. *Ez* 47,1). Es una imagen densa de significado: sus aguas sanean todo lo que encuentran, dan vida a la creación y hacen madurar toda especie de árboles, cuyos frutos no se agotan. Las aguas fluyen hacia la región de Arabá. Con este detalle, el texto bíblico indica ese territorio desértico que desciende hacia la gran depresión del Mar Muerto, donde no crece nada, como el mismo nombre lo sugiere. Sin embargo, sus aguas son saneadas: los peces son muy numerosos y todo ser vivo renace. Donde había muerte, ahora hay vida; donde había enfermedad, ahora hay salud; donde había aridez, ahora hay fecundidad.

El Salmo nos habla de una tierra que tiembla y de montes que vacilan en el fondo del mar. Estas imágenes reflejan la situación de fragilidad y de caos que con frecuencia encontramos en la experiencia humana. También nuestras familias viven a menudo situaciones complejas: la falta de estabilidad, las dificultades sociales, el trabajo precario, la violencia doméstica, las separaciones dolorosas, las adicciones que destruyen el futuro de los jóvenes y deterioran las relaciones familiares. En medio de todos estos sufrimientos y crisis, la Palabra de Dios brilla para nosotros de esperanza: Dios está en medio nuestro, no podemos temer. «El Señor es nuestro refugio y fortaleza, una ayuda siempre pronta en los peligros» (Sal 46,2). Sobre la roca, que es Cristo, nuestras familias y toda la sociedad encuentran el fundamento que sostiene la casa, protegiéndola de las tormentas que se abaten contra ella (cf. *Mt* 7,24-27).

Al celebrar hoy la dedicación de la Basílica Lateranense, rememoramos el signo de la presencia salvífica de Dios Padre en su Iglesia. Templo del Espíritu y cuerpo místico de Cristo, la Iglesia ofrece el agua viva, Jesús, que sanea y cura nuestras heridas (cf. *Jn* 4,14). En torno al Señor, en su casa, también nuestras familias encuentran vigor y salud, y no cesan de dar fruto.

Queridos hermanos, Cristo, con su resurrección, ya nos ha hecho espacio en su corazón: ¡reciban esta gracia en sus familias! Con Él y en Él cada familia puede convertirse en semilla de auténtica renovación para este país. La historia, la cultura y la sociedad de Argentina han encontrado en la familia la fuente de la cual tomar los valores fundamentales del pueblo. En su tierra, lugar de encuentro de culturas y de etnias diferentes, la familia ha sido la realidad donde transmitir la fe, las virtudes humanas, la cultura del trabajo, el respeto a los mayores, la defensa de la vida y la fidelidad a la palabra dada. No se resignen a las voces que repiten que la familia cristiana está superada; por el contrario, hoy más que nunca representa un pilar entre las muchas precariedades de nuestra época.

Abran las puertas de sus casas a Cristo: hablen con naturalidad de Jesús a sus hijos, permanezcan unidos a Él. En la intimidad del hogar la fe se transmite junto con la vida por medio de los gestos más sencillos: la bendición antes de comer, una oración antes de ir a dormir, el perdón y la escucha mutua, los abuelos que enseñan a rezar, ir a Misa los domingos, prepararse para hacer un retiro o una peregrinación. La familia es, en efecto, el lugar privilegiado para conocer y encontrar a Cristo. Nuestro amado Papa Francisco, que fue obispo de esta ciudad, lo expresó con pasión: «La familia está llamada a compartir la oración cotidiana, la lectura de la Palabra de Dios y la comunión eucarística para hacer crecer el amor y convertirse cada vez más en templo donde habita el Espíritu» (Exhort. ap. postsin. *Amoris laetitia*, 29).

Queridas familias, ¡las exhorto a ser protagonistas en la evangelización! La Iglesia argentina las necesita. Sostengan en su misión a los obispos, a los párrocos, a los agentes pastorales, a los catequistas. La vitalidad de esta Iglesia recupera entusiasmo cuando las familias, animadas por la fe, rezan unidas y viven su ministerio de anuncio de la Buena Noticia. Sus familias experimentan así una renovada fecundidad, viviendo la propia misión educativa «como un verdadero ministerio, por medio del cual se transmite e irradia el Evangelio, hasta el punto de que la misma vida de familia se hace itinerario de fe y, en cierto modo, iniciación cristiana y escuela de los seguidores de Cristo» (S. Juan Pablo II, Exhort. ap. *Familiaris consortio*, 39).

A la Virgen María, Nuestra Señora de Luján, y a su esposo san José encomendamos todas nuestras familias. Precisamente en la Sagrada Familia de Nazaret el Hijo de Dios encontró una casa en el mundo; que Él nos bendiga, para que también nuestras casas sean templo de su presencia.

Este artículo se publicó en Vatican.va. Puede leer aquí el original.

Índice - Volver al índice general

Viaje apostólico a Argentina

Homilía del Santo Padre León XIV

Santa Misa

Explanada de la Escuela de Aviación Militar (Córdoba) - Martes, 10 de noviembre de 2026

Vatican.va

Queridos hermanos y hermanas:

La confesión de Pedro, que a lo largo de la historia resuena en sus sucesores, nos manifiesta el misterio de Dios revelado en Cristo para nuestra salvación. Un mensaje de salvación que sigue siendo actual y que se apoya en la intercesión de tantos hermanos nuestros en la fe, que ahora nos acompañan desde el cielo. No en vano, la tierra que ahora nos acoge ha sido rica en frutos de santidad; el ejemplo de quienes nos han precedido en este camino nos sigue interpelando a vivir como ellos vivieron y a entregar la vida, como Cristo ha hecho por nosotros y ellos supieron imitar con perfección.

La ciudad de Córdoba, heredera natural de la primera sede episcopal erigida en Argentina, ha sido tierra de santos. Por sus conventos e iglesias, por sus calles y hospitales transitaron hombres y mujeres que, enamorados de Jesús, dieron la vida por el Evangelio. En Argentina vivieron hombres y mujeres, como el Cura Brochero y Mama Antula —por poner solo dos ejemplos—, que fueron llamados por el Señor y enviados a la misión, sin que ellos mismos fueran siquiera conscientes de lo extraordinario que su labor evangelizadora llegaría a ser; porque todos los cristianos somos simples servidores, no hemos de hacer más que cumplir con nuestro deber (cf. *Lc* 17,10).

Gozoso deber, pues, el de cumplir con la misión que el Señor nos encomienda a cada uno de nosotros. Sí, queridos hermanos y hermanas. Estamos todos llamados a la santidad; en eso consiste nuestra labor en la tierra, en alcanzar la perfecta unión con Dios. Una llamada que, además, siempre es misionera: tenemos que dar a conocer a los demás la belleza que nosotros hemos conocido en Cristo (*contemplata aliis tradere*). Como cristianos, debemos «enseñar todo lo que es conforme a la sana doctrina» (*Tt* 2,1). En este sentido, hago mía ahora también esta exhortación de san León Magno, cuya memoria litúrgica hoy celebramos y a cuya protección me encomiendo: «Reconoce, oh cristiano, tu dignidad, pues participas de la divina naturaleza, y no quieras volver a la antigua vileza con una vida depravada. Recuerda de qué cabeza y de qué cuerpo eres miembro. Ten presente que habiendo sido arrancado del poder de las tinieblas has sido transportado a la luz y al reino de Dios» (*Sermón I en la Natividad del Señor*, PL 54, 192-193).

No hay mejor modo de enseñar que dando ejemplo con la propia vida, pues «el mundo espera de nosotros un compromiso de vida y un testimonio de oración» (S. Juan Pablo II, *Homilía*, Estadio "Vélez Sarsfield" de Buenos Aires, 10 abril 1987). Esto exige una adhesión total a Jesucristo, sin fisuras. Este es el testimonio de los santos y es algo que nos hace vivir con esperanza, aún en medio de la dificultad.

Hoy, desde Córdoba, centro geográfico del país, queremos dar gracias a Dios por los diversos frutos de santidad de personas enviadas por el Señor a esta tierra argentina, que nacieron en ella o que aquí vivieron gran parte de su vida. Así como las sierras cordobesas se distinguen por la belleza y variedad armoniosa de sus formas y tonalidades, también los santos y beatos se caracterizan por haber recibido carismas y misiones diferentes. Son una muestra polifónica de la vocación universal de todo bautizado a la santidad, es decir, a la conformación con Cristo. En el rostro de los santos con acento argentino destaca la unidad entre pasión por el Evangelio y compromiso en la construcción de una patria fraterna y solidaria. Todos ellos supieron asumir los desafíos del propio tiempo histórico y lo transformaron en oportunidad de anuncio de la Buena Noticia, no en abstracto sino conformando su vida para lograr ser testimonio creíble y eficaz del amor de Cristo.

Hagamos memoria agradecida, en primer lugar, de san José Gabriel del Rosario Brochero. Este sacerdote fue un verdadero enamorado del Señor, que supo encontrar en la oración la fortaleza de su vida. Los Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola cambiaron su existencia para siempre y la configuraron con Cristo, haciendo realidad lo que hemos rezado con el salmo responsorial: «Confía en el Señor y practica el bien» (*Sal* 36,3). Solo quien ha conocido la amistad con Jesucristo es capaz de emprender esa tarea apostólica; solo quien se sabe amado por el Señor es capaz de extender su reino de caridad y justicia, gastando las propias fuerzas en el anuncio del Evangelio, sin más armas que el crucifijo y el santo rosario.

También cautivada por la espiritualidad ignaciana, María Antonia de Paz y Figueroa supo aunar la contemplación con el auxilio al prójimo. Ella reconoció que el mejor ejercicio de caridad para con el otro es acercarle a Dios. Como nos recordaba Francisco, mi venerado Predecesor, los pobres tienen necesidad de Dios y de gente que exprese con su vida la fuerza del amor cristiano (cf. *Mensaje para la III Jornada Mundial de los Pobres*, 13 junio 2019, 8). Interpelada por la misma inspiración, Mama Antula recorrió incansablemente el suelo de esta patria para mostrar a tantas personas el camino hacia el cielo. De hecho, su máxima fue la de andar hasta donde Dios no es conocido, para darlo a conocer.

Dos santos, dos ejemplos, dos formas de identificarse con Cristo, que Él mismo hizo surgir en esta región, desde la cual hoy le damos culto.

Junto con ellos, damos gracias a Dios también por los mártires, que confesaron su fe hasta entregar su propia vida, como san Héctor Valdivielso Sáez y los beatos martirizados en la Guerra civil española y en las provincias argentinas de La Rioja y de Salta.

Agradecemos al Señor el regalo que ha hecho a la Iglesia dándole pastores según su corazón, como los beatos Fray Mamerto Esquiú y el Cardenal Eduardo Pironio.

Una nota especial de gratitud la dedicamos a la vida consagrada, con fundadoras de congregaciones, como santa Nazaria Ignacia y las beatas María del Tránsito Cabanillas y Catalina de María Rodríguez; y otras tantas religiosas dedicadas con ardiente caridad a la educación de los niños y a la atención de los enfermos, como las beatas María Ludovica de Angelis y Crescencia Pérez.

Además, el Pueblo fiel de Dios se alegra por los seglares que, habiendo recibido el anuncio del Evangelio, vivieron la vocación bautismal en plenitud, amando a Dios y a los hermanos en la sencillez de lo cotidiano, como san Artémides Zatti y los beatos Ceferino Namuncurá y Laura Vicuña.

Queridos hermanos y hermanas, todos estos santos y beatos ya han cumplido su misión en la tierra. Hoy nos toca a nosotros seguir la luminosa estela de santidad que nos han dejado. Celebramos esta Santa Misa por la santificación del pueblo argentino, por la santificación de todos ustedes. Abran sus corazones y, con la gracia de Dios, ¡vayan y sean santos! (cf. 1 *Ts* 4,3): en la escuela y en la plaza, en la familia y con los amigos, en el campo y en la ciudad, en el tambo y en la oficina. ¡Vayan y evangelicen!

En esta celebración nos preside la imagen del Cristo pobre, que el propio Cura Brochero mandó tallar desde el lecho del dolor y en cuyo rostro han quedado

plasmados artísticamente los rasgos de este pueblo. Dejémonos interpelar por su mirada y, a la sombra de su cruz, encontraremos la salvación y la vida, el camino para nuestra propia santificación. Pido a Dios, por intercesión de san León Magno, que nos continúe bendiciendo y nos dé la gracia de confesar siempre: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo» (*Mt* 16,16).

Palabras improvisadas del Santo Padre a su llegada a la Casa Arzobispal (en el balcón del Arzobispado)

¡Muy bien! ¡Un saludo a todos!

En este día de fiesta demos gracias a Dios por el don de la fe, por el don de poder compartir así. ¡Mira cuántos han venido a las calles!

Gracias por acogerme, gracias por este saludo, pero sobre todo demos gracias a Dios por el don de la vida, por el don de este entusiasmo, ¡por el de los jóvenes! ¿Dónde están los jóvenes?

Por el don de poder estar unidos. Unidos todos, siempre convencidos que estamos unidos. Cuando estamos unidos podemos lograr todo. Dios está cerca de ustedes y estará siempre presente.

¡Sigan viviendo su fe! ¡Dios bendiga a toda Córdoba!

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo descienda sobre todos ustedes.

¡Muchísimas gracias! ¡Y que viva Cristo!

Este artículo se publicó en Vatican.va. Puede leer aquí el original.

Índice - Volver al índice general

Viaje apostólico a Argentina

Discurso del Santo Padre León XIV

Encuentro con los obispos, los sacerdotes, los diáconos, los religiosos y las religiosas, los seminaristas y los agentes pastorales

Catedral de Nuestra Señora de la Asunción (Córdoba) - Martes, 10 de noviembre de 2026

Vatican.va

Queridos hermanos y hermanas todos en Cristo Jesús:

Quisiera comenzar agradeciendo al Cardenal Rossi sus palabras, también a quienes han compartido sus testimonios y a todos por el cariño con el que me han recibido. Me alegra mucho encontrarme hoy con ustedes. Ustedes de la vida consagrada, seminaristas, sacerdotes, todos los bautizados que han entregado la vida al servicio del Señor y de su pueblo.

Durante este último canto muchos de ustedes estaban con las manos en el aire; quizás para saludarme, quizás para acompañar el canto. Estas son las manos que Jesús está buscando y quiere sus manos para continuar su misión.

Mientras preparaba estas palabras, vinieron a mi memoria los *Ejercicios Espirituales*, tan presentes en la historia de esta tierra. Ha sido una feliz coincidencia escuchar a la Hna. María Elisabeth evocar una de sus contemplaciones. Cuando su práctica corría el riesgo de perderse, Mama

Antula recorrió enormes distancias para mantenerlos al alcance de todos. Décadas después, el santo Cura Brochero hizo de ellos una pieza central de su ministerio, atravesando las sierras junto a sus paisanos hasta esta ciudad, para que pudieran encontrarse personalmente con Dios. Y recientemente, un jesuita argentino, el Papa Francisco, llevó consigo la riqueza de la espiritualidad ignaciana y la compartió con la Iglesia universal.

También hoy sacerdotes, seminaristas, familias religiosas y laicos se retiran para guardar silencio y volver a preguntarse delante de Dios qué quiere Él de sus vidas. Quisiera, por eso, dejar que algunas de las preguntas de los Ejercicios nos acompañen esta tarde. San Ignacio comienza con el *Principio y fundamento* (cf. n. 23). Así, la primera pregunta es esta: ¿para qué estamos aquí? Antes de cualquier responsabilidad, ministerio o tarea, hubo una llamada. Cristo pasó un día por nuestra vida, nos llamó y comprendimos que valía la pena seguirlo. Todo lo que vendría después debería seguir naciendo de aquel primer sí.

Con los años puede ocurrir algo paradójico: trabajar mucho para Dios y pasar cada vez menos tiempo con Dios. Seguimos sirviendo, celebrando y atendiendo tantas tareas necesarias, pero podemos terminar apoyándonos más en lo que hacemos que en Aquel por quien lo hacemos. El *Principio y fundamento* vuelve entonces a poner cada cosa en su sitio: nuestra vida pertenece a Dios y solo encuentra su orden cuando todo lo demás lo tiene a Él como centro. Volvamos, pues, con sencillez a la Eucaristía, a la escucha de la Palabra, a ese trato con el Señor que sostiene todo lo demás. Cuidemos ese fuego que un día encendió nuestra vocación y no permitamos que las urgencias, el cansancio o la rutina terminen por apagarlo.

Luego, durante los *Ejercicios*, nos encontramos con preguntas que no podemos eludir: ¿qué se ha ido desordenando en nosotros?, ¿en qué le hemos fallado a Dios? (cf. nn. 32-43). Después de pocos o muchos años de haberle dicho sí al Maestro, podríamos acostumbrarnos a cosas que antes nos habrían inquietado: dureza con los demás, resistencia a dejarnos corregir, rivalidades, afectos, pecados o apegos que nos van quitando libertad. Puede suceder incluso algo más grave: que aprendamos a justificarlo todo, encontrando “razones

pastorales", comunitarias o personales para aquello que sabemos que no está bien.

Fallamos también cuando no hacemos el bien que nos correspondía: cuando ya no escuchamos con paciencia, cuando elegimos la comodidad o cuando callamos ante algo que deberíamos afrontar. No existe una edad en la que se pueda prescindir de la conversión. Necesitamos examinar la conciencia, acudir a la confesión y conservar la humildad de dejarnos corregir. Queridos hermanos y hermanas, tengamos el valor de reconocer con claridad en qué no le hemos sido fieles a Dios y de ponerlo delante de su misericordia.

Y precisamente solo después de haber mirado de frente el propio pecado, san Ignacio nos coloca delante de Cristo, el Rey eternal (cf. nn. 91-98), que sigue llamando y sigue enviando. El Señor sabía de qué barro estábamos hechos, y aun así quiso contar con nosotros (cf. 2 Co 4,7). La pregunta, por tanto, no es cuánto le hemos fallado, sino si seguimos disponibles para Él. En los albores de la vocación solemos ofrecerlo todo. Después pasan los años, y llegan las preferencias, los lugares donde uno se siente cómodo y una cierta idea de cómo debería continuar la propia historia. ¿Puede todavía el Señor enviarnos donde no habíamos pensado? ¿Puede pedirnos que dejemos algo a lo que hemos entregado años o que aceptemos una tarea que nunca habríamos elegido?

Esa libertad es la que se va purificando en las meditaciones de *Dos banderas*, de los *Tres binarios* y de la *elección* (cf. nn. 136-189): aprender a reconocer qué nos ata, qué condiciona nuestras decisiones y hasta dónde estamos dispuestos a dejar que Dios obre en nuestra vida. En efecto, hemos sido enviados a un pueblo y debemos preguntarnos qué estamos llamados a ofrecerle. Queridos seminaristas, aprendan a mirar con los ojos de Dios y a dejarse evangelizar por su pueblo. Quien menos tiene también puede enseñarnos mucho, como descubrió Julián en Misa.

La Iglesia que peregrina en Argentina cuenta con la riqueza de una sensibilidad muy viva hacia las necesidades sociales de sus hijos. De ella han nacido tantas presencias generosas junto a quienes sufren. Pero esa cercanía debe llevarnos

todavía más lejos, porque cada persona a la que servimos está llamada a encontrarse con Cristo y a ser transformada por Él. El Papa Francisco lo expresó con palabras que merecen ser recordadas: «la peor discriminación que sufren los pobres es la falta de atención espiritual» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 200).

El hambre y las injusticias apremian y reclaman una respuesta. También la enfermedad, la soledad, la falta de trabajo o de una vivienda digna. La caridad cristiana se compromete seriamente con todo ello. Sin olvidar que quien sufre necesita recibir de nosotros el mayor don que la Iglesia posee: Jesucristo. Mi querido Predecesor lo manifestó con particular claridad: «la Iglesia no es un negocio, no es una agencia humanitaria, la Iglesia no es una ONG; la Iglesia está enviada a llevar a todos a Cristo y su Evangelio. […] Si por hipótesis una vez sucediera que la Iglesia no lleva a Jesús, esa sería una Iglesia muerta» (*Catequesis, 23 octubre 2013*). ¡Qué grande es, entonces, nuestra vocación! Ser portadores de la presencia de Cristo, hacer posible el encuentro con Él por la Palabra, los sacramentos y una cercanía que ayude a reconocer su presencia en la propia vida. El pueblo que les ha sido confiado ansía recibir de ustedes aquello que la Iglesia lleva siglos custodiando para él.

Después de la *elección*, los *Ejercicios* conducen al ejercitante a permanecer junto a Cristo en su Pasión (cf. nn.190-217). Quien ha elegido seguir al Señor aprende entonces a estar con Él cuando ese seguimiento pasa por la cruz (cf. Lc 9,23). También nuestra vocación conoce esas horas: cuando el fruto no se ve, cuando servir cuesta y cuando la fidelidad ya no recibe el apoyo del entusiasmo de los primeros años. Muchos de ustedes conocen bien esa forma de fidelidad fatigosa: continuar rezando cuando la oración se vuelve árida y seguir sirviendo cuando por más que se trabaja parece que nada cambia. Hay etapas en la vida sacerdotal y consagrada en las que permanecer es ya una forma muy concreta de entrega. Aun con interrogantes y cansancio, uno sigue diciendo con su vida: "aquí estoy".

San Héctor Valdivielso, el primer santo argentino, es modelo de esa fidelidad. Tenía apenas veinticuatro años y acababa de concluir sus *Ejercicios Espirituales*

anuales cuando aquello que apenas había puesto delante de Dios tuvo que sostenerlo en la prueba. La oración se hizo entonces testimonio, y el testimonio llegó hasta derramar su sangre.

Hay también otras formas de dar testimonio, perseverando en medio del sufrimiento. Laura y el padre Martín me han hecho pensar en mi reciente hospitalización y también recordar al Cura Brochero que, ciego y enfermo de lepra, seguía sirviendo a su pueblo. En nuestros días, la idea de servirse de la tecnología para continuar dando testimonio es maravillosa; sean creativos y encuentren nuevos modos de seguir predicando. Queridos amigos, recuerden, lo que evangeliza es la manera de vivir nuestra vocación. Ni la edad ni las limitaciones del cuerpo pueden apagar el celo: nuestras fuerzas pueden agotarse, pero jamás el poder de Dios.

Y ese poder se revela en la Resurrección del Señor. San Ignacio conduce al ejercitante hacia el Resucitado y le pide contemplar cómo Cristo ejerce el «oficio de consolar» (n. 224). Allí nos enseña a descubrir dónde está actuando el Maestro y a recibir de Él fuerza para volver a la misión. También la Iglesia que peregrina en Argentina necesita mirarse a sí misma, reconociendo con gratitud lo que Dios ya está suscitando en ella y preguntándose por dónde quiere Él abrir nuevos caminos. El Resucitado ya está allí, y nos precede (cf. *Mt* 28,7).

Al final de los *Ejercicios*, la *Contemplación para alcanzar amor* invita a reflexionar sobre cuánto hemos recibido de Dios (cf. nn. 230-237). Y ante tanto don, san Ignacio propone como respuesta: «Toma, Señor, y recibe…» (n. 234). El itinerario del retiro termina donde todo inició: en una vida puesta nuevamente a disposición de Dios, con sus posibilidades y también con sus límites. Tal vez la pregunta a la que tratemos de responder hoy sea: ¿puede todavía el Señor disponer de mí? Y si la respuesta sigue siendo "sí", entonces hay mucho por delante. ¡No bajemos los brazos! Jesús sigue caminando con su Iglesia y haciendo fecunda la vida de quienes se ponen en sus manos.

Argentina conoce bien lo que Dios puede hacer con una vida disponible. Mama Antula llegó a Buenos Aires descalza y solo con un crucifijo: llevaba poco, pero era lo necesario para empezar. Brochero siguió predicando, aunque muchas veces únicamente Dios y su mula fueran testigos del cansancio. El beato Ceferino murió antes de cumplir diecinueve años; no tuvo tiempo de envejecer, pero sí de dejar muy claro para quién quería vivir. Dios sigue derramando su gracia y quiere contar con ustedes para hacerla llegar desde La Quiaca hasta Ushuaia, y hasta el último rincón de la tierra (cf. Mc 16,15).

¡Atrévanse a mirar a la Argentina con los ojos de Dios! Sueñen con jóvenes preguntándose si Cristo los llama; con parroquias que sean comunidades vivas de fe; con familias religiosas que tengan la audacia de sus fundadores; con seminarios y noviciados donde se formen santos… ¡Sueñen con una Iglesia que siga haciendo lío, como les pidió su paisano Francisco! (cf. *Encuentro con los jóvenes argentinos, Río de Janeiro, 25 julio 2013*). Un lío que la lleve a todos los rincones y haga resonar por doquier el Evangelio de Jesucristo.

Queridos hermanos y hermanas, si algo nos enseñan los *Ejercicios* es que después de mirar la propia vida delante de Dios hay que volver a ella distintos. Volvamos a nuestras comunidades con esperanza, con libertad y con ganas de seguir sirviendo. Quizá nosotros no veremos todo lo que Dios hará con lo que hoy sembramos; tampoco lo vieron los que nos precedieron, pero sin su entrega hoy no estaríamos aquí.

Que Dios encuentre en nosotros hombres y mujeres dispuestos a seguirlo y a ser modelados por su amor. Gente que no "afloje" hasta llegar a la santidad. El Señor ha hecho cosas grandes en esta tierra y estoy convencido de que todavía hará muchas más. Que Nuestra Señora de Luján acompañe este camino y nos ayude a decirle al Señor, con la vida, que puede seguir contando con nosotros. Muchas gracias.

Este artículo se publicó en Vatican.va. Puede leer aquí el original.

Índice - Volver al índice general

Viaje apostólico a Argentina

Vigilia con los Jóvenes

"Monumento de los Españoles" (Buenos Aires) - Martes, 10 de noviembre de 2026

Vatican.va

Respuestas del Santo Padre

1. Agustina Flores: *Santo Padre, ¿cómo afrontar la frustración y nuestros límites cuando salimos al encuentro de los más excluidos y no logramos acompañarlos como quisiéramos? ¿Cómo seguir caminando junto a ellos cuando sentimos que lo que hacemos no alcanza?*

Antes de todo, muy buenas noches y gracias. ¡Qué maravillosa acogida! Una bienvenida que quizás solo Argentina pueda dar. ¡Gracias!.

Agustina, gracias por tu pregunta y por el cariño con que acompañas a esos chicos. Comprendo lo que sientes, sé que es duro, pero no pierdas la esperanza. San Ignacio de Loyola decía: «Actúa como si todo dependiera de ti, sabiendo que en realidad todo depende de Dios» (cf. P. de Ribadeneira, *Vida de S. Ignacio*: V, XI). Tú haz cuanto puedas, pon todo tu corazón y suma tus esfuerzos a los de los demás. Y cuando llegues al límite de tus fuerzas, recuerda que las de Dios no se agotan. Jesús nos hablaba de una semilla que crece mientras el sembrador duerme (cf. Mc 4,26-27). No siempre veremos los frutos de lo que sembramos, pero podemos confiar en que Dios sigue cuidando de

ellos. Así que conserva las palabras de santa Nazaria: «¡Adelante, siempre adelante!». ¡El Señor camina contigo!

2. Franco Pugliese: *Santo Padre, ¿cómo puedo hacer para integrar ambas realidades, el amor que vivo en la parroquia y en el hogar, junto con las responsabilidades laborales y otras demandas del día a día?*

Quiero agradecer personalmente los testimonios y las preguntas. Y aprovecho este momento para decir, después de escuchar a Guadalupe, que yo sé que hay muchos jóvenes con la inquietud de dar su vida a Cristo: en la vida consagrada, en el sacerdocio y también en la vida familiar. ¡Cristo sigue llamando! ¡No tengan miedo de responder!

Franco, gracias por esta pregunta. Piensa en los años que Jesús pasó en Nazaret, trabajando con sus manos y compartiendo la vida de una familia. ¡El Hijo de Dios quiso vivir así! Nos enseñó que también en las cosas ordinarias podemos encontrarnos con Él. Por eso, no tenemos que vivir dos vidas, una para Dios y otra para nuestras ocupaciones, como si hubiera contraste o conflicto entre ellas. Cuando trabajas, estudias o compartes con tus amigos, hazlo con amor y ofréceselo al Señor. Así, también tu trabajo se convierte en oración y en camino de santidad. Por eso, Franco, lleva toda tu vida al altar cada vez que participes en la Eucaristía. Y después vuelve a tus ocupaciones con alegría, sabiendo que también allí te espera Jesús. Muchas gracias.

Discurso del Santo Padre

¡Muchas gracias! ¡Gracias a todos!

Queridos jóvenes, queridos amigos: ¡Bienvenidos todos!

¡Qué alegría volver a este lugar, esta vez para encontrarme con ustedes! ¡Buenas noches! En el Monumento de los Españoles hay esculturas que representan cuatro grandes regiones de la Argentina: los Andes, el Chaco, la Pampa y el Río de la Plata. ¡Qué hermoso que hoy esas tierras estén representadas por tantos jóvenes! Los saludo a todos.

Gracias por este caluroso recibimiento, así como por sus preguntas y testimonios. Agradezco también a Mons. García Cuerva, Arzobispo de esta ciudad, las palabras que me ha dirigido. Hemos querido comenzar este encuentro con un signo: el fuego de nuestras velas. Escuchemos lo que nos dice Jesús: «He venido a prender fuego a la tierra, ¡y cuánto deseo que ya esté ardiendo!» (*Lc* 12,49). Es el fuego de su amor, comunicado por el Espíritu Santo, que purifica nuestro corazón y nos hace capaces de amar.

Quisiera hablarles ahora de otro fuego: el de un horno en Babilonia. El libro del Profeta Daniel (cf. 1,3-7.17-20; 2,49; 3,1-93) nos cuenta la historia de tres jóvenes: Ananías, Azarías y Misael. Vivían desterrados en aquella tierra, donde aprendieron otra lengua, recibieron nuevos nombres y encontraron un lugar en la administración del reino. Tenían un futuro por delante. Hasta que llegó el día de elegir a quién entregarían su corazón. El rey Nabucodonosor había levantado una inmensa estatua de oro y ordenó que todos se postraran ante ella. Quien no lo hiciera sería arrojado a un horno encendido. Imaginen la escena: una multitud inclinándose ante el coloso y solo tres jóvenes permanecen de pie.

El rey les ofreció una última oportunidad. Bastaba un gesto para continuar tranquilamente con sus vidas. Ellos respondieron que Dios podía librarlos del fuego, pero añadieron: «Y aunque no lo hiciera» (3,18), no adoraremos aquella estatua. ¡Cuánta libertad hay en esa respuesta! No sabían lo que iba a suceder. Conocían el castigo que les esperaba, pero sabían que solo en Dios encontrarían la felicidad.

Queridos amigos, también hoy se levantan ídolos que reclaman nuestra adoración: el éxito a cualquier precio, el dinero, la obsesión por la apariencia, la

popularidad o la búsqueda desenfrenada del placer. A veces, con tal de conseguir la aprobación de los demás podemos llegar a mentir, traicionar o humillar a alguien en las redes sociales. La envidia puede impedir que nos alegremos por el bien ajeno, y el egoísmo puede llevarnos a tratar a las personas como objetos. Hay también quienes hacen negocio ofreciendo placeres que terminan por esclavizarnos, como la pornografía y diversas sustancias. Agustín nos ha dicho: "Hoy estoy de pie". ¡Qué fuerza adquieren esas palabras al recordar a los tres jóvenes de Babilonia! También ustedes están llamados a permanecer de pie ante los ídolos de nuestro tiempo. ¡No se arrodillen ante aquello que no puede darles vida! Y si alguna vez han caído, ¡levántense! No permitan que nada ni nadie les arrebate la libertad que Dios les ha dado.

Durante la Jornada Mundial de la Juventud de Lisboa, el Papa Francisco pronunció unas palabras que recorrieron el mundo: «Todos, todos, todos» (*Ceremonia de acogida, 3 agosto 2023*). Las pronunció con aquella insistencia tan suya, como quien deseaba asegurarse de que nadie se hubiera quedado sin escuchar. Quisiera inspirarme en aquellas palabras para hablar de lo que significa vivir como discípulos de Jesús: todos hacia Cristo, todos con Cristo, todos como Cristo.

Ante todo, *todos hacia Cristo*. Entre ustedes hay quienes han crecido cerca de Jesús y quienes recién ahora comienzan a buscarlo; quienes llevan mucho tiempo sin rezar, se han alejado de la Iglesia o han sido heridos por personas que debieron acompañarlos. A cada uno quisiera decirle: ¡hay un lugar para ti en la Iglesia! Con tus preguntas, tus heridas y tu historia. Esta es también tu casa. No tienes que fingir que todo está bien ni esperar a tener la vida resuelta para acercarte. Y a ti, que crees que ya es demasiado tarde para comenzar de nuevo, quisiera decirte: *¡bienvenido!* Sin importar quién seas o qué hayas hecho, Jesucristo te conoce, Jesucristo te ama y quiere que estés cerca de Él.

Como hemos escuchado, a Guadalupe una pregunta le cambió la vida: "¿Quién te dijo que ya es tarde?". Quisiera repetirla esta noche a quienes creen que se han alejado demasiado y a quienes alguna vez les hicieron sentir que no había lugar para ellos en la Iglesia. ¡También a ustedes los está buscando el Señor!

Recuerden a Zaqueo. Subió a un árbol para ver a Jesús y descubrió que Él también lo estaba buscando. ¡Lo llamó por su nombre y quiso hospedarse en su casa! Aquel encuentro lo llevó a reparar las injusticias que había cometido (cf. *Lc* 19,1-10). Nadie ha caído tan bajo que Cristo no pueda levantarlo. Que nuestras comunidades tengan siempre abiertas sus puertas; que sepan recibir a quien llega con preguntas, auxiliar a quien sufre y acompañar con paciencia a quien busca a Dios.

Ahora volvamos a Babilonia. Los tres jóvenes fueron atados y arrojados al horno. Las llamas se levantaban con tal violencia que alcanzaron a quienes ejecutaban la sentencia. Pero el rey vio algo incomprensible: había arrojado a tres hombres y ahora distinguía a cuatro, caminando libremente entre las llamas. El Señor había enviado a su ángel para protegerlos. ¡Los habían arrojado atados y ahora caminaban libres! El rey los había condenado al fuego, pero Dios no los abandonó. Aquí está nuestro segundo «todos»: todos con Cristo.

Nosotros conocemos la plenitud de aquel gesto. La humanidad había quedado sometida a la muerte a causa del pecado, pero Dios vino a nuestro encuentro. El Hijo de Dios se hizo hombre, compartió nuestros sufrimientos y cargó con nuestros pecados. Por amor a nosotros, entregó su vida en la cruz y, al tercer día, resucitó. ¡Jesucristo está vivo! ¡Jesucristo ha vencido a la muerte y nos ha liberado de su poder! Queridos jóvenes: Cristo nos ama y quiere hacernos partícipes de su propia vida. Él ha prometido permanecer junto a sus discípulos hasta el fin del mundo (cf. *Mt* 28,20). ¡Cristo les ofrece una vida que ni siquiera la muerte podrá arrebatarles!

Hay un detalle del relato que me conmueve. Desde el horno, Azarías elevó una oración: «Acepta nuestro corazón contrito y nuestro espíritu humilde» (*Dn* 3,39). Aquel joven había resistido al rey y, sin embargo, reconocía ante Dios su necesidad de misericordia. ¡Qué admirable oración! También nosotros la necesitamos. Todos conocemos la distancia que, a veces, existe entre el bien que deseamos y nuestras decisiones. Y todos necesitamos convertirnos.

Cristo nos ama como somos, pero su amor es demasiado grande para dejarnos prisioneros del pecado, de aquello que nos destruye. El fuego que Él vino a traer tiene fuerza para romper nuestras ataduras y devolvernos la libertad para amar. Hay heridas que sanar, faltas que reconocer y, cuando sea posible, males que reparar. ¡Déjense transformar por Cristo! No tengan miedo de acercarse al sacramento de la Reconciliación. ¡Cuánto bien hace saber que nuestros pecados pueden ser perdonados! Recen, lean el Evangelio, acérquense a la Eucaristía. Allí nos espera Aquel que entregó su vida por nosotros.

En medio del horno, los tres jóvenes comenzaron a cantar. Invitaron a los cielos y a las estrellas, a las montañas, los ríos y todos los seres vivos a bendecir al Señor. Incluso dijeron: «Fuego y calor, bendecid al Señor» (3,66). ¡Invitaban al mismo fuego que los rodeaba a unirse a su alabanza! Su cántico fue ensanchándose hasta abarcar la creación entera. Me gusta pensar que aquel cántico continúa y que cada generación puede añadirle su voz. ¡Qué hermoso sería que todo cuanto hacemos pudiera convertirse en una alabanza! Quizá hoy podríamos cantar: *Arte y cultura, bendecid al Señor. Juegos y deportes, bendecid al Señor. Ciencia y tecnología, bendecid al Señor. Redes y pantallas, bendecid al Señor. Música y fútbol, bendecid al Señor. ¡Que todo cuanto existe, bendiga al Señor y lo ensalce con himnos por los siglos!*

Al comienzo de la historia, el rey había ordenado que todos adoraran su estatua. Al final, aquellos jóvenes invitaban a todos a bendecir al Señor. El rey necesitaba amenazar para conseguir que se inclinaran; los jóvenes, que no tenían otro poder que su fe, invitaban al universo entero a compartir su alegría. Y llegamos así al tercer «todos»: *todos como Cristo*.

Queridos jóvenes, quien ha encontrado a Cristo está llamado a vivir como Él (cf. 1 Jn 2,6). Y a eso quisiera invitarlos esta noche: ¡a ser santos! Los santos también conocieron sus debilidades, pero fue la gracia de Dios la que transformó sus vidas y les enseñó a amar. Jesús nos mostró el camino: «Ámense los unos a los otros como yo los he amado» (*Jn* 13,34). Ese «como» tiene detrás una imagen que nunca deberíamos olvidar: Jesús arrodillado a los pies de sus discípulos para lavárselos. ¡El Señor de todos se hizo servidor de todos!

También ustedes pueden lavar los pies de sus hermanos. Compartan el pan con quien pasa hambre, abran sus puertas al que no tiene hogar, visiten a los enfermos y a quienes nadie quiere visitar. Existen también sufrimientos que no se ven: una persona que necesita consejo o corrección, alguien que espera palabras de consuelo, otro que necesita saberse amado. ¡Cuántas ocasiones nos ofrece el Señor para ser como Él! Que sus vidas sean como páginas del Evangelio, escritas con la tinta de la misericordia, para que quienes los encuentren puedan reconocer en ustedes algo del amor y de la alegría de Jesús.

Esa alegría nace de la amistad con Él y nos impulsa a llevarlo a los demás. Recuerden a los discípulos de Emaús. Cuando reconocieron al Resucitado al partir el pan, se dijeron: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino?» (*Lc* 24,32). Aquella misma noche regresaron a Jerusalén. ¡No podían guardar para sí la alegría de saber que Cristo estaba vivo! Al comenzar les he dicho: «*¡Bienvenidos todos!*». Ahora, como Sucesor de Pedro, les confío la segunda parte de nuestro lema: «¡Vayan y anuncien!». Vayan a sus ciudades y pueblos, a cada rincón y periferia. Que quienes se sienten lejos de Dios descubran, a través de ustedes, que Cristo los está buscando.

Dentro de poco bendeciré la cruz que recorrerá sus comunidades. Que, al pasar esa cruz de unas manos a otras, pase también de un corazón a otro el fuego del amor de Cristo. Que Nuestra Señora de Luján los acompañe y los guíe siempre por este camino: *¡todos hacia Cristo, todos con Cristo, todos como Cristo! ¡Vayan y anuncien!*

Este artículo se publicó en Vatican.va. Puede leer aquí el original.

Índice - Volver al índice general

Viaje apostólico a Argentina

Homilía del Santo Padre León XIV

Santa Misa

Plaza frente a la Basílica de Nuestra Señora de Luján (Luján) - Miércoles, 11 de noviembre de 2026

Vatican.va

Queridos hermanos y hermanas:

La lectura del profeta Isaías que hemos escuchado nos invita a imaginar distintos tipos de terreno: el desierto, la estepa y el monte, todos llamados a florecer y a cantar de júbilo al contemplar la gloria de Dios. Pensemos también hoy en este hermoso país, en la variada geografía con la que el Creador del universo ha embellecido la tierra argentina: extensas pampas y caudalosos ríos, numerosas sierras y cadenas montañosas, verdes mesetas y amplias llanuras, mares profundos, glaciares majestuosos y vastos desiertos. Toda la tierra del "fin del mundo", en su esplendor y hermosura, canta la gloria del Señor.

Isaías continúa diciendo que, así como Dios hace brotar agua en la tierra árida, haciéndola más fecunda, así también sacia la sed profunda de los hombres y los sana de sus enfermedades, abriendo los ojos a los ciegos y los oídos a los sordos. Queridos hermanos y hermanas, estas imágenes nos hablan de un tiempo nuevo, de una promesa de liberación: no tengan miedo, Dios está con nosotros. Alégrense y sean fuertes, con la fuerza que viene del Señor.

Durante estos días pude ver la riqueza de Argentina, no solo en su geografía sino también en su gente, en cada uno de los encuentros, en las plazas y en las calles, en la creatividad, en la espontaneidad y en la vida que desborda a cada paso. En el *Magníficat*, que hemos proclamado como salmo responsorial, también la Virgen María desborda de gozo con el Señor y lo alaba por las

maravillas que obra en ella. Agradezco a Dios la oportunidad de encontrarme con este pueblo tan querido, que abre sus puertas a todos, que comparte su pan y su música, donde siempre hay un lugar en la mesa para el que llega, un tiempo gratuito para conversar "entre mate y mate", una mano tendida para el que lo necesita.

Hoy, en la Casa de nuestra Madre de Luján, mi recuerdo se dirige de manera especial a nuestro querido Papa Francisco, que siempre llevó a la "Patroncita morena" en su corazón. Él nos enseñó con su vida, y nos lo sigue indicando desde el lugar que eligió para ser sepultado, tan cerca de Santa María, a amarla y venerarla siempre. De hecho, muchas veces sus palabras de despedida eran: "Que Jesús te bendiga y la Virgen Santa te cuide".

Con el corazón agradecido por tantos dones que Dios ha derramado sobre este país, quisiera en esta ocasión proponerles un itinerario, que es el mismo que vivimos en la celebración de cada Eucaristía. Consta de cuatro pasos: la *reconciliación*, la *iluminación* por medio de la Palabra de Dios, la comunión y el envío a la misión. María al pie de la cruz se une al Sacrificio eucarístico y nos acompaña en este camino (cf. S. Juan Pablo II, *Carta enc. Ecclesia de Eucharistia*, 56-58).

Muchos hermanos nuestros, o incluso nosotros mismos, nuestras familias, pueden estar viviendo actualmente momentos de Calvario, sufriendo a causa de enfermedades, pobreza, falta de trabajo, discriminación o rupturas familiares, entre otros problemas. En esos momentos oscuros, comprendemos los sentimientos de María al pie de la cruz, con su corazón de madre desgarrado de dolor. Al mismo tiempo, así como María, en ese terrible momento de su vida, recibió de su Hijo una nueva misión, acogiendo en su corazón de madre a toda la humanidad, también nosotros estamos llamados a recibir la gracia de Dios y vivir procesos de perdón y reconciliación, que renueven en nosotros la paz, la esperanza y la caridad. Seamos sinceros, reconozcamos nuestras faltas y pidamos perdón al Señor, «perdón por aquel mendigo, por aquella lágrima que hice brillar; perdón por aquellos ojos que al mirar los míos no quise mirar» (Zamba del perdón). Necesitamos *reconciliarnos* también con nuestra historia y

con nuestro presente, para generar un futuro nuevo, donde sea el amor el que tenga la última palabra.

Recordemos asimismo la experiencia de los discípulos de Emaús: iban caminando con el semblante triste, desalentados, abatidos por la dura realidad. En ese momento se les presentó Jesús resucitado y les explicó las Escrituras. Después compartieron la cena, y ellos reconocieron su presencia, que les había hecho arder el corazón (cf. *Lc* 24,13-35). Queridos hermanos y hermanas: esa también es muchas veces nuestra experiencia. Nos sentimos cansados, defraudados, desorientados. Necesitamos una brújula, una guía: ¡la tenemos en la Sagrada Escritura! Dejémonos iluminar por ella: la Palabra de Dios es lámpara para nuestros pasos y luz en nuestro camino (cf. *Sal* 119,105).

Como tercer paso, después de la reconciliación y la iluminación por medio de la Palabra, estamos llamados a la *comunión*. Cristo mismo nos invita a su mesa, y en ella somos bienvenidos todos (cf. *Mt* 22,9-10). Hay lugar para todos, especialmente para los más necesitados: los pobres y los hambrientos, los migrantes, los enfermos y los presos, con quienes el Señor se identifica (cf. *Mt* 25,35-40). Precisamente «la Eucaristía, sacramento de la unidad, alimenta nuestra pertenencia al cuerpo de Cristo y nos enseña a compartir. Las diversas sensibilidades presentes en la Iglesia, las convicciones fuertes que animan a cada uno, son una riqueza si permanecen ancladas en la certeza de la unidad como don recibido y como tarea por asumir» (Carta enc. *Magnifica humanitas*, 88). La comunión con Cristo no nos repliega en nuestros asuntos personales, no nos lleva a aprovecharnos de las carencias ajenas, no nos hace evadir nuestras responsabilidades. La comunión con Cristo nos impulsa a formar parte activa de una comunidad, a compartir gratuitamente los dones recibidos, a ofrecer lo poco que tengamos para el bien de muchos.

Se nos invita a vivir la caridad al estilo de Cristo, y ese estilo también nos lo enseña María al pie de la cruz, ya que allí, en el Calvario, tanto ella como su Hijo amaron "hasta el extremo" (cf. *Jn* 13,1). No se trata de hacer grandes cosas, sino de permanecer fieles junto al Señor, como estuvo su Madre, tanto en los momentos de cruz, como en los tiempos de gozo, de gloria y de luz. Se trata de

mirar la vida con ojos de cielo y de pintar cada una de nuestras jornadas de *color esperanza*. Hay muchas dificultades, lo sabemos, pero el Señor también inspira en nuestro Pueblo fiel gestos heroicos de caridad, como el del padre que madruga cada día para llevar el pan a su casa, como la madre que acompaña a su hijo enfermo durante las largas noches de hospital, como el buen amigo que comparte su tiempo con el que lo necesita.

Queridos hermanos y hermanas, el último paso es el envío, tal como recibimos al finalizar la Santa Misa: el envío a la misión. *¡Vayan y anuncien!* (cf. *Mc* 16,15), porque «no podemos callar lo que hemos visto y oído» (*Hch* 4,20). Vayan y evangelicen, anuncien la alegría del Evangelio con palabras y obras de bien. Argentina, levántate y camina. Como nos dice san Agustín: «Ama y haz lo que quieras: si callas, calla por amor; si gritas, grita por amor; si corriges, corrige por amor; si perdonas, perdona por amor. Exista dentro de ti la raíz de la caridad; de dicha raíz no puede brotar sino el bien» (S. Agustín, *Homilía sobre la primera carta de San Juan a los partos*, 7, 8).

Madre de Luján: mi Pontificado dio inicio un 8 de mayo, día de tu fiesta. Como millones de argentinos que vienen a tu casa a suplicar tu amparo maternal, yo también quiero cobijarme bajo tu manto. Guíame, Madre, en la misión apostólica que el Señor me ha encomendado. Y guía y acompaña al pueblo argentino en su peregrinar. Ayúdalo a crear puentes de caridad y redes de solidaridad, suscita en ellos el impulso para seguir recorriendo caminos de reconciliación, de comunión y de misión, iluminados por la Palabra de tu Hijo Jesucristo y cimentados firmemente en Él, «la piedra angular» (Hch 4,11). Que así sea.

Agradecimiento al final de la Santa Misa

Queridos hermanos y hermanas: doy gracias a Dios por lo vivido en mi visita a este país, cuna de nuestro querido Papa Francisco. Agradezco a todos los que trabajaron para que esto fuera posible: a las Autoridades civiles y religiosas, a los organizadores, colaboradores y voluntarios, así como a las numerosas personas, familias y comunidades que participaron en cada uno de los encuentros o que los siguieron a través de los medios de comunicación. ¡Gracias Argentina por recibirme con los brazos abiertos!

La imagen de la Virgen de Luján que hoy nos acompaña llegó a estas tierras en una carreta y ya no quiso continuar su camino, se quedó para siempre con ustedes. El Sucesor de Pedro hoy debe seguir su misión en otros lugares, allí donde el Señor lo envía, pero quiere decirles que los lleva a todos en su corazón.

Que Dios bendiga esta tierra de María Inmaculada, cuyo manto celeste y blanco se quedó en los colores de su bandera. Que los pueblos del norte con sus cerros y valles, del sur con sus imponentes glaciares, del este con sus ríos y selvas, y del oeste con sus cordilleras majestuosas, den gloria al Señor por tantos dones recibidos y, en su nombre, vayan y anuncien el Evangelio con alegría y gratitud.

Gracias por recibirme con tanto cariño, me he sentido como en casa. Sigamos unidos en Cristo, rezando unos por otros y encomendándonos al amparo maternal de Nuestra Señora de Luján. ¡Hasta siempre mi querida Argentina!

Palabras improvisadas de saludo a los Voluntarios

¡Muchas gracias! ¡Buenos días!

Buenos días, Argentina. Buenos días, Luján.

Bueno, ha llegado el momento. El final de unos días tan hermosos, tan lindos, en los que hemos celebrado la vida, celebrado la fe, reconocido el gran valor de la vida humana, así como el gran don que el Señor nos ha dado, la fe. En presencia de Cristo Jesús, que dio su vida por nosotros, y de su Madre María, Nuestra Señora de Luján, hemos celebrado la Eucaristía.

Pues no hay mejor palabra que decir: ¡Gracias! La Eucaristía, que es acción de gracias, es reconocer que todo es don.

Como Jesús que vino para dar su vida, también ustedes, como voluntarios, han dado sus vidas para ayudar a todo el pueblo de Argentina durante estos días, y ayudar también a un servidor. Muchísimas gracias, que el Señor los bendiga siempre.

El Señor esté con ustedes…

Bendito sea el nombre del Señor…

Nuestro auxilio está en el nombre del Señor…

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes. Amén.

¡Que viva Cristo! ¡Que viva la Virgen María!

¡Muchas gracias!

Este artículo se publicó en Vatican.va. Puede leer aquí el original.

Índice - Volver al índice general

Viaje apostólico a Perú

Discurso del Santo Padre León XIV

Encuentro con los Obispos de Perú

Capilla del Palacio Arzobispal (Lima) - Jueves, 12 de noviembre de 2026

Vatican.va

Eminencias, Excelencias, Monseñores,

¡Queridos hermanos!

Agradezco las palabras que Mons. Carlos Enrique García Camader, Obispo de Lurín y Presidente de la Conferencia Episcopal, me ha dirigido en nombre de cada uno de ustedes, junto con su oración por la recuperación de mi salud. Algunos saben que había aquellos "Tomases" que decían: "él no va a venir"; "no va a ser capaz". Pero Dios es grande y su gracia es más grande que todos nosotros. Y de verdad estoy muy feliz de estar aquí entre ustedes.

Doy gracias a Dios, que en esta oportunidad nos permite mantener este diálogo como hermanos obispos. Han estado hace no muchos meses en Roma, en la visita *ad limina*; ahora nos encontramos aquí. Me ilusionan también los encuentros que tendré estos días en Perú. Gracias por el trabajo que han hecho para la organización de mi visita.

Queridos hermanos obispos: los caminos que atraviesan la geografía de un país recorren también en el alma de su pueblo. Esta verdad la podemos contemplar en el Perú. Sus montañas, sus valles, su costa, su Amazonía y sus antiguas sendas conservan la memoria de pueblos que aprendieron a encontrarse e intercambiar sus dones.

Entre esos caminos hay uno que les es muy familiar: el Gran Camino del Inca, esa extensa red que unió territorios, comunidades y culturas a lo largo y ancho de esta geografía. Recurriendo a esta imagen, quisiera proponerles una reflexión sobre nuestra misión episcopal, porque también la Iglesia es camino: de comunión y de esperanza; camino que atraviesa las montañas de la indiferencia, los desiertos del individualismo y las distancias que separan a los hombres. Además, el lema de esta visita que resuena en estos días ?¡«Abramos el corazón»!? nos invita, efectivamente, a la conversión, a la comunión y a la misión.

Pero, ¿qué significa "abrir el corazón" para un obispo? Significa conocer el camino hacia Dios para recorrerlo con el Pueblo fiel y permitir que Dios y el Pueblo cuestionen sus prioridades. Se trata de una andanza eminentemente misionera, como la del Camino del Inca, que no fue construido para que los caminantes se quedaran contemplando sus grandiosos paisajes, sino para llegar a todo el *Tawantinsuyu*. A semejanza de los *chasquis*, que recorrían el imperio llevando mensajes urgentes y provisiones vitales, el obispo es el mensajero que porta la Buena Nueva del Evangelio, custodia el tesoro de la Palabra de Dios y distribuye los Sacramentos como esos bienes indispensables para sostener la vida cristiana.

Podemos pensar también que, de la misma forma que este Camino es heredero de los senderos ancestrales utilizados por las culturas preincaicas, el obispo es servidor de una historia de salvación que comenzó antes de él y que continuará después de su paso. Por eso, "abrir el corazón" para el obispo es reconocer el camino que Dios ya está recorriendo con su pueblo, lo que falta por recorrer y hacia dónde hay que dirigir los pasos para seguir construyendo un futuro de esperanza para todos.

Queridos hermanos: abrir el corazón, para el obispo, significa también conocer su diócesis entrando en los hogares, acompañando a los enfermos, encontrando a los jóvenes y acercándose a las comunidades que, por su distancia geográfica o su fragilidad social, pocas veces pueden hacerse escuchar o ser escuchadas: el pastor está llamado a salir al encuentro de todos.

En esto, destaca de manera singular la figura de santo Toribio de Mogrovejo. Él comprendió que su misión exigía *estar con* las comunidades *para* ocuparse *in primis* de la formación cristiana y asegurarse de que el Evangelio pudiera anunciarse también en las lenguas de los pueblos indígenas. El Catecismo, escrito en aimara, quechua y castellano es testigo de su ardor misionero, en comunión con los obispos reunidos en el tercer Concilio Provincial de Lima.

Sabemos que el Camino del Inca no es fácil: sus elevaciones y sus pasos estrechos ponen a prueba la resistencia del caminante, cuyo esfuerzo encuentra alivio al contemplar la creación majestuosa. De manera análoga, tampoco la misión episcopal transcurre siempre por caminos despejados. Encontramos dificultades pastorales, divisiones sociales, incomprensiones y decisiones que pueden resultar dolorosas. Santo Toribio nos ilumina de nuevo aquí, haciéndonos comprender que la caridad pastoral no consiste en evitar los problemas sino en permanecer fieles a Cristo y procurar el mayor bien posible a las personas. Así como las contrariedades del camino atraviesan las montañas, la cruz de Jesús nuestro ministerio, pero esa misma cruz nos recuerda que ninguna fatiga ofrecida por amor resulta inútil, cuando se une a la entrega de Jesucristo (cf. *Mt* 16,24-25).

Una nota importante es saber que este sendero no se recorre en solitario. Al estar en el territorio que albergó el primer seminario en Perú, pienso en el obispo, que convierte el camino mismo en un Yachay wasi itinerante, en una "casa del saber" y, siendo compañero de viaje de sus sacerdotes, no se limita a señalarles la ruta, sino que comparte sus fatigas y anhelos, reconoce la huella de Dios en sus vidas y cuida que ninguno se quede atrás. Pero, más allá de la imaginación, lo cierto es que caminar juntos crea comunión, un don que hay que pedir siempre: comunión con el Sucesor de Pedro, con los demás obispos, con los religiosos y religiosas y con todo el Pueblo de Dios. Esto es indispensable para recorrer fielmente el *Camino*, que es Cristo.

En este sentido, me alegra el proceso sinodal emprendido en la Iglesia peruana. Les pido que sigan trabajando con firmeza, en acción conjunta con el Pueblo de

Dios, haciendo posible, cada vez más, una Iglesia donde todos nos reconozcamos corresponsables y discípulos misioneros del Señor; viviendo, cada uno según su propia vocación, en confianza mutua, de tal modo que la autoridad no se ejerza tiránicamente ni la obediencia sea mero servilismo.

Quisiera referirme ahora a quienes han transitado estas tierras antes que nosotros. Además de santo Toribio de Mogrovejo, pensemos en santa Rosa de Lima: su oración y su entrega a los necesitados nos recuerdan que la fecundidad apostólica depende de nuestra unión con el Señor y, por ende, del cuidado de nuestra propia vida espiritual en el ministerio episcopal.

De san Francisco Solano aprendemos a cruzar fronteras para anunciar el Evangelio. Su espíritu misionero y gozoso nos recuerda que la Iglesia existe para proclamar a Jesucristo, especialmente a quienes viven en las periferias humanas y geográficas.

San Martín de Porres y san Juan Macías nos enseñan, desde su humildad, a reconocer a Cristo en los más pequeños; de estos santos aprendemos también que la caridad comienza con un gesto sencillo, una escucha atenta y nos recuerdan que ninguna persona puede ser medida por su prestigio, su origen o su posición social. En este sentido, permítanme referirme a una realidad que nos ha causado tanto dolor: los abusos perpetrados por miembros del clero o en el contexto eclesial. Hemos de responder como lo haría Jesús, con la verdad, la justicia, con perdón, con reparación y un compromiso cada vez más decidido a favor de una cultura de la prevención y protección de los más débiles frente a estos delitos.

Las vidas de los santos, distintos entre ellos, pero movidos por una única fe: obispos, sacerdotes y laicos; españoles, criollos y mulatos, representan la unidad de la Iglesia del Perú y forman una escuela de santidad. Ellos siguen recorriendo con nosotros, aquí y ahora, los muchos senderos del único *Camino*, enseñándonos a ser *in Illo uno unum*.

Queridos hermanos obispos: en este mismo lugar, en el 2018, yo estaba sentado por ahí detrás entre ustedes, y recibimos de nuestro querido Papa Francisco una vehemente exhortación a trabajar por la unidad; recuerdo que nos dijo: «no se queden presos de divisiones que parcializan y reducen la vocación a la que hemos sido llamados: ser sacramento de comunión. […] Esa era, es y será la mejor evangelización» (*Encuentro con los Obispos, Lima, 21 enero 2018*). En efecto, la comunión entre ustedes, entre nosotros, es el fundamento de la credibilidad del Evangelio que anuncian.

Nuestra misión como obispos nos pide ser constructores de puentes, favorecer el diálogo, educar para el encuentro y ayudar a sanar las heridas que dividen a la sociedad peruana. Para ser eficaces en ello, nos ayuda abrir el corazón también a nuestros hermanos obispos: cultivar la confianza, compartir las dificultades y fortalecer la fraternidad episcopal. Ningún obispo debería sentirse solo en el camino. Ninguna Iglesia particular debería vivir su misión como si fuera ajena a la de las demás. En y desde la comunión, el obispo será instrumento para impedir que las polarizaciones sociales o políticas debiliten su misión profética y evangelizadora.

Finalmente, queridos hermanos, el obispo ha de abrir el corazón al Perú de hoy. Un camino antiguo conserva su valor cuando sigue permitiendo que las personas lleguen a su destino. Debemos preguntarnos qué caminos conducen verdaderamente hacia Cristo y denunciar los falsos. El Perú de hoy necesita pastores capaces de escuchar las preguntas de su tiempo, e iluminarlo con la claridad del Evangelio, para acompañar a las familias, sostener a los jóvenes, defender la vida y la dignidad de cada persona, favorecer la justicia y comprometerse con la custodia de la creación, ayudando, particularmente, a quienes sufren la pobreza, la exclusión, la corrupción, la violencia y la falta de oportunidades.

Esta misión exige unir la fidelidad doctrinal con la cercanía pastoral; la celebración de los Sacramentos con el compromiso hacia el prójimo; la formación de la conciencia con el testimonio concreto de la caridad.

La Eucaristía es la fuente y la cumbre de nuestra vida cristiana. Ante el Sagrario recuperamos la perspectiva correcta de nuestro ministerio: la Iglesia no nos pertenece; es de Cristo. Nosotros somos mensajeros que un día concluiremos nuestro camino. ¡Solo Dios permanece!

Que nunca nos falte tiempo para estar con el Señor y acompañar a quienes necesitan experimentar la paternidad espiritual del obispo. Porque el obispo unido a Cristo, incluso en medio de sus limitaciones, es instrumento de consuelo, unidad y esperanza.

Quisiera finalizar con tres invitaciones:

Primera: no dejen de caminar con este pueblo.
Segunda: no dejemos de caminar juntos, en comunión episcopal como testigos de la unidad que anunciamos.
Tercera: no dejemos de abrir el corazón: a Dios, para que renueve nuestra vocación; a los hermanos, para que se sanen las divisiones; y a su pueblo, para que encuentre en ustedes al "padre obispo" cercano, valiente y misericordioso.

Que santa María, Madre de la Iglesia, así nos lo conceda, para que todos los hijos de esta linda tierra—en las alturas andinas, en los valles, en la Amazonía, en la costa y en las islas— encuentren en la Iglesia un hogar donde sean recibidos, escuchados, amados y conducidos hacia Jesucristo. Muchas gracias.

Este artículo se publicó en Vatican.va. Puede leer aquí el original.

Índice - Volver al índice general

Viaje apostólico a Perú

Discurso de Su Santidad el Papa León XIV

Encuentro sobre los desafíos y las esperanzas para el futuro del pueblo peruano

Plaza frente a la Catedral (Lima) - Jueves, 12 de noviembre de 2026

Vatican.va

Queridos hermanos y hermanas,

mi querido pueblo peruano: ¡Buenos días!

Gracias por estar aquí y acogerme con el corazón abierto, como su *hermano y compañero de camino*. Me hacen sentir en casa. ¡Muchas gracias! Deseo caminar estos días entre ustedes como san Juan el Bautista, siendo testigo de la Luz que ilumina a todo hombre: Jesucristo, el Hijo de Dios (cf. *Jn* 1,6-9). Pongámonos a la escucha del Maestro, que en estas tierras se venera de modo tan especial con la advocación del Señor de los Milagros, para acoger lo que Él quiere decir al Perú en estos días.

Los desafíos que han mencionado no pueden afrontarse de manera aislada, porque la familia, la diversidad cultural, el mundo del trabajo y la condición de las mujeres forman parte de una misma realidad humana en profunda interdependencia. La Doctrina social de la Iglesia nos ofrece elementos para comprenderla: en el centro de toda organización social, económica y política debe estar la persona humana, creada a imagen y semejanza de Dios, dotada de una dignidad infinita y llamada a vivir en relación con los demás. Sobre esta base se articulan el bien personal, familiar y social en una única realidad.

En la centralidad de la dignidad humana se fundamentan otros principios esenciales para orientar las decisiones personales, familiares, empresariales e institucionales, como son el bien común, la solidaridad y la subsidiariedad.

La vida humana no comienza en el vacío: nace del amor entre un hombre y una mujer que, entregándose recíprocamente, se abren al don de una nueva

existencia. El hijo es fruto de esta comunión, no un producto, y lleva en sí, desde el principio, la huella de la relación de la que procede. Su inicio, fragilísimo, es cuidado en el seno de la madre, primer lugar de acogida, donde este vínculo originario se hace cercanía y protección. Según el designio del Creador, el ser humano es engendrado y crece en esta trama de relaciones. Así, la dignidad de la vida naciente encuentra en la familia su espacio propio.

Iluminados por el Evangelio y en consonancia con las ciencias humanas, la Tradición de la Iglesia afirma que la familia es la primera sociedad natural con derechos propios. Esto significa que la familia antecede a cualquier ley escrita, la cual debe simplemente reconocerla y protegerla, y las Instituciones públicas deben ayudarla, no sustituirla (cf. *Compendio de la Doctrina social de la Iglesia*, 214).

Ciertamente, como ustedes han dicho, los cambios culturales han modificado los roles tradicionales de varones y mujeres, que buscan desarrollar nuevas actitudes y estilos, en la familia y en la sociedad, a veces por vías equivocadas (cf. *Documento de Aparecida*, 49). Esta situación nos demanda proponer con mayor ahínco que Dios ha creado al ser humano varón y mujer (cf. *Gn* 1,27) y, solamente en esta unión, se expresa la reciprocidad y la complementariedad, desde donde se despliegan la paternidad y la maternidad, la filiación y la fraternidad, y el compromiso de todos por una sociedad mejor.

Sin embargo, vivir en la verdad de nuestro ser varón y mujer no justifica la desigualdad en la responsabilidad de las tareas domésticas, ni la subordinación de un cónyuge a otro. Debemos seguir trabajando para armonizar el rol del varón y de la mujer en las familias y afirmar que ambos son corresponsables en la construcción del futuro de la sociedad.

Nuestra fe nos ofrece una comprensión del ser humano que nos ayuda a superar las tensiones que surgen al examinar las nuevas tendencias culturales. Así, el amor cristiano nos ayuda a entender que amar es servir a Dios y al prójimo. Con esta clave se declina el significado profundo de ser padres y madres, hijos, nietos o abuelos; favoreciendo el diálogo, la paciencia, la bondad,

el perdón y el servicio mutuo (cf. 1 *Co* 13). Profundizar en ello es una fuente fecunda de espiritualidad en el hogar.

Cada miembro de la familia está llamado a aportar de modo original y creativo los dones y talentos que ha recibido. Nadie está exento de cuidar al otro, de tener gestos de delicadeza y ternura, de trabajar con responsabilidad, de escuchar con paciencia, de enseñar con el ejemplo. A este respecto, quisiera destacar a tantas madres que muchas veces sufren y se encuentran solas, teniendo que afrontar numerosas dificultades para poder llevar adelante a sus hijos, para que crezcan sanos y lleguen a ser hombres y mujeres de bien. Quiero agradecer de modo especial a estas mujeres —madres, tías, abuelas— que, con gran valentía, transmiten a las generaciones futuras, con el ejemplo de sus vidas, la fe y la esperanza cierta.

Sabemos también que muchas familias están heridas, divididas por problemas económicos o por la emigración a otro país, lastimadas por la irrupción de los vicios, como la adicción a los juegos de azar y a las apuestas, el alcoholismo y la drogadicción, los abusos o la violencia doméstica. Dios ama a todas las familias, especialmente a las que están atravesando momentos críticos. A ellas quiero decirles: ¡no se rindan ante la dificultad! Miren el ejemplo de la Sagrada Familia, tampoco les resultó fácil construir un hogar. Ellos también, como muchas de nuestras familias, tuvieron que mantener la fe y la confianza en Dios en situaciones de incertidumbre y precariedad, tuvieron que cambiar de ciudad y trabajar para mantenerse, tuvieron que afrontar la soledad, el dolor y la incomprensión. Pero ellos también nos enseñan que, cuando Dios está en nuestra familia, es posible crecer y seguir caminando, afrontar los problemas, estar de pie junto a la cruz y compartir juntos la alegría de la fe.

Un reto muy actual que también han mencionado es el del impacto digital en la familia. Recientemente, en la Encíclica *Magnifica humanitas*, he expresado cómo la tecnología actual tiene el riesgo de suplantar la convivencia real, exponiendo a los miembros de la familia a la distracción y a contenidos, a veces, nocivos. A este respecto, es indispensable una alianza entre la política, las instituciones

educativas y las familias para solucionar juntos los problemas que de ello surgen (cf. n. 142).

Los hijos e hijas de nuestros hogares son al mismo tiempo los ciudadanos de Perú, son los empresarios y trabajadores de nuestras ciudades y campos. Esto nos conduce al mundo empresarial, llamado a ser un verdadero protagonista de la construcción del bien común. La empresa es una comunidad de personas en la que el capital, la dirección y el trabajo deben ordenarse al desarrollo humano integral (cf. *Compendio de la Doctrina social de la Iglesia*, 338). Resulta entonces necesario que la legítima autoridad ayude a empresarios y trabajadores estableciendo un marco jurídico justo y garantizando contemporáneamente un equilibrio razonable entre trabajo, descanso y vida familiar. La estabilidad de sólidas relaciones humanas y económicas en el seno de las familias son una responsabilidad compartida.

Cuando somos conscientes de esta interdependencia vital, descubrimos que el bien común es la conquista conjunta de un bien mayor (cf. Carta enc. *Magnifica humanitas*, 62), para que la riqueza y los recursos de la sociedad no se orienten exclusivamente al beneficio de unos pocos, sino que contribuyan al desarrollo de todos (cf. *ibíd*., 65).

En esta interdependencia, la educación se vuelve un instrumento práctico para que los principios se vuelvan concretos. Educar hoy a nuestros niños concordemente con su propia dignidad, garantiza una sociedad honesta para mañana. A este respecto, un Estado refuerza los cimientos de una sociedad justa y en paz, cuando promueve una política social que se centre en la igual dignidad de las personas, favorezca a las familias, garantice una política educativa para la formación humana e intelectual de los alumnos, así como una política laboral que proteja al mismo tiempo la dignidad del trabajo y la iniciativa privada (cf. *ibíd*., 168).

La centralidad de la dignidad humana ilumina igualmente nuestra manera de comprender la diversidad cultural. Perú es un país bellísimo precisamente por su pluralidad cultural, lingüística, histórica y regional. Como cantamos en un

vals criollo: “ricas montañas, hermosas tierras; risueñas playas, fértiles tierras; cumbres nevadas, ríos, quebradas ¡Es mi Perú!”. Las diferencias favorecen el encuentro y el enriquecimiento mutuo. Precisamente porque somos diferentes creamos común-unidad: comunidad.

Sin embargo, como en toda convivencia humana, a veces, las heridas históricas y la desconfianza hacen difícil comprenderse unos a otros. No es posible aceptar expresiones o comportamientos para clasificar, ofender o juzgar a las personas por su apariencia, procedencia o condición social, bajo el pretexto de ciertas “bromas” o jerga popular. Junto al desarme del lenguaje, mediante la renuncia a palabras hirientes (cf. *Mensaje para la cuaresma 5 febrero 2026*), hemos de desarmar también nuestras actitudes.

Las actitudes agresivas se desarman con la mansedumbre. Jesús mismo nos pide: «Aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón» (*Mt* 11,29). Esa mansedumbre no es debilidad sino fuerza interior que modera la ira y el resentimiento transformándolo en paciencia, diálogo y disposición a la reconciliación. Jesús ha mostrado esta virtud de forma cumbre durante su Pasión, cuando no respondió a las ofensas con violencia ni amenazas. Oremos para que, en el imperio del sol, intipa imperion, seamos reflejos de esa luz, que es Cristo, el «sol que nace de lo alto» (*Lc* 1,79).

En este contexto, cómo no recordar a santo Toribio de Mogrovejo, que difundió el Evangelio sin imposiciones en medio de pueblos diversos con lenguas diferentes, que afrontaron el reto de una convivencia pacífica y de la unidad y comunión en Cristo.

La diversidad cultural puede transformarse en un vehículo de pacificación cuando comenzamos a reconocer al diferente como un hermano que merece ser respetado. La unidad en la diversidad es obra del Espíritu Santo y, al mismo tiempo, es algo que debemos cultivar y reforzar, para ser signos de unidad en Cristo (cf. Hch 2). La Iglesia católica abraza en su seno al mundo entero y al mismo tiempo asume la fisonomía de cada lugar (cf. Carta enc. *Magnifica*

humanitas, 26). Ella habla todas las lenguas (cf. S. Agustín, Sermón 268), como lo evidenció el Catecismo limense.

El reconocimiento de la dignidad humana también exige promover efectivamente la presencia, el respeto y la participación de las mujeres. Su contribución en todos los ámbitos de la sociedad y de la Iglesia es indispensable. Es triste constatar que persiste una mentalidad machista, que se manifiesta en la ausencia del padre en la vida familiar, los abusos y la violencia hacia las mujeres, ignorando la novedad del cristianismo, que reconoce y proclama que ambos poseen igual dignidad y responsabilidad (cf. Benedicto XVI, *Discurso Inaugural de la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, Aparecida*, 2007).

Las mujeres en situación de pobreza o miembros de comunidades indígenas y afroamericanas son susceptibles de sufrir, incluso, una doble marginación (cf. *Documento Aparecida*, 454). Por eso, nos duele constatar que la violencia contra las mujeres —que podrían ser nuestras abuelas, madres, hermanas, hijas — sigue siendo una realidad que hiere a la humanidad entera.

Quisiera reiterar un vehemente llamamiento, no sólo a mis hermanos y hermanas en la fe, sino a cada hombre y mujer de buena voluntad: ¡valoremos a las mujeres! ¡protejamos y respetemos a las niñas! (cf. Carta enc. *Magnifica humanitas*, 57).

La Iglesia valora la riqueza, los talentos y la sensibilidad propios de la mujer, cuyo modelo eximio es la Virgen María, «Mujer nueva y perfecta cristiana que resume en sí misma las situaciones más características de la vida femenina» (S. Pablo VI, *Exhort. ap. Marialis cultus*, 36). Del Evangelio, en efecto, emerge su figura de mujer libre y fuerte, orientada siempre al verdadero seguimiento de Cristo y a acompañar la misión de la Iglesia (cf. *Documento Aparecida*, 266).

Queridos hermanos, queridas hermanas: la familia, el ámbito empresarial, la diversidad cultural y el rol de las mujeres convergen, por tanto, en una misma

exigencia: construir una sociedad en la que cada persona pueda vivir con dignidad y contribuir al bien de todos. Las estructuras justas son necesarias, pero no suficientes. También se requieren corazones honestos en la búsqueda del bien común para superar la corrupción, la violencia y el individualismo (cf. Carta enc. *Magnifica humanitas*, 169).

Como discípulos misioneros de Jesucristo, hagamos de nuestros hogares escuelas de fraternidad; de nuestras empresas, comunidades de trabajo digno y responsabilidad social; de nuestras diferencias culturales, oportunidades de encuentro; y de nuestras instituciones, espacios donde las mujeres y los hombres puedan participar y contribuir al bien común. Así avanzamos hacia una sociedad más justa y en la que la dignidad de cada persona es el fundamento de una paz verdadera. Muchas gracias.

Después del discurso:

¡Muchas gracias! Ahora, hermanas y hermanos, les invito a rezar juntos con las mismas palabras que Jesucristo nos enseñó. Padre Nuestro…

[Bendición]

¡Dios bendiga al Perú!

Este artículo se publicó en Vatican.va. Puede leer aquí el original.

Índice - Volver al índice general

Viaje apostólico a Perú

Discurso del Santo Padre León XIV

Vigilia de oración con los jóvenes y los universitarios

Estadio Nacional del Perú (Lima) - Jueves, 12 de noviembre de 2026

Vatican.va

¡Buenas noches Lima!, ¡el Callao!, ¡el Carabayllo!, ¡Estarán de Lurín y Chosica! Buenas noches a todos. Alguien me ha dicho que en el Perú hace falta un signo de esperanza; pues hoy aquí en el Estadio Nacional son ustedes el signo de esperanza.

¡Qué alegría encontrarme con ustedes! Gracias por este recibimiento tan afectuoso. Agradezco las palabras del Cardenal Castillo y las preguntas que los jóvenes me han dirigido, así como la sinceridad con que Joao, Emily y sor Luzbinda nos han abierto sus corazones. Lo que nos han contado me ofrece la ocasión de compartir con ustedes una escena del Evangelio de san Juan.

Un día, Juan el Bautista estaba con dos de sus discípulos cuando vio pasar a Jesús. Señalándolo, dijo: «Este es el Cordero de Dios» (1,36). Al escuchar esto, los dos comenzaron a caminar detrás de Él. El Señor, al darse cuenta de que lo seguían, los miró y les preguntó: «¿Qué buscan?» (v. 38). ¡Qué hermosa pregunta! Son las primeras palabras de Jesús que aparecen en este Evangelio. Quisiera que cada uno de ustedes escuchara esa pregunta como si Jesús se la hiciera hoy: ¿Qué buscas? ¿Qué deseas encontrar? ¿Qué esperas de la vida?

No tengan prisa por responder. Hay preguntas que nos acompañan durante mucho tiempo. Piensen en aquello que más los entusiasma, en las personas que aman y en los sueños por los que estarían dispuestos a luchar. Piensen también en esas inquietudes que a veces les roban el sueño y en lo que les gustaría cambiar. Jesús se interesa por todo ello, porque se interesa por ustedes.

Hay una palabra que puede ayudarnos a comprender esa búsqueda: *pasión*. La utilizamos para hablar de aquello que amamos intensamente, que despierta nuestro entusiasmo y nos mueve a entregar lo mejor de nosotros mismos. Pero

también nos recuerda el sufrimiento, las experiencias que parecen apagar nuestras ganas de seguir adelante. Hay jóvenes que se sienten solos, incluso estando acompañados. Otros cargan con el dolor de una pérdida o con la incertidumbre acerca de su futuro. A veces nos preguntamos por qué Dios permite ciertas cosas o por qué parece guardar silencio cuando más lo necesitamos.

Recordemos entonces cómo el Bautista presentó a Jesús: «Este es el Cordero de Dios». Aquellos discípulos todavía no podían comprender lo que anunciaba ese nombre. Más adelante descubrirían su significado a la luz de la *Pasión* del Señor, que entregó su vida en la cruz. Jesús también conoció la angustia y la oscuridad del sufrimiento. Desde la cruz llegó a exclamar: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (*Mc* 15,34). Cristo, en medio de aquel sufrimiento, siguió amando. Él no quiso la cruz; quiso nuestra salvación: por amor a nosotros, aceptó cargar con ella hasta el final. Así, aquel instrumento de muerte se convirtió, por su entrega, en el lugar donde se manifestó su amor apasionado, capaz de vencer a la muerte.

Queridos jóvenes, cuando sufran, acudan a Jesús. No tengan miedo de hablarle con sinceridad, incluso cuando les cueste encontrar palabras para rezar. Él conoce nuestras lágrimas y las preguntas que todavía no sabemos responder. Busquen también la compañía de quienes los quieren: hay dolores que necesitan tiempo y una mano amiga. La fe nos sostiene en ese camino y nos recuerda que el sufrimiento nunca tiene la última palabra. ¡Apasiónense por todo lo que merece la pena, por lo que es verdadero, bueno y bello! Cultiven sus talentos, descubran la riqueza de su cultura, atrévanse a emprender proyectos generosos. El Papa Francisco recordaba que esa «inquietud insatisfecha» puede impulsarnos a tomar la vida en nuestras manos y hacernos responsables de una misión (cf. Exhort. ap. postsin. *Christus vivit*, 138). No se conformen con vivir siguiendo lo que otros esperan de ustedes. Dios los ha creado capaces de realizar un bien que nadie más podrá hacer exactamente de la misma manera.

Volvamos ahora a los dos discípulos. A la pregunta de Jesús respondieron: «Maestro, ¿dónde vives?». Y Él les dijo: «Vengan y vean» (*Jn* 1,38-39). ¡Qué respuesta tan sencilla! Aquellos hombres querían conocer a Jesús, compartir algo de su vida. El Señor no les explicó de antemano todo lo que les esperaba. Para comenzar, bastaba con aceptar aquella invitación. Así comienza también la vocación, la segunda palabra que quisiera compartir con ustedes. Todos nos preguntamos qué hacer con nuestra vida y a quién vale la pena entregarle lo mejor de nosotros. Hay respuestas que sólo descubrimos cuando nos atrevemos a caminar con Jesús. San Pablo nos recuerda que Dios nos eligió en Cristo antes de la creación del mundo (cf. *Ef* 1,4). ¡Antes de que existiéramos, ya éramos amados por Él!

A veces nos preguntamos si seguir la voluntad de Dios implica renunciar a nuestros sueños. De ese temor puede nacer una sospecha todavía más peligrosa: creer que Dios nos priva de algo y que, para disfrutar plenamente de la vida, necesitamos experimentar también el pecado (cf. *Gn* 3,5). Queridos amigos, quisiera que grabaran en su corazón aquellas palabras del Papa Benedicto XVI: «el mal envenena siempre» (*Homilía, 8 diciembre 2005*). ¡No se dejen engañar! ¿Cómo nos daría felicidad aquello que nos hace daño? Dios conoce nuestros deseos más profundos, incluso mejor que nosotros mismos. Él ha puesto en nosotros el deseo de amar y ser felices, y quiere llevarlo a su plenitud.

Como sucedió con los primeros discípulos, muchas veces todo comienza con una invitación sencilla: la de un amigo, una experiencia de servicio o el encuentro con alguien cuya vida nos hace preguntarnos qué importa de verdad. También las historias que hemos escuchado esta tarde comenzaron con una invitación. Lo importante es aprender a reconocer la voz del Señor. Por eso, queridos jóvenes, reserven momentos de silencio ante el Santísimo para encontrarse con Él. Háblenle de sus proyectos y déjense interrogar por su Palabra. No tengan miedo de preguntarle qué espera de ustedes. A algunos los llamará al sacerdocio o a la vida consagrada; a otros, los llamará al matrimonio y a formar una familia. Todos están llamados a poner sus capacidades al servicio de los demás.

Quizá alguno piense que ha cometido demasiados errores o que ya es tarde para comenzar de nuevo. Y yo quisiera decirle: mira a Jesús. Él conoce tu historia y sigue invitándote a caminar con Él. No necesitas tener resuelto todo tu futuro para responderle. Da el paso que hoy puedas dar. Confía en su amor y permite que te acompañe. Muchas veces el Señor nos va mostrando el camino mientras lo recorremos.

El Evangelio continúa con un detalle precioso: aquellos discípulos «se quedaron con Él aquel día» (*Jn* 1,39). San Juan recuerda incluso la hora: eran aproximadamente las cuatro de la tarde. Aquel encuentro había dejado una huella que el paso de los años no pudo borrar. ¡Se quedaron con Jesús! Así comenzó una relación que crecería mientras compartían el camino. Y así llegamos a la tercera palabra que quisiera confiarles: *amistad*. También nuestra vocación crece cuando aprendemos a permanecer junto al Señor, a escucharlo y a compartir con Él nuestras alegrías y preocupaciones. Con el tiempo, aquellos discípulos descubrirían hasta dónde llegaba su amor. Durante la Última Cena, Jesús les diría: «A ustedes los llamo amigos» (15,15). Y aquella misma noche pronunciaría unas palabras que quedarían cumplidas la tarde del viernes santo: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (v. 13).

¡Ese es el Amigo que los llama! Cultiven esa amistad en la oración, en la Eucaristía y en la escucha de su Palabra. Cuanto más aprendemos a amar a Jesús, más capaces somos de amar como Él. De nuestra amistad con Cristo nace también una amistad más verdadera con los demás, que busca sinceramente su bien, sabe perdonar y permanece fiel, especialmente en las dificultades. ¡Qué hermoso es encontrar amigos que nos hacen crecer y nos acercan a Dios!

La Iglesia nace y vive de esa amistad con Cristo. En ella encontramos hermanos que nos ayudan a seguir adelante. Todos necesitamos que alguien nos escuche, que nos anime cuando faltan las fuerzas o que sencillamente permanezca a nuestro lado. Por eso, no crean que siempre deben mostrarse fuertes, especialmente quienes coordinan grupos o acompañan a otros. Déjense cuidar. Recuerden que también Jesús, en Getsemaní, quiso tener cerca a sus amigos en

la hora de la angustia (cf. *Mt* 26,38). No tengan miedo de confiarles sus penas y de buscar en ellos el sostén que necesitan.

Hay un último detalle del Evangelio que quisiera mencionar. Después de aquel encuentro, Andrés fue a buscar a su hermano Simón para decirle: «Hemos encontrado al Mesías» (*Jn* 1,41) y lo llevó a conocer a Jesús. ¡Hagan ustedes lo mismo! Piensen especialmente en quienes atraviesan momentos difíciles. Un gesto de amistad puede cambiar el rumbo de una vida. No tengan miedo de hablar de Jesús y de mostrar con su vida cuánto bien les hace su amistad.

Queridos jóvenes, escuchen la invitación de Jesús y atrévanse a seguirlo. Quisiera repetirles hoy que el Señor «no quita nada, y lo da todo» (Benedicto XVI, *Homilía en la Misa de inicio del Ministerio petrino*, 24 abril 2005). ¡Fíense de Cristo! Confíen en Él como en un verdadero amigo, que los conoce, los ama y nunca los abandona. Esa confianza hará crecer cada día su amistad. Pidámosle al Señor, por intercesión de la Virgen María y de los santos peruanos, que aumente cada día esa confianza, que nos ayude a vivir con pasión nuestra vocación y a permanecer siempre en su amistad. Entonces digamos juntos una sencilla oración que nos ayude a confiar cada día más en Jesús. Les invito a repetir conmigo:

Jesús, en ti confío.
Jesús, en ti confío.
Jesús, en ti confío.
¡Ven, Señor Jesús!
Ven a mi corazón,
ven a mi familia,
ven a mi comunidad.
¡Ven pronto a mi vida!
¡Ven pronto, Señor!

Palabras del Santo Padre desde el balcón de la Nunciatura Apostólica

Buenas noches. Muchas gracias por esta presencia tan hermosa, por este entusiasmo, porque todos estamos buscando estar unidos siempre en Jesucristo. Vamos a pedir la bendición de Dios sobre todos ustedes, para que nos ayude a ser siempre fieles, que abramos nuestro corazón, que sepamos escuchar su palabra, sobre todo que estemos unidos como hermanas y hermanos en Cristo.

El Señor esté con ustedes. Bendito sea el nombre del Señor.

Nuestro auxilio es en el nombre del Señor.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo, y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes.

Muchas gracias. Buenas noches

Este artículo se publicó en Vatican.va. Puede leer aquí el original.

Índice - Volver al índice general

Viaje apostólico a Perú

Homilía del Santo Padre León XIV

Santa Misa

Explanada ante las "Pampas de Pimentel" (Chiclayo) - Viernes, 13 de noviembre de 2026

Vatican.va

Queridos hermanos y hermanas:

¡Qué alegría volver a Chiclayo! Es una bendición para mí estar de nuevo con ustedes. Gracias por su cariño, el apoyo y sus oraciones, en particular por mi salud en estos momentos de prueba que, con la ayuda de Dios, estoy superando. Al ver sus rostros me nace de manera espontánea una oración de acción de gracias al Señor por las bendiciones que ustedes han sido y son para mi vida y para mi ministerio episcopal. Los tengo muy presentes en mis plegarias; también les pido que sigan orando por mí para que Nuestro Señor Jesucristo me conceda la gracia de continuar confirmando a mis hermanos en la fe.

La liturgia de hoy nos invita a dirigir nuestra mirada hacia el deber urgente e ineludible de todo bautizado: el anuncio del Evangelio. Y, al mismo tiempo, nos da la oportunidad de crecer en la conciencia de que todos los cristianos, ministros ordenados y fieles laicos, somos discípulos misioneros, sin importar nuestra función en la Iglesia ni el grado de ilustración de la fe que tengamos. En la Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, el Papa san Pablo VI recordó que ningún bautizado puede ser indiferente a la tarea de la evangelización, porque esta constituye la misión esencial de la Iglesia, su vocación más profunda y su razón de ser.

Dios, en su sabiduría, ha querido que la Iglesia fuera "como un sacramento universal de salvación" (cf. Conc. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium* 1; 48). Esta, sostenida por el Espíritu Santo, lleva adelante la misión de anunciar a Jesucristo, para que, en obediencia al mandato misionero que recibió de Él (cf. *Mt* 28,19-20), su obra redentora alcance a todos los confines de la tierra y transforme las realidades humanas según los valores del Evangelio.

El anuncio de Jesucristo es una tarea crucial; frente a ella, con frecuencia nos sentimos inadecuados. Como discípulos misioneros del siglo XXI, ¿cómo

podemos anunciarlo hoy? Como familia, comunidad parroquial o comunidad diocesana, ¿cómo podemos llevar adelante la misión de evangelizar? La respuesta a estas preguntas es: a través del testimonio de una vida auténticamente cristiana y coherente. Primero: poner a Jesucristo en el centro, tanto del anuncio como de la existencia. Luego, la coherencia, no podemos pensarla solo como fruto de la propia voluntad, sino también como una gracia que hemos de implorar al Señor, y que estamos llamados a secundar con nuestro compromiso y esfuerzo personal. Porque solo Él tiene la fuerza de transformar nuestras vidas para que tengamos un impulso renovado en el anuncio y la transmisión de la fe y, de este modo, ayudar a los hermanos y hermanas que encontramos durante nuestro peregrinar, a vivir una relación personal con Cristo, para descubrir la alegría del Evangelio.

El encuentro personal con Jesucristo ?un don que no se nos niega? tiene su centro de gravedad en la Última Cena, donde Él, al entregar su cuerpo como pan de vida y su sangre como bebida de salvación (cf. *Mt* 26,26-28), pide al Padre que todos sus discípulos sean uno, para que el mundo crea (cf. Jn 17,21). El Señor nos espera, principalmente, en la Eucaristía y en la Palabra, las dos mesas de las que vivimos y nos nutrimos. Pero también viene a nuestro encuentro en la comunión eclesial y en la acogida fraterna de nuestro prójimo, en quien se hace presente y necesitado. Por tanto, evangelizar no es imponer doctrinas ni confiar en estructuras eficaces, sino dar testimonio de ese encuentro real con Jesucristo.

La evangelización, en efecto, se centra en el testimonio de vida y la cercanía comunitaria. Sin el testimonio, no es posible el anuncio explícito de Jesucristo. Como nos recordaba el Papa Francisco, la evangelización se fundamenta en la fe y en «la belleza del amor salvífico de Dios manifestado en Jesucristo muerto y resucitado» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 36), y no en los persuasivos discursos de la mera sabiduría humana ni en el proselitismo (cf. 1 *Co* 2,1-5). Esta es además una tarea plasmada por el júbilo, puesto que la alegría del Evangelio se renueva y se multiplica al compartirlo.

La trasmisión alegre y vivificante del mensaje de salvación comporta, por nuestra parte, una actitud de humildad y solicitud, un respeto profundo a la conciencia y la libertad de cada persona. En esta tarea, puede sernos de ayuda el recuperar la "oración compartida", sobre todo en los hogares, haciendo memoria de que las familias cristianas constituyen el núcleo misionero, porque como "pequeñas Iglesias domésticas", llevan a sus miembros a participar activamente en la vida de las comunidades locales, de la gran comunidad de la Iglesia universal y de toda la sociedad.

En este sentido, la lectura de la segunda carta de Juan, que hemos escuchado, nos ayuda asimismo a considerar cómo la dimensión de la caridad es indispensable para evangelizar: la proclamación de la fe va unida a la caridad y la ayuda a los más necesitados. En esa carta, Juan hace un llamado urgente al amor fraterno: para un bautizado el amor hacia el prójimo es el corazón del mensaje cristiano; el mandamiento recibido «desde el principio» (2 *Jn* 1,5). Un amor práctico, comprometido y respetuoso que evidencia, además, el vínculo indisoluble entre el anuncio evangélico y la búsqueda de la transformación de las estructuras de la convivencia humana (cf. Carta enc. *Magnifica humanitas*, 30).

Al mismo tiempo, la caridad es inseparable de la verdad, que no consiste en una teoría, una idea abstracta o una utopía, sino en una persona, Jesucristo, que nos invita a conformar nuestras vidas con la suya, en fiel obediencia a sus mandamientos. La consonancia entre caridad y verdad nos pide hacer concreta nuestra fe difundiendo con alegría renovada el fragante perfume de la santidad. Recordemos que, sin verdad, el amor cae en mero sentimentalismo, y la verdad sin amor se vuelve rígida y fría (cf. Benedicto XVI, Carta enc. *Caritas in veritate*, 3).

Por eso, la evangelización debe enfrentarse hoy a las condiciones y dinámicas cambiantes en la transmisión de la fe. En algunas regiones del mundo, esta transmisión se ha interrumpido casi por completo; esta situación exige de todos nosotros el valor de asumir nuevos desafíos, como la indiferencia religiosa, el materialismo o el egoísmo, que dictan decisiones cotidianas. Este compromiso

nos llama a mantener la armonía entre un corazón lleno de amor a Dios y al prójimo y una mente anclada en la verdad del Evangelio.

Queridos amigos: la misión no se improvisa. Anunciamos lo que hemos encontrado, más aún, la salvación que hemos experimentado, el perdón de los pecados que se nos ha concedido y el descubrimiento del sentido auténtico de la vida, porque «todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús» (Francisco, Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 120).

Ruego al Señor que este amor inflame la vida de cada uno de nosotros que, como bautizados, como comunidad cristiana, salgamos al mundo, para contagiar a los demás con la alegría que nace del encuentro con el Señor resucitado y hacerla presente en el seno de nuestras familias; en nuestros entornos de trabajo, con el buen desempeño de nuestra labor profesional; en el ámbito público, desafiando a la tentación de relegar la fe a la esfera individual. En este compromiso apostólico, la Iglesia nos ayuda a tomar conciencia de que, como piedras vivas, tenemos una común responsabilidad en la construcción del templo de Dios (cf. 1 *Pe* 2,5).

Queridos hermanos y hermanas: el mundo nos espera y la misión está en sus inicios. Por eso los invito ?ya desde esta primera celebración de nuestro reencuentro ante el altar del Señor? aquí en Chiclayo y en todo el Perú, a que asumamos el compromiso de compartir la viva esperanza, que es Jesucristo, y "desbordemos" de Evangelio nuestros caseríos, los pueblos y ciudades para proclamar a todos la "gloria del Señor". Que la intercesión de Nuestra Señora de la Evangelización nos ayude en la tarea de anunciar la Buena nueva a toda la creación (cf. *Mc* 16,15). Así sea.

Este artículo se publicó en Vatican.va. Puede leer aquí el original.

Índice - Volver al índice general

Viaje apostólico a Perú

Discurso del Santo Padre león XIV

Encuentro con los obispos, los sacerdotes, los religiosos, las religiosas, los seminaristas, los equipos sinodales y los consejos pastorales

Santuario de Nuestra Señora de la Paz (Chiclayo) - Viernes, 13 de noviembre de 2026

Vatican.va

¡Muy buenas tardes a todos! ¡Gracias por esta bienvenida!

Agradezco a monseñor Edinson las palabras que me ha dirigido en nombre de todos, como también los testimonios que hemos escuchado.

Mi saludo cordial a todos los presentes: sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas, seminaristas, equipos sinodales, consejos pastorales y hermanos todos venidos de las parroquias de la diócesis de Chiclayo y de distintas regiones del Perú. Y creo que han venido también algunos de Ecuador. ¡Bienvenidos! Bienvenidos a este encuentro. Gracias por su presencia, en este santuario dedicado a María nuestra Madre en su advocación de Nuestra Señora de la Paz.

Queridos hermanos y hermanas: al venir hoy entre ustedes como Sucesor del apóstol san Pedro, siento aún más fuerte el vínculo que nos une en Cristo y en su cuerpo, que es la Iglesia, misterio de comunión, pueblo de Dios en camino a través de la historia. Ustedes mismos representan muy bien la riqueza de este Pueblo, en la variedad de carismas y ministerios. Una dimensión integrante de la Iglesia, promovida con mucho entusiasmo por el Papa Francisco, es la sinodalidad, que significa caminar juntos, escuchar, discernir y participar

corresponsablemente en la misión. Entonces nos preguntamos: ¿cómo podemos ser una Iglesia más sinodal y misionera?

En la base está nuestro vínculo con Cristo, arraigado en el Bautismo. Todos sabemos que el fundamento de la identidad cristiana es el Bautismo. Por él fuimos incorporados a Cristo, hechos hijos de Dios, miembros de la Iglesia católica y partícipes de su misión. Antes de cualquier servicio, cargo, profesión o ministerio, somos bautizados. Nuestra primera identidad es la de hijos e hijas de Dios y miembros de su Pueblo. Como bautizados participamos todos del sacerdocio de Cristo y de su misión profética; por lo tanto, toda la comunidad es corresponsable en la evangelización. El Bautismo es una vocación permanente a escuchar la Palabra, celebrar la fe, vivir la caridad, participar en la comunidad, anunciar el Evangelio y servir especialmente a los pobres y excluidos.

El primer testimonio que deben dar las comunidades cristianas es el amor fraterno entre sus miembros, reflejo de la Santísima Trinidad (cf. *Jn* 13,34-35; 17,22-23). No hay misión sin comunión.

La comunión de la Iglesia, que la hace signo e instrumento de la unión con Dios y de la unidad del género humano (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. Lumen gentium, 1), no es uniformidad. La auténtica comunión valora la diversidad de culturas, vocaciones, carismas y ministerios como una riqueza y los promueve. En esa línea, la autoridad dentro de la Iglesia debe ejercerse como servicio, discernimiento y aprecio de los carismas o las iniciativas, pues la participación de los laicos no es una concesión, sino una expresión de su dignidad bautismal. Una Iglesia sinodal, por otra parte, comparte las alegrías, esperanzas, tristezas y angustias de la humanidad, especialmente de los pobres y de los que sufren como enseña el Concilio Vaticano II (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. Gaudium et spes, 1). Escuchar la realidad social y cultural, defender la dignidad humana, acompañar a las familias, los jóvenes, los migrantes, los pueblos originarios, las personas en situaciones de pobreza, el compromiso con la justicia, la paz y el bien común no son tareas opcionales, son exigencias de nuestra misión eclesial.

“Sinodalidad” expresa la idea de caminar juntos. Es una dimensión constitutiva de la Iglesia, que manifiesta al Pueblo de Dios en camino y a la asamblea convocada por el Señor resucitado. Hermanos y hermanas: los animo a descubrir cada vez más la belleza de ser comunidades sinodales. ¿Y cómo? Intentando que cada uno ofrezca su propia contribución, como piedras vivas de un edificio espiritual (cf. 1 *Pe* 2,4-5), según las diversas vocaciones y los múltiples dones y ministerios animados por el único Espíritu Santo (cf. 1 *Co* 12,1-31).

Esto requiere una espiritualidad fundada en la oración, la escucha de la Palabra, la participación en la Santa Misa, la adoración eucarística, el diálogo fraterno y el discernimiento comunitario. Se trata de un estilo de vida comunitario y pastoral que debe interiorizarse para que pueda ponerse en práctica de manera coherente. De hecho, es fácil hablar de sinodalidad, pero llevarla a la práctica es un reto y exige que todos revisen sus actitudes y comportamientos, empezando por los pastores, los primeros servidores de la comunidad.

Para que las diócesis y las parroquias puedan adoptar este estilo sinodal de comunión, participación y misión, vale la pena revitalizar el papel de los consejos pastorales, en los que algunos de ustedes aquí presentes están comprometidos. Aunque su voto es consultivo, su importancia eclesial es grande: ayudan a escuchar a la comunidad, a conocer la realidad, a discernir prioridades y a formular respuestas más adecuadas. Por lo tanto, los exhorto a que se garantice que cada comunidad pueda contar con su propio consejo pastoral, cuyos miembros se comprometan también a recibir una formación adecuada.

Queridos amigos y amigas, finalmente quisiera agradecer a cada uno de ustedes por su entrega generosa a la causa del Evangelio. Los animo a perseverar en esta tarea. Que Nuestra Señora de la Paz bendiga sus esfuerzos por hacer que el reino de Dios se arraigue en esta tierra norteña y dé muchos frutos para gloria de Dios y en bien de las almas. Muchas gracias.

Ahora vamos a entrar de nuevo en espíritu de oración, tan importante en nuestra vida.

Ya seamos obispos, sacerdotes, consagrados, consagradas o laicos. Tenemos que vivir esta dimensión de la oración para estar siempre unidos a Cristo. Entonces, vamos a orar juntos con las palabras que Jesús mismo nos enseñó.

Este artículo se publicó en Vatican.va. Puede leer aquí el original.

Índice - Volver al índice general

Viaje apostólico a Perú

Homilía del Santo Padre León XIV

Santa Misa

Explanada de Santa Cruz de Succhabamba (Santa Cruz de Succhabamba) - Sábado, 14 de noviembre de 2026

Vatican.va

Saludo espontáneo a fieles congregados en la Parroquia de la Inmaculada en Santa Cruz de Succhabamba

Hermanas y hermanos:

Con cuanta alegría, una vez más, me encuentro con ustedes aquí en Santa Cruz. Es como un sueño muy grande que el Señor ha permitido: que un servidor llegue hasta aquí, también en esta visita pastoral a la Diócesis de Chiclayo y a

todo el Perú. Estoy muy contento de poder encontrarles a todos ustedes, a los cruceños y a los que han venido de más lejos.

El Señor, en el Bautismo, nos llama a todos a ser sus discípulos misioneros. Desde los más pequeños hasta los más grandes. Las personas que sufren por la enfermedad y por otros motivos también nos dan un testimonio hermoso de su fe, con su fidelidad y su oración. Ustedes también forman parte de la Iglesia; queremos estar cerca de ustedes. Les invitamos a rezar los unos por los otros, por un servidor, por todas las personas que necesitan la ayuda de Dios. Y que así estemos siempre unidos. Que caminemos todos juntos como Pueblo de Dios, hijos de Dios, hijos del mismo Padre. Felicidades a todos; les doy la bendición y saludaré a unos pocos porque, como saben, después tenemos la celebración de la Santa Misa.

El Señor esté con ustedes.

(Bendición Apostólica)

Homilía

Queridos hermanos y hermanas: ¡Bienvenidos todos a esta celebración y gracias a Santa Cruz por esta acogida!

«Este es el día que hizo el Señor: alegrémonos y gocemos en él» (*Sal* 117,24). En esta Eucaristía vengo, como lo he hecho tantas veces, a compartir con ustedes mi alegría de discípulo y misionero de Cristo. Nos encontramos en Santa Cruz, nos encontramos en el Departamento de Cajamarca, nos encontramos en esta cordillera de los Andes peruanos, con estas hermosas colinas, con quebradas, sus valles fértiles, en una tierra de raíces andinas, donde floreció el Imperio Inca, y cuna de una profunda fe cristiana. Muchos de ustedes han recorrido largas distancias para estar aquí. Algunos han venido de comunidades campesinas, dejando familias, chacras y ocupaciones. El camino

que han recorrido, además de ser un viaje por rutas difíciles, es una peregrinación de fe. Cada paso y cada esfuerzo, en efecto, expresan un único deseo. El único deseo es este: encontrar a Jesús, aquí venerado, en Santa Cruz, con la imagen del Señor del Costado, han venido para encontrarse con Cristo, escuchando su Palabra, para recibir su Cuerpo y su Sangre y, nutridos con ese alimento, fortalecerse en la esperanza.

La primera lectura, tomada de la tercera Carta del apóstol san Juan (cf. 3 *Jn* 1,5-8), recoge parte de las recomendaciones dirigidas a un cristiano llamado Gayo. Tras subrayar su conocida benevolencia, se le pide que cuide de los misioneros itinerantes y se les provea de lo necesario para el viaje, recordando que, por el nombre de Cristo, «han salido sin aceptar nada de los paganos» (v. 7). El mismo prodigio se repitió, hace cinco siglos, entre estas montañas, testigos silenciosos del nacimiento de las primeras comunidades cristianas, por obra de misioneros que vinieron, en repetidas ocasiones, sin provisiones ni recomendaciones, a anunciar el nombre de Jesús y el amor del Señor de los Milagros de Andabamba y su Madre Inmaculada.

Con la llegada de los primeros evangelizadores, desde Toribio de Mogrovejo hasta los Mártires de Chimbote, la semilla del Evangelio en estas tierras nunca ha dejado de germinar y de dar fruto, de modo discreto, lejos de los aplausos y de los grandes reconocimientos. Así, la fe en los Andes ha crecido sencilla y genuina, fundada en la vivencia cotidiana de los valores evangélicos y expresada en tradiciones y fiestas que unen pueblos y generaciones, hasta convertirse en un carácter y un estilo de vida en el que nadie se siente nunca solo, ni siquiera frente a las adversidades. Podemos decir que la cordialidad y la alegría que caracterizan a tantas regiones andinas tienen su raíz en el respeto y el amor por los mandamientos del Señor (cf. *Sal* 111,1), y reflejan «una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer» (S. Pablo VI, Exhort. ap. *Evangelii nuntiandi*, 48). Por eso el Papa Francisco, en *Evangelii gaudium*, habló de la piedad popular como de una poderosa fuerza de evangelización, en la que «la fe recibida se encarnó en una cultura y se sigue transmitiendo» (n. 123). Ella valora cosas esenciales como la tierra, el trabajo

honesto, la familia, y ofrece un antídoto saludable contra la superficialidad y el consumismo, hoy tan extendidos.

Deseo, por ello, recordar con gratitud a los numerosos sacerdotes, religiosos y religiosas misioneros que, a lo largo de los siglos, se han esforzado con generosidad y dedicación por difundir el Reino de Dios entre estos cerros. Nuestra oración de acción de gracias se eleva también por los catequistas que, no sin sacrificios, en ausencia muchas veces de los presbíteros, a menudo cuidan pastoralmente las comunidades, guiando a los hermanos y hermanas en la celebración de la Liturgia de la Palabra, preparándolos para los sacramentos, visitando a los enfermos y atendiendo diversas necesidades. Oremos de modo especial por aquellos a quienes el Señor ya ha llamado a sí, cuyo recuerdo permanece vivo en las comunidades. Sin ellos, la evangelización habría sido muy difícil en estas regiones remotas. Demos gracias al Señor por tantos laicos comprometidos de distintas maneras en el anuncio misionero, tanto aquí como en el mundo.

En el Evangelio (cf. *Lc* 18,1-8) hemos escuchado a Jesús hablar de una viuda ? símbolo de fragilidad social y de dependencia? en el contexto cultural de la época. Indefensa y oprimida, la pobre mujer pedía justicia con insistencia a un juez, quien, sin temor de Dios ni respeto por los hombres, permanecía indiferente a sus súplicas. Solo gracias a su perseverancia obtuvo, al final, justicia.

Según las palabras de Jesús, la parábola nos recuerda, ante todo, cuán importante es orar sin desanimarnos nunca. Pero es también una invitación a abrir los ojos ante tantas situaciones dolorosas que nos rodean. La súplica que la viuda dirige al juez ?«Hazme justicia frente a mi adversario» (v. 3)? resuena por desgracia todavía hoy, desoída, en los labios de tantos hombres y tantas mujeres. Esto es motivo de gran preocupación, tanto para la Iglesia como para la sociedad. Pensemos, por ejemplo, en estos lugares, en el sufrimiento de quien se ve obligado a abandonar su patria para buscar un futuro mejor, para sí y para los suyos, en las grandes ciudades de la costa; o en las dificultades de relevo generacional ligadas al fenómeno de la baja natalidad, que vacían los pueblos; o

en el desafío de la distribución equitativa de los beneficios derivados de los recursos de la tierra.

Frente a tantas dificultades, se puede tener la tentación de ceder al desaliento, al resentimiento o incluso a la violencia, pero esta nunca será el camino del progreso y de la paz. La viuda de la parábola nos muestra que el egoísmo, la injusticia y la maldad no se vencen con la brutalidad, sino con la oración, con la paciencia, con la perseverancia en denunciar lo que no está bien, pidiendo con fuerza y trabajando con empeño para que se realicen los cambios necesarios, sin perder nunca la confianza en Dios. Entonces, como sucede en la cima del Cerro Cotorumi, a través de la cruz se ve el cielo.

Lo que sostiene la tenacidad de la mujer del Evangelio es la fe, como indica la pregunta que concluye el relato de Jesús: «El Hijo del hombre, cuando venga, ¿encontrará la fe en la tierra?» (v. 8). Hay un estrecho vínculo entre fe, oración y acción. Donde hay fe, hay oración, y donde hay oración, hay capacidad de compromiso por los demás. Ustedes, habitantes de estas tierras, lo saben bien. A pesar de muchas dificultades, nunca han perdido la confianza en Dios ni, con su ayuda, en ustedes mismos. Es la fe la que los hace grandes en sus aspiraciones y en sus proyectos. A este respecto, quisiera elogiar a quienes, con ingenio y espíritu emprendedor, se esfuerzan por dar trabajo digno a las personas: campesinos, comerciantes, pequeños empresarios y tantos otros que aquí, día tras día, emplean los talentos recibidos en favor de las comunidades, contribuyendo a promover, mediante el empleo, auténticos modelos de desarrollo humano integral (cf. Carta enc. *Magnifica humanitas*, 181).

Queridos hermanos y hermanas: el Señor conoce los caminos que ustedes recorren, las fatigas, las preocupaciones, los desafíos que afrontan; entiende la esperanza de los jóvenes, inspira la sabiduría de los ancianos, y no los abandona. Cuando el alma deambula sin destino, Él es el camino. Cuando falta la fuerza, Él es el alimento. Cuando surge el desaliento, es Él quien reaviva la esperanza. Pidamos a la Inmaculada Concepción que no deje de protegernos bajo su manto y que la Eucaristía que celebramos renueve en todos nosotros la fe, fortaleciendo el compromiso y la dedicación. Y que el *Señor del Costado*,

venerado con tanta devoción aquí en Santa Cruz, los bendiga, los proteja y les inspire siempre pensamientos y gestos de unidad, de caridad y de paz.

_____

Palabras espontáneas del Santo Padre al final de la Misa

Queridos hermanos y hermanas:

Antes de dar la bendición final, solo quiero compartir una breve reflexión más. Hemos escuchado las palabras del Evangelio donde pregunta Jesús: "cuando vuelva el Hijo del Hombre, ¿encontrará fe en la tierra?" Yo sé que, si Jesús decide venir a Santa Cruz, va a encontrar la fe. Gracias por su testimonio. Gracias por su fidelidad en la Iglesia. Gracias por acompañarnos en esta hermosa jornada.

Este artículo se publicó en Vatican.va. Puede leer aquí el original.

Índice - Volver al índice general

Viaje apostólico a Perú

Discurso del Santo Padre León XIV

Encuentro de oración con la comunidad católica con motivo de la Clausura del Año Jubilar de Santo Toribio de Mogrovejo

Santuario de Santo Toribio de Mogrovejo (Zaña)- Sábado, 14 de noviembre de 2026

Vatican.va

Queridos hermanos y hermanas:

Siento una profunda alegría por encontrarme aquí con ustedes. ¡Cuánto he deseado que llegara este momento! Mientras venía hacia aquí, han vuelto a mi memoria tantos recuerdos de los años en que el Señor me confió el cuidado de esta querida diócesis. Entre ellos, hay uno que conservo de manera especial: la noche anterior al comienzo de mi ministerio como obispo de Chiclayo.

Recuerdo que la pasé en oración, pidiendo al Señor, por intercesión de santo Toribio, que me concediera la gracia de ser un pastor según su corazón. No sabía entonces todo lo que me esperaba ni cuánto iba a recibir de ustedes. Gracias por recibirme con el gozo y la hospitalidad que los caracterizan, por tantos gestos de cariño y también por los sabrosos alimentos que con tanto esmero me han preparado. Hasta esos sabores tan conocidos me han hecho recordar los buenos momentos que pasé aquí. Gracias por hacerme sentir, una vez más, que estoy en casa.

Agradezco a Monseñor Edinson Farfán las afectuosas palabras de bienvenida y a quienes nos han ofrecido sus testimonios. Los he escuchado con mucha emoción y gratitud, reconociendo en sus palabras la fe de este pueblo al que llevo siempre en mi corazón.

Hoy clausuramos el Año jubilar del tercer centenario de la canonización de santo Toribio de Mogrovejo, y lo hacemos aquí, en este santuario a él dedicado. Podemos leer en Zaña un resumen de su vida, pues aquí le entregó su espíritu al Padre, mientras se encontraba realizando la visita pastoral que le correspondía como obispo del lugar. Su vida nos recuerda que el amor de un pastor se reconoce también en las distancias, físicas y existenciales, que está dispuesto a recorrer con tal de anunciar a Jesucristo.

Aquí en Zaña hay una tumba vacía en la que me detuve hace poco a rezar. Allí reposaron durante un breve tiempo los restos de santo Toribio, antes de ser trasladados a Lima. Al contemplarla, pienso en lo que permanece de su paso

por esta tierra: la fe de tantas comunidades y la entrega de quienes han seguido sus pasos, llevando el Evangelio hasta los lugares más apartados. Durante mis años en Chiclayo tuve la gracia de conocer a muchos de ellos. Recuerdo especialmente las visitas a Incahuasi y Kañaris, la acogida de sus familias y la dedicación de los sacerdotes y de una manera especial a las religiosas que las acompañan. ¡Cuántas veces llegué para anunciar el Evangelio y regresé habiéndolo comprendido un poco mejor gracias a la fe de ustedes!

Zaña conserva también la memoria de generaciones de hombres y mujeres africanos, alejados de sus hogares y sometidos a la esclavitud. Muchos padecieron grandes sufrimientos y humillaciones. Queridos hermanos y hermanas afrodescendientes: quiero expresarles hoy mi afecto y mi cercanía. He tenido la alegría de conocer su fe, sus tradiciones y el amor con que conservan la memoria de sus antepasados. Gracias por cuanto aportan a la vida de esta Iglesia. Que el ejemplo de san Martín de Porres, a quien el propio santo Toribio administró la Confirmación, les recuerde cuánto los ama Dios y los anime a perseverar en el camino de la santidad.

Queridos hermanos, la vida de santo Toribio nos invita a mirar también las necesidades de nuestro tiempo. Sé que muchas familias de esta tierra sufren a causa de la delincuencia, la extorsión y la inseguridad. Me duele pensar en quienes viven con miedo, en las personas que ven amenazado el fruto honrado de su trabajo y en quienes padecen todavía la discriminación. Los llevo presentes en mi oración y pido al Señor que les conceda la paz que tanto necesitan. Les ruego que permanezcan unidos, que se cuiden unos a otros y que nunca se acostumbren al sufrimiento de los demás. Siempre hay alguien a quien podemos ayudar, una persona a la que escuchar, una familia a la que acompañar.

En la carta que dirigí recientemente a los obispos de América Latina y del Caribe recordé a santo Toribio como un pastor «que había permitido que el Evangelio modelara primero su existencia» (*Carta a los Obispos latinoamericanos y del Caribe con motivo del tercer centenario de la canonización de santo Toribio de Mogrovejo, 8 septiembre 2026*). ¡Qué hermoso sería que pudiera decirse lo mismo

de cada uno de nosotros! Queridos sacerdotes: cuiden su amistad cotidiana con Jesucristo, celebren los sacramentos con amor y reverencia, y permanezcan siempre cerca del pueblo que les ha sido confiado. Queridos padres y abuelos: sigan transmitiendo la fe a sus hijos y nietos. Y ustedes, jóvenes: abran el corazón al Señor, que los conoce y tiene una hermosa vocación para cada uno. Dejemos que su Palabra transforme nuestra vida y nos enseñe a amar como Él nos ama.

Antes de terminar, quisiera volver a aquella noche de oración con la que comencé estas palabras. Han pasado muchos años desde entonces, y son innumerables los rostros que conservo en mi memoria. Recuerdo con especial afecto a quienes ya han partido a la casa del Padre y con quienes espero volver a encontrarme un día. Todos ustedes permanecen presentes en mi oración.

Aquella noche le pedí al Señor que me enseñara a ser pastor. Hoy, al mirar los años transcurridos, comprendo que ustedes han sido parte de la respuesta de Dios a aquella súplica. Por eso quiero darles las gracias de todo corazón. Gracias por su fe, por su cariño y por cuanto me enseñaron durante aquellos años. Ahora que el Señor me ha confiado el cuidado de la Iglesia universal, vuelvo a pedirle la misma gracia, consciente de lo mucho que todavía tengo que aprender. Les ruego que sigan rezando por mí, como sé que lo han estado haciendo hasta ahora.

Que la Virgen Santísima y santo Toribio de Mogrovejo intercedan por ustedes, para que puedan continuar con fidelidad por las sendas del Evangelio. Que Dios los bendiga a todos. Muchas gracias.

Este artículo se publicó en Vatican.va. Puede leer aquí el original.

Índice - Volver al índice general

Viaje apostólico a Perú

Homilía del Santo Padre León XIV

Encuentro con los fieles y representantes de la piedad popular

Parque Arqueológico Nacional de Saqsaywaman - Domingo, 15 de noviembre de 2026

Vatican.va

Queridos hermanos y hermanas:

Al iniciar este encuentro, quisiera expresar, ante todo, mi gratitud a Dios por la vida y ministerio de S.E. Mons. Richard Daniel Alarcón Urrutia, Arzobispo del Cusco, que tanto trabajó por este viaje y a quien deseaba encontrar al llegar aquí. Unido a todos mis hermanos obispos, aseguro mis oraciones por su eterno descanso, pidiendo a nuestro Señor Jesucristo que le conceda el premio de los justos, y a todos los que sufren su ausencia, el consuelo que brota desde la fe en el resucitado.

Es innegable la belleza de este lugar que nos acoge en esta mañana. *Saqsaywaman*, como un altar de piedra se eleva hacia el cielo andino, a donde los antiguos subían buscando lo divino. Sin embargo, nuestra fe cristiana nos ha permitido entender que, en realidad, es Dios quien desciende en busca de sus hijos e hijas, y entra en un corazón bien dispuesto, pidiendo un "sí" valiente y sencillo, como el de la Virgen, que cambió la historia para siempre.

En efecto, hemos iniciado nuestra liturgia con la antífona: «¡Salve, Madre Santa!, Virgen, Madre del Rey, que gobierna cielo y tierra por los siglos de los siglos» (*Misal Romano, Común de la Santísima Virgen María, I, T.O., 1, Antífona de entrada*), y el Evangelio que acabamos de escuchar nos ha recordado la alegría de María al decir su "sí" al ángel, para ser la Madre de Dios y dar a Jesús al mundo.

En ambos textos se nos invita a considerar a la Virgen como aquella que nos lleva al encuentro con Cristo. Ella misma lo esperó como Mesías, en el entorno de una familia devota, en la que sus padres le enseñaron a orar, a meditar la Palabra de Dios y a vivir según la Ley del Altísimo. Así se encontró preparada para el encuentro con el Señor, atenta y presente, capaz de reconocer su voz en el Ángel mensajero, su enviado, y de aceptar el desafío de una misión única para la salvación de la humanidad.

El Señor vino a hablarle a su casa, en Nazaret, en un entorno cotidiano y junto a sus seres queridos, en un ambiente lleno de símbolos que ella conocía bien, en su idioma, a través de los signos de su cultura. Así actúa Dios. Busca las formas y los momentos más adecuados para acercarse a nosotros, para que todos podamos encontrarlo, comprender sus palabras, convertirnos y salvarnos. A lo largo de los milenios, este misterio se ha renovado en los contextos más diversos, pero siempre con la misma disposición del Todopoderoso a hacerse pequeño por nosotros, para hablarnos y acogernos. Una de las formas más hermosas en que esto ha sucedido es la piedad popular.

En ella, la memoria de los antepasados, la fe de las familias, el amor por Jesucristo, la confianza en su Santa Madre y la veneración de los santos se expresan a través de la música, la danza, las imágenes y muchas otras manifestaciones típicas de la historia y la identidad de los pueblos. Una fiesta religiosa, una peregrinación, una procesión, por lo tanto, no son solo una manifestación cultural: detrás de cada imagen, cada canto, cada promesa y cada signo hay una comunidad de corazones que buscan a Dios y una voz amiga que desde el cielo responde y se acerca.

Se trata, pues, de vivir las prácticas de la tradición como oportunidades de encuentro y de anuncio del Señor, ante todo en las parroquias, en las cofradías y en los movimientos, y luego hacia el mundo, como evangelizados enviados a evangelizar, a anunciar a Cristo, el Resucitado, listos para dar testimonio de la alegría de conocer el Evangelio y de vivirlo en el amor a Dios y al prójimo. Por eso, el Papa Francisco ha definido la piedad popular como «verdadera

expresión de la acción misionera espontánea del Pueblo de Dios» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium,* 122), y «manifestación de una vida teologal animada por la acción del Espíritu Santo que ha sido derramado en nuestros corazones (cf. *Rm* 5,5)» (*ibíd*., 125).

Sin embargo, hay otro aspecto del relato evangélico que acabamos de escuchar en el que me gustaría detenerme, y es el contexto comunitario en el que se inserta el misterio de la Anunciación. Como hemos mencionado, María madura en la fe al vivir en una comunidad y, después de la Anunciación, sigue compartiendo la vida cotidiana con los hermanos y hermanas que la rodean. El encuentro con Dios no la aísla, no la aleja; al contrario, la convierte en guardiana de un don que crece en ella para el bien de todos: de sus conciudadanos y de toda la humanidad. La fe no separa, sino que une a Dios y a los demás.

Esto es importante, especialmente en una época como la nuestra, marcada por divisiones, heridas, desconfianza y situaciones que dificultan que los hombres y las mujeres se reconozcan como miembros de una misma familia, hijos e hijas del mismo Padre.

En este contexto, las tradiciones religiosas pueden ser de gran ayuda, como lugares donde reunirse a la luz de la fe y el amor. Una procesión puede hacer que caminen juntos quienes piensan de manera diferente. Una peregrinación puede reunir a familias enteras. Una celebración puede congregar a una comunidad. Una fiesta patronal puede convertirse en una oportunidad para reconciliarse, pedir perdón y empezar de nuevo. Y esto es un signo que puede ir mucho más allá de los límites de una pequeña ciudad o una región, contribuyendo a difundir en el mundo una cultura de convivencia, atención mutua y paz.

Por eso los invito a que hagan de estas fiestas una escuela de fraternidad y caridad, en la que trabajen, recen, se diviertan juntos y también cuiden a quienes están en necesidad, para que la alegría sea de todos y todos puedan vivirla unidos, ante Dios.

Las tradiciones populares, con sus símbolos y sus dinámicas, impregnadas de valores de comunión y solidaridad cristiana, son un tesoro invaluable de buenas enseñanzas, especialmente para las nuevas generaciones. En este sentido, es importante que los jóvenes participen en las actividades y que su aporte sea acogido y valorado, a través de la escucha, la cooperación y también la actualización, cuando sea necesario. El futuro de las costumbres no radica únicamente en conservar lo que se ha recibido, sino también en transmitirlo de manera viva. Cada generación recibe una herencia y tiene la responsabilidad de devolverla enriquecida y renovada, sin temor a abrir nuevos caminos y a utilizar nuevas herramientas. Más bien es importante cuidar la esencia de la formación, por ejemplo, dar a conocer y profundizar con los jóvenes la historia de la salvación y la vida de los santos, explicarles el significado cristiano de los momentos festivos, compartir con ellos la Palabra de Dios, enseñarles a celebrar la fe en la Iglesia (cf. Francisco, *Homilía en la Santa Misa con ocasión de la jornada de las cofradías y de la piedad popular, 5 mayo 2013*). Se trata de transmitir, a través de las tradiciones, una experiencia viva de la vida cristiana, que crece y se renueva constantemente en torno al altar, donde la Eucaristía es el centro y la fuente de la existencia (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 11).

En este camino, María ocupa un lugar especial. La devoción popular en Perú es también profundamente mariana, y de ello queda constancia en los Jardines vaticanos, donde bendije el año pasado el mosaico que representa las diferentes advocaciones con que María acompaña a este pueblo, conoce sus alegrías y sus penas, y le enseña a tener esperanza.

Asimismo, lo recuerda maravillosamente el himno *Hanacpachap*, del misionero Pérez Bocanegra, que alaba e invoca a la Virgen a través de metáforas poéticas que son, a la vez, teológicamente profundas y concretas, cercanas a la cultura y a la vida andina. Este himno, junto con la obra maestra de la Iglesia de San Pedro Apóstol de *Andahuaylillas*, y otros testimonios de un anuncio creativo y atento, nos muestra cómo cada devoción encuentra su sentido cuando reúne a todos en torno a Jesús y, siguiendo sus pasos, los lleva al Cielo. Por eso quisiera

encomendar a la Virgen María, Reina de Belén, Madre y Protectora de Cusco, un camino de renovación de la devoción popular.

En un momento más, espiritualmente unidos, lo haremos juntos con la entrega de la *Rosa de Oro*, pidiéndole que nos guarde en su corazón, que conceda paz a esta tierra, que dé fuerzas a quienes sufren, y nos otorgue, a todos, la gracia de caminar juntos en el amor de su Hijo. Así lo pedimos. Que así sea.

Este artículo se publicó en Vatican.va. Puede leer aquí el original.

Índice - Volver al índice general

Viaje apostólico a Perú

Discurso del Santo Padre León XIV

Encuentro con los misioneros, las misioneras y los representantes de los pueblos amazónicos

En el "Malecón Puerto Callao" (Pucallpa) - Domingo, 15 de noviembre de 2026

Vatican.va

Queridos hermanos y hermanas:

Con gratitud y emoción me encuentro hoy entre ustedes en Pucallpa, en esta "tierra colorada" en el corazón de la Amazonía peruana. Le agradezco a Dios y a todos ustedes, ya que percibo el abrazo de una comunidad multiforme. La riqueza de sus rostros y de sus orígenes convierte este sitio en un lugar de

animado encuentro, con colores vivos. Les agradezco además sus palabras, sus cantos y el haber compartido también hoy los dolores y las esperanzas que llevan en el corazón. Siguiendo las huellas del Papa Francisco, en su inolvidable visita a Puerto Maldonado, he venido como pastor para escuchar sus historias y para caminar a su lado. Deseo confirmarles en la fe y en la esperanza, sosteniéndoles en la búsqueda de la justicia y de la paz, que tanto necesitan estas tierras. Los contrastes que hieren la humanidad y desfiguran la creación impactan dramáticamente en sus comunidades. Los años vividos como misionero y como obispo en esta amada tierra del Perú me han enseñado qué significa que la Iglesia debe caminar junto a la humanidad para servir fielmente al Señor: es una condición para asemejarse a Jesucristo y seguirlo aquí y ahora, a la espera de su retorno.

Al contemplar la belleza de esta asamblea, resuenan dentro de nosotros, con renovada urgencia, las palabras de la Exhortación apostólica *Querida Amazonia*: «Sueño con una Amazonia que luche por los derechos de los más pobres, de los pueblos originarios, de los últimos, donde su voz sea escuchada y su dignidad sea promovida» (n. 7). Lamentablemente, la voz que hoy emerge de estos lugares nos habla de heridas que no solo no han sanado, sino que incluso se han agravado. El grito de la tierra y el grito de los pobres se alzan conjuntamente, desenmascarando lógicas de mercado y de explotación que ponen en riesgo el propio equilibrio de la creación. No es posible separar la custodia de la selva amazónica de la preocupación por los pueblos que la habitan; la ecología integral, la justicia social y la vida espiritual van de la mano (cf. Francisco, Carta enc. *Laudato si'*, 10).

El primer testimonio que hemos escuchado nos ha recordado que incluso defender la propia casa puede costar la vida. En los últimos años, muchos líderes indígenas han sido asesinados por haber protegido los propios territorios. La sangre de estos hermanos clama a Dios y reclama justicia a los hombres. El segundo testimonio nos ha puesto ante una situación dramática: es inaceptable que, en muchas comunidades, el derecho al acceso a la salud y a la educación sea negado, debido a las distancias físicas y al abandono de las instituciones. Sentimos en el alma y en el corazón la situación de vulnerabilidad

en la que se encuentran tantas mujeres, niñas y adolescentes, así como el lacerante dolor de las que sufren violencia y abusos sexuales, que causan heridas profundas, muchas veces con el silencio de la complicidad y de la impunidad. En cada ambiente, la corrupción y la arbitrariedad socavan la confianza fundamental en la bondad del ser humano; pero esto hace que el Evangelio irrumpa como una llamada aún más fuerte a la conversión personal y comunitaria, ofreciendo una renovada esperanza de sanación, consuelo y reparación.

Queridos amigos: Pucallpa es una ciudad joven, rica de energía y de esperanza, marcada por una urgente necesidad de renacimiento moral y pedagógico. Trabajemos incansablemente por una educación de calidad, que hable sus lenguas y sepa valorar sus saberes ancestrales, sin dejar por ello de preparar las nuevas generaciones para afrontar los grandes desafíos globales.

Frente a la tendencia a considerar esta inmensa región como una reserva de recursos para explotar, estamos llamados a desarrollar un paradigma diferente, que surja de la escucha de Jesucristo y su Evangelio. El Papa Francisco, en la Encíclica *Laudato si'*, denunció las consecuencias lesivas del paradigma tecnocrático dominante, que tiende a explotar la naturaleza y las culturas, con vistas a un beneficio económico inmediato en favor de unos pocos (cf. nn. 106-114). Debemos contraponer este modelo —con tenacidad y amplitud de miras— con la ecología integral, expresión de la civilización del amor. Una visión alternativa, radicada en el Evangelio y respetuosa de la sabiduría de los pueblos, que reconocen, con lenguajes diversos, cómo todo en el mundo está íntimamente conectado. Ustedes conocen bien las heridas de la deforestación indiscriminada, la contaminación de las aguas debido a la extracción minera irregular y a los vertidos de petróleo, que no son accidentes fortuitos, sino los frutos amargos de una explotación arbitraria de los recursos naturales que mina la existencia de la población. A esto se añade la sombra insidiosa del narcotráfico, que se aprovecha de la pobreza de los jóvenes, atrayéndolos con falsas ilusiones de ganancias y desarraigándolos de la propia cultura.

La Doctrina social de la Iglesia es un instrumento en continuo desarrollo que nos ayuda a leer los signos de los tiempos bajo la guía del Espíritu Santo. En ella, el conocimiento ancestral que ustedes tienen puede encontrarse con el patrimonio de sabiduría de la Iglesia, con el fin de proteger sus derechos, adquiridos a lo largo de generaciones.

La Iglesia admira la capacidad de resistir y de recomenzar de los pueblos amazónicos. Ustedes son testigos del rostro de Nuestro Señor Jesucristo, que no se baja de la cruz, sino que da la vida por su pueblo. ¡Cristo nunca nos abandona! ¡Cristo está con ustedes! ¡La Iglesia está con ustedes y ustedes son sus miembros! ¡Somos el cuerpo de Cristo! Los esfuerzos de la Conferencia Eclesial de la Amazonía y de la Red Eclesial Panamazónica tienden a configurar cada vez más una Iglesia de rostro amazónico. Es cierto que los obreros parecen pocos: su Vicariato, tan grande como países enteros, cuenta apenas con veinticinco sacerdotes. Expreso mi viva gratitud a las religiosas, a los religiosos y a los animadores pastorales de comunidades, laicos y laicas, que con fidelidad heroica custodian la fe en los parajes más remotos. Debemos sostener y reconocer su servicio ministerial.

Queridos hermanos y hermanas: ustedes no están solos en su camino. Que María Santísima, Madre de la Amazonía, vele siempre sobre ustedes, sobre sus familias y comunidades y bendiga sus sueños.

¡Sigan adelante, con ánimo y esperanza! ¡Que Dios bendiga a la Amazonía!

Este artículo se publicó en Vatican.va. Puede leer aquí el original.

Índice - Volver al índice general

Viaje apostólico a Perú

Homilía del Santo Padre León XIV

Santa Misa

“Villa Deportiva Regional Ucayali” (Pucallpa) - Domingo, 15 de noviembre de 2026

Vatican.va

Queridos hermanos y hermanas:

Con gran alegría celebro hoy la Eucaristía con ustedes. Cuando nos reunimos con fe en torno al altar del Señor, su Palabra entra en nuestra vida y la llena de sentido. Para todos nosotros es anuncio de salvación. Hoy, precisamente, sucede así en esta ciudad. El Evangelio que hemos escuchado, trata de una parábola que nos invita a reflexionar sobre nuestra relación con Dios.

Mientras Jesús narra la experiencia de un señor con sus servidores, su voz pide a nuestros corazones que prestemos especial atención, de modo que podamos encontrar el verdadero sentido de las palabras que nos dirige. ¿A qué se refiere Dios con ser señor? ¿Qué quiere decir para el hombre ser servidor? Estos vocablos, marcados en el mundo por relaciones tensas de poder, adquieren un significado nuevo y sorprendente en los labios de Cristo. Él los pronuncia a propósito para que cambiemos nuestro modo de pensar y de actuar. Jesús anuncia la libertad a los que, en el mundo, son siervos; a quienes se sienten señores les enseña a convertirse. El único y verdadero Señor nos invita a cambiar nuestra vida, llamándonos a todos a la fraternidad; transformando las relaciones y la sociedad en que vivimos.

Escuchemos entonces lo que Cristo narra en la parábola: «Servidor bueno y fiel», dice el protagonista, «entra a participar de la alegría de tu señor» (*Mt* 25,21.23). Antes que nada, este elogio nos revela que ser buenos y fieles significa corresponder a la bondad y a la confianza que recibimos de Dios. El

trabajo que Él nos pide no es signo de opresión ni de distanciamiento, más bien es garantía del compartir y de la felicidad. El primero que es bueno con nosotros y nos confía sus bienes es el Señor. El signo de tal bondad son los preciosos talentos de los que habla la parábola, que en nuestras manos se convierten en tarea y responsabilidad, para que demos frutos de obras buenas. Estos talentos hacen que la vida, primer don de Dios, sea buena; utilizándolos, nos ejercitamos en la práctica de la justicia, la búsqueda de la verdad, el cuidado del prójimo y de la sociedad. Es así como multiplicamos los bienes recibidos, usando con inteligencia cuanto el Señor nos ha confiado.

Por otra parte, sin embargo, la parábola se refiere a un «servidor malo y perezoso» (*Mt* 25,26), al cual su señor le dice: «¿con que sabías que cosecho donde no siembro y recojo donde no esparzo?» (*ibíd.*). Las palabras de Jesús nos ponen a prueba. ¿Acaso el señor, es decir Dios, no es bueno y generoso con sus siervos, o sea, con nosotros? ¡Claro que lo es! Sin embargo, hay quienes no confían en Él, considerándolo como un hombre duro (cf. v. 24), despiadado y explotador. Dios, en cambio, nos dice: yo confío en tus capacidades, no oprimo en absoluto tu vida, más bien la amo. Yo comparto contigo mis bienes, te los confío para que den fruto, por la alegría que quiero compartir con todos. El siervo de la parábola, entonces, es malvado porque considera que Dios es como los señores de este mundo. Y los señores de este mundo, a menudo se consideran como Dios. Jesús no reprende solo la pereza del siervo, sino ante todo su conciencia malvada, la que le hace decir a su señor: «Sé que eres un hombre duro, que cosechas donde no sembraste, y recoges donde no esparciste» (v. 24). Así, la parábola nos llama a pasar del miedo a la confianza en el Señor; de sentirse, quienes están alejados de Dios, como sus esclavos, a compartir la alegría que viene de Él. En otras palabras, a hacernos conscientes de que somos sus hijos amados.

La parábola narrada por Jesús es muy actual, porque nos cuestiona sobre lo que estamos haciendo con los bienes que Dios nos regala, antes que nada, con los dones de la vida y de la tierra. Ambos están estrechamente vinculados, no existe el uno sin el otro: la salud de nuestra vida y la de la tierra que habitamos van de la mano, por eso, todo lo que hiere la dignidad de la vida destruye la belleza de

la tierra; el ímpetu del hombre y el cuidado de la creación van de la mano, por eso, toda explotación laboral es una depredación del medio ambiente. La paz social y el equilibrio ecológico van de la mano, por eso, la violencia contra el pueblo es una violencia contra la tierra, y la violencia contra la tierra es una violencia contra el pueblo.

Queridos amigos: la palabra de Cristo entra aquí en el drama de nuestra historia. A la voz de mis Predecesores, el Papa Benedicto XVI y el Papa Francisco, uno la mía para subrayar el vínculo doloroso que existe entre «la devastación ambiental de la Amazonia y las amenazas a la dignidad humana de sus poblaciones» (Benedicto XVI, *Discurso a los jóvenes, 10 mayo 2007*, 2; cf. Francisco, Exhort. ap. postsin. *Querida Amazonia*, 12). Muy poco se ha hecho, y muy lentamente, a la vez que se han acelerado los instrumentos para explotar y contaminar la creación. Frente a estos males, no escondamos bajo tierra los talentos del Señor, que nos da la fortaleza para reparar y sanar el sufrimiento causado por una insaciable sed de dominio. El Evangelio que hemos escuchado, en este contexto, se vuelve anuncio de rescate y de esperanza para todo el pueblo. Somos nosotros, cada uno de nosotros, los que hemos de responder al Señor diciendo: "¡Gracias por los talentos que nos das! Queremos usarlos para el bien de todos". Y nos corresponde también a cada uno expresar al prójimo: "Eres para mí un hermano, una hermana. Cultivemos juntos los talentos que dan frutos de vida buena para esta ciudad, para nuestro país y para el futuro que queremos construir como tiempo de justicia y de paz".

Esta voluntad se sintetiza en un gesto que hacemos durante la Santa Misa, llevando al altar los frutos de la tierra y del trabajo del hombre. La mesa que prepara el Señor para nosotros nos involucra en un intercambio de dones que presentamos a Dios para después esparcirlos en el mundo. A la luz del Evangelio, los invito entonces a multiplicar los talentos que el Señor nos confía, cultivando tres cosas concretas.

Ante todo, cultiven juntos la fe. Sean un pueblo que celebra la salvación de Dios y cura las heridas de la humanidad. De hecho, es el modo en que la Iglesia asume las palabras del hombre para decir la verdad de Dios y predica la palabra

de Dios para anunciar la verdad del hombre. Siguiendo el ejemplo de Cristo, el Verbo hecho carne, observen la realidad cotidiana con la sabiduría que viene del Evangelio, abriendo para todos un futuro de justicia. Esta misión comienza en la oración y se nutre de los Sacramentos: como obra de toda la Iglesia, se realiza en las familias y en las parroquias, en las calles y en las escuelas, en los hospitales y en las cárceles. Esfuércense por multiplicar los talentos del Señor en todas partes, promoviendo la comunión con todos los hombres y mujeres de buena voluntad.

En segundo lugar, los animo a cultivar nuestra magnífica humanidad. Este compromiso se refiere principalmente a los jóvenes, que son la promesa del pueblo peruano; se refiere al cuidado de los pequeños y a la protección de los ancianos; se refiere a la solidaridad con los pobres y los oprimidos. Hacer el bien exige combatir la violencia con la caridad, y responder a la corrupción con la honestidad. Ahí donde el hombre se sana, la tierra florece y la cultura de la caridad alivia la contaminación moral, que es la causa de toda herida hecha a la creación, nuestro hogar común.

Frente a cada prueba, finalmente, cultiven siempre la alegría. El cristiano sabe que esa alegría no viene de la riqueza ni del poder que degradan como las drogas, que engañan el corazón y lo dejan angustiado. La verdadera alegría viene de la fe, porque tiene como fundamento la gracia de Dios, que da fruto en nuestra entrega fraternal. Mientras atravesamos tribulaciones y desafíos, edifiquemos juntos una sociedad feliz, pacífica, libre, contemplando al Señor Jesús, que crea paz desde su cruz, tomando sobre sí cada una de nuestras dificultades. Pidámosle a Él, el Redentor, que nos acompañe en nuestro camino dándonos la luz de la esperanza. Que su Madre María, Virgen Inmaculada, nos conforte y nos proteja siempre.

Este artículo se publicó en Vatican.va. Puede leer aquí el original.

Índice - Volver al índice general

Viaje apostólico a Perú

Homilía del Santo Padre León XIV

Santa Misa

"Base Aérea Las Palmas" (Lima) - Lunes, 16 de noviembre de 2026

Vatican.va

Homilía

Queridos hermanos y hermanas:

Jesús resucitado está hoy aquí con nosotros conforme a su promesa. «Sepan que yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin de los tiempos» (*Mt* 28,20). Lo ha prometido a sus discípulos, antes de ascender al Padre, y nosotros lo hemos experimentado de nuevo en estos días. ¡Gracias por su hospitalidad! Reunidos así, tan numerosos y alegres, alrededor del Papa, ustedes han dado testimonio de que el Señor vive permanentemente en su Iglesia y la reúne. ¡Que este testimonio siga resonando y dando buenos frutos en todo el Perú!

En este mundo herido por la prepotencia, su Palabra nos educa, aún hoy, en un nuevo tipo de fortaleza. En efecto, el Señor nos dice: «Dios me ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra» (*Mt* 28,18). ¡Es el poder del amor crucificado! «Vayan, pues, y hagan discípulos a todos los pueblos: bautícenlos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (*Mt* 28,19). El mandato del único y verdadero Señor, que hemos escuchado en la proclamación del Evangelio, ayuda a comprender la esencia de la misión de la Iglesia: llevar adelante la obra de Jesucristo, con su poder, tan diferente de los poderes mundanos.

El mandato misionero ha sido cumplido por los primeros discípulos y por muchos cristianos a lo largo de la historia. Es por eso que estamos reunidos hoy en esta celebración: hemos sido bautizados, nos hemos convertido en discípulos de Jesucristo y aprendemos, día tras día, a observar aquello que Él nos ha mandado. Trescientos años después de la canonización de santo Toribio de Mogrovejo, segundo Arzobispo de Lima, damos las gracias, como peruanos, por el don de la fe cristiana que su testimonio apostólico ha enraizado profundamente en nuestro pueblo. «Los santos son la verdadera interpretación de la Sagrada Escritura. Los santos han verificado, en la experiencia de la vida, la verdad del Evangelio; así nos introducen en el conocimiento y en la comprensión del Evangelio» (Benedicto XVI, *Audiencia General, 19 agosto 2009*). Razón por la cual podemos reflexionar sobre las páginas bíblicas a la luz de la experiencia de santo Toribio.

Como los primeros discípulos en el lago de Galilea, él recibió una invitación singular de parte de Jesús, una vocación que lo tomó por sorpresa. A pesar de ser un laico con una carrera en ascenso en el ámbito del derecho, Toribio fue llamado a ser pastor de la Iglesia. Desde entonces se puso en camino, como los apóstoles, detrás del Señor. Atravesó el país a pie, cientos y cientos de kilómetros, consciente de que seguía a Jesús mismo cuando iba al encuentro de los pueblos indígenas. Por eso buscaba su presencia en medio de esas comunidades, mientras aún aprendía la lengua y comprendía sus creencias, todo con el propósito de reconocer la obra silenciosa del Espíritu Santo.

Al llegar a Lima, enriquecido del largo viaje, en su servicio episcopal se distinguió por el ministerio de la Palabra, a la que se dedicó con particular diligencia, pero con la firme convicción de que la dulzura era el único modo de anunciar la "verdadera religión", como había enseñado Bartolomé de Las Casas. En la primera carta a los Corintios, hoy hemos escuchado decir a san Pablo: «Que nos valoren como colaboradores de Cristo y administradores de los misterios de Dios» (*1 Co* 4,1). Y sobre el propio ministerio, santo Toribio observó: «Yo, al tiempo que estoy en esta ciudad hago lo propio predicándoles en la lengua, y a los españoles y a los demás que me entienden, declarando el

Evangelio».[1] Insistió en que los sacerdotes aprendieran el quechua y luchó por la ordenación de indígenas y mestizos, que aún muchos miembros del clero despreciaban.

Toribio deseaba que fueran los mismos indígenas los que evangelizaran a sus parientes, amigos y vecinos. Quería, de hecho, que el anhelado abandono de las creencias ancestrales llegara de su espontánea voluntad, sin coacciones. Lo demuestra su incansable dedicación a las visitas pastorales, llevadas a cabo con el fin de conocer, ayudar y, si era necesario, corregir a sus fieles, para instruirlos en la Palabra divina y administrar los Sacramentos. Confirmaba y predicaba incansablemente. No aceptaba siquiera el más pequeño regalo de parte de nadie. Aquellas visitas le causaron oposiciones y calumnias, incluso de parte de las autoridades; sin embargo, le permitieron ser y mostrarse como misionero, evangelizador, padre y pastor, sin ninguna otra preocupación que la de comunicar la vida divina ofrecida por el Buen Pastor.

«El Señor es quien me juzga» (*1 Co* 4,4), escribe el apóstol Pablo. E, inmediatamente, pide: «No juzguen antes de tiempo, sino que esperen la llegada del Señor, pues él sacará a la luz lo que se esconde en las tinieblas y pondrá al descubierto las intenciones del corazón» (*1 Co* 4,5). Son palabras que también a nosotros nos inspiran una gran libertad de espíritu y un estilo de escucha paciente.

Los únicos que no pueden esperar son los pobres. Por ello, sin excluir a nadie, sino acogiendo a todos, santo Toribio se ocupó especialmente de los últimos. Uno de sus biógrafos escribió: «En su grey el indígena es la porción de mayores cuidados. Y se ve correspondido. Le quieren y le aman como si fuera padre de cada uno».[2] Repartía casi todo lo que le correspondía entre los pobres y lo donaba a fin de fundar hospitales para los indígenas. Les decía, entre lágrimas: «¡Oh pobre que me enriqueces! ¡Oh desnudo que me vistes! ¡Oh hambriento que me hartas!». Llevaba consigo, después de cada visita pastoral, fascículos de observaciones, denuncias y reclamos sobre la población indígena dirigidos al rey, con el objetivo de acabar con las injusticias.

Queridos hermanos: al final de mi visita apostólica, también yo quiero confirmarlos en la fe y en la caridad, y asegurarles que los llevaré siempre conmigo. Sí, ¡el pueblo peruano también es mi pueblo! En donde quiera que nos encontremos, abriendo el corazón a Dios podremos vivir la relación fundamental, esa que permite reflejar la imagen divina a cada ser humano. Así, con el corazón sanado y elevado por la gracia en el vínculo con la Trinidad, nosotros podremos abrirnos a cada hermano y hermana, curándolos, amándolos y sirviéndolos con la bondad del Señor.

Con su ejemplo, santo Toribio nos invita a santificar nuestras relaciones en la Iglesia; su vida nos propone reconocernos como miembros vivos de un solo cuerpo. Él abrió el corazón a la comunión eclesial, experimentó la Iglesia como comunión misionera: la comunión que brota del ser verdadera morada de la Trinidad, y que por eso valora las diferencias, las sensibilidades y los pensamientos distintos en la unidad de la fe. Esta se manifiesta y se consolida en la Eucaristía, sacramento de la unidad, que para santo Toribio era el centro de la vida. La comunión se expresa hoy en la sinodalidad, transformándose así, a todos los niveles, en un estilo de vida eclesial. Santo Toribio lo anticipó a través de los concilios y sínodos celebrados, en los que supo escuchar, dialogar, acoger las sugerencias del Espíritu y poner en práctica el discernimiento comunitario, incluyendo también a los más pobres en la búsqueda de la verdad. De este modo se comprende por qué las orientaciones del siglo XVI permanecieron hasta finales del siglo XIX, cuando se celebró el Concilio Plenario Latinoamericano.

Hermanas y hermanos: santo Toribio de Mogrovejo fue un artífice de la civilización del amor, contrastando a los constructores de Babel presentes en su tiempo. También son protagonistas de esa civilización los santos contemporáneos: Rosa de Lima, Martín de Porres, Francisco Solano, entre otros. Mirándolos, redescubramos con gratitud el regalo de ser Iglesia de Jesucristo y, cada vez que celebramos la Eucaristía, regresemos a su promesa: «Sepan que yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin de los tiempos» (*Mt* 28,20).

Queridos hermanos y hermanas: mi viaje termina, pero ¡el tiempo de la misión continúa! Recordemos que al final de cada Misa somos enviados a evangelizar. Por eso, ¡vayan y anuncien al Dios verdadero! ¡Den testimonio de lo que han visto y oído! ¡Que nadie se quede sin conocer esta Buena Noticia! Que nuestra misión pueda, por intercesión de la Virgen María y de los santos, estar siempre animada por la fe en la presencia del Resucitado, que nos da su paz y nos invita a llevarla a todos. Así sea.

Agradecimiento al final del Viaje

Queridos hermanos y hermanas:

Al final de mi visita no tengo palabras para expresar la profunda gratitud al Señor por los abundantes dones y gracias que ha derramado en estos días vividos en comunión. ¡Gracias Perú!

Agradezco a las Autoridades civiles y religiosas, a los organizadores, colaboradores y voluntarios, así como a las numerosas personas y comunidades que hicieron posible este Viaje apostólico. Gracias particularmente a quienes participaron en los encuentros a través de medios de comunicación, aquí en las llanuras y también allá en las montañas, en la Amazonía, y en todo el Perú ¡Muchas gracias a todos!

Me he sentido como en casa y me han recordado que la Iglesia es de verdad, una familia. Aquí me enseñaron a ser "obispo" y ahora aprendí, un poquito más, a servir como Sucesor de Pedro. Me llevo el grato recuerdo de las sonrisas de los niños que saludé en las calles y plazas, la contagiosa alegría de los jóvenes, la calidez de las familias, la ternura de los abuelitos y abuelitas que no faltaron a nuestra cita. Sus cantos, sus danzas coloridas, el aroma de sus sahumerios han fortalecido mi pasión por la misión hasta los confines del

mundo. He venido a anunciarles a Cristo, y me llevo el testimonio de la fe y la devoción que siempre admiré en ustedes.

Queridos hermanos y hermanas: renovados por la alegría de nuestro encuentro, sigamos orando, juntos en la distancia, a Jesús, nuestro Camino, Verdad y Vida. Que la intercesión de la Virgen María y todos los santos del Cielo, los acompañe siempre. ¡Que Dios te bendiga mi Perú! ¡Que María te cubra con su manto!

---

[1] «Parecer que dio su señoría Ilustrísima sobre los indios de san Lázaro, el cual se envió al Consejo Real de Indias», 14 de abril de 1595, citado en C. García Irigoyen, Santo Toribio, Tomo I, p. 97.

[2] V. Rodríguez Valencia, Santo Toribio de Mogrovejo. Organizador y Apóstol de Sur – América, Tomo II, 3.

Este artículo se publicó en Vatican.va. Puede leer aquí el original.

Índice - Volver al índice general

Volver al índice



Discurso inaugural de la CXXX Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española

Luis Javier Argüello García, Arzobispo de Valladolid y Presidente de la Conferencia Episcopal Española

Conferencia Episcopal Española

(*Prevaleciendo lo realmente pronunciado, este texto es el distribuido por Editorial EDICE y publicado en la web de la Conferencia Episcopal Española*)

Cardenales, arzobispos y obispos, administradores diocesanos, excelentísimo señor Nuncio Apostólico de Su Santidad en España.

Continúo saludando a los sacerdotes, laicos y consagrados, medios de comunicación social, queridos vicesecretarios, directores y trabajadores de esta casa. Bienvenidos y gracias por vuestra presencia.

Felicitamos al Excelentísimo y Reverendísimo Monseñor don Octavi Vilà Mayo, recién nombrado Arzobispo de Barcelona. Por ello, felicitamos también al Eminentísimo y Reverendísimo señor Cardenal don Juan José Omella Omella, a quien el Santo Padre le ha aceptado la renuncia al gobierno pastoral de la archidiócesis de Barcelona.

Asimismo, felicitamos y damos la bienvenida a los Excelentísimos y Reverendísimos señores don Andrés Martínez Esteban y don Fernando Murga Gómez, recién nombrados obispos auxiliares de Madrid el pasado 16 de octubre de 2026. Al tiempo que felicitamos también al Eminentísimo y Reverendísimo señor Cardenal don José Cobo Cano, arzobispo de Madrid, por los recién nombrados auxiliares; encomendamos al Señor Jesús su nueva etapa del ministerio sacerdotal que el Santo Padre les encomienda.

Nos encaminamos hacia el final del año litúrgico en el que celebraremos la segunda venida de Jesucristo como Rey del universo y Señor de la historia. Mientras tanto, continuamos nuestra peregrinación «"en medio de las persecuciones del mundo y de los consuelos de Dios", anunciando la cruz y la muerte del Señor hasta que vuelva»[1]. Muchos son los acontecimientos eclesiales y sociales vividos desde nuestra anterior Asamblea Plenaria; nos encontramos, además, en plena campaña electoral ante las próximas elecciones del 29 del mes en curso.

Permitidme reflexionar con vosotros al hilo de algunos de estos asuntos.

1. El viaje apostólico de León XIV: alegría, pueblo y nuevo aliento misionero

Los ecos del viaje del papa León XIV siguen resonando entre nosotros; en estos días la visita a las Iglesias hermanas de Hispanoamérica en Argentina, Uruguay

y Perú reaviva la alegría y el compromiso suscitado en los inolvidables días del pasado junio. El viaje apostólico del papa León XIV a España ha asombrado dentro y fuera de la comunidad cristiana; quizá podamos decir con Guardini: la Iglesia «ha despertado en las almas». Las palabras, las acciones y los gestos del Papa han desplegado la misión entera de la Iglesia: la predicación de la Palabra, la celebración de la liturgia y el testimonio de la caridad. Se ha dirigido a los sentimientos, a la razón y a la voluntad, y nos ha convocado a la acción apostólica. Nos ha llenado de alegría reconocernos como pueblo e impulsarnos a la misión.

1.1. *Alzar la mirada*

El Papa nos ha invitado a alzar la mirada hacia tres lugares: la cruz gloriosa de Cristo, el misterio de la Iglesia y los pobres, desde quienes Jesucristo juzga la historia. Es una invitación dirigida a todo el pueblo de Dios, «alzad la mirada», y exige una respuesta personal, «alzo la mirada». Con los ojos iluminados no nos desentendemos de las relaciones ni de la historia, miramos con mayor profundidad todo lo que nos rodea.

1.2. *Tres ejes de su mensaje*

Jesucristo.— El Papa fundamenta todo su mensaje en la persona de Cristo, en su presencia viva en la eucaristía, en los pobres, en la comunidad eclesial y en la historia. El kerigma se ofrece como servicio, no como imposición, porque Jesucristo «no nos quita nada y nos da todo». La cruz que corona la torre de la Sagrada Familia se convierte en «estandarte de caridad», signo de esperanza donde hubo un instrumento de muerte. Con la imagen de Nicodemo, propuso al hombre contemporáneo reconocerse «peregrino en la noche», llamado a «renacer de lo alto»; las noches personales, eclesiales y sociales no son fracasos sino «espacio para renacer».

La dignidad humana.— Es el hilo conductor de casi todos sus discursos[2], con fundamento teológico explícito. El ser humano, creado a imagen de Dios, vale por un don que lo precede y lo excede, no por sus capacidades, riquezas o

funciones. Por eso, toda sociedad justa se edifica sobre una dignidad que «precede a toda concesión del Estado» y no puede quedar sujeta al vaivén de las mayorías. La defensa de la vida, desde la concepción hasta su ocaso natural, no es un interés confesional sino «una meta de civilización», y la grandeza moral de una nación se mide por su capacidad de «acompañar, proteger y amar» las vidas más frágiles. Ante los inmigrantes, la expresión de León XIV es ya un emblema:
«La dignidad humana no tiene pasaporte ni pierde valor al cruzar una frontera».

U*na Iglesia en comvnión y en camino*.— En tiempos de polarización, León XIV propone la imagen del mosaico, donde «muchas teselas, sin confundirse, convergen para manifestar la belleza del único Señor». Trabajar juntos no es cuestión de estilo, sino necesidad «fisiológica» del Cuerpo de Cristo, y esa comunión interior tiene «una fuerza misionera» hacia otros cristianos, otras religiones y quienes no creen. El camino sinodal es escucha en profundidad, y los consejos parroquiales y diocesanos son espacios de discernimiento, no organismos burocráticos. La eucaristía, fundamento de la unidad, no se encierra en la devoción privada, la unión con Cristo es unión con todos aquellos a los que Él se entrega.

1.3. *Los pobres y los santos*

Los pobres han sido la referencia para el juicio histórico, cultural, económico y político que el Papa ha realiza-do en un genuino ejercicio de doctrina social de la Iglesia. León XIV invita a superar el asistencialismo compasivo, denuncia las injusticias que empobrecen, reclama una política del bien común y atiende las pobrezas afectivas, morales y espirituales con la ternura del Corazón de Jesús. María, en sus advocaciones de la Almudena, Montserrat, la Merced y el Carmen, ha sido compañera de viaje, y los santos —Juan de la Cruz, Teresa de Ávila, Ignacio de Loyola, Juan de Ávila, Toribio de Mogrovejo y Hernando de Talavera— han sido ofrecidos como maestros de vida.

1.4. *La belleza de la catolicidad*

El viaje ha permitido contemplar la belleza de la catolicidad, la del corazón que se mueve por todas las dimensiones íntimas, relacionales e institucionales de la persona; la de la Iglesia universal y particular; la de una presencia pública que encarna la caridad en diálogo con la sociedad. Esa belleza une la dignidad humana, desde el seno materno hasta el último instante de la vida en la tierra, con todas las personas del recorrido existencial, en especial con quienes están heridos o tirados en las cunetas de la historia. Contemplar la catolicidad supone ahora una responsabilidad especial para proponerla como respuesta adecuada a la complejidad del momento a la que se refirió en su primer discurso en el Palacio Real. Esta catolicidad lleva consigo la reciprocidad como propuesta de diálogo y relación entre diferentes, tanto en el seno de la Iglesia como en la sociedad. Ante la polarización fruto de la dialéctica de contrarios, la reciprocidad en la catolicidad.

1.5. *Discurso a los obispos de España: «Señor, danos tu corazón»*

Me detengo algo más en el discurso que el Papa nos dirigió en este lugar, en la que fue nuestra Asamblea Plenaria presidida por el Sucesor de Pedro, cabeza del Colegio Episcopal del que formamos parte, con él, en la sucesión apostólica. Cuando León XIV se reunió con nosotros, nos dejó una imagen, la de un viaje; un viaje cuyo destino es Dios, hacia quien alzamos la mirada, un viaje que hacemos sobre todo en nuestro interior. Vuelvo sobre aquellas palabras:

Las tentaciones del camino.— El Papa nos advirtió de tres: quedarnos anclados en lo que dejamos atrás, cargar con equipajes innecesarios y perder raíces y vínculos. Para sortearlas nos dio un criterio exigente: libertad y valentía para dejar las estructuras que no ayudan, y fortaleza para conservar lo que conduce a Dios.

Los tesoros qve llevamos.— Tenemos un inmenso patrimonio cristiano que conecta con creyentes y no creyentes y forma parte de la identidad espiritual de nuestro pueblo. Tenemos, sobre todo, el viático del peregrino: la Palabra y la

Eucaristía, fuente de vida y de sentido. Ese patrimonio debe ser siempre instrumento de encuentro y oportunidad de comunicación.

Los desafíos.— Existe una incomunicación cultural, social y pastoral que nos pide aprender el lenguaje del otro y generar corresponsabilidad. En nuestro viaje hay «llanuras vacías», soledad, envejecimiento, migraciones. Frente a ello, el Papa nos pide creatividad misionera, construir nuevas realidades, usar nuevos lenguajes e inspirarnos en los grandes modelos históricos de evangelización. Eso exige una comunicación encarnada que se abaja para comprender y compartir, comunidades capaces de generar vida y transmitir la fe por sí mismas, y procesos pastorales basados en la escucha, el respeto y el acompañamiento.

La comunión, corazón del camino.— Es Cristo quien conduce y la Iglesia está llamada a ser unidad en la diversidad y comunión viva de carismas. A nosotros nos corresponde custodiar la fe, promover la unidad, sanar fracturas y animar la misión. Una Iglesia reconciliada tiene mayor fuerza evangelizadora. Por eso, el camino sinodal, como proceso de escucha profunda, es una forma de reconocer la voz de Dios en la comunidad.

El desafío vocacional.— Muchos jóvenes se preguntan:

«¿Para quién soy?». La respuesta nace de comunidades vivas, de un testimonio auténtico y de la alegría evangélica. El Papa nos ha pedido, en los seminarios, dar prioridad a la formación de la persona vocacionada sobre las estructuras, cuidar una formación sólida y trabajar juntos entre diócesis. Nos ha pedido también valorar a los laicos como vocación y no solo como función, favoreciendo su pertenencia eclesial y una misión compartida.

Las heridas.— El Papa nos pidió una atención especial a las víctimas de abusos: escucha, justicia, reparación y prevención. No es un capítulo accesorio de nuestro ministerio, sino parte de la credibilidad del Evangelio que anunciamos.

Un mundo secularizado.— Muchos no rechazan a Dios, buscan sentido, esperanza y pertenencia. Tenemos algo que ofrecerles, a Jesucristo, un amor que transforma y una cari-dad concreta.

María y san Juan de Ávila.— En esta «Tierra de María», la Virgen nos enseña escucha y fidelidad, y es madre de comunión y esperanza. La fuerza de la Iglesia nace de la santidad, la comunión y la fidelidad. San Juan de Ávila, modelo de vida sacerdotal profunda y de renovación, nos recuerda lo que el Papa espera de los sacerdotes: que sean enamorados de Cristo, hombres de oración y cercanos al pueblo.

Concluyo con la súplica con la que el Santo Padre cerró su discurso: «Señor, danos tu corazón». Un corazón para caminar, para escuchar, para servir y para anunciar. Porque la Iglesia que acoge el corazón de Cristo posee la luz que guía, sostiene y da fuerza en todo camino.

1.6. *Un acontecimiento preparado*

Un viaje del Sucesor de Pedro es motivo de gran alegría y supone un enorme desafío para las Iglesias locales. Dirigido a la comunidad católica, alcanza también a la nación que lo recibe, y por eso tiene un contenido pastoral con clara incidencia social. Su preparación exige equipos pastorales, institucionales, logísticos y de comunicación, además de acreditaciones y financiación, coordinados por un equipo central y por equipos locales en cada sede. La respuesta de tantos miles de personas, entre la oración y el voluntariado, ha mostrado que la dimensión organizativa y la espiritual caminan juntas. El viaje fue, además, expresión visible de la catolicidad: la Iglesia universal que acontece en cada Iglesia particular y de la colegialidad que el Obispo de Roma viene a resaltar. Lo logrado en un plazo récord en Madrid, Barcelona, San Felíu, Canarias y San Cristóbal de La Laguna merece ser recogido como experiencia para el futuro. Por ello quiero agradecer a todos los obispos y equipos de cada Iglesia particular el esfuerzo realizado; y, a todos los que, en esta Conferencia encabezados por Yago de la Cierva y Fernando Giménez, habéis desempeñado

tan gran trabajo realizado bajo presión y no exento de dificultades: ¡muchas gracias!

1.7. *Transformar la emoción en virtud*

La visita ha sido una llamada vigorosa a la conversión, la comunión misionera y la santidad. Nos hemos reconocido pueblo entre los pueblos y nos hemos sentido juzgados y evangelizados por los pobres. Esa evangelización nos compromete a anunciar la Palabra, celebrar la liturgia y ejercer la caridad en una sociedad española que ha mostrado un seguimiento extraordinario y un deseo de recibir palabra de verdad, propuesta de regeneración ética y consuelo para las dificultades de la existencia. Cuidar este legado es responsabilidad de toda la Iglesia y, de modo particular, de la Conferencia Episcopal Española, que ofrece materiales para leer los discursos, conversar sobre ellos e incorporar sus su-gerencias a comunidades y grupos. Las emociones pasan; las virtudes permanecen. El viaje nos ha confirmado en la fe y en nosotros está ser testigos de ella como pueblo de Dios en camino. ¡Gracias, Santo Padre!

2. La sociedad española en el mundo global en vísperas de elecciones

No quiero ahora hacer una referencia directa a las próximas elecciones generales, pues espero que esta Asamblea pueda ofrecer alguna declaración al respecto, sino una reflexión sobre la situación actual de nuestra sociedad como comunidad política, como demos indispensable para que la democracia —sistema de gobierno, medio de acceso al poder, orientación de este hacia el bien común y también de control y limitación de ese mismo poder— tenga sentido.

Me refiero con ello a la cultura antropológica de una sociedad, es decir, a la estructura implícita del vínculo social que se supone que comparten sus miembros. Ese conjunto de valores, criterios y normas que parecen darse por sentados, cualesquiera que sean las divergencias políticas o filosóficas entre unos y otros, todo ello forjado en una historia y una larga tradición comunes, que la sociedad conservaría en sus raíces y en su memoria.

Nuestro problema no es ya que nuestra cultura (relación entre antropología, economía, política y tradición ética y filosófica encarnada en una sociedad que habita un territorio) viva tensiones de multiculturalismo o interculturalidad, sino que se está produciendo, en expresión de Olivier Roy[3], una «desculturación» global. La cultura, conjunto de significados implícitos, jerarquizados y transmitidos (una tradición, una concepción del hombre, un canon, una manera de situarse ante lo sagrado, lo bello o lo justo) se ha ido sustituyendo por *normas y códigos explícitos*[4], reglas formales, procedimientos, algoritmos, lenguajes binarios, categorías jurídicas y morales estandarizadas como «lo políticamente correcto». Esos códigos funcionan igual en cualquier lugar y no necesitan una cultura que los respalde. El mundo se «aplana» porque pierde profundidad y jerarquía simbólica, todo se vuelve intercambiable, horizontal y formalizable.

Todo ello se ha venido gestando, en un ambiente de fuerte secularización, a partir de los cuatro grandes cambios contemporáneos: la liberación de las costumbres promovida por la revolución sexual de la década de 1960, la revolución de internet, la mercantilización neoliberal y la desterritorialización vinculada al fin del Estado-nación y a las migraciones. Tres grandes bioideologías: la ideología de género, la ideología de la salud y la ideología del ecocapitalismo[5], van preparando el camino al transhumanismo y poshumanismo[6] que pretenden la superación de lo humano, lo que lleva consigo también la superación de la democracia. Los tecno-oligarcas defienden un capitalismo de la fragmentación —fragmentando el mapa en distintos espacios jurídicos, puertos francos, paraísos fiscales, zonas económicas especiales, ciudades estado…— para acabar con el poder del Estado-nación y con las limitaciones de la democracia.

Lo que más impresiona es el hecho de que la fragmentación del vínculo social y el aumento de la agresividad histérica, llena de desencanto, rabia e indignación, aparecen como efectos colaterales[7] de nuestro mejor descubrimiento: la dignidad de cada persona, la libertad del individuo. ¿Cómo ha podido ocurrir que la reivindicación de la dignidad de cada persona, de la que tan orgullosos

estamos, nos haya conducido a semejante deterioro de las relaciones comunitarias, al que nos estamos resignando literalmente? Los nacimientos disminuyen, el deseo se ha apagado, dicen los expertos. Aumenta el número de la pobreza relativa. La política depende de la economía, la economía de la técnica, y la técnica no depende de nada, solo de sí misma. Las propias democracias occidentales sufren ahora de forma aguda los efectos sociales negativos de su evolución individualista y competitiva en un contexto de concentración del poder tecnológico y financiero.

El punto común de tantos debates, más bien soflamas, que polarizan la vida intelectual, social y mediática con fuertes implicaciones políticas, es poner en juego la cultura, en todos los sentidos de la palabra. Estas dialécticas de contrarios, de amigo-enemigo, nosotros o ellos, toman la forma de «guerra cultural» pero, en realidad, lo que está en crisis es la noción misma de cultura, ahora reducida a un sistema de códigos explícitos, descontextualizados y, a menudo, globalizados que invaden tanto las universidades como nuestras cocinas, las luchas identitarias y las religiones, como también las prácticas sexuales e, incluso, las emociones debidamente catalogadas en emojis.

Si el modelo liberal de representación política, basado especialmente en los partidos y las elecciones, en una sociedad con una tradición cultural compartida, está en crisis, pues esa cultura no ha sido sustituida por otra, sino que ha dado paso a la expansión de un sistema de directivas normativas y de emociones inducidas, ¿en qué puede fundamentarse una toma de posición política en sentido fuerte, es decir, que afirme la legitimidad y el carácter deseable de aquello que sustenta el vínculo social? ¿Desde dónde edificar a largo plazo? ¿Qué destellos de esperanza vislumbramos?

Durante los últimos veinte años se manifiestan dos constantes en los movimientos de protesta, movidos por la indignación y la rabia, algunos llenos de nihilismo violento e inaceptable. ¿Qué lecciones ofrecen? Ocupan colectivamente un territorio delimitado y gritan un principio moral más que un programa político. La contestación se apoya hoy en dos cosas, la búsqueda

de un vínculo social, de un colectivo en un territorio, y la protesta ética pues plantea, sencillamente, la cuestión del bien y del mal.

En los últimos meses hemos vivido en España fuertes experiencias que han tenido en común compartir una emoción desbordante como pueblo: la visita de León XIV, incluidos los 7 minutos de aplausos en las Cortes, el triunfo de la selección española de fútbol y la tragedia del accidente ferroviario en Urda. Tres acontecimientos bien distintos y de muy diversa importancia, pero que han hecho surgir la emoción de sentirse pueblo más allá de creencias religiosas, aficiones deportivas o ideologías y de sabernos concernidos por propuestas, proyectos, éxitos y dramas comunes. Abrazos, aclamaciones, silencio, solidaridad inmediata… son expresión de un latido más profundo: somos pueblo, estamos vinculados, queremos gritar al unísono: ¡esto está bien!, ¡esto está mal!; aunque nos sepamos lejos de la realización plena del bien y vayamos incluso por sendas distintas que libremente hemos de elegir sin olvidar el marco común.

Dice san Pablo VI en *Evangelii nuntiandi*:

> La ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo, como lo fue también en otras épocas. De ahí que hay que hacer todos los esfuerzos con vistas a una generosa evangelización de la cultura, o más exactamente de las culturas. Estas deben ser regeneradas por el encuentro con la Buena Nueva. Pero este encuentro no se llevará a cabo si la Buena Nueva no es proclamada (EN 20).

Este coloquio tiene hoy un doble desafío: para la Iglesia, la evangelización; para la sociedad, regenerar una antropología cultural. El vínculo social hay que reconstruirlo desde abajo, también hay que ofrecer gratis un vínculo fundante.

La Iglesia es ahora un faro. La acogida de los pontificados de Francisco y de León XIV lo demuestran, como también la relectura a la que nos invitan de Benedicto XVI, de los Papas anteriores y del Concilio. Eso no significa que la gente se vaya a convertir o reconvertir, no necesariamente; ni que el faro no

tenga alguna mancha. Pero hace falta una luz que ilumine y señale en un mundo dominado por la alta tecnología. Volvamos a *Evangelii nuntiandi*:

> Para la Iglesia no se trata solamente de predicar el Evangelio en zonas geográficas cada vez más vastas o poblaciones cada vez más numerosas, sino de alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación.
>
> Lo que importa es evangelizar —no de una manera decorativa, como un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raíces— la cultura y las culturas del hombre en el sentido rico y amplio que tienen sus términos en *Gaudium et spes*, tomando siempre como punto de partida la persona y teniendo siempre presentes las relaciones de las personas entre sí y con Dios (EN 19 y 20).

Hemos de salir de la doble vida: afirmar y reivindicar unos fines y medios en el templo y en las soflamas, y vivir en la vida familiar, social y pública, tanto en los fines como en los medios, conforme a los códigos y normas dominantes. Es preciso ir tejiendo redes, las que reabren la historia y agujerean los imperios. Estas se tejen con hilos, con un puñado de discípulos —¿cuántos queremos tener para ponernos en marcha?, ¿más que Jesús?— y con los samaritanos, los publicanos, las cananeas, las magdalenas, los zaqueos, las dos monedas de la anciana y los dos peces de los muchachos, ladrillos diferentes para una común edificación. La promoción de la vocación laical para ejercitar la caridad política es muy necesaria. En esta Plenaria estudiaremos una propuesta de encuentro de laicos sobre la presencia pública. Las XLV Semanas Sociales se celebrarán en Zaragoza los días 5 y 6 de noviembre de 2027, centrando su reflexión en «La crisis de la democracia», con el propósito de generar un espacio de diálogo y discernimiento sobre los desafíos que atraviesan actualmente la vida pública y la convivencia social.

En esta situación, como afirmaba el papa Francisco, la sinodalidad es una profecía social[8]. Tanto la sinodalidad como la ecología integral asumen la perspectiva de las relaciones e insisten en la necesidad de cuidar los vínculos; por eso, se corresponden y se integran en el modo de vivir la misión de la Iglesia en el mundo contemporáneo.

Termino esta reflexión con una cita del discurso de León XIV en el Palacio Real de Madrid:

> Vengo entre ustedes para confirmar, alentar e inspirar una renovada fidelidad de los creyentes al Evangelio, así como una reconciliación y una cooperación más profundas entre las distintas fuerzas de esta Nación. […] Invito a todos, por amor a la verdad, a abandonar las narrativas divisivas y polarizantes de vuestra realidad social y de su historia, para pasar de las simplificaciones estériles a la apreciación fecunda de la complejidad.

Y con otra de las palabras pronunciadas por el Papa en Buenos Aires

> Hay bienes que una sociedad necesita y que ninguna política pública puede producir por sí sola. La confianza, el perdón, la disposición a servir y la conciencia de que la propia vida tiene un sentido que supera el éxito o la utilidad se cultivan en la conciencia personal y en la vida de las familias y las comunidades[9].

Si se trata de reconstruir vínculos, hablemos de una alianza que genera vínculos: la familia.

3. Matrimonio y familia hoy: escuchar, acompañar, enviar

Así, relacionado con la reflexión anterior, quiero ofrecer un eco del encuentro de presidentes de conferencias episcopales y jefes de las Iglesias católicas orientales, «El anuncio del Evangelio con las familias de hoy», diez años después de la exhortación apostólica *Amoris laetitia* (AL). La Iglesia no se limita

a conmemorar un documento, se pregunta qué ha hecho Dios en estos años en medio de las familias y qué le pide ahora. La dinámica del encuentro muestra un movimiento pastoral en tres tiempos: escuchar, acompañar y enviar.

La vocación a ser sacramento de la alianza hace del vínculo matrimonial una propuesta adecuada a la actual sociedad desvinculada, como ya reflexionamos en el documento de esta Conferencia «El Dios fiel mantiene su alianza»[10]. Por otra parte, encontramos, en la reducción de la persona a individuo autónomo, la principal dificultad para proponer esta vocación y mantener su presencia en el tiempo.

3.1. *Punto de partida: continuidad y escucha*

La convocatoria del encuentro se inscribe en la continuidad del Concilio Vaticano II y las exhortaciones apostólicas *Familiaris consortio* (1981) y *Amoris laetitia* (2016). Retoma el método de Francisco: no se puede hablar de la familia sin escuchar a las familias. El encuentro se compara con Hechos 14 y 15, cuando Pablo y Bernabé cuentan «todo lo que Dios había hecho con ellos». La realidad familiar es lugar de aprendizaje, no mero objeto de análisis.

En la escucha se constata un desafío común y una respuesta católica. Las diversas intervenciones han resaltado la presión de una propuesta cultural global que afecta, con matices, a casi todo el mundo —desinstitucionalización de la convivencia conyugal, caída dramática de la natalidad y rupturas—. Reclama una respuesta católica, integral y universal, pero encarnada en cada Iglesia y sociedad concreta.

El diagnóstico evita la idealización y el catastrofismo. La familia sigue siendo lugar de revelación, transmisión de la vida y aprendizaje del perdón, pero vive entre soledad, precariedad laboral y de vivienda, cultura digital, individualismo, movilidad, guerras, violencia y crisis de comunicación en el hogar. La tensión de fondo es que permanece vivo el deseo de amar y ser amado, pero se ha debilitado la confianza en un amor estable, definitivo y fecundo. Junto a grandes cambios —identidad familiar, movilidad, desigualdad— aparecen

bellezas —el cuidado, la fortaleza en la dificultad y el diálogo—. Ya desde el principio se propone pasar de una misión dirigida a las familias a una misión entre ellas. Familia e Iglesia son realidades relacionales y se transforman mutuamente. La Iglesia debe configurarse como casa de acogida y refugio, familia de familias, y el matrimonio como Iglesia doméstica presente en la Iglesia y en el mundo. También constatamos su papel en la transmisión de la fe, como acaba de hacer el documento Venite ad me (2026) del Dicasterio para la Doctrina de la Fe, en sus números 31-39. La quiebra de la transmisión de la fe, en este cambio de época, está muy relacionada con la crisis de la familia pero, al mismo tiempo, la fragilidad de las familias está relacionada con la gran carencia de iniciación cristiana que muchos candidatos al sacramento del matrimonio ponen de manifiesto.

3.2. *Acompañamiento antes y después de la celebración del matrimonio*

Una de las ideas que más resonaron en el encuentro fue que el matrimonio es una vocación y debe ser anunciado, discernido, preparado y acompañado antes y después del consentimiento sacramental. La familia es Iglesia doméstica, no es solo ámbito de atención pastoral, sino lugar donde se revela el amor de Dios, se aprende la fe y se transmiten los valores y virtudes del Evangelio. Por eso, la pastoral familiar no es una tarea secundaria, sino dimensión esencial de una Iglesia llamada a ser hogar, compañía y esperanza.

Los jóvenes no han perdido la sed de amor; se ha debilitado la confianza en que pueda perdurar. El miedo al compromiso suele ser signo de heridas e inseguridades. Pesan la provisionalidad, la precariedad, la influencia digital y una visión fragmentada de la sexualidad. ¿Cómo pasar de la exigencia de una norma a la propuesta de una vocación que alegra y compromete? Una pedagogía positiva que no rebaja el ideal, sino que lo hace creíble desde la oferta de la gracia y el testimonio de una compañía que acompaña, a través de un matrimonio y una comunidad que haga visible la familia de familias. Con tantos novios que ya conviven, se pide actuar «ni desde la indiferencia ni desde la condena», sino ofreciendo el ideal cristiano con gradualidad, acompañando hacia la celebración más plena y significativa posible del sacramento.

Para los primeros años de matrimonio se sugirió una mistagogía del vínculo sacramental. El sacramento celebrado debe convertirse en sacramento vivido, pasando del «yo» y el «tú» al «nosotros». Las crisis ordinarias pueden leerse como momentos pascuales. La Iglesia suele llegar tarde a la historia de cada pareja. En el encuentro se sugirió una pastoral de procesos con presencia en momentos clave: primer año, llegada de los hijos, transiciones, crisis. Estos matrimonios necesitan aprender a construir el «nosotros», integrar a las familias de origen, ordenar la vida cotidiana y afrontar los conflictos.

Esto pide itinerarios integrales y progresivos en los que se contemple:

— educación afectiva y sexual desde edades tempranas, porque hay que aprender a amar;

— discernimiento vocacional y preparación matrimonial más personalizada;

— acompañamiento tras la boda, grupos de matrimonios jóvenes y presencia en los momentos decisivos;

— servicios de orientación y mediación para quienes atraviesan dificultades;

— y matrimonios acompañantes que, sin presentarse como modelos perfectos, compartan su fe, su aprendizaje, su fragilidad y su esperanza.

En el acompañamiento se reconoce la fragilidad como categoría transversal, pues forma parte de la condición humana y de la Iglesia. Para las situaciones concretas —crisis, separados vueltos a casar, personas alejadas de la comunión sacramental— el camino es el discernimiento. La asamblea sugirió mayor clarificación de criterios sobre los temas que han sido más conflictivos en torno al capítulo VIII de *Amoris laetitia*. Se pide ayudar a saber distinguir entre pertenencia eclesial y comunión eucarística. Se ha animado a coordinar parroquias, tribunales, delegaciones diocesanas de familia y servicios de orientación y mediación para poder realizar un acompañamiento que propicie

un discernimiento adecuado. En este se afirmó un criterio: la verdad y misericordia se reclaman mutuamente y no se excluyen. La verdad del Evangelio lleva dentro de sí la misericordia y las entrañas de misericordia ofrecen la verdad como camino de sanación y restauración. Las dificultades no anulan la esperanza, constituyen una llamada a una pastoral más cercana, paciente y profunda sin buscar atajos.

La Iglesia puede llegar antes, escuchar mejor, acompañar procesos y ofrecer personas y comunidades cercanas para vivir estos itinerarios.

3.3. *La familia, sujeto de la misión*

Las familias no son solo destinatarias de la pastoral, sino sujetos activos de la misión. Su aportación reside en su mismo ser cuando la vida cotidiana encarna el Evangelio. Esto exige reconocer la ministerialidad de los matrimonios, confiarles responsabilidades reales, incorporarlos a la formación de seminaristas y agentes de pastoral, superar el clericalismo y adaptar horarios y estructuras a la vida familiar. Una comunidad, familia de familias, que acoge, acompaña, forma, discierne y envía.

La Iglesia debe caminar con las personas en sus historias concretas, porque acompañar a las familias es acompañar la vida. No se trata de elegir entre doctrina y misericordia, ni entre ideal y realidad, sino de anunciar que el amor fiel, fecundo y misericordioso sigue siendo posible. Para ello la Iglesia debe escuchar a las familias, acompañarlas con verdad y misericordia y enviarlas como protagonistas de la evangelización, pues son lugar de comunión, cenáculo de oración, pequeñas iglesias domésticas.

Se han recomendado cuatro giros en la acción pastoral:

— De una pastoral de eventos a otra de procesos.

— De una pastoral para las familias a otra pastoral con y desde ellas.

— De la clasificación de situaciones al discernimiento personalizado.

— De un lenguaje que corre el riesgo de excluir al lenguaje de testimonio.

Quedan preguntas abiertas: cómo acompañar la diversidad de situaciones sin diluir la verdad del matrimonio, cómo unificar criterios de discernimiento, cómo formar acompañantes para procesos largos, cómo responder a la cultura digital y a la precariedad, cómo reconstruir la transmisión de la fe y cómo implicar de verdad a los laicos en la misión de la Iglesia.

4. Sesenta años de Conferencia Episcopal Española

La visita del Papa a esta sede ha sido el momento más significativo de la celebración de los sesenta años de vida de la CEE. Nos ayudó a tomar conciencia de que, cum Pedro et sub Pedro, formamos parte del Colegio Episcopal y, en la comunión de las Iglesias particulares que peregrinan en España, ejercemos la colegialidad al servicio de nuestro pueblo. Da un significado especial a este sesenta aniversario la acogida y el desarrollo del Sínodo de los Obispos sobre la sinodalidad[11], que no anula ni sustituye la colegialidad ni el ministerio de comunión en la verdad y en la misión que los obispos, como sucesores de los apóstoles, desempeñan en las Iglesias diocesanas, pero que da un sentido renovado a la participación de los bautizados en la comunión y misión de la Iglesia, en la corresponsabilidad diferenciada de la que habla el Docvmen7o final del Sínodo.

En esta Plenaria tendremos en cuenta este momento de nuestra institución con diversas iniciativas. La realización de una «conversación en el Espíritu» a partir de estas cuestiones:

— Experiencia de funcionamiento de la CEE. Qué cosas habría que mejorar en el funcionamiento habitual de la CEE y en sus reuniones.

— Qué caminos podríamos explorar para que el discernimiento y la toma de decisiones sobre asuntos pastorales sea más sinodal y corresponsable.

— Cómo puede crecer el intercambio de dones (espirituales, materiales, pastorales, etc.) entre las diversas diócesis de España.

En esta Plenaria revisaremos el Reglamento económico de la Conferencia y se darán los primeros pasos para la creación de una nueva Vicesecretaría de Asuntos Jurídicos. Cada vez son más los asuntos para los que la legislación civil y canónica nos requieren respuestas ágiles: protección de datos, transparencia, cumplimiento normativo, legislación fiscal y laboral, cuestiones patrimoniales, delitos de odio, libertad religiosa, los propios cambios canónicos que el proceso sinodal vaya concretando, etc. Todo lo cual pide, cada vez más, la mejor coordinación y puesta en marcha de equipos de trabajo al servicio de la CEE y de las diócesis que precisen asesoramiento o ayuda. Tendremos también un acto conmemorativo de este aniversario.

Otros asuntos recogidos en el orden del día ocuparán estas jornadas para estudiar propuestas de las diversas comisiones episcopales. Destaco lo referido a la pastoral con jóvenes con la vista puesta en seguir impulsando el Proyecto Marco «Poneos en camino», este año con la preparación y participación en la Jornada Mundial de la Juventud (JMJ) de Seúl 2027 y la Peregrinación a Santiago de Compostela. En el campo litúrgico, las revisiones de algunas oraciones del Misal Romano y de la Liturgia de las Horas.

Termino con palabras del papa León XIV en el angelvs del 17 de junio en el que se refirió con alegría y agradecimiento a su viaje a España:

Durante mi visita pude experimentar con gran alegría la fe y el afecto de la gente, así como la sed profunda de congregarse unidos en Cristo. Los diferentes encuentros revelaron el deseo de escuchar el Evangelio y la inquietud por hacerlo vida en el mundo de hoy.

La última etapa del viaje ha afianzado un aspecto muy importante, estamos llamados a ser testigos de Cristo compartiendo nuestra fe y nuestra cultura con los demás. Se nos invita a un diálogo entre las personas y los pueblos, en espíritu de fraternidad. Este camino no es fácil, requiere buena voluntad y la ayuda de Dios, pero es la senda que nos con-duce a la civilización del amor.

Queridos hermanos y hermanas, el lema de este viaje apostólico ha sido «Alzad la mirada» (cf. Jn 4,35). Son palabras que Jesús dirige a sus primeros discípulos para enseñarles a ver en las personas y en las multitudes el deseo de vida, de verdad, de plenitud. El Señor repite estas palabras, a mí el primero, y con su gracia lo he experimentado durante el viaje. Hoy quisiera compartir con ustedes esta invitación:

¡Alcemos la mirada! Aprendamos de Jesús a mirar al prójimo, la gente, el mundo, «con los ojos de Dios», es decir, con amor, respeto y compasión.

Madrid, 16 de noviembre de 2026

Notas

[1] CONCILIO VATICANO II, constitución dogmática *Lumen gentium* (1964), n. 8.

[2] Días antes se había hecho pública la carta encíclica «*Magnifica humanitas*», *sobre la custodia de la persona humana* en el tiempo de la inteligencia artificial, firmada el 15 de mayo. Los discursos del Papa la tuvieron como punto de referencia.

[3] Olivier ROY, *L'Aplatissement du monde: La crise de la culture et l'empire des normes* (Seueil, Paris 2022) y *L'Impossible Contre-Révolution culturelle* (Seueil, Paris 2026).

[4] Pensemos en estos días entre *Halloween* y *Black Friday*, rodeados de reels, scroll, escuchando una neolengua globish que nos habla de *compliance*, empoderamiento, transparencia, *accountability*, implementación, etc., con una

permanente perspectiva DEI (Diversidad, Equidad, Inclusión), marco conceptual y estratégico que se utiliza en empresas e instituciones educativas en todo el mundo.

[5] Aquí entran en juego las bio-ideologías del neocapitalismo y su ADN totalitario. El control demográfico y cultural de los pueblos empobrecidos y de las sociedades enriquecidas exigía un aparato ideológico eficaz que justificase las medidas biopolíticas que debían imponerse. Las esterilizaciones, la utilización masiva de anticonceptivos, el aborto, la agresión sistemática al matrimonio y a la familia solo se podrían llevar a cabo si se imponía una cultura nueva, y para ello se diseñaron las bioideologías abundantemente financiadas, desde mediados del siglo XX, por las élites políticas y económicas de los países enriquecidos, desde la Fundación Rockefeller a los actuales «bio-tecnofilántropos».

Las tres principales ideologías biopolíticas son: la *ideología de género*, que relativiza, con apariencia de diversidad, la naturaleza humana para justificar su manipulación y erosionar su dignidad intrínseca, romper el matrimonio y la familia y debilitar a la persona y a la sociedad frente al poder; la *ideología de la salud* que convierte la llamada «calidad de vida» de una minoría en un imperativo por encima de consideraciones morales y el *eco-capitalismo*, que usa la «sostenibilidad» para justificar y mantener un régimen económico depredador. Han ido evolucionando a lo largo de los últimos decenios integrando diferentes componentes que no tenían buena prensa después de la experiencia nacionalsocialista: la eugenesia, la eutanasia, el supremacismo, el eco-racismo, etc. Actualmente todas estas ideologías convergen orgánicamente hacia la gran bio-ideología del *transhumanismo/poshumanismo* en la que se pretende una purificación y transmutación elitista de la especie *homo sapiens*. La *super-inteligencia*, la *super-longevidad* y el *super-bienestar* son la trinidad biopolítica de la nueva especie poshumana. La manipulación del lenguaje, una buena estrategia de marketing y el control de los medios de comunicación han sido claves para entender este proceso. Y todo lubricado con inmensas cantidades de dinero. Es el nuevo liberalismo morfo-biológico que asume y desborda al económico.

[6] Señala el papa León XIV: «Tratando de hacer emerger los presupuestos culturales que acompañan la revolución digital en curso, quisiera ahora dirigir la atención a algunas corrientes que interpretan el progreso como una superación del ser humano y que podemos clasificar con los nombres de transhumanismo y poshumanismo. Estas corrientes constituyen el trasfondo ideológico que reside en algunos centros de poder tecnológico y colonizan el imaginario colectivo de forma simplificada, especialmente en los medios y en las redes sociales, induciendo el entusiasmo por las nuevas tecnologías con una visión futurista de "humanidad potenciada" o de "hombre hibridado" con la máquina.

El transhumanismo y el poshumanismo comprenden en su interior una pluralidad de corrientes y sensibilidades, y resulta difícil hacer una descripción unívoca de ellas. Pueden ser comparadas con un archipiélago de islas conceptuales diferentes, pero unidas por el mismo mar de presupuestos: la centralidad de la técnica y el sueño de superar los límites de la condición humana. En general, el transhumanismo imagina una potenciación del ser humano por medio de las tecnologías —biomedicina, ingeniería del cuerpo, dispositivos, algoritmos—, con la aspiración de incrementar el rendimiento y las capacidades. El poshumanismo, sobre todo en sus versiones más radicales, va más allá: critica el antropocentrismo y plantea una forma de hibridación entre el ser humano, la máquina y el ambiente, hasta imaginar que atravesará el umbral en el que la humanidad se superará a sí misma, entrando en una nueva etapa evolutiva. Aun cuando estas hipótesis siguen siendo en gran parte especulativas, van adquiriendo relevancia, porque modifican el imaginario colectivo y, en consecuencia, orientan las decisiones sociales, económicas y políticas» (LEÓN XIV, carta encíclica *Magnifica humanitas* [2026], nn. 115-116).

[7] Todo hace pensar que hemos caído en la trampa del tiempo del reloj: hemos transmitido a los jóvenes esta extraña euforia del futuro como optimización de un disfrute ilimitado, que ha de llegar con el progreso de los instrumentos adecuados (pero mañana, los que hoy están disponibles, ya serán obsoletos). Esta ingenuidad muestra ahora sus límites y ya no convence, el disfrute incluso de lo básico ya no llega a todos, surgen el desencanto y la rabia.

[8] Refiere el *Documento final* del Sínodo: «Practicado con humildad, el estilo sinodal puede hacer de la Iglesia una voz profética en el mundo de hoy. "La Iglesia sinodal es como un estandarte alzado entre las naciones (cf. Is 11,12)" (Francisco, *Discurso para la conmemoración del 50 aniversario de la constitución del Sínodo de los Obispos*, 17 de octubre de 2015). Vivimos en una época marcada por el aumento de las desigualdades, la creciente desilusión con los modelos tradicionales de gobierno, el desencanto con el funcionamiento de la democracia, las crecientes tendencias autocráticas y dictatoriales, el dominio del modelo de mercado sin tener en cuenta la vulnerabilidad de las personas y la creación, y la tentación de resolver los conflictos por la fuerza en lugar del diálogo. Las prácticas auténticas de sinodalidad permiten a los cristianos desarrollar una cultura capaz de profetizar críticamente frente al pensamiento dominante y ofrecer así una contribución distintiva a la búsqueda de respuestas a muchos de los retos a los que se enfrentan las sociedades contemporáneas y a la construcción del bien común» (FRANCISCO, XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, *Documento final «Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión»* [2024], n. 47).

[9] LEÓN XIV, *Discurso en el encuentro con las autoridades, con la sociedad civil y con el Cuerpo Diplomático*. Buenos Aires, 8 de noviembre de 2026.

[10] CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, «*El Dios fiel mantiene sv alianza» (D7 7,3). Instrumento de trabajo pastoral sobre persona, familia y sociedad ofrecido a la Iglesia y la sociedad española desde la fe en Dios y la perspectiva del bien común* (EDICE, Madrid 2023).

[11] Se señala en el *Documento final* del Sínodo: «Las Conferencias Episcopales expresan y ponen en práctica la colegialidad de los obispos para favorecer la comunión entre las Iglesias y responder más eficazmente a las necesidades de la vida pastoral. Son un instrumento fundamental para crear vínculos, compartir experiencias y buenas prácticas entre las Iglesias, adaptando la vida cristiana y la expresión de la fe a las diferentes culturas. También desempeñan un papel importante en el desarrollo de la sinodalidad, con la participación de todo el Pueblo de Dios» (n. 125).

Este artículo se publicó en Conferencia Episcopal Española. Puede leer aquí el original.

Volver al índice



60 años al servicio de los obispos y del Pueblo de Dios

Francisco César García Magán

Conferencia Episcopal Española

Hacer memoria de estas décadas es reconocer que la Conferencia Episcopal ha caminado en esta etapa asumiendo y haciéndose presente en medio de los gozos, los logros, los sufrimientos, las inquietudes y los cambios del Pueblo de Dios que camina en España

Uno de los frutos positivos del Concilio Vaticano II fue la institución de las conferencias episcopales en toda la Iglesia (cf. *Christus Dominus,* 37). Como señala el Directorio para el ministerio pastoral de los obispos: «La Conferencia Episcopal […] contribuye, de manera múltiple y fecunda, a la actuación y al desarrollo del afecto colegial entre los miembros del mismo episcopado. En ella

los obispos ejercitan conjuntamente algunas funciones pastorales para los fieles de su territorio» (n. 28).

Estamos celebrando el sexagésimo aniversario de creación de la Conferencia Episcopal Española. El primer pensamiento que me viene a la mente es dar gracias a Dios; agradecerle haciendo memoria de tantos hermanos en el episcopado que han formado parte de ella; presentarle en la oración las personas, servicios y trabajos que, en esta etapa de existencia, han presidido la institución, la han servido en los distintos cargos estatutarios y han colaborado en las comisiones y demás oficinas de su estructura organizativa.

Sin duda, el acto central de esta efeméride ha sido la visita de Su Santidad León XIV a la sede de la Conferencia Episcopal, el pasado 8 de junio. Su discurso a la Asamblea Plenaria y el posterior saludo a cada obispo y a todos los colaboradores y colaboradoras de la sede de Añastro fue una gracia especial en la que se visibilizó y actualizó el ministerio petrino de confirmarnos en la fe y ser centro de comunión y de unidad para el episcopado.

Hacer memoria de estas décadas es reconocer que la Conferencia Episcopal ha caminado en esta etapa asumiendo y haciéndose presente en medio de los gozos, los logros, los sufrimientos, las inquietudes, los cambios del Pueblo de Dios que camina en España y, desde esa presencia, ha iluminado con la luz del Evangelio las vicisitudes de la historia de nuestra sociedad. Sin añorar tiempos pasados ni pretender restauracionismos, sino cumpliendo el deber como pastores de anunciar la integridad de la Buena Nueva y del magisterio eclesial, viviendo la palabra profética: «Por amor de Sión no callaré, por amor de Jerusalén no descansaré» (*Is* 62,1).

Como señala san Pablo, en la Iglesia es vital la dinámica de lo que se recibe y lo que hay que entregar (*traditio*). La cadena de eslabones que recorre la historia, la herencia recibida, nos ilumina para situarnos en este presente eclesial con sus nuevos retos pastorales y sociales a los que la Conferencia Episcopal, es decir, «los obispos de España, en comunión con el Romano Pontífice y bajo su

autoridad» (Estatutos, art. 1.1), queremos dar respuesta desde la belleza y la novedad «siempre antigua y siempre nueva» del mensaje del Señor.

La celebración de este aniversario quiere ser también profecía y compromiso para el futuro. Los eslabones de hoy no serán los últimos ni los definitivos de esa cadena recibida y transmitida. La función de la Conferencia Episcopal, como ayuda a los obispos en su ministerio, se verá enriquecida con otras perspectivas, con nuevas iniciativas, con adaptaciones de estructuras para hacer más eficaz su finalidad de servicio a la comunión episcopal y, desde ella, a la comunión entre las iglesias particulares de España. Sí, podrán cambiar las formas, podrán mejorarse aspectos del funcionamiento, pero se mantendrá el sentido fundamental de ser un espacio de expresión, vivencia y ejercicio de la colegialidad episcopal, tan esencial al ministerio apostólico.

No puedo terminar sin mencionar dos aspectos, a los que me siento obligado desde la gratitud. En primer lugar, una palabra de sentidas gracias a cuantos colaboran en los distintos organismos de la Conferencia Episcopal: sacerdotes, consagrados y consagradas, laicos y laicas. Como secretario general, soy testigo cotidiano de su labor profesional y de su entrega eclesial. Sin ellos, la Conferencia no podría cumplir su misión.

El otro aspecto es también de agradecimiento; en este caso, a la revista ECCLESIA, por su trayectoria de servicio en estos 60 años, como memoria conservada de lo que ha sido, ha dicho y ha hecho la Conferencia Episcopal. Esta publicación está vinculada intrínsecamente al camino de la Conferencia. Gracias a los que están, a su director y a todo el equipo, y a los que estuvieron. Mi deseo más profundo y el de tantos es que sigan haciendo camino con nosotros en el presente y en un futuro extenso.

Recojamos la invitación del Santo Padre —y pidamos a Dios por su total restablecimiento—, y supliquemos al Señor que, en todo momento y circunstancia, sepamos «alzar la mirada».

Este artículo se publicó en Revista Ecclesia. Puede leer aquí el original.

Volver al índice